

BIBLIOTECA DIGITAL

LIBROS



LA CLAVE DE LOS GRANDES MISTERIOS

Eliphas Levi



GRUPO DE ESTUDIOS TEOSÓFICOS VALENCIA

<http://fraternidad.info/g.e.t.html>



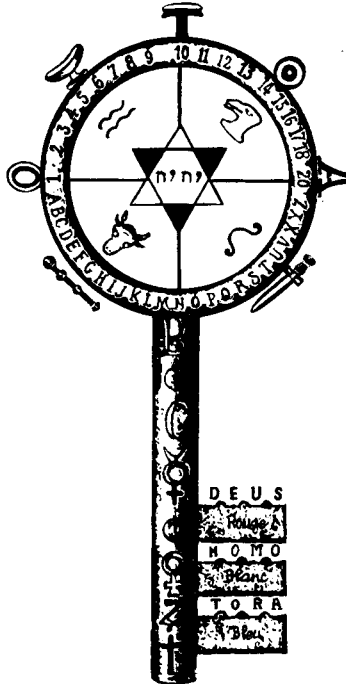
LA CLAVE DE LOS GRANDES MISTERIOS

Según Enoch, Abraham, Hermes Trismegisto y Salomón

Por Eliphas Levi

La religión dice: Creed y entonces comprenderéis. La ciencia afirma: Comprended y entonces creeréis.

«Llegará un tiempo en que toda la ciencia cambiará su aspecto; el espíritu, destronado y olvidado por largo tiempo, volverá a ocupar su lugar; quedará demostrado que las antiguas tradiciones son totalmente ciertas; que todo el paganismo no es más que un sistema de verdades que han sido corrompidas y colocadas fuera de sitio; que basta con purificarlas, por así decirlo, para hacerlas volver a su primitivo lugar, para verlas brillar en todo su esplendor. En una palabra, todas las ideas cambiarán, y, desde todos los confines, una multitud de elegidos exclamará al unísono: "¡Venid, Señor, venid! ¿Por qué censuráis a los hombres que se elevan ante este majestuoso porvenir y se glorifican de adivinarlo...?"» (J. de Maistre, *Tardes de San Petersburgo*).



Clave absoluta de las ciencias ocultas, dada por Guillermo Postel y completada por Eliphas Levi.

PREFACIO

El espíritu humano siente vértigo ante el misterio. El misterio es el abismo que atrae sin cesar nuestra curiosidad inquieta ante sus increíbles profundidades.

El más grande misterio del infinito es la existencia de Aquel para quien todo carece de misterio.

Al comprender el infinito que es en su esencia incomprensible, El mismo es el misterio infinito y eternamente insondable, es decir, que El es, bajo toda apariencia, ese absurdo por excelencia en el que creía Tertuliano.

Necesariamente absurdo, puesto que la razón debe renunciar para siempre a comprenderlo; necesariamente accesible por creencia, puesto que la ciencia y la razón, lejos de llegar a demostrar que no existe, se ven fatalmente movidas a reafirmar la fe en su existencia y a adorarlo ellas mismas con los ojos cerrados.

Siendo este absurdo la fuente infinita de la razón, la luz que eternamente resurge de la eterna tiniebla, la ciencia, esta Babel de la mente, puede doblar y multiplicar sus espirales siempre en ascenso, podrá hacer oscilar la tierra, pero nunca llegará al cielo.

Dios es aquello que eternamente estamos aprendiendo a conocer. Por tanto, nunca llegaremos a ello totalmente.

Sin embargo, el dominio del misterio es un campo abierto a las conquistas de la inteligencia. Se puede llegar allí con audacia; nunca se llegará a reducir su extensión; tan sólo se cambiará de horizonte. Todo saber es el sueño de lo imposible, pero desgraciado de aquel que no osare aprenderlo todo y que no comprenda que para saber alguna cosa es preciso resignarse a estudiar siempre.

Se dice que para aprender bien hace falta olvidar muchas veces. El mundo ha seguido este método. Todo lo que se cuestiona en nuestros días ha sido ya resuelto por los antiguos, con anterioridad a nuestros anales, sus soluciones escritas en jeroglíficos no tenían mayor sentido para nosotros. Un hombre ha vuelto a encontrar la clave, ha abierto las necrópolis de la ciencia antigua y ha dado a su siglo todo un mundo de teoremas olvidados, de síntesis sencillas y sublimes como la naturaleza, irradiando siempre de la unidad y multiplicándose como los números, con tan exactas proporciones, que lo conocido demuestra y revela lo desconocido. Comprender esta ciencia es ver a Dios. El autor de este libro, al terminar su obra, creará haberlo demostrado.

Pero, cuando hayáis visto a Dios, el hierofante os dirá: volveos, y en la sombra que proyectáis en presencia de este sol de las inteligencias veréis aparecer al diablo, ese negro fantasma que véis cuando vuestra mirada se aparta de Dios y cuando creéis llenar de nuevo el cielo con vuestra sombra, ya que los vapores de la tierra parecen agrandarla al subir.

Conciliar, en un sentido religioso, la ciencia con la revelación y la razón con la fe, demostrar en filosofía los principios absolutos que armonizan todas las antinomias, revelar, en fin, el equilibrio universal de las fuerzas naturales, tal es el triple objetivo de esta obra que estará, por consiguiente, dividida en tres partes.

Mostraremos así la verdadera religión de tal forma que nadie, sea o no creyente, podrá desconocerla; ello será lo absoluto en materia de religión. Estableceremos en filosofía los caracteres inmutables de esta VERDAD, que es en ciencia REALIDAD, en juicio RAZON y en moral JUSTICIA. En fin, haremos conocer las leyes de la naturaleza en virtud de las cuales, se mantiene el equilibrio, y mostraremos cuán vanas son las fantasías de nuestra imaginación frente a las fecundas realidades del movimiento y de la vida. Invitaremos también a los grandes poetas

del porvenir a rehacer la Divina Comedia, no tanto de acuerdo a los sueños del hombre, sino siguiendo las matemáticas de Dios.

Misterio de los otros mundos, fuerzas ocultas, extrañas revelaciones, enfermedades misteriosas, facultades excepcionales, espíritus, apariciones, paradojas mágicas, arcanos herméticos, lo diremos todo y lo explicaremos todo. ¿Quién nos ha dado este poder? No tememos revelarlo a nuestros lectores.

Existe un alfabeto oculto y sagrado que los hebreos atribuyen a Enoch, los egipcios a Thoth o a Hermes Trismegisto, los griegos a Cadmos ya Palemedes. Este alfabeto, conocido por los pitagóricos, se compone de ideas absolutas expresadas en signos y en números, y realila, mediante sus combinaciones, las matemáticas del pensamiento. Salomón había representado este alfabeto por setenta y dos nombres escritos sobre treinta y seis talismanes, y es aquel que los iniciados del Oriente llaman hasta hoy las pequeñas claves o clavículas de Salomón.

Estas claves están descritas y su uso explicado en un libro que el dogma tradicional atribuye al patriarca Abraham. Es el *Sepher-Yetzirah*, y con ayuda del *Sepher-Yetzirah* es posible penetrar el oculto sentido del Zohar, el gran libro dogmático de la Kábala hebrea.

Las clavículas de Salomón, olvidadas con el tiempo y consideradas como perdidas, las hemos reencontrado y hemos abierto sin pena las puertas de los antiguos templos donde la verdad absoluta parecía dormir, siempre joven y siempre bella, como aquella princesa de la leyenda infantil que espera, luego de un sueño de siglos, al esposo que debe despertarla.

Después de nuestro libro aún habrá misterios, pero más altos y más lejanos en las profundidades infinitas. Esta publicación es una luz o una locura, una mistificación o un monumento. Leed, reflexionad y juzgad.

Eliphas Levi

PARTE PRIMERA

MISTERIOS RELIGIOSOS

Problemas a resolver:

1. Demostrar, de una forma cierta y absoluta, la existencia de Dios, y presentar una idea que sea satisfactoria para todas las mentes.
2. Establecer la existencia de una verdadera religión, de manera que llegue a ser indiscutible.
3. Indicar la procedencia y razón de ser de todos los misterios de la religión única, verdadera y universal.
4. Hacer que las objeciones de la filosofía se conviertan en argumentos favorables a la verdadera religión.
5. Establecer el límite entre la religión y la superstición, y explicar la razón de los milagros y prodigios.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Cuando el conde Joseph de Maistre, ese gran lógico apasionado, ha exclamado con desesperación: «El mundo está sin religión», nos ha recordado a otros que dicen temerariamente: «Dios no existe.»

En efecto, el mundo se encuentra sin la religión del conde Joseph de Maistre, y es probable que también Dios, tal y como lo conciben la mayoría de los ateos, no exista.

La religión es una idea basada en un hecho constante y universal; la humanidad es religiosa: así, pues, la palabra religión tiene un sentido necesario y absoluto. La naturaleza misma consagra la idea que representa esta palabra y la eleva a la altura de un principio.

La necesidad de creer va estrechamente unida a la necesidad de amar: es por esto que las almas necesitan comulgar con las mismas esperanzas y el mismo amor. Las creencias aisladas no son más que dudas: es el lazo de la mutua confianza el que hace la religión y crea la fe.

La fe no se inventa, no se impone, no se establece por convicción política; ella se manifiesta, como la vida, con cierta fatalidad. El mismo poder que gobierna los fenómenos de la naturaleza, extiende y limita, por encima de toda humana previsión, el dominio sobrenatural de la fe. No imaginamos las revelaciones, sino que nos sometemos a ellas y las creemos. En vano protesta nuestro espíritu contra la oscuridad del dogma, subyugado por el atractivo de esta misma oscuridad y, a menudo, el más rebelde de los racionalistas se opondría a aceptar el título de hombre sin religión.

La religión encuentra un lugar más amplio entre aquellas realidades de la vida que pretenden creer aquellos que no necesitan de la religión, o al menos pretenden no necesitarla. Todo lo que eleva al hombre por encima del animal, el amor moral, la devoción, el honor, son sentimientos esencialmente religiosos. El culto por la patria y la familia, la fidelidad al pasado y a los recuerdos, son cosas que la humanidad no podrá dejar nunca sin llegar a una degradación total, y que no lograrían existir sin una creencia en algo más que la sencilla vida mortal con todas sus vicisitudes, miserias e ignorancias.

Si la total aniquilación fuera el resultado de todas nuestras aspiraciones a las cosas sublimes que sentimos como eternas, entonces el goce del presente, el olvido del pasado y la despreocupación del porvenir serían nuestros únicos deberes y llegaría a ser cierta la afirmación de aquel célebre sofista: el hombre que piensa es un animal venido a menos.

Pero, además, entre todas las pasiones humanas, la pasión religiosa es la más viva y poderosa. Ella se expresa, sea a través de la afirmación o de la negación, con igual fanatismo. Mientras unos afirman obstinadamente que Dios les ha hecho a su imagen, otros le niegan con temeridad, como si pudiesen devastar y comprender mediante un único pensamiento todo el infinito que va unido a su gran nombre.

Los filósofos no han reflexionado suficientemente sobre el hecho fisiológico de la religión en la humanidad: en efecto, la religión existe por encima de toda discusión dogmática. Es una facultad del alma humana, tanto como la inteligencia y el amor. Mientras existan seres humanos, existirá la religión. Así considerada, ella no es otra cosa que la necesidad de un idealismo infinito, necesidad que justifica todas las aspiraciones al progreso, que inspira todas las devociones e impide que la virtud y el honor sean tan sólo palabras al servicio de alimentar la vanidad de los tontos y débiles, para provecho de los fuertes y hábiles.

Es a esta innata necesidad de creencia a lo que podemos llamar con propiedad religión natural, y todo lo que tienda a limitar y disminuir el desarrollo de dicha creencia está, dentro del orden religioso, en oposición a la naturaleza. La esencia del propósito religioso es el misterio, puesto que la fe comienza en lo desconocido y abandona todo el resto a las investigaciones de la ciencia. De ello resulta que la duda viene a ser mortal para la fe. Ella intuye que la intervención de un ser divino es necesaria

para superar el abismo que separa lo finito de lo infinito, y afirma dicha intervención con todo el ímpetu de su corazón y toda la docilidad de su inteligencia. Por fuera de este acto de fe, la necesidad religiosa no encuentra satisfacción y viene a cambiarse en escepticismo y desesperación. Pero para que el acto de fe no sea un acto de locura, la razón precisa que éste sea dirigido y reglamentado. ¿Por quién?, ¿por la ciencia? Hemos visto que la ciencia nada puede allí. ¿Por la autoridad civil? Es absurdo. Haría falta que los sacerdotes fueran vigilados por los gendarmes.

Queda entonces la autoridad moral, como la única que puede constituir el dogma y establecer la disciplina del culto, esta vez de acuerdo con la autoridad civil, pero no bajo sus órdenes. Hace falta, en una palabra, que la fe proporcione a la necesidad religiosa una satisfacción verdadera, completa, permanente e indudable. Para ello será precisa una afirmación absoluta e invariable del dogma, conservado por una jerarquía apropiada. También será necesario un culto eficaz que, junto con una fe absoluta, brinde una sustancial realización a los signos de la creencia.

Así entendida, esta religión será la única que puede satisfacer la natural necesidad religiosa, y la única que puede llamarse verdaderamente natural, con lo cual llegamos a una doble definición: la verdadera religión natural es la religión revelada; y la verdadera religión revelada será la religión jerárquica y tradicional que se afianza muy por encima de las discusiones humanas por la comunión en la fe, la esperanza y la caridad.

Al representar la autoridad moral y realizarla por medio de su ministerio eficaz, el sacerdote será infalible y santo, mientras que la humanidad se encuentra sujeta al vicio y al error. El sacerdote, al actuar como tal, es siempre el representante de Dios. Poco importan las faltas o incluso los crímenes del hombre. Cuando Alejandro VI llevaba a cabo una ordenación, no era el envenenador el que imponía las manos a los obispos, era el Papa. Como tal, Alejandro VI nunca llegó a corromper ni a falsificar los dogmas que le condenaban a él mismo, ni los sacramentos que, al ser administrados por su mano, salvarían a otros y a él mismo no le justificarían. Siempre han existido mentirosos y criminales, pero en la Iglesia jerarquizada y autorizada por lo divino, no se han dado ni se darán jamás malos Papas ni malos sacerdotes. Maldad y sacerdocio son dos palabras que no pueden ir juntas.

Hemos mencionado al Papa Alejandro VI y pensamos que este ejemplo será suficiente, sin que por ello dejen de existir otros casos justamente execrables. Muchos grandes criminales han llegado a deshonorarse ellos mismos doblemente, a causa del carácter sagrado de que estaban revestidos; pero no les ha sido posible deshonrar este carácter, que siempre permanecerá radiante y espléndido por encima de la humanidad pecadora.

Hemos dicho que no hay religión sin misterios; añadiremos que no existen misterios sin símbolos. El símbolo es la fórmula o la expresión del misterio, que viene a expresar su profundidad ignota mediante paradójicas imágenes tomadas de lo conocido. La forma simbólica, al representar lo que se encuentra por encima de la razón científica, necesariamente debe estar por fuera de dicha razón. De ahí la frase célebre y perfectamente justa de un padre de la Iglesia: Yo creo, puesto que es absurdo, *credo quin absurdum*.

Si la ciencia afirmara que no sabe, se destruiría a sí misma. La ciencia no sabrá hacer la obra de la fe, así como la fe no podrá decidir en materia de ciencia. Una afirmación de la fe, que la ciencia tuviera la temeridad de estudiar, no sería para ella sino un absurdo, por lo mismo que una afirmación científica que nos diera un artículo de fe sería absurda en el orden religioso. Creer y saber son dos términos que nunca pueden confundirse.

Pero tampoco sabrían oponerse el uno al otro en un antagonismo corriente. En efecto, es imposible creer lo contrario de lo que se sabe sin dejar, por esto mismo, de saberlo. Y es igualmente imposible llegar a saber lo contrario de lo que se cree sin dejar de creerlo inmediatamente.

El negar o incluso oponerse a las decisiones de la fe en nombre de la ciencia es probar que no se comprende la una ni la otra. En efecto, el misterio de un Dios en tres personas no es un problema de matemáticas; la encarnación del Verbo no es un fenómeno cuyo estudio sea propio de la medicina; la redención escapa a la crítica de los historiadores. La ciencia es absolutamente impotente para decidir lo que está bien o mal en cuanto a creer o no creer en un dogma de fe. Ella sólo puede constatar los resultados de la creencia, o estudiar si la fe hace en realidad mejores a los hombres, ya que si la fe misma, considerada como un hecho fisiológico, es verdaderamente una necesidad y una fuerza, será forzoso para la ciencia el admitirla y tomar el sabio partido de contar siempre con ella.

Nos atrevemos a afirmar ahora que existe un hecho inmenso, apreciable igualmente por la fe y por la ciencia; un hecho por el cual Dios se hace visible en múltiples formas sobre la tierra; un hecho incontestable y de alcance universal. Este hecho es la manifestación en el mundo, a partir de la época donde comienza la revelación cristiana, de un espíritu que desconocían los antiguos, un espíritu evidentemente divino, más positivo que la ciencia en sus obras, más hermosamente ideal en sus aspiraciones que la más alta poesía, un espíritu por el cual ha hecho falta crear una nueva palabra, del todo desconocida en los santuarios de la antigüedad. Esta palabra ha sido creada, y demostraremos que este nombre o expresión es en religión, tanto para la ciencia como para la fe, la expresión del absoluto. La palabra es CARIDAD, Y el espíritu del cual hemos hablado es el *espíritu de caridad*.

Delante de la caridad, la fe se prosterna y la ciencia se inclina vencida. Hay aquí evidentemente algo más grande que la humanidad. Por sus obras, la caridad prueba que ella no es un sueño. Es más fuerte que todas las pasiones; triunfa sobre el sufrimiento y la muerte; hace que Dios sea comprendido en todos los corazones y parece colmar desde ya la eternidad por la iniciada realización de sus legítimas esperanzas.

Ante la caridad viva y actuante, ¿cuál sería el Proudhon que se atrevería a blasfemar? ¿Cuál el Voltaire que osaría reír?

Colocad unos sobre otros los sofismas de Diderot, los argumentos críticos de Strauss, las ruinas de Volney, cuyo nombre es adecuado, pues este hombre sólo podía crear ruinas, las

blasfemias de aquella revolución cuyas voces se ahogaron a veces en la sangre y otras veces en el silencio del desprecio. Añadid a ello todo lo que el futuro puede reservarnos en cuanto a monstruosidad y vano ensueño; traed luego a la más humilde y sencilla de todas las hermanas de la caridad. El mundo dejará a un lado todos sus errores, todos sus crímenes, todas sus malvadas ensoñaciones, para inclinarse ante aquella sublime realidad.

¡Caridad!, divina palabra, ¡única palabra que puede hacer comprender a Dios, ya que contiene toda una revelación! ¡Espíritu de caridad, unión de dos palabras que son toda una solución y todo un porvenir! ¿Cuál sería, en efecto, la pregunta que estas dos palabras no pudieran responder?

¿Qué es para nosotros Dios, sino el espíritu de caridad? ¿Qué es lo ortodoxo? ¿No es acaso el espíritu de caridad que no discute sobre cuestiones de fe a fin de no impresionar la confianza de los pequeños y de no perturbar la paz de la comunión universal? Así, ¿qué otra cosa es la Iglesia universal sino una comunión en espíritu de caridad? Es por el espíritu de caridad que la Iglesia es infalible, y por él existe la divina virtud del sacerdocio.

Deber de los seres humanos, garantía de sus derechos, prueba de su inmortalidad, felicidad eterna iniciada por ellos sobre la tierra, meta gloriosa para su existencia, medio y fin de sus esfuerzos, perfección de su moral individual, civil y religiosa, el espíritu de caridad comprende todo, se aplica a todo, puede esperar todo, emprender todo y realizado todo.

Es por el espíritu de caridad que Jesús, al expirar sobre la cruz, dio a su madre un hijo en la persona de San Juan y, al triunfar sobre las angustias de tan terrible suplicio, exhaló un grito de salvación y liberación diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Es por la caridad que doce artesanos de Galilea han conquistado el mundo. Ellos han amado la verdad más que a su vida, y han ido ellos solos a decirla a los pueblos y a los reyes; probados por las torturas, fueron encontrados fieles. Ellos han mostrado a las multitudes la inmortalidad viviente en su muerte y han regado la tierra con una sangre cuyo calor no puede extinguirse, ya que ellos se hallaban inflamados de los ardores de la caridad.

Es por la caridad que los apóstoles han constituido su símbolo. Ellos han dicho que creer juntos vale más que dudar por separado; han constituido la jerarquía en base a la obediencia rendida tan grande y tan noble por el espíritu de caridad que servir de tal forma es reinar; ellos han formulado la fe de todos y la esperanza de todos y han colocado este credo bajo la égida de la caridad de todos. Desgraciado de aquel egoísta que se apropie una sola palabra de la herencia del Verbo, ya que sería un deicida al intentar desmembrar el cuerpo del Señor.

Este credo es el arcano santo de la caridad y cualquiera que le toque será convicto de muerte eterna, puesto que la caridad se retiraría de él. ¡Es la herencia sagrada de nuestros hijos y es el precio de la sangre de nuestros padres!

Es por la caridad que los mártires encontraron consuelo en las prisiones de los césares, atrayendo a su creencia incluso a sus guardianes y ejecutores.

Es en nombre de la caridad que San Martín de Tours protestó contra el suplicio de los priscilianos y se apartó de la comunión del tirano que pretendía imponer la fe por la espada.

¡Es por la caridad que tantos santos han llevado consuelo al mundo de los crímenes cometidos en nombre de la religión misma, y de los escándalos del santuario profanado!

Es por la caridad que San Vicente de Paúl y Fenelón se han ganado la admiración de los siglos más impíos y han hecho caer desde el pasado la risa de los hijos de Voltaire, ante la dignidad imponente de sus virtudes.

¡Es, en fin, por la caridad, que la locura de la cruz ha llegado a ser la sabiduría de las naciones, ya que todos los corazones nobles han comprendido que es más grande creer, junto con los que aman y se desvelan, que dudar con los egoístas y los esclavos del placer!

ARTICULO PRIMERO

Solución al primer problema

El Dios Verdadero

Dios no puede ser definido sino por la fe. La Ciencia se muestra incapaz de negar o afirmar su existencia.

Dios es el objeto absoluto de la fe humana. En lo infinito, El es la Suprema Inteligencia y el Creador del orden. En el mundo, El es el Espíritu de Caridad.

Es así el Ser universal una máquina fatal que produce eternamente las inteligencias con base en el azar, o un Inteligencia providencial que dirige las energías para el mejoramiento de los espíritus.

La primera hipótesis repugna a la razón. Es desesperante e inmoral.

La ciencia y la razón deben, pues, inclinarse a la segunda.

Si, Proudhon, Dios es una hipótesis; pero es una hipótesis tan necesaria que, sin ella, todos los teoremas llegan a ser absurdos o dudosos.

Para los iniciados en la Kábala, Dios es la Unidad absoluta que crea y anima los números.

La unidad de la inteligencia humana demuestra la unidad de Dios.

La clave de los números es la de los símbolos, puesto que éstos son figuras analógicas de la armonía que proviene de los números.

Las matemáticas no sabrían demostrar la ciega fatalidad, ya que ellas son la expresión de lo exacto, y éste es el carácter de la más alta razón.

La unidad demuestra la analogía de los contrarios. Es el principio, el equilibrio y el fin de los números. El acto de fe parte de la unidad y retorna a ella.

Esbozaremos una explicación de la Biblia por medio de los números, ya que la Biblia es el libro de las imágenes de Dios.

Preguntaremos a los números la razón de los dogmas de la religión eterna, y ellos siempre nos responderán reuniéndose en la síntesis de la unidad.

Las páginas siguientes intentan una explicación sencilla de las hipótesis kabalísticas. Estas no se basan en la fe y las presentamos sólo como curiosas investigaciones. No está en nuestras manos innovar en lo referente al dogma, y lo que afirmamos como iniciados se subordina plenamente a nuestra obediencia como cristianos.

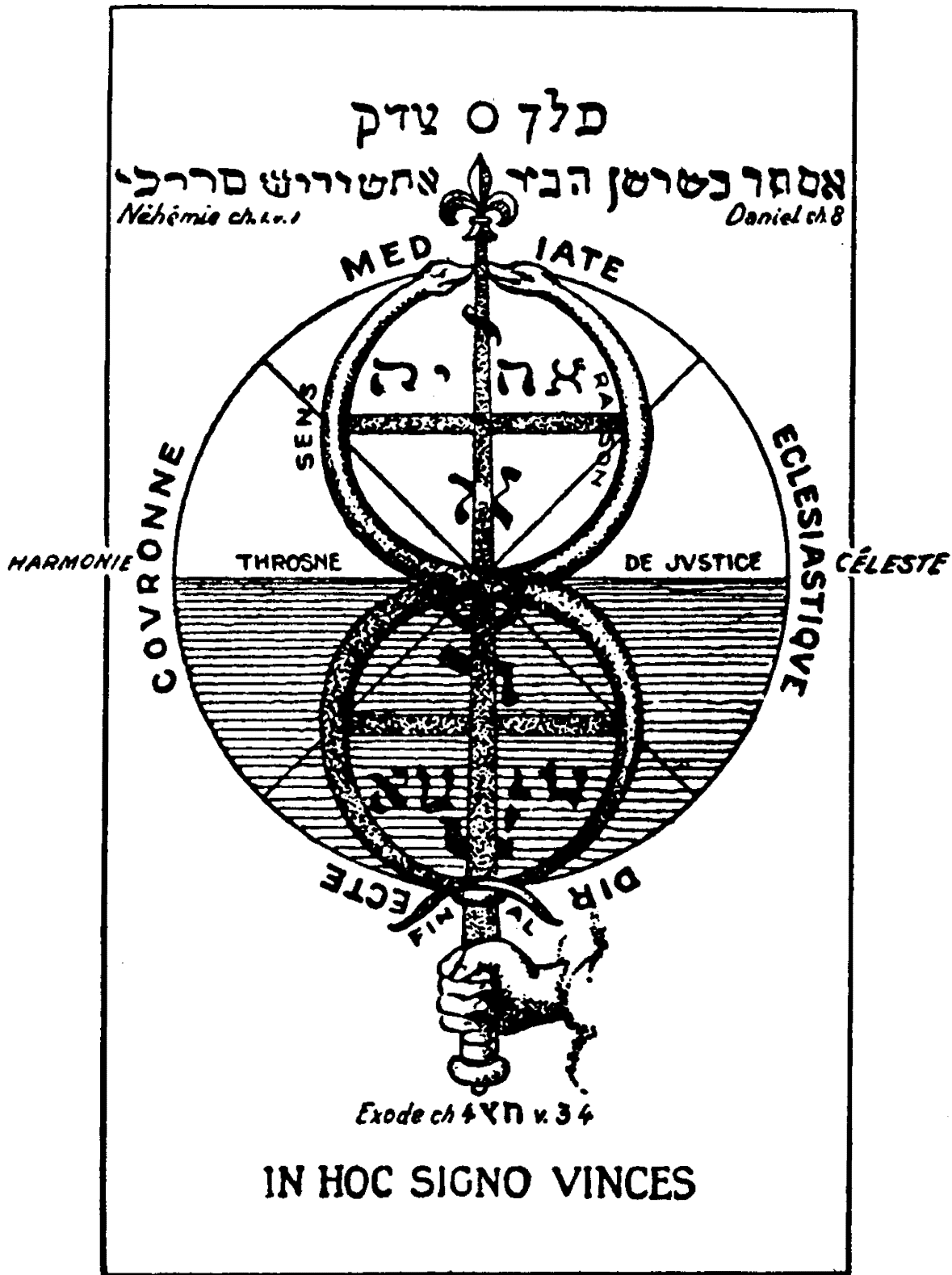


Fig. 1.—Signo del Gran Arcano G. A.:

ESBOZO DE LA TEOLOGIA PROFETICA DE LOS NUMEROS

I

La Unidad

La Unidad es el principio y la síntesis de los números, es la idea de Dios y del hombre, es la alianza de la razón y la fe.

La fe no puede ser opuesta a la razón. Ella es requerida por el amor, ella es idéntica a la esperanza. Amar es creer y esperar, y este triple vuelo del alma es llamado virtud, puesto que es preciso el coraje para emprenderlo. Pero, ¿qué coraje podría haber en ello si no existiera la posibilidad de la duda? Así, el poder dudar ya implica la duda. Ella es la fuerza equilibrante de la fe, y en esto reside su mérito.

La naturaleza misma nos induce a creer, pero las fórmulas de fe son productos sociales de las tendencias de la fe en una época concreta. En esto se basa la infalibilidad de la Iglesia, infalibilidad de evidencia y de hecho.

Dios es necesariamente el más desconocido de todos los seres, puesto que no podemos definirlo sino en sentido inverso a nuestra experiencia. El es todo lo que nosotros no somos, es lo infinito opuesto a lo finito por hipótesis contradictoria.

La fe y, por consiguiente, la esperanza y el amor son tan libres, que el hombre, lejos de poder imponerlos a los demás, tampoco puede imponerlos a sí mismo.

Se consideran, pues, como una gracia, dice la religión. Pero, ¿puede concebirse la exigencia de esta gracia, es decir, que se pueda obligar a los hombres a aceptar lo que llega libre y gratuitamente del cielo? No otra cosa deseáramos para ellos.

Razonar sobre la fe es no razonar, ya que el objeto de la fe se encuentra fuera del alcance de la razón. Si se me pregunta: ¿Existe un Dios? respondo: Así lo creo. Pero, ¿está usted seguro? Si estuviese seguro no lo creería, lo sabría.

Formular la fe es acordar los términos de una hipótesis común.

La fe comienza allí donde la ciencia termina. Aumentar el campo de la ciencia sería, en apariencia, disminuir el de la fe. Pero, en realidad, equivale a agrandararlo en igual proporción, ya que se estaría amplificando su base.

Sólo podemos llegar a definir lo desconocido a través de sus correspondencias supuestas e imaginables con lo conocido.

La analogía era el dogma primordial de los antiguos magos. Dogma en verdad mediador, puesto que es mitad científico y mitad hipotético, mitad razón y mitad poesía. Este dogma ha sido y será siempre el generador de todos los demás.

¿Quién es el Hombre-Dios? Es aquel que realiza en la vida más humana el más divino ideal.

La fe viene a ser una divinización de la inteligencia y del amor, dirigidos por el consejo de la naturaleza y la razón.

Es así esencial a las cosas de la fe el ser inaccesibles a la ciencia, dudosas para la filosofía e indefinidas para la certeza.

La fe es una realización hipotética y una determinación convencional de los fines últimos de la esperanza. Es la adhesión a los signos visibles de las cosas que no vemos.

Sperandarum substantia rerum

Argumentum non apparentium ¹.

Para poder afirmar sin enardecermos que Dios existe o que no existe, hará falta partir de una definición razonable o irracional de Dios. Pero, para ser razonable, esta definición deberá ser hipotética, analógica y negativa respecto a lo finito que conocemos. Se puede negar a un dios cualquiera, pero al Dios absoluto no es posible negarle, puesto que tampoco es posible probarle. Se le supone razonablemente y se cree en El.

Dichosos aquellos de corazón puro, porque ellos verán a Dios, ha dicho el Maestro. Ver por medio del corazón es creer, y si esta fe se remonta al verdadero bien, ella nunca será engañada, ya que no busca una definición de acuerdo a las arriesgadas inducciones de la ignorancia individual. Nuestros juicios, en materia de fe, se aplican a nosotros mismos, y nos será dado conforme a lo que hayamos creído. En esta forma, nosotros nos hacemos a semejanza de nuestro ideal.

Que aquellos que hacen los dioses llegan a ser semejantes a ellos, dice el salmista, así como todos los que les otorgan su confianza.

El ideal divino del viejo mundo ha forjado la civilización que ahora termina, y no hay que desesperar al ver al dios de nuestros bárbaros ancestros convertirse en el demonio de nuestros más iluminados hijos. Se hacen diablos de los dioses de antaño, y Satán mismo no sería tan incoherente y deforme si no estuviera hecho por los residuos desgarrados de antiguas teogonías. Es la esfinge sin palabra, es el enigma sin solución, es el misterio sin verdad, es el absoluto sin realidad y sin luz.

El hombre es hijo de Dios en cuanto que Dios encarnado, manifestado y realizado sobre la tierra se ha llamado Hijo del hombre.

Es después de haber concebido a Dios en su inteligencia y en su amor que la humanidad ha podido comprender el Verbo sublime que ha dicho: ¡Hágase la luz!

El hombre es la forma del pensamiento divino, y Dios es la síntesis idealizada del pensamiento humano.

Así, el Verbo de Dios es revelador del hombre, y el Verbo del hombre es revelador de Dios.

El hombre es el Dios del mundo, y Dios es el hombre del cielo.

Antes de decir: Dios quiera, el hombre ha querido.

Para comprender y honrar a Dios todopoderoso, es preciso que el hombre sea libre.

Al obedecer y abstenerse por temor del fruto de la ciencia, el hombre había sido inocente y estúpido como el cordero; al tornarse curioso y rebelde como el ángel de luz, él mismo ha cortado el cordón de su ingenuidad y ha caído libre sobre la tierra, llevando consigo a Dios en su caída.

Por esto, se eleva junto con el gran condenado del calvario desde el fondo de esta caída sublime, y, glorioso, entra junto con él en el reino de los cielos.

Pues el reino de los cielos pertenece a la inteligencia y al amor, ambos hijos de la ¡libertad!

Dios ha mostrado al hombre la libertad como una amante y, para probar su corazón, ha hecho pasar entre ambos el fantasma de la muerte.

El hombre ha amado esta libertad y se ha sentido Dios; ha dado por ella lo que Dios le había concedido a él: la eterna esperanza.

Se ha lanzado hacia su amada desafiando a la sombra de la muerte y el espectro se ha desvanecido.

El hombre ha poseído la libertad. Ha comprendido la vida.

Paga ahora por tu pasada gloria, ¡oh, Prometeo!

¹ La fe es la sustancia de las cosas que se esperan. la evidencia de las cosas que no se ven.

Tu corazón, devorado sin cesar, no puede morir; es tu verdugo, el buitre, y Júpiter, quienes morirán.

Un día, despertaremos al fin de los penosos sueños de una vida atormentada. La obra de nuestra prueba habrá terminado y seremos entonces suficientemente fuertes ante el dolor como para ser inmortales.

Entonces, viviremos en Dios una vida más plena, y descenderemos a su obra con la luz de su pensamiento, seremos arrebatados en lo infinito por el soplo de su amor.

Seremos sin duda la raíz de una nueva raza; los ángeles de los hombres futuros.

Mensajeros celestes, vagaremos en la inmensidad y las estrellas serán nuestros blancos navíos.

Nos transformaremos en dulces visiones para el descanso de los ojos que lloran; recogeremos lirios radiantes en desconocidas praderas y esparciremos el rocío sobre la tierra.

Acariciaremos el párpado del niño para inducirlo al sueño y regocijaremos con dulzura el corazón de la madre, ante el espectáculo de la belleza de su hijo bienamado.

II

El Binario

El binario es particularmente el número de la mujer, esposa del hombre y madre de la sociedad.

El hombre es el amor en la inteligencia, la mujer es la inteligencia en el amor.

La mujer es la sonrisa del creador satisfecho de su creación;
descansa luego de haberla creado, como dice la parábola celeste.

La mujer está antes que el hombre, puesto que ella es madre, y todo le está perdonado de antemano, puesto que alumbró con dolor.

La mujer se ha iniciado primero a la inmortalidad por la muerte; entonces el hombre la ha visto tan bella y ha comprendido su generosidad de tal manera que no ha querido sobrevivirla y la ha amado más que a su vida, más que a su felicidad eterna.

¡Dichoso proscrito! ¡Puesto que ella le ha sido dada por compañera de su exilio!

Pero los hijos de Caín se han rebelado contra la madre de Abel y han esclavizado a su madre.

La belleza de la mujer se ha convertido en una presa para la brutalidad de los hombres sin amor.

Entonces, la mujer ha cerrado su corazón como un santuario ignoto y ha dicho a los hombres indignos de ella: «Soy virgen, pero anhele ser madre, y mi hijo os enseñará a amarme.»

¡Oh, Eva, sed salva y adorada en tu caída!

¡Oh, María, sed bendita y adorada en tus dolores y en tu gloria!

¡Santa crucificada que habéis sobrevivido a vuestro Dios para sepultar a vuestro hijo, sed para nosotros la última palabra de la divina revelación!

Moisés llamó a Dios Señor, Jesús le llamaría Padre, y nosotros pensando en Vos diremos a la Providencia: «¡Tu eres nuestra madre!»

Hijos de mujer, perdonemos a la mujer caída.

Hijos de mujer, adoremos a la mujer regenerada,

Hijos de mujer, que hemos reposado sobre su seno, hemos sido acunados en sus brazos y consolados por sus caricias, amémosla y amémonos entre nosotros.

III

El Ternario

El ternario es el número de la creación.

Dios se crea eternamente a sí mismo, y el infinito que colma con sus obras es una creación incesante e infinita.

El amor supremo se contempla en la belleza como en un espejo, y ensaya todas las formas como adornos, ya que él es el amante de la vida.

El hombre también se afirma y crea él mismo: él se adorna con sus conquistas, se ilumina con sus concepciones, se reviste de sus obras como de un hábito nupcial.

La gran semana de la creación ha sido imitada por el genio humano, divinizando las obras de la naturaleza.

Cada día ha proporcionado una nueva revelación, cada nuevo rey que adviene al mundo ha sido por un día la imagen y encarnación de Dios. ¡Sueño sublime que explica los misterios de la India y justifica todos los simbolismos!

La alta concepción del Hombre-Dios corresponde a la creación de Adán, y el cristianismo, semejante a los primeros días del arquetipo humano en el paraíso terrestre, no ha sido más que una aspiración y una viudez.

Esperamos el culto de la esposa y la madre, aspiramos a las bodas de la nueva alianza.

Entonces los pobres, los ciegos y todos los proscritos del viejo mundo serán convidados al festín y recibirán un traje nupcial; y se mirarán los unos a los otros con gran dulzura y sonrisa inefable, puesto que han llorado por tanto tiempo.

IV

El Cuaternario

El cuaternario es el número de la fuerza. Es el ternario que ha sido completado por su producto. Es la Unidad rebelde, reconciliada con la trinidad soberana.

En el primer ardor de la vida, el hombre había olvidado a su madre y no entendía a Dios sino como un padre inflexible y celoso.

El sombrío Saturno, armado de su guadaña parricida, se entregó a devorar a sus propios hijos.

Júpiter poseía relámpagos que aterraban al Olimpo, y Jehová truenos que ensordecían la soledad del Sinaí.

Sin embargo, el padre de los hombres, llegando a estar ebrio como Noé en una ocasión, reveló al mundo los misterios de la vida.

Psique, divinizada por sus tormentos, llegó a ser la esposa del amor. Adonis resucitado volvió a encontrar a Venus en el Olimpo; Job, victorioso del mal, recobró más de lo que había perdido:

La leyes una prueba del coraje.

Amar la vida, mas no temer a las amenazas de la muerte, es merecer la vida.

Los elegidos son aquellos que osan. ¡Desgraciados los tímidos!

Así los esclavos de la ley que se hicieron tiranos de las conciencias, y los servidores del temor, y los avaros de la esperanza, y los fariseos de todas las sinagogas y todas las iglesias ¡ellos son los réprobos y los malditos por el Padre!

Cristo, ¿no fue acaso excomulgado y crucificado por la sinagoga?

Savonarola, ¿no fue quemado por orden de un soberano pontífice de la religión cristiana?

¿No son acaso los fariseos de hoy los que eran en tiempos de Caifás? Si alguno hablara en nombre de la inteligencia y del amor, ¿le escucharían?

Fue arrancando los hijos de la libertad a la tiranía de los faraones como inauguró Moisés el reino del Padre.

Fue quebrantando el insoportable yugo del fariseísmo mosaico como Jesús convidó a todos los hombres a la fraternidad del hijo único de Dios.

Cuando caigan los últimos ídolos, cuando se rompan las últimas cadenas materiales de las conciencias, cuando los últimos verdugos de profetas y silenciadores del Verbo sean confundidos, será entonces el reino del Espíritu Santo.

¡Gloria, pues, al Padre que ha sepultado el ejército del faraón en el mar Rojo!

¡Gloria al Hijo que ha rasgado el velo del templo, cuya pesada cruz, al ser colocada sobre la corona de los césares, ha inclinado su frente contra la tierra!

¡Gloria al Espíritu Santo, que debe barrer de la tierra con su soplo terrible a todos los ladrones y los verdugos, para dar lugar al banquete de los hijos de Dios!

¡Gloria al Espíritu Santo, que ha prometido la conquista de la tierra y del cielo al ángel de la libertad!

El ángel de la libertad ha nacido antes de la autora del primer día, antes del despertar mismo de la inteligencia, y Dios le ha llamado la estrella de la mañana.

¡Oh, Lucifer!, te has apartado por tu desdeñosa voluntad del cielo donde el sol te bañaba en su esplendor, para explorar con tus propios rayos los campos incultos de la noche.

Tú brillas cuando el sol se oculta, y tu centelleante mirada precede al comienzo del día.

Caes para remontarte de nuevo. Escoges la muerte para conocer mejor la vida.

Para las glorias pasadas del mundo eres la estrella de la tarde.

Para la verdad que renace, el bello lucero de la mañana.

La libertad no es la licencia, ya que la licencia es tiranía.

La libertad es guardiana del deber, puesto que ella reivindica el derecho.

Lucifer, a quien edades de tinieblas han convertido en genio del mal, será verdaderamente el ángel de luz cuando haya conquistado la libertad al precio de su reprobación, y haga uso de esta libertad para someterse al orden eterno, inaugurando así las glorias de la obediencia voluntaria.

El derecho no es sino la raíz del deber. Hace falta tener para dar.

Así, vemos cómo la más alta y profunda poesía explica la caída de los ángeles.

Dios había concedido a sus espíritus la luz y la vida. Luego les dijo: Amad.

¿Qué es amar?, respondieron éstos.

Amar es darse a los otros, les dijo Dios. Los que amen sufrirán, pero ellos serán amados.

Tenemos derecho a no dar nada y no queremos sufrir, dijeron los espíritus enemigos del amor.

Permaneced en vuestro derecho, respondió Dios, y separémonos. Yo y los míos queremos amar y aun morir por amor. ¡Es nuestro deber!

El ángel caído es, pues, aquel que desde el comienzo ha rehusado amar. El no ama, y en ello consiste todo su suplicio. El no da, y en ello estriba toda su miseria. El no sufre, y ésta es su vacuidad. El no muere, y en ello encuentra su exilio.

El ángel caído no es Lucifer, el portador de luz, sino Satán, el calumniador del amor.

Ser rico es dar; no dar nada es ser pobre. Vivir es amar; no amar nada es estar muerto. Ser dichoso es entregarse; no existir más que para sí es condenarse a sí mismo y arrojarse al infierno.

El cielo es la armonía de los sentimientos generosos. El infierno es el conflicto de los instintos desencadenados.

El hombre de derecho es Caín, que mata por envidia a Abel; el hombre de deber es Abel, quien muere por amor a manos de Caín.

Tal ha sido la misión de Cristo, el gran Abel de la humanidad.

No es por derecho que debemos atrevernos a osarlo todo; es por deber.

El deber es la expansión y el gozo de la libertad. El derecho aislado es el padre del servilismo.

El deber es la devoción; el derecho es el egoísmo.

El deber es el sacrificio; el derecho es la rapiña y el robo. El deber es el amor; el derecho es el odio.

El deber es la vida infinita; el derecho es la muerte eterna.

Si hace falta combatir para la conquista del derecho, no es sino para adquirir el poder del deber. ¿Por qué, pues, podríamos ser libres sino para amar, entregarnos y ser semejantes así a Dios?

Si es preciso llegar a infringir la leyes porque ella encierra al amor en el miedo.

Aquel que quiera salvar su alma la perderá, dice el libro santo, y aquel que consintiera en perderla, la salvará.

¡El deber es amar: perezca todo aquello que sirve de obstáculo al amor! Silencio de los oráculos del odio. ¡Aniquilación para los falsos dioses del temor y el egoísmo! ¡Vergüenza a los esclavos avaros del amor!

¡Dios ama a los hijos pródigos!

V

El Quinario

El quinario es el número religioso, es el número de Dios, asociado al de la mujer.

La fe no es la credulidad tonta, propia de la ignorancia maravillada.

La fe es la conciencia y la confianza del amor.

La fe es el grito de la razón que persiste en negar el absurdo, aun delante de lo desconocido.

Es un sentimiento necesario al alma, como la respiración a la vida: es la dignidad del corazón y la realidad del entusiasmo. La fe no consiste en la afirmación de talo cual símbolo, sino en una aspiración constante y verdadera a todas las verdades ocultas tras los simbolismos.

¿Un ser humano rechaza una idea indigna de la divinidad, destroza las falsas imágenes, se rebela contra las idolatrías odiosas, y vosotros diríais que se trata de un ateo?

Los perseguidores de la decadente Roma llamaban también ateos a los primeros cristianos, en vista de que éstos no adoraban a los ídolos de Calígula o de Nerón.

Negar toda una religión, e incluso todas las religiones, antes que adherirse a fórmulas que la conciencia rechaza, es un valiente y sublime acto de fe.

Todo hombre que sufre por sus convicciones es un mártir de la fe.

El podrá no saber explicarse, pero prefiere la justicia y la verdad antes que cualquier otra cosa; no le condenemos sin oírle.

Creer en la verdad suprema no es definirla, y declarar que se cree en ella es reconocer que se la ignora.

El apóstol San Pablo limita toda la fe a dos cosas: Creer que Dios existe y que El recompensa a quienes le buscan.

La fe es más grande que las religiones, puesto que necesita menos de los artículos de la creencia.

Un dogma cualquiera no constituye sino una creencia y pertenece a una comunión especial; la fe es un sentimiento común a la totalidad de la humanidad.

Cuanto más se discute para precisar, menos se cree; un dogma viene a ser una creencia 'que una secta se apropia, con lo cual se queda con una parte de la fe universal.

Dejemos que los sectarios hagan y rehagan sus dogmas, a los supersticiosos que detallen y formulen sus supersticiones, dejemos a los muertos que sepulsen a sus muertos como dijo el Maestro, y creamos en la verdad indecible, en el absoluto que la razón admite sin comprenderlo, en aquello que presentimos sin saberlo.

Creamos en la razón suprema.

Creamos en el amor infinito y miremos con piedad las estupideces de la escolástica y las barbaries de la falsa religión.

¡Oh hombre! Dime lo que tú esperas y te diré lo que tú vales. Tú oras, tú ayunas, tú velas, ¿y crees que con ello vas a escapar solo, o casi solo, a la inmensa perdición de los hombres devorados por un Dios celoso? Eres un hipócrita y un impío.

Haces de la vida una orgía y esperas la nada como sueño, eres, pues, un enfermo o un insensato.

Estás dispuesto a sufrir como los otros y por los otros y esperas la salud de todos, eres entonces sabio y justo.

Esperar no es vivir en el temor.

Sentir temor de Dios. ¡Qué blasfemia!

El acto de esperanza es la oración.

La oración es la expansión del alma en la sabiduría y el amor eternos.

Es la mirada del espíritu hacia la verdad, es el suspiro del corazón hacia la suprema belleza.

Es la sonrisa del niño hacia su madre.

Es el murmullo del bien amado que se inclina hacia los brazos de su bien amada.

Es la dulce alegría del alma amorosa que se diluye en un océano de amor.

Es la tristeza de la esposa en la ausencia de su esposo.

Es el suspiro del viajero que piensa en su patria.

Es el pensamiento del pobre, que trabaja para alimentar a su esposa y sus hijos.

Oremos en silencio y elevemos hacia nuestro Padre desconocido una mirada de confianza y de amor; aceptemos con fe y resignación la parte que El nos ha dado en las penurias de la vida, y todos los latidos de nuestro corazón serán palabras de oración.

¿Acaso tenemos necesidad de mostrar a Dios aquellas cosas que le pedimos y El no conocerá lo que nos es necesario?

¡Si lloramos, ofrezcámosle nuestras lágrimas; si estamos alegres, ofrezcámosle nuestra sonrisa; si El nos golpea, bajemos la cabeza; si El nos acaricia, durmamos entre sus brazos!

Nuestra oración llegará a ser perfecta cuando oremos sin saber que lo estamos haciendo.

La oración no es un clamor que ensordece los oídos, es un silencio que penetra en el corazón.

Dulces lágrimas vienen a humedecer los ojos, y los suspiros se escapan como el humo del incienso.

En ella, nos sentimos presa de un amor inefable por todo lo que es bondad, verdad y justicia; una vida nueva palpita en ella y no tememos el morir, pues la oración es la vida eterna de la inteligencia y el amor, es la vida de Dios sobre la tierra.

¡Amarse los unos a los otros, he aquí la ley y los profetas!

Meditad y comprended estas palabras.

¡Y cuando las hayáis comprendido no leáis más, no busquéis más, no dudéis más, amad!

¡No seáis más sabios, no seáis más eruditos, amad! Esta es toda la doctrina de la verdadera religión; religión significa caridad y Dios mismo no es sino amor.

Os he dicho ya, amar es dar.

El impío es aquel que absorbe a los demás.

El hombre piadoso es aquel que se expande hacia la humanidad.

Si el corazón del hombre concentra en sí mismo el fuego con el cual Dios le ha animado, es un incendio que todo lo devora y no dejará sino cenizas; pero si dejamos que irradie hacia los demás, se convertirá en un dulce sol de amor.

El hombre se debe a su familia, la familia se debe a la patria, la patria a la humanidad.

El egoísmo humano merece el aislamiento y la desesperación; el egoísmo de la familia merece la ruina y el exilio; el egoísmo de la patria merece la guerra y la invasión.

El hombre que se aísla de todo amor humano diciendo: Yo serviré a Dios, se equivoca. Pues, dice el apóstol San Juan, ¿si no amamos al prójimo a quien vemos, como podremos amar a Dios, a quien no vemos?

Es preciso dar a Dios lo que es de Dios, pero no por ello se debe rehusar al César lo que es del César.

Dios es aquel que da la vida. César es aquel que puede dar la muerte.

Es preciso amar a Dios y no temer al César, pues está escrito en el libro sagrado: Aquel que hiera por la espada, perecerá por la espada.

¡Queriendo ser buenos, seréis justos; al querer ser justos, seréis libres!

Los vicios que hacen al hombre semejante a la bestia, son los primeros enemigos de su libertad.

¡Mirad a un borracho y decidme si puede ser libre en medio de tal inmundicia brutal!

El avaro maldice la vida de su padre y, como el cuervo, tiene hambre de carroña.

El ambicioso quiere ruinas, es un envidioso que delira; el libertino escupe sobre el seno materno y colma de engendros las entrañas de la muerte.

Todos estos corazones sin amor son castigados con el más cruel de los suplicios: el odio.

Pues bien sabemos que el propio pecado lleva consigo su expiación.

El que obra el mal es como una vasija de terracota mal acabada, la fatalidad le romperá.

VI

El Senario

El senario es el número de la iniciación mediante la prueba; es el número del equilibrio, es el jeroglífico de la ciencia del bien y del mal.

Aquel que busca el origen del mal, busca de dónde proviene aquello que no existe.

El mal es el apetito desordenado del bien, el infructuoso intento de una voluntad poco educada.

Cada uno posee el fruto de sus obras, y la pobreza no es más que el aguijón para el trabajo.

Para la mayoría de los seres humanos, el sufrimiento es como el perro del pastor, que muerde ola lana de los corderos para hacerles volver al camino.

Es por la sombra que somos capaces de conocer la luz; es por el frío que podemos apreciar el calor; es por la pena que somos sensibles al placer.

Así, el mal representa para nosotros la ocasión y el comienzo del bien.

Pero, en los sueños que forja nuestra imperfecta inteligencia, inculpamos al trabajo providencial en lugar de entenderlo.

En ello, nos asemejamos al ignorante que juzga un cuadro sin estar terminado y exclama al ver la cabeza: ¿acaso esta figura carece de cuerpo?

La naturaleza permanece tranquila y hace su obra.

La reja del arado no es cruel por el acto de remover el seno de la tierra, y las grandes revoluciones del mundo son obra de Dios.

Todo es bueno a su tiempo: gobernantes bárbaros para los pueblos salvajes; los carniceros para el ganado, los jueces y los padres para el hombre.

Si el tiempo pudiera cambiar a los corderos en leones, éstos devorarían pastores y rebaños.

Los corderos no cambian nunca, puesto que no reciben instrucción, pero, en cambio, los pueblos se instruyen.

Pastores y matarifes de los pueblos, tenéis, pues, razón en mirar como enemigos a aquellos que hablan a vuestro redil.

Rebaños que no conocéis más que a vuestros pastores y que queréis ignorar su comercio con los matarifes sois excusables por lapidar a los que os humillan y os inquietan hablándoos de vuestros derechos.

¡Oh, Cristo! ¡Los grandes te condenan, tus discípulos reniegan de ti, el pueblo te maldice y aclama tu suplicio, Dios te abandona, sólo tu madre llora por ti!

¡Eli! ¡Eli! ¡Lamma Sabachtani!

VII

El Septenario

El septenario es el gran número bíblico. Es la clave de la creación de Moisés y el símbolo de toda la religión. Moisés nos ha legado cinco libros y la ley se resume en dos testamentos.

La Biblia no es una historia, es una colección de poemas, un libro de imágenes y alegorías.

Adán y Eva representan los arquetipos primordiales de la humanidad; la serpiente tentadora es el tiempo con sus pruebas; el árbol de la ciencia es el derecho; la expiación mediante el trabajo es el deber.

Caín y Abel son analogía de la carne y el espíritu, la fuerza y la inteligencia, la violencia y la armonía.

Los gigantes son los antiguos usurpadores de la tierra; el diluvio es símbolo de una gran revolución.

El arca es la tradición que se conserva en el seno de una familia: en aquella época, la religión era un misterio y propiedad privada de una raza. Cam es maldito por haberlo revelado.

Nemrod y Babel son dos alegorías primitivas del despotismo personal y del imperio universal soñado siempre por éste; buscado sucesivamente por los persas, Alejandro, Roma, Napoleón, los sucesores de Pedro el Grande, y siempre inconcluso a causa de la dispersión de intereses, simbolizada por la confusión de lenguas.

El imperio universal no debe realizarse por la fuerza, sino por la inteligencia y el amor. Así, pues, a Nemrod, hombre regido por el derecho salvaje, la Biblia enfrenta a Abraham, hombre regido por el deber que busca la libertad y la lucha a través del exilio en tierra extranjera, de la cual se adueña por la inteligencia.

El tiene una esposa estéril, es su inteligencia, y una esclava fecunda, es su fuerza; pero cuando la fuerza ha producido su fruto, la inteligencia se torna a su vez fecunda, y el hijo de la inteligencia provoca el exilio del hijo de la fuerza. El hombre de inteligencia es sometido a rudas pruebas; debe confirmar sus logros mediante el sacrificio. Dios quiere que inmole a su hijo, es decir, que la duda debe probar el dogma y que el hombre intelectual debe estar presto a sacrificarse ante la razón suprema. En tonces, Dios interviene: la razón universal cede ante los esfuerzos del trabajo, ella se muestra a la ciencia, y solamente es inmolado el lado material del

dogma. Este es representado por el carnero, cuyos cuernos han quedado enredados en la maleza. La historia de Abraham es así un símbolo en el antiguo estilo, y contiene una gran revelación de los destinos del alma humana. Leída al pie de la letra, es un relato absurdo y chocante. San Agustín nunca tomó al pie de la letra el asno de oro de Apuleyo. ¡ Pobres grandes hombres!

La historia de Isaac es otra leyenda. Rebeca es la típica mujer oriental, laboriosa, hospitalaria, parcial en sus afectos, astuta y retorcida en sus manejos. Jacob y Esaú son de nuevo los dos caracteres antes simbolizados en Caín y Abel, pero aquí Abel se vengó: la inteligencia emancipada triunfa por la astucia. Todo el genio israelita está condensado en la imagen de Jacob, el paciente y laborioso suplantador que cede a la cólera de Esaú, llega a ser rico y compra el perdón de su hermano. Nunca debemos olvidar que cuando los antiguos querían filosofar, inventaban una historia.

La historia o leyenda de José contiene ya en germen todo el genio del evangelio, y el Cristo, al ser desconocido por su pueblo, ha debido llorar más de una vez recordando aquella escena donde el gobernador de Egipto se arroja al cuello de Benjamín, lanzando un fuerte grito: «¡Yo soy José!»

Israel llega a ser el pueblo de Dios, es decir, el conservador de la idea y el depositario del verbo. Está expuesta aquí la idea de la independencia humana y de la realización por el trabajo, idea que se esconde con cuidado como un precioso germen. Un signo doloroso e indeleble se imprime sobre los iniciados, toda imagen de la verdad está prohibida, y los hijos de Jacob velan, espada en mano, por la unidad del tabernáculo. Hamor y Shechem pretenden introducirse por la fuerza en la familia santa y perecen, junto con su pueblo, luego de una fingida iniciación. Para dominar sobre los pueblos hace falta que el santuario se imponga a base de sacrificios y terror.

La servidumbre de los hijos de Jacob prepara su liberación: ellos tienen una idea, y no se puede encadenar una idea; ellos poseen una religión, y no se puede violentar una religión; ellos son, en fin, un pueblo, y no se ata a todo un pueblo. La persecución suscita vengadores. La idea se encarna en un hombre. Moisés se eleva y el faraón cae, y la columna de nubes y llamas que precede a un pueblo liberado avanza majestuosamente por el desierto.

Cristo es sacerdote y rey por la inteligencia y por el amor. El ha recibido el óleo santo, la unción del genio, unción de la fe y de la virtud, que es la fuerza.

El viene cuando el sacerdocio se encuentra extenuado, los viejos símbolos han perdido su virtud y la patria de la inteligencia está arrasada.

El viene para llamar a Israel a la vida, y si no puede conmover a Israel, asesinado por los fariseos, resucitará al mundo, ¡ abandonado. al culto muerto de los ídolos!

¡El Cristo, es el derecho del deber!

El hombre no tiene otro derecho que el de cumplir con su deber.

¡Hombre, estás en el derecho de resistir hasta la muerte a cualquiera que te impida realizar tu deber!

¡Madre! Tu hijo se ahoga; un hombre te impide socorrerle; tú herirás a ese hombre y correrás a salvar a tu hijo!... ¿Quién, pues, osará condenarte?..

Cristo ha venido para oponer el derecho del deber al deber del derecho.

El derecho entre los judíos era la doctrina de los fariseos. En efecto, ellos parecían haber adquirido el privilegio de dogmatizar: ¿no eran acaso los legítimos herederos de la sinagoga?

Ellos tuvieron derecho para condenar al Salvador, y el Salvador sabía que su derecho estaba en oponerse a ellos.

Cristo es la protesta viva.

¿Pero la protesta contraqué? ¿De la carne contra la inteligencia? ¡No!

¿De la atracción física contra la atracción moral? ¡No, no!

¿De la imaginación contra la razón universal? ¿De la locura contra la sabiduría? ¡ No, y mil veces no, de nuevo!

Cristo es el deber real, que protesta eternamente contra el derecho imaginario.

Es la emancipación del espíritu que quiebra la servidumbre de la carne.

Es la devoción, que se rebela contra el egoísmo.

Es la modestia sublime que responde al orgullo: ¡ No te obedeceré!

Cristo está viudo, Cristo está solo, Cristo está triste: ¿Por qué?

Es que la mujer se ha prostituido.

Es que la sociedad es convicta de robo.

¡Es que la alegría egoísta es impía!

¡Cristo es juzgado, es condenado, es ejecutado, y se le adora! Esto puede ocurrir acaso en un mundo menos serio que el nuestro.

Jueces del mundo en que vivimos, estad atentos y pensad en Aquel que ha de juzgar vuestros juicios.

Pero, antes de morir, el Salvador ha legado a sus hijos el símbolo inmortal de salvación: la comunión.

Comunión, unión común, última palabra del Salvador del mundo.

¡El pan y el vino, repartidos entre todos, ha dicho El, es mi carne y es mi .sangre!

El ha dado su carne a los verdugos, su sangre a la tierra, que ha querido beberla, y ¿por qué?

Para que todos compartan el pan de la inteligencia y el vino del amor.

¡Oh, signo de unión de los hombres!, ¡oh, mesa común!, ¡oh, banquete de la fraternidad y la igualdad, ¿cuándo serás mejor comprendido?

Mártires de la humanidad, vosotros todos que habéis dado vuestra vida a fin de que todos tengan el pan que alimenta y el vino que fortifica, ¿no diríais también, imponiendo las manos sobre estos signos de la universal comunión: esta es nuestra carne y nuestra sangre?

Y vosotros, hombres del mundo entero, vosotros a quienes el Maestro llamó sus hermanos: ¡Oh, no sentís acaso que el pan universal, el pan fraternal, el pan de la comunión, es Dios!

Deudores del crucificado.

Vosotros todos, que no estáis dispuestos a dar a la humanidad vuestra sangre, vuestra carne y vuestra vida, no sois dignos de la comunión del Hijo de Dios. ¡ No hagáis correr su sangre sobre vosotros, pues os dejará manchas sobre la frente!

No aproximéis vuestros labios al corazón de Dios. El percibirá vuestra mordedura.

No bebáis la sangre de Cristo, pues os quemará las entrañas; ¡ya es suficiente con que haya corrido inútilmente para vosotros!

VIII

El número ocho

El ocho es el número de la reacción y de la justicia que equilibra.

Toda acción produce una reacción.

Es la ley universal del mundo.

El cristianismo produjo el anticristianismo.

El anticristo es la sombra, es el repudio, es la prueba del Cristo.

El anticristo se produjo ya en la Iglesia en la época de los apóstoles: que aquel que ahora tienta, tentará hasta la muerte, dijo San Pablo, y el hijo de la iniquidad se manifestará.

Los protestantes han dicho: El anticristo es el Papa.

El Papa ha respondido: Todo hereje es un anticristo.

El anticristo no está manifestado más en el Papa que en Lutero: el anticristo es el espíritu opuesto al de Cristo.

Es la usurpación del derecho por el derecho. Es el orgullo del dominio y el despotismo del pensamiento.

Es el egoísmo pretendido como religioso por los protestantes, y también es la ignorancia crédula e imperiosa de los malos católicos.

El anticristo es lo que divide a los hombres en vez de unirles; es el espíritu de disputa, la tozudez de los doctos y sectarios, el deseo impío de apropiarse de la verdad y excluir a los demás, o de forzar a todo el mundo a sufrir la estrechez de nuestros juicios.

El anticristo es el sacerdote que maldice, en lugar de bendecir; que distancia, en vez de reunir; que escandaliza, en vez de edificar, y que condena, en lugar de salvar.

Es el fanatismo odioso que desanima la buena voluntad.

Es el culto de la muerte, de la tristeza y la fealdad.

¿Qué porvenir daremos a nuestro hijo?, se dicen los padres insensatos; él es débil de cuerpo y espíritu y su corazón aún no da muestras de vida: haremos de él un sacerdote a fin de que pueda vivir del altar. Y ellos no comprenden que el altar no es un comedero para los animales holgazanes.

Al mirar a los sacerdotes indignos, contemplad a éstos que pretenden ser servidores del altar. ¿Qué dicen a vuestro corazón esos hombres gordos o cadavéricos, con sus ojos sin mirada y sus labios apretados o boquiabiertos?

Escuchadles hablar: ¿Os enseña algo ese ruido desagradable y monótono?

Ellos oran igual que duermen, y sacrifican igual que comen.

Son como máquinas que funcionan a base de pan, carne y vino, y de palabras vacías de sentido.

Y cuando ellos se regocijan, como cernícalos al sol, de existir sin inteligencia y sin amor, se dice que tienen la paz del alma.

Ellos tienen la paz del bruto y para el hombre mejor sería que gozaran de la paz de la tumba. Son los sacerdotes de la estupidez y la ignorancia; ellos son los ministros del anticristo.

El verdadero sacerdote de Cristo es un hombre que vive, ama, sufre y combate por la justicia; él no disputa ni reprueba, pero irradia de sí el perdón, la inteligencia y el amor.

El verdadero cristiano es extraño al espíritu de secta. El es todo para todos, y mira a los hombres como hijos de un padre común que a todos quiere salvar. El símbolo total no es para él sino un profundo sentido de dulzura y amor: él deja a Dios los secretos de la justicia, y no entiende sino la caridad.

El mira a los malvados como a enfermos que es preciso compadecer y curar. El mundo, con sus errores y sus vicios, es para él un hospital de Dios, y él quiere ser el enfermero.

No se considera mejor que nadie; dice sólo: en tanto me encuentre bien, serviré a los demás, y cuando llegue el momento de caer y morir, otros vendrán a tomar mi lugar y me ayudarán.

IX

El número nueve

He aquí el ermitaño del tarot; he aquí el número de los iniciados y los profetas.

Los profetas son solitarios, puesto que su destino es no ser escuchados jamás.

Ellos ven más que los demás; ellos previenen las desgracias que traerá el porvenir. Por tanto, se les aprisiona o se les mata, se les escarnece o se les destierra como a leprosos, dejándoles morir de hambre.

Luego, cuando aquellos acontecimientos llegan, se dice: son ellos quienes nos han traído la desgracia.

Ahora, como sucede siempre en víspera de grandes desastres, nuestras calles están llenas de profetas.

Yo les he encontrado en las prisiones; he visto cómo mueren olvidados en la miseria.

Toda la gran ciudad ha visto a uno, cuya profecía silenciosa consistía en recorrer incesantemente y cubierto de harapos los palacios del lujo y la riqueza.

He visto a uno cuyo rostro irradiaba como el de Cristo; tenía las manos callosas y el traje propio de un obrero; amasaba epopeyas con barro. Juntaba la espada del derecho al cetro del deber, y sobre esta columna de acero y oro, inauguraba el signo creador del amor.

Un día, en una gran asamblea del pueblo, descendió a la calle llevando en su mano un pan que rompía en pedazos y distribuía diciendo: ¡Pan de Dios, hazte pan para todos!

Conozco otro que grita: No quiero adorar al Dios del demonio; no quiero un verdugo por mi Dios. ¡Y han pensado que blasfemaba!

No era así, pero la energía de su fe se desbordaba en palabras imprudentes e inexactas.

Y continuaba diciendo, en medio de la locura de su caridad ofendida: Todos los hombres son solidarios y penan los unos por los otros en la misma forma en que reciben unos por otros.

El castigo del pecado es la muerte.

El pecado en sí mismo es también un castigo, y el más grande de ellos. Así, un gran crimen no es sino una gran desgracia.

El peor de los hombres es aquel que se cree mejor que los demás.

Los hombres apasionados son excusables, ya que son pasivos. Pasión quiere decir sufrimiento y redención por el dolor.

Lo que llamamos libertad no es sino una fuerza todopoderosa de atracción divina. Los mártires decían: vale más obedecer a Dios que a los hombres.

El más imperfecto de los actos de amor vale más que la mejor palabra de piedad.

No juzguéis, hablad sólo lo necesario, amad y actuad.

Otro más ha venido y ha dicho: Protestad contra las malas doctrinas con las buenas obras, pero no os separéis de nadie.

Reconstruid todos los altares, purificad todos los templos, Y aprestaos para la visita del espíritu de amor.

Que cada uno ore según su rito y comulgue con los suyos, pero sin condenar a los demás.

La práctica de una religión nunca es despreciable, por el contrario, es signo de un pensamiento grande y santo.

Orar juntos es comulgar con una misma esperanza, una misma fe y una sola caridad.

El símbolo nada es por sí mismo. Es la fe la que lo santifica.

La religión es el lazo de unión más sagrado y fuerte de toda asociación humana; hacer un acto religioso es hacer un acto humanitario.

¿Cuándo llegarán por fin los hombres a comprender que no hace falta disputar sobre aquello que ignoramos?

¿Cuándo sentirán que un poco de caridad vale más que una gran cantidad de dominio e influencia?

¿Cuándo respetará todo el mundo lo que Dios mismo respeta en la más ínfima de sus criaturas: la espontaneidad de la obediencia y la libertad del deber?

Entonces, no habrá más que una religión en el mundo, la religión cristiana y universal, la verdadera religión católica que nunca renegará por restricciones de lugar o de personas.

Mujer, dijo el Salvador a la samaritana, en verdad te digo que llegará el día en que los hombres no adorarán a Dios ni en Jerusalén ni sobre esta montaña, pues Dios es espíritu, y sus verdaderos adoradores deberán servirle en espíritu y en verdad.

X

Número absoluto de la kábala

Es la clave de los sefirots (ver *Dogma y Ritual de Alta magia*)

XI

El número once

El once es el número de la fuerza; es el de la lucha y el martirio.

Todo hombre que muere por una idea es un mártir, puesto que para él las aspiraciones del espíritu triunfan sobre los pavores del animal.

Todo hombre que cae en la guerra es un mártir, puesto que muere por los demás.

Todo hombre que muere de miseria es un mártir, puesto que es un soldado herido en la batalla de la vida.

Aquellos que mueren por el derecho son tan santos en su sacrificio como las víctimas del deber, y, en las grandes luchas de la revolución contra el poderío, los mártires han caído por igual en ambos lados.

El derecho constituye la raíz del deber, así que es nuestro deber luchar por nuestros derechos.

¿Qué es un crimen? Es la exageración de un derecho. El asesinato y el robo son negaciones de la sociedad; es el despotismo aislado de un individuo que usurpa la realeza y hace la guerra a sus riesgos y a sus peligros.

Sin duda el crimen debe ser reprimido, y la sociedad debe defenderse, pero, ¿quién es acaso suficientemente justo, grande y puro, para tener la pretensión de castigar?

paz entonces a todos los caídos en la guerra, aun si ésta no es legítima, puesto que han jugado su cabeza y han perdido; han pagado ya y no debemos reclamarles más.

¡Honor a todos aquellos que combaten con lealtad y bravura!, ¡que la vergüenza quede sólo para los traidores y los cobardes!

Cristo murió entre dos ladrones y llevó a uno de ellos junto con El, al cielo.

El reino de los cielos es para aquellos que luchan, y se le gana a brazo limpio.

Dios ha dado al amor una fuerza todopoderosa. El ama el triunfo sobre el odio, pero vomita la tibieza.

El deber está en vivir, ¡aunque no sea más que un instante!

Es bello haber llegado a reinar un día, una hora sola, hemos llegado a estar bajo la espada de Damocles o sobre la hoguera de Sardanápalo!

Pero es más bello haber tenido a sus pies todas las coronas del mundo y haber exclamado: Seré el rey de los pobres, y mi trono estará sobre el Calvario.

Hay un hombre más fuerte que aquel que mata, y es el que muere para salvar.

No existen crímenes aislados, ni expiaciones solitarias. No existen virtudes personales, ni sacrificios perdidos.

Cualquiera que no sea irreprochable, es cómplice de todo mal, y cualquiera que no sea absolutamente perverso puede participar en todo bien.

Es por ello que un suplicio es siempre una expiación humanitaria, y toda cabeza que rueda sobre un cadalso puede ser cubierta de honores y saludada como la de un mártir.

Es por ello también que el más noble y santo de los mártires ha podido, tomando conciencia, encontrarse digno de la pena que le ha sido asignada y decir, saludando a la espada próxima a terminar con su vida: ¡ Que se haga justicia!

Víctimas puras de las catacumbas romanas, protestantes y judíos masacrados por indignos cristianos.

Monjes de L'Abbaye y los Carmelitas, víctimas del reino del terror, monarquistas incinerados, revolucionarios sacrificados a su turno, soldados de nuestros grandes ejércitos, que habéis sembrado el mundo con vuestros huesos, vosotros todos los que habéis sido penosamente muertos, luchadores, osados de todas clases, valientes hijos de Prometeo, que no habéis temido ni al rayo ni a los buitres, honor a vuestras cenizas dispersas. ¡Paz y veneración a vuestra memoria! ¡Habéis sido los héroes del progreso, los mártires de la humanidad!

XII

El número doce

El doce es el número cíclico; es el del símbolo universal. He aquí una traducción en verso del símbolo mágico y católico sin restricción:

Creo en un solo Dios todopoderoso, Padre nuestro,
Creador eterno del cielo y la tierra.
Creo en el Salvador Rey, cabeza de la humanidad,
hijo, verbo y esplendor de la divinidad.

Viva concepción del Amor eterno,
Divinidad visible y vibrante luz.

Deseado por el mundo, en todo tiempo y lugar,
pero sin ser un Dios separado de Dios,

Descendió entre nosotros para liberar la tierra.
y ha santificado en la imagen de su madre a la mujer.

Es El el hombre celestial, un hombre sabio y dulce,
nacido para sufrir y morir, como nosotros.

Acusado por la envidia, proscrito por la ignorancia,
El ha muerto sobre la cruz para darnos la vida.

Todos los que le reconozcan por guía y apoyo,
podrán, por su doctrina, ser Dios como El.

El ha resucitado para reinar sobre las edades,

y debe dispersar los nubarrones de la ignorancia.

Sus preceptos, que algún día serán fuertes y bienentendidos, serán el juicio para los vivos y los muertos.

Creo en el Espíritu Santo, cuyos únicos intérpretes son la mente y el corazón de los santos y profetas.

Es un soplo de vida y de fecundidad, que procede del Padre y de la humanidad.

Creo en la familia única y siempre santa de los justos, que el cielo reúne en su temor.

Creo en la unidad del símbolo, del lugar, del Pontífice y del culto en honor de un solo Dios.

Creo que para nosotros la muerte se traduce en renovación, y que en nosotros, como en Dios, es eterna la vida.

XIII

El número trece

El trece es el número de la muerte y del nacimiento; el de la herencia y la propiedad, de la familia y la sociedad, de la guerra y los tratados.

Las bases de la sociedad están constituidas por la interacción del derecho, el deber y la fe compartida.

El derecho es la propiedad, el intercambio es la necesidad, y la buena fe es el deber.

Aquel que pretende recibir más de lo que da, o que quiere recibir sin dar, es un ladrón.

La propiedad es el derecho para dispensar una parte de la fortuna común; no es un derecho de destrucción ni de secuestro.

Destruir o secuestrar el bien público no es poseerlo; es robarlo.

He dicho el bien público, puesto que el verdadero propietario de todas las cosas es Dios, quien desea que todo sea de todos, quienquiera que seamos, no podremos llevarnos al morir ni uno solo de los bienes de este mundo. Así, lo que nos pertenece un día no es en realidad nuestro. Solamente nos ha sido dado en préstamo.

En cuanto al usufructo, éste es resultado del trabajo; pero el trabajo por sí solo no es garantía segura de la posesión, y puede sobrevenir la guerra, el incendio o la devastación, destruyendo la propiedad.

¡Haced, pues, buen uso de las cosas que son perecederas, vosotros que pereceréis antes que ellas!

Sabed que el egoísmo provoca el egoísmo, y que la inmoralidad del rico responderá por los crímenes a los pobres.

¿Qué desea el pobre, si es honesto?

El desea el trabajo. Usad de vuestros derechos, pero cumplid vuestro deber: el deber del rico es repartir la riqueza; un bien que no circula, está muerto; no atesoréis, pues, la muerte.

Un sofista ha dicho: la propiedad es el robo. Y sin duda él se ha referido a la propiedad guardada, sustraída al cambio, sin participación en la utilidad común.

Si tal ha sido su forma de pensar, él ha podido ir todavía más lejos y afirmar que tal supresión de la vida pública es un verdadero asesinato.

Es el crimen del acaparamiento, que el instinto social ha visto siempre como un crimen de lesa humanidad.

La familia es una asociación natural que resulta del matrimonio.

El matrimonio es la unión de dos seres que el amor reúne y que se prometen mutua devoción en interés de los hijos que deberán nacer.

Dos esposos que tienen un hijo y se separan, son dos impíos. ¿Podrían ellos cumplir la sentencia de Salomón y separar también a su hijo?

Prometerse amor eterno es una puerilidad: el amor sexual es, sin duda, una emoción divina, pero es accidental, involuntario y transitorio. Pero, la promesa de recíproca devoción es la esencia del matrimonio y el principio de la familia.

La sanción y garantía de esta promesa debe ser una absoluta confianza.

Todo acto de celos es una sospecha, y toda sospecha es un ultraje.

El verdadero adulterio es el de la confianza: la mujer que se queja de su esposo a otro hombre, el marido que confía a una mujer que no es la suya las tristezas o las esperanzas de su corazón, ellos traicionan verdaderamente la fe conyugal.

Las sorpresas de los sentidos no son infidelidades sino por causa de los hábitos del corazón que se abandona en mayor o menor grado al conocimiento del placer. Fuera de esto, no son más que fallos humanos que deberían ocultarse con vergüenza; son indecencias que hace falta prevenir rehuyendo las ocasiones, pero que nunca se deberían tratar de sorprender; las costumbres son la proscrición del escándalo.

Todo escándalo es una torpeza. No se es indecente por tener órganos que el pudor no permite nombrar, pero es obsceno cuando se los enseña.

Maridos: ¡esconded las llagas de vuestros asuntos domésticos; no desnudéis a vuestras esposas ante la risotada pública!

Mujeres: no hagáis alarde de las miserias del lecho conyugal: esto equivale a inscribiros como prostitutas ante la opinión pública.

Hace falta una gran dignidad de corazón para guardar la fe conyugal; es como un acto de heroísmo que sólo las almas grandes pueden llegar a comprender por entero.

Los matrimonios que se rompen no son tales; son acoplamientos.

La mujer que abandona a su esposo, ¿qué podrá llegar a ser?, no será ya esposa, ni viuda; qué será entonces sino una apóstata del honor, forzada a llevar una vida licenciosa, ya que no es virgen pero tampoco es libre.

Un marido que abandona a su esposa la prostituye, y merece recibir el infame nombre que se da a los amantes de las muchachas del arroyo.

El matrimonio es, pues, sagrado e indisoluble, puesto que existe en realidad.

Pero no podrá existir así, sino para seres con una alta inteligencia y nobleza de corazón.

Los animales no se casan, y los hombres que viven como animales están sujetos a las fatalidades de su naturaleza.

Ellos emprenden sin cesar ensayos desafortunados para actuar en forma razonable. Sus promesas son nada más que ensayos, amagos de promesa; sus matrimonios, ensayos y amagos de unión matrimonial; sus amores, ensayos y amagos del amor. Ellos desean siempre, pero nunca

quieren; cada día emprenden algo, pero nunca lo terminan. Para tales gentes, las leyes no son aplicables sino desde el lado represivo.

Seres como ellos podrán llegar a tener una prole, pero nunca tendrán una familia; el matrimonio y la familia son derechos del hombre perfecto, del ser humano emancipado, inteligente y libre.

Interrogad también a los anales de los tribunales y leed las historias de los parricidas.

Levantad el negro velo que cubre sus cabezas cortadas y preguntadles lo que han pensado sobre el matrimonio y la familia; qué crianza han tenido y qué caricias les han ennoblecido... Luego estremeceos, todos vosotros que negáis a vuestros hijos el pan de la inteligencia y el amor, vosotros que no confirmáis la autoridad paterna con la virtud del buen ejemplo...

¡Esos miserables han sido huérfanos por el espíritu y el corazón, y no han hecho más que vengarse de su nacimiento...!

Vivimos un siglo donde la familia es más ignorada que nunca en cuanto a lo que posee de augusta y sagrada: el interés material mata la inteligencia y el amor; las lecciones de la experiencia no se tienen en cuenta y se negocia con las cosas de Dios. La carne insulta al espíritu, el fraude ríe en las narices de la honradez. Hace falta un mayor ideal y una justicia suficiente; la vida humana ha llegado a ser huérfana de los dos lados.

¡Coraje y paciencia! Esta centuria irá a parar adonde van los grandes culpables! ¡Ved cómo se encuentra de triste! El tedio es el velo gris que cubre su cabeza... la carreta rueda hacia el patíbulo y la muchedumbre le sigue temblorosa...

Bien pronto un siglo más será juzgado por la historia y se escribirá sobre una gran tumba llena de ruinas: ¡Aquí ha llegado a su fin el siglo parricida! ¡el siglo verdugo de su Dios y de su Cristo!

En la guerra se tiene el derecho de matar para evitar la propia muerte: pero en la batalla de la vida, el más sublime de los derechos es el de morir para evitar tener que matar.

La inteligencia y el amor deberán resistir a la opresión hasta la muerte, nunca hasta el asesinato.

¡Hombre de buen corazón: la vida de aquel que te ha ofendido está en tus manos, así aquél se convierte en maestro de la vida de quienes no disponen de la suya propia... No le incorpores a tu gloria: concédele la gracia!

Pero, ¿estará prohibido matar el tigre que nos amenaza? Si se trata de un tigre con rostro humano, más bello sería dejarse devorar, aunque de cualquier forma, aquí la moral nada nos prescribe.

Pero, ¿si el tigre amenazara a nuestros hijos?..

Entonces, que la naturaleza misma dé la respuesta.

Hermodio y Aristogitón tuvieron fiestas y estatuas consagradas a ellos en la Grecia antigua. La Biblia ha consagrado igualmente los nombres de Judith y Ehod, y una de las figuras más sublimes del libro santo es la de Sansón, ciego y encadenado, que sacude las columnas del templo gritando: «¡Que yo muera junto con los filisteos!

¿Creéis acaso que si Jesús antes de morir hubiese ido a Roma para asesinar a Tiberio, hubiera salvado el mundo como lo hizo, perdonando a sus verdugos y muriendo por todos, incluso por Tiberio?

Bruto, al matar a César, ¿llegó acaso a salvar la libertad romana? Y Cherea, al eliminar a Calígula no hizo más que abrir campo a Claudio y a Nerón. Protestar contra la violencia por la violencia, es justificarla y obligarla a reproducirse.

Pero triunfar del mal por el bien, del egoísmo por la abnegación, de la ferocidad por el perdón: este es el secreto del cristianismo y el de la victoria eterna.

He visto el lugar donde aún sangraba la tierra por la muerte de Abel, y sobre este sitio corría un arroyo de lágrimas.

Y miríadas de hombres avanzaban, conducidos por los siglos, y dejaban caer sus lágrimas en aquel arroyo.

Y la eternidad, que yacía taciturna, contemplaba las lágrimas que caían, las contaba una a una, y nunca eran suficientes para lavar una sola mancha de la sangre.

Pero, entre dos multitudes y dos edades, vino el Cristo, con pálida y radiante figura.

Y plantó la viña de la fraternidad en la tierra de la sangre Y las lágrimas, y éstas, absortas por las raíces del divino árbol, llegaron a ser la deliciosa savia de los racimos que embriagarán de amor a los hijos del porvenir.

XIV

El número catorce

El catorce es el número de la fusión, de la asociación y la unidad universal, y es por cuanto este número representa, que haremos aquí una llamada a las naciones, comenzando por la más antigua y santa de ellas.

Hijos de Israel: ¿Por qué permanecéis inmóviles en medio del movimiento de las naciones, como si guardáseis las tumbas de vuestros padres?

Vuestros padres no se encuentran aquí, ellos han resucitado: ¡el Dios de Abraham, de Isaac y Jacob no es el Dios de los muertos!

¿Por qué imprimís siempre a vuestra generación la sangrante marca del cuchillo?

Dios no quiere separaros más de los otros hombres, así que sed hermanos nuestros y compartid con nosotros la hostia de paz, sobre los altares que la sangre nunca llegará a manchar.

La ley de Moisés se ha cumplido: leed vuestros libros y comprended que habéis sido un pueblo ciego y duro, como ya lo dicen todos vuestros profetas.

Pero también habéis sido un pueblo valiente y perseverante en vuestra lucha.

¡Hijos de Israel, llegad a ser hijos de Dios: comprended y amad!

Dios ha borrado de vuestra frente el signo de Caín y los pueblos al veros pasar no dicen más: ¡Allí van los judíos!, sino que exclaman: ¡Lugar a nuestros hermanos! ¡sitio a nuestros primogénitos en la fe!

Y nosotros iremos todos los años a celebrar la pascua junto a vosotros en la nueva Jerusalén.

Y encontraremos reposo sobre vuestras viñas y vuestras higueras, puesto que seguiréis siendo aún los amigos del viajero, en recuerdo de Abraham, de Tobías y de los ángeles que les visitaron.

Y también en recuerdo de aquel que dijo: Aquel que reciba al más pequeño de entre vosotros, me recibe a mí.

Así como tampoco rehusaríais dar asilo en vuestra casa y en vuestro corazón a vuestro hermano José, a quien vendisteis a las naciones.

Puesto que llegó a ser poderoso en la tierra de Egipto, donde fuisteis a buscar el pan en los días de escasez y esterilidad.

Y él recordó a su padre Jacob, y reconoció a su hermano menor, Benjamín, y os perdonó vuestra envidia, y os abrazó llorando.

Hijos de los creyentes, nosotros cantaremos a vuestro lado: No hay otros Dios distinto a Dios y Mahoma es su profeta.

Decid, al lado de los hijos de Israel: No hay más Dios que Dios, y Moisés es su profeta.

Y decid, junto con los cristianos: ¡ No hay otro Dios que Dios, y Cristo es su profeta!

Mahoma es la sombra de Moisés, Moisés es el precursor de Jesús.

¿Qué es un profeta? Es un representante de la humanidad que busca a Dios. Dios es Dios, el hombre es el profeta de Dios, en cuanto nos induce a creer en El.

La Biblia, el Corán y el Evangelio son tres versiones distintas del mismo libro. Sólo existe una Ley, como sólo existe un Dios.

Oh, mujer idealizada, oh, recompensa de los elegidos, ¿eres acaso más bella que María?

Oh, María, hija del Oriente, casta como el amor puro, grande como toda aspiración maternal, ven Y enseña a los hijos del Islam los misterios del cielo y los secretos de la belleza.

Invítales al festín de la nueva alianza donde, sobre tres tronos radiantes de pedrerías, serán colocados tres profetas.

El árbol proporcionará con sus ramas encorvadas un dosel a la mesa celestial.

La esposa será blanca como la luna y bermeja como la sonrisa de la aurora.

Todos los pueblos acudirán para verla y no temerán más el paso del abismo, pues sobre él extenderá el Salvador su cruz y tenderá su mano a quienes vacilaren, y a aquellos que hubieren caído, la esposa extenderá su velo embalsamado Y les llevará hacia ella.

Pueblos: ¡Unid vuestras manos Y aplaudid al último triunfo del amor! ¡Sólo la muerte permanecerá extinguida, y sólo el infierno será quemado para siempre! ¡Oh, naciones de Europa, a quienes Oriente tiende las manos, uníos para repeler al oso nórdico! ¡Que la última guerra lleve al triunfo de la inteligencia y del amor, que el comercio entrelace los brazos del mundo, y que una nueva civilización inspirada en la fuerza del Evangelio reúna a todos los ejércitos de la tierra bajo el cayado del mismo pastor!

Tales han de ser las conquistas del progreso; tal es el fin hacia el cual nos lleva el movimiento total del mundo.

El progreso es el movimiento; y el movimiento es la vida. Negar el progreso es afirmar la nada y deificar a la muerte. El progreso es la única respuesta que la razón puede oponer frente a las objeciones relativas a la existencia del mal.

Todo no está bien ahora, pero todo estará bien un día. Dios ha comenzado su obra y la terminará.

Sin el progreso, el mal sería inmutable, como Dios.

El progreso explica la ruina y consuela a Jeremías en su pena. Las naciones se suceden como los hombres, y nada es estable, puesto que todo marcha hacia la perfección.

El gran hombre que muere, deja a su patria el fruto de sus obras; una gran nación al extinguirse sobre la tierra se transfigura en una estrella para iluminar la oscuridad de la historia.

Lo que ella ha plasmado por sus acciones permanece grabado en el libro eterno; así, añade una página más a la biblia del género humano.

No digáis que la civilización es mala; en tanto que ella sea semejante al calor húmedo que madura las cosechas, ella desarrolla con rapidez los principios de vida y los principios de muerte; al mismo tiempo mata y vivifica.

Ella viene a ser como el ángel del juicio, que quita a los malvados de en medio de los justos.

La civilización transforma en ángeles de luz a los hombres de buena voluntad, y rebaja al egoísta por debajo de la bestia; es así la corrupción de los cuerpos y la emancipación de las almas.

El mundo impío de los gigantes ha elevado al cielo el alma de Enoch; por sobre las bacanales de la Grecia primitiva, se eleva el espíritu armonioso de Orfeo.

Sócrates y Pitágoras, Platón y Aristóteles, resumen y explican todas las aspiraciones y todas las glorias del mundo antiguo. Las fábulas de Homero permanecen aún más verdaderas que la

historia, y nada nos queda de la grandeza de Roma, fuera de los escritos inmortales que produjera el siglo de Augusto.

¿Podría Roma haber dejado de quebrantar el mundo con sus convulsiones guerreras, sin haber dado a luz su Virgilio?

El cristianismo es fruto de las meditaciones de todos los sabios de Oriente, que reviven en Jesucristo.

Así, la luz de las mentes se ha elevado allí donde se eleva el sol en el mundo; Cristo ha conquistado a Occidente y los dulces rayos del sol de Asia han llegado a los tímpanos del Norte.

Removidos por este desconocido calor, columnas de hombres nuevos se han extendido sobre el mundo extenuado; las almas de los pueblos desaparecidos han irradiado sobre los pueblos rejuvenecidos y han potenciado en ellos el espíritu de vida.

Hay en el mundo una nación que se llama franqueza y libertad, ya que estas dos palabras son sinónimos del nombre de Francia.

Esta nación ha sido siempre, bajo cualquier circunstancia, más católica que el Papa y más protestante que Lutero.

La Francia de las cruzadas, la Francia de los trovadores y las canciones, la Francia de Rabelais y Voltaire, la Francia de Bossuet y Pascal; ella es la síntesis de los pueblos; es ella la que consagra la alianza de la fe y la razón, de la revolución y el poder, de la más tierna creencia y la más fiera dignidad humana.

¡ Ved cómo avanza, cómo se agita, cómo lucha, cómo se engrandece!

A menudo herida y engañada, nunca abatida del todo, entusiasta de sus triunfos, audaz en sus reveses, ella ríe, canta, muere y enseña al mundo la fe en la inmortalidad.

La vieja guardia no se rinde, pero nunca llega a morir. En ella se apoya el entusiasmo de nuestros hijos, que desearían ser algún día, ellos también, soldados de la vieja guardia.

Napoleón es más que un hombre: es el genio mismo de Francia, un segundo salvador del mundo, que también ha dado la cruz como signo a sus apóstoles.

Santa Helena y el Gólgota son los hitos de la nueva civilización. Son los dos pilares de un inmenso arcano que forma el arco iris del último diluvio y tiende un puente entre dos mundos.

¿Podría acaso pensarse que un pasado sin esta aureola y sin esta gloria sería capaz de recuperar y consumir tanto porvenir?

¿O pensaríais acaso que el aguijón de un tártaro puede llegar a destruir algún día el pacto de nuestras glorias, el testamento de nuestras libertades?

¡Mejor decid que volveremos a convertirnos en niños y entraremos de nuevo en el seno materno!

Avanza, avanza, ha dicho la voz divina al judío errante: ¡Avanza, avanza, grita el destino del mundo a Francia!... Y, ¿hacia dónde vamos? A lo desconocido, podría ser el abismo; ¡no importa! ¡Pero volver hacia el pasado, hacia los cementerios del olvido, hacia los pañales que ha desgarrado nuestra propia infancia, hacia la estupidez y la ignorancia de las primeras edades... ¡jamás, jamás!

XV

El número quince

Quince es el número del antagonismo y la catolicidad.

El cristianismo se reparte ahora en dos iglesias: la iglesia civilizadora y la iglesia bárbara, la iglesia progresista y la iglesia estacionaria.

Una es activa, otra es pasiva; una ha gobernado a las naciones y las gobierna siempre, dado que los reyes le temen; la otra ha sufrido todos los despotismos y no puede ser sino un instrumento de servidumbre.

La iglesia activa realiza a Dios ante los hombres y sólo admite la divinidad del Verbo humano como intérprete del Verbo divino.

¿Qué viene a ser, después de todo, la infalibilidad del Papa, sino una autocracia de la inteligencia apoyada por el sufragio universal de la fe?

Bajo esta óptica, se dirá, el Papa tendría que ser el primer genio de su siglo. ¿Por qué? Más vale, en realidad, que sea un espíritu corriente y ordinario. Su supremacía no llega a ser más divina sino en la medida en que sea más humana.

¿Acaso los acontecimientos no hablan más alto que los rencores y que la ignorancia irreligiosa? ¿No estamos viendo a la Francia católica sostener con una mano al papado que se debilita y con la otra la espada para combatir a la cabeza de los ejércitos del progreso?

Católicos, israelitas, turcos, protestantes, combaten ya bajo una misma bandera; la media luna se ha aliado a la cruz latina, y todos juntos luchamos contra la invasión de los bárbaros y contra su ortodoxia embrutecedora.

Hay un hecho cumplido para siempre: al admitir los nuevos dogmas, la silla de San Pedro acaba de mostrarse solemnemente progresista.

La patria del cristianismo católico es la misma de las ciencias y de las bellas artes, y el Verbo eterno del Evangelio, vivo y encarnado en una autoridad visible, sigue siendo la luz del mundo.

¡Silencio, pues, a los fariseos de la nueva sinagoga! ¡Silencio a las odiosas tradiciones de la Escolástica, al sacerdocio arrogante, al jansenismo absurdo, y a todas las interpretaciones supersticiosas y vergonzosas del dogma eterno, tan justamente estigmatizadas por el genio despiadado de Voltaire!

Voltaire¹ y Napoleón han muerto católicos, ¿sabéis acaso lo que será el catolicismo del futuro?

¡Será el dogma evangélico, probado como el oro por la crítica disolvente de Voltaire y realizado en el gobierno del mundo por el genio de un Napoleón cristiano!

¡A quienes no quieran avanzar, los acontecimientos les arrollarán, pasarán sobre ellos!

Inmensas calamidades pueden todavía sobrevenir al mundo. Algún día, los ejércitos del Apocalipsis van a desencadenar las cuatro plagas. El santuario será purificado, y la santa y austera pobreza enviará a sus apóstoles para sostener todo lo que vacile, reedificar lo que ha sido destruido y aplicar el óleo santo sobre todas las contusiones.

El despotismo y la anarquía, estos dos monstruos bañados en sangre, se destrozarán y aniquilarán el uno al otro, luego de haberse sostenido mutuamente por un tiempo mediante la misma intriga de su lucha.

Y el gobierno del porvenir será aquel cuyo modelo nos ha mostrado la naturaleza en la familia, en el ideal religioso por la jerarquía de los pastores. Los elegidos deberán reinar con Cristo durante un milenio, dicen las tradiciones apostólicas, es así que durante una sucesión de centurias, la inteligencia y el amor de los hombres escogidos y dedicados a los cargos del poder, vendrán a administrar los bienes e intereses de la familia universal.

Así, pues, y según la promesa del Evangelio, no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor.

XVI

El número dieciséis

¹ No afirmamos que Voltaire haya muerto como un buen católico, sólo decimos que murió como católico.

Dieciséis es el número del templo.

Veamos lo que será el templo del futuro.

Cuando el espíritu de inteligencia y de amor sea revelado, toda la trinidad se manifestará en su verdad y en su gloria.

La humanidad llegará a ser el reino, y en su calidad de resucitada reunirá la gracia y la poesía de la infancia, el vigor de la juventud con su razón y la sabiduría de la edad madura en sus actos.

Todas las formas que han investido sucesivamente al pensamiento divino, volverán a nacer, perfectas e inmortales.

Todos los bosquejos que el arte de los pueblos ha forjado a través de los siglos, se reunirán y formarán una imagen completa de Dios.

Jerusalén volverá a levantar el templo de Jehová, en base al modelo profetizado por Ezequiel, y Cristo, como un nuevo y eterno Salomón, tendrá allí su gloria, bajo el artesonado de cedro y ciprés, y realizará sus bodas con la santa libertad, joven esposa del Cantar de los cantares.

Pero Jehová deberá hacer a un lado sus truenos para bendecir con sus dos manos al novio y la novia; aparecerá sonriente entre los dos esposos y se regocijará de ser llamado padre.

Para entonces, la poesía oriental con sus mágicas evocaciones, aún le llamará Brahma y Júpiter. La India enseñará a nuestra embelesada audiencia las fábulas maravillosas de Vishnú, y nosotros colocaremos sobre la frente aún sangrante de nuestro bien amado Cristo la triple corona de perlas del místico Trimurti. Venus, purificada bajo el velo de María, no llorará ya más a su Adonis perdido.

El esposo ha resucitado para no morir más, y el jabalí infernal ha encontrado la muerte, después de su pasajera victoria.

¡Elevaos de nuevo, templos de Delfos y Efeso! ¡El Dios de la luz y de las artes ha llegado a ser el Dios del mundo, y el Verbo divino quiere que se le llame Apolo! Diana no estará ya más viuda en los solitarios campos de la noche; su media luna plateada se hallará bajo los pies de la esposa.

Pero Diana no ha sido vencida por Venus; ¡SU Endimión acaba de despertar y la virginidad va a tener el orgullo de ser madre!

Sal de la tumba, oh Fidias, y regocíjate de la destrucción de tu primer Júpiter: es ahora cuando vas a producir un Dios.

¡Oh, Roma! ¡Que tus antiguos templos vuelvan a surgir al lado de tus basílicas; que seas aún la reina del mundo y el panteón de las naciones; que Virgilio sea coronado por la mano de San Pedro en el capitolio, y que el Olimpo y el Carmelo reúnan a sus divinidades bajo el pincel de Rafael!

¡Transfiguraos, pues", antiguas catedrales de nuestros padres; proyectad hasta las nubes vuestras flechas vivamente cinceladas, y que vuestras piedras narren, en animadas figuras, las sombrías leyendas del Norte, amenizadas por los apólogos dorados y maravillosos del Corán!

Que Oriente adore a Jesucristo en sus mezquitas y que, sobre los minaretes de una nueva santa Sofía, se eleve la cruz al lado de la media luna.

Que Mahoma libere a la mujer para dar al creyente las huríes de sus sueños, y que los mártires del Salvador acaricien castamente a los bellos ángeles de Mahoma.

¡Toda la tierra revestida con los ricos ornamentos que todas las artes le han preparado, no será más que un magnífico templo, y el hombre será su eterno sacerdote!

Todo lo que ha sido bello, dulce y verdadero en los siglos pasados revivirá con gloria para esta transfiguración del mundo.

Y la forma bella permanecerá, inseparable de la idea verdadera, así como el cuerpo llegará a ser un día inseparable del alma cuando ésta, activando todas sus potencias, se fabrique un cuerpo a su Imagen.

Será este el reino del cielo sobre la tierra, y los cuerpos serán templos del alma, de igual forma que el universo regenerado será el templo de Dios.

Y cuerpos y almas, pensamiento y forma y el universo entero, serán la luz, el Verbo y la revelación permanente y visible de Dios. ¡Amén! ¡Que así sea!

XVII

El número diecisiete

Diecisiete es el número de la Estrella; es el de la inteligencia y el amor.

¡Audaz inteligencia guerrera, cómplice del divino Prometeo, hija mayor de Lucifer; salud a ti y a tu audacia! ¡Tú has querido saber para tener, tú has desafiado todos los truenos y afrontado todos los abismos!

¡Tú, inteligencia, que has amado a los pobres pecadores hasta el delirio, más allá del escándalo y la reprobación! ¡Divino derecho del ser humano, alma y esencia de la libertad, salud a ti Ellos te han perseguido arrojando a tus pies los sueños más queridos por su imaginación, los más amados fantasmas de su corazón.

¡Por tu causa, ellos han sido rechazados y proscritos; por tí han sufrido prisión, privaciones, hambre, sed, abandono de aquellos a quienes amaban y las sombrías tentaciones de la desesperanza! ¡Tú has sido su derecho y ellos te han conquistado! ¡Ahora, ellos ya pueden creer y llorar, someterse y orar!

¡Repentinamente, Caín se ha vuelto más grande que Abel: es el legítimo orgullo satisfecho, que está en el derecho de hacerse humilde!

Creo, pues bien sé cómo y por qué es preciso creer; creo, puesto que amo, puesto que nada temo.

¡Amor! ¡Amor! Redentor y reparador sublime; ¡tú que puedes fabricar tanta felicidad con tanta pena, tú, el verdugo de la sangre y las lágrimas, tú que eres la virtud misma y el salario de la virtud; fuerza en la resignación, libertad en la obediencia, alegría en el dolor, vida en la muerte, salud! ¡Salud y gloria a ti! ¡Si la inteligencia es una lámpara, tú eres la llama; si ella es el derecho, tú eres el deber; si ella es la nobleza, tú eres la felicidad! ¡Amor, lleno de dignidad y de pudor en tus misterios, amor divino, amor escondido, amor intenso y sublime, Titán, que tomas entre sus manos el cielo y le obligas a descender; secreto inefable y último de la cristiana viudez, amor eterno, amor infinito, ideal que basta para crear los mundos, amor! ¡Amor! ¡Gloria y bendición para ti! ¡Gloria a las inteligencias que ocultan su luz para no ofender a los ojos enfermos! ¡Gloria al derecho que se transforma por entero en deber y llega a ser devoción! ¡A las almas solitarias que aman y se consumen sin ser amadas! ¡A los que sufren y no hacen sufrir a nadie, a los que perdonan la ingratitud y aman a sus enemigos! ¡Oh, dichosos aquellos más que nunca, los que se han empobrecido por ellos mismos y se han agotado para darse! ¡Dichosas aquellas almas que viven en tu paz! ¡Dichosos aquellos puros y sencillos corazones que no se consideran mejores que nadie! ¡Humanidad, madre mía, humanidad, hija y madre de Dios, humanidad concebida sin pecado, Iglesia universal, María! ¡Dichoso el que todo lo ha osado para conocerte y comprenderte y que siempre está dispuesto a sufrir por servirte y amarte!

XVIII

El número dieciocho

Este número es el del dogma religioso, que es todo misterio y poesía.

El Evangelio nos narra que a la muerte del Salvador el velo del templo se rasgó, pues con su muerte se ha manifestado el triunfo de la devoción, el milagro de la caridad, el poder divino en el hombre, la humanidad divina y la divinidad humana, el último y más grande de todos los arcanos, la última palabra de todas las iniciaciones.

Pero el Salvador sabía que no sería comprendido en un principio, y había dicho: Vosotros no estáis ahora en condiciones de resistir toda la luz de mi doctrina, pero cuando el espíritu de verdad se manifieste, él os enseñará toda la verdad y os explicará el sentido de lo que os he dicho.

Así, el espíritu de verdad es también el espíritu de ciencia e inteligencia, el espíritu de fuerza y de consejo.

Es este espíritu el que se ha manifestado solemnemente en la iglesia romana, al expresar los cuatro artículos de su decreto de fecha 12 de diciembre de 1845: 1.º Si la fe es superior a la razón, la razón debe apoyar las inspiraciones de la fe.

2.º La ciencia y la fe tienen cada una su terreno separado, y ninguna de las dos debe usurpar las funciones de la otra.

3.º Lo propio de la fe y de la gracia no es debilitar, sino, por el contrario, desarrollar y afirmar a la razón.

4.º El concurso de la razón, al examinar no las decisiones de la fe, sino las bases naturales y racionales de la autoridad que decide, lejos de hacer daño a la fe, no sabe más que serle útil; o sea, que la fe, al ser perfectamente razonable en sus principios, no debe temer, sino, al contrario, desear el sincero examen de la razón.

Un decreto como éste, representa toda una revolución religiosa que se ha cumplido; es la inauguración del reino del Espíritu Santo sobre la tierra.

XIX

El número diecinueve

Es el número de la luz.

Es la existencia de Dios comprobada por la idea misma de Dios.

Allí es preciso afirmar que el Ser universal e inmenso es como una tumba donde se agita, por un movimiento automático, una forma siempre cadavérica y muerta, o, en cambio, admitir el principio absoluto de la inteligencia y de la vida.

¿La luz universal está viva o muerta? ¿Se inclina fatalmente hacia las obras de la destrucción, o está dirigida en forma providencial hacia un alumbramiento inmortal?

Si no existe Dios, la inteligencia no sería más que una decepción, pues carecería de un absoluto y su ideal se convertiría en una mentira.

Sin Dios, el ser no es sino una nada que se afirma, y la vida una muerte que se disfraza.

La luz sería una noche siempre engañada por el milagro de los sueños.

Así, el primero y más esencial de todos los actos de fe no es otro que éste:

El Ser es; y el ser del ser, la verdad del ser, es Dios.

El Ser está vivo con inteligencia, y la inteligencia viva del Ser absoluto es Dios.

La luz es real y vivificante; la realidad y la vida de toda luz es Dios.

El Verbo de la razón universal es una afirmación, y no una negación.

¡Ciegos aquellos que no perciben que la luz física es un instrumento de la mente!

Sólo el pensamiento puede ver la luz y crearla, poniéndola a su servicio.

¡La afirmación del ateísmo es el dogma de la noche eterna; la afirmación de Dios es el dogma de la luz!

Nos detendremos aquí, en el número diecinueve, a sabiendas de que el alfabeto sagrado tiene veintidós letras; pero las dieci nueve primeras son las claves de la teología oculta, y las tres últimas son las claves de la naturaleza. Nos referiremos a ellas en la tercera parte de esta obra.

* * *

Resumamos lo que se ha dicho de Dios, citando una bella invocación de la liturgia israelita. Es una página del Kether-Malkuth, poema cabalístico del rabino Salomón, hijo de Gabirol:

"Tú eres uno, el comienzo de todos los números y el fundamento de todos los edificios; Tú eres uno, y en el secreto de tu Unidad se pierden los hombres más sabios, pues nunca llegan a conocerla. Tú eres uno, y tu Unidad jamás disminuye, ni aumenta, ni sufre alteración alguna. Tú eres uno, pero no como el uno que se puede calcular, ya que tu Unidad no admite multiplicación, ni cambio, ni forma. Tú eres Uno, a quien ni una sola de mis fantasías podría fijar un límite, ni dar una definición; es por ello que velaré sobre mi conducta, preservándome de faltar por mi lengua. Tú eres uno, en fin, cuya excelencia es tan alta que no podría caer de ninguna manera, y que nunca podría dejar de existir.»

"Tú existes, pero ni la vista ni el entendimiento de los mortales pueden abarcar tu existencia, ni ubicar en Ti el dónde, el cómo y el porqué. Tú existes, pero existes en Ti mismo, ya que ningún otro podría existir contigo; existes desde antes de los tiempos y sin lugar alguno. En fin, Tú existes, pero tu existencia es tan oculta y profunda, que nadie puede descubrirla ni penetrar en su secreto.»

"Tú vives, pero no desde un tiempo conocido y fijo; Tú estás vivo, pero no por un espíritu o un alma, sino que eres el alma de todas las almas; estás vivo, pero no como las vidas de los mortales que podrían compararse a un soplo y cuyo fin será el alimento del mañana. Estás vivo, y aquel que pueda acercarse a tus misterios, gozará de las delicias eternas y vivirá a perpetuidad.»

¡Tú eres grande, y al lado de tu grandeza todas las grandezas se aminoran, y lo que hay de más excelente llega a ser defectuoso. Tú eres grande por encima de toda imaginación y te elevas por sobre todas las jerarquías celestiales. Eres grande, más allá de toda grandeza, y te exaltas sobre toda alabanza. Tú eres fuerte y entre todas tus criaturas no existe ninguna que pueda hacer tus obras, ni cuya fuerza pueda compararse a la tuya. Eres fuerte; a Ti pertenece esta fuerza invisible que no cambia ni se altera jamás. Eres fuerte y por tu magnanimidad concedes el perdón en el tiempo de tu cólera más ardiente, y te muestras paciente hacia los pecadores. Eres fuerte, y tus misericordias, que han existido desde siempre, se extienden sobre todas tus criaturas. Tú eres la eterna luz, que las almas puras llegarán a ver, y que el velo del pecado esconderá a los ojos de los pecadores. Tú eres la luz que se oculta en este mundo y es visible en el otro, donde se muestra la Gloria del Señor. Tú eres soberano, y los ojos del entendimiento, que deseaban verte, siempre estarán asombrados de no captar sino una parte y nunca el todo. Tú eres el Dios de los dioses, testimonian todas tus criaturas, y en honor a tu gran nombre, todas ellas deben rendirte culto. Tú eres Dios, y todos los creados por ti son tus servidores y adoradores; Tu gloria no se ve empañada cuando se adora a otros, ya que la intención es siempre la de dirigirse a Ti. Los hombres son como ciegos, cuyo fin es seguir el gran camino, y ellos se pierden; uno de ellos se ahoga en un

pozo, el otro cae en una fosa profunda, todos en general creen que han accedido a sus deseos y, sin embargo, se han fatigado en vano. Pero tus servidores son como clarividentes que marchan por un camino seguro, y jamás se extravían ni a derecha ni a izquierda, hasta que entran al atrio del palacio del Rey. Tú eres Dios. Tu deidad sostiene a todos los seres, y tu Unidad asiste a todas las criaturas. Eres Dios, y no hay diferencia entre tu deidad, tu unidad, tu eternidad y tu existencia; pues todo es un mismo misterio. Y aunque los nombres varíen, todo viene a ser lo mismo. Tú eres sabio, y esta ciencia, que es la fuente de vida, emana de ti mismo; en comparación con tu conciencia, todos los hombres sabios son como estúpidos. Tú eres sabio, y el Anciano de los ancianos y la ciencia misma se alimentan siempre alrededor tuyo. Eres sabio, y no has aprendido tu ciencia de nadie, ni la has adquirido de otro distinto a Ti. Tu eres sabio, y a la manera de un arquitecto o un obrero, has reservado una voluntad divina de tu ciencia, en un tiempo dado, para crear al ser de la nada; en la misma forma que la luz que sale de los ojos es sacada de su centro mismo, sin ningún utensilio ni instrumento alguno. Esta divina voluntad ha cavado, trazado, purificado y fundamentado; ha ordenado a la nada abrirse, al ser ocultarse y al mundo expandirse. Ella ha medido los cielos con su palma; su poder ha ensamblado la bóveda de las esferas y con los rayos de su fuerza ha separado la cortina de las criaturas del Universo y tocando con su poder el borde de la creación, ha unido la parte superior a la inferior.»

(Tomado de las plegarias de Kipur).

* * *

Hemos dado a estas arduas especulaciones cabalísticas la única forma que les conviene: la de la poesía, que es la inspiración del corazón.

Las almas creyentes no necesitarán hipótesis racionales dentro de esta nueva explicación de las figuras bíblicas. Pero aquellos corazones sinceros afligidos por la duda y que atormenta la crítica de nuestro siglo, comprenderán, al leerla, que la misma razón sin la ayuda de la fe no encontraría en el libro sagrado sino escollos, y si los velos que cubren el texto divino proyectan una gran sombra, ella está tan maravillosamente distribuida por las oposiciones de la luz, que se convierte en la única imagen inteligible del ideal divino.

Ideal incomprensible como el infinito, e indispensable como la esencia misma del misterio.

* * *

ARTICULO II

Solución al segundo problema

La verdadera religión

La religión existe en la humanidad, como en el amor. Ella es única, como él.

Como él, ella puede existir o no existir en talo cual alma; pero, se la acepte o se la niegue, ella existe en la vida y en la humanidad como en la naturaleza, y es indiscutible ante la ciencia e incluso ante la razón.

La verdadera religión es aquella que siempre ha existido, existe y existirá siempre.

Se puede afirmar que la religión es esto o aquello: la religión es lo que es. Es ella misma, y las falsas religiones son las supersticiones que la imitan, que toman prestado de ella, mentirosas sombras de su ser.

Puede decirse de la religión lo que se afirma del verdadero arte: los bárbaros ensayos en la pintura o la escultura son tentativas de la ignorancia para llegar a la verdad. El arte se prueba por sí mismo, irradia con su propio esplendor y es único y eterno como la belleza.

La verdadera religión es bella, y es por este divino carácter que ella se impone a los respetos de la ciencia y al asentimiento de la razón.

La ciencia no sabría afirmar o negar sin temeridad aquellas hipótesis del dogma que son verdades por la fe; pero está en capacidad de reconocer a ciencia cierta la religión única y verdadera, es decir, aquella que merece entre todas este nombre de religión, al reunir en sí todos los caracteres que informan a esta grandiosa y universal aspiración del alma humana.

Una sola cosa, que es evidentemente divina para todos, se manifiesta en el mundo.

Es la caridad.

La obra de la verdadera religión está en producir, conservar y dar expansión al espíritu de caridad.

Para conseguir dicho fin, hace falta que ella posea en sí misma todos los signos de la caridad, de suerte que se la pueda llamar con toda propiedad una *caridad organizada*.

Y, ¿cuáles son los signos de la caridad?

Es San Pablo quien nos los indicará: La caridad es paciente.

Paciente como Dios, puesto que es eterna como El. Ella sufre todas las persecuciones sin llegar jamás a perseguir a nadie.

Ella es amable y amorosa; atrae hacia sí al pequeño, y no rechaza al grande.

Ella no es celosa; ¿de qué o de quién podría serlo? ¿Acaso no tiene ella la mejor parte, de que nunca será despojada?

Ella no es revoltosa ni intrigante.

Ella carece de orgullo. No tiene ambición, ni egoísmo, ni cólera.

No supone nunca el mal ni triunfa jamás por la injusticia, ya que tiene puesta toda su alegría en la verdad.

Ella todo lo sufre, sin tolerar nunca el mal,

Ella todo lo cree. Su fe es sencilla, sumisa, jerárquica y universal.

Ella todo lo sostiene. y nunca impone un peso que no hubiera soportado la primera.

La religión es paciente: es la religión de los grandes trabajadores del pensamiento; es la religión de los mártires.

Ella es amable como Cristo y los apóstoles, como Vicente de Paúl y Fenelón.

Ella no envidia las dignidades ni los bienes de la tierra. Es la religión de los padres del desierto, de San Francisco de Asís, y San Bruno, de las hermanas de la caridad y los hermanos de San Juan de Dios.

Ella no es revoltosa ni intrigante. Ella ora, hace el bien y espera.

Ella es humilde y dulce. No inspira sino la devoción y el sacrificio. Ella posee, en fin, todos los signos de la caridad, ya que es la caridad misma.

Los hombres, por el contrario, se muestran impacientes, perseguidores, celosos, crueles, ambiciosos, injustos, y lo hacen incluso en nombre de esta religión a la que ellos podrán calumniar, pero nunca harán mentir. Los hombres pasan y la verdad es eterna.

Hija de la caridad y creadora a su turno de ella, la verdadera religión es en esencia realizadora; ella cree los milagros de la fe, ya que los realiza a diario en cuanto practica la caridad. Porque una religión que vive la caridad bien puede vanagloriarse de realizar todos los sueños del amor divino. En esta forma, la fe de la iglesia jerárquica transforma en ella el misticismo en realismo, por la eficacia de sus sacramentos.

Por muchos símbolos y muchas figuras que existan, si éstos no se apoyan en la gracia, no podrán dar realmente lo que prometen. La fe lo anima todo, convierte de alguna manera todo en forma visible y palpable. Las mismas parábolas de Jesucristo poseen un cuerpo y un alma. En ellas se muestra a Jerusalén la casa del rico malvado. Los simbolismos dispersos de las religiones primitivas, dados de lado por la ciencia y privados de la vida de la fe, se asemejan a osamentas blanquecinas, como las que cubrían los campos de Ezequiel. El espíritu del Salvador, que es espíritu de fe y caridad, ha insuflado sobre esta materia inerte, y todo lo que estaba muerto ha recobrado una vida tan real que no reconoceríamos en los vivos de hoy a los cadáveres de ayer. Y no es necesario reconocerles, puesto que el mundo ha sido renovado, y ya San Pablo ha quemado, en Efeso, los libros de los hierofantes. ¿Fue la suya una acción bárbara, un gran atentado contra la ciencia? No, puesto que su intención era quemar los antiguos sudarios de los resucitados, para ayudarles a olvidar la muerte. ¿Por qué, pues, hoy nos tornamos hacia los orígenes cabalísticos del dogma? ¿Por qué relacionamos las figuras de la Biblia con las alegorías de Hermes? ¿Es para condenar a San Pablo? ¿O acaso para llenar de dudas a los creyentes? Ciertamente no. Pero tampoco los creyentes tendrían necesidad de nuestro libro. Ellos no lo leerán, ni querrán comprenderlo.

Sin embargo, queremos mostrar, frente a la locura inmensa de aquellos que no admiten que la fe se liga a la razón de todos los siglos, a la ciencia de todos los sabios. Queremos forzar la libertad humana hacia el respeto de la autoridad divina, a la razón, para que reconozca las bases de la fe, para que a su turno, la fe y la autoridad nunca más lleguen a proscribir la libertad ni la razón.

* * *

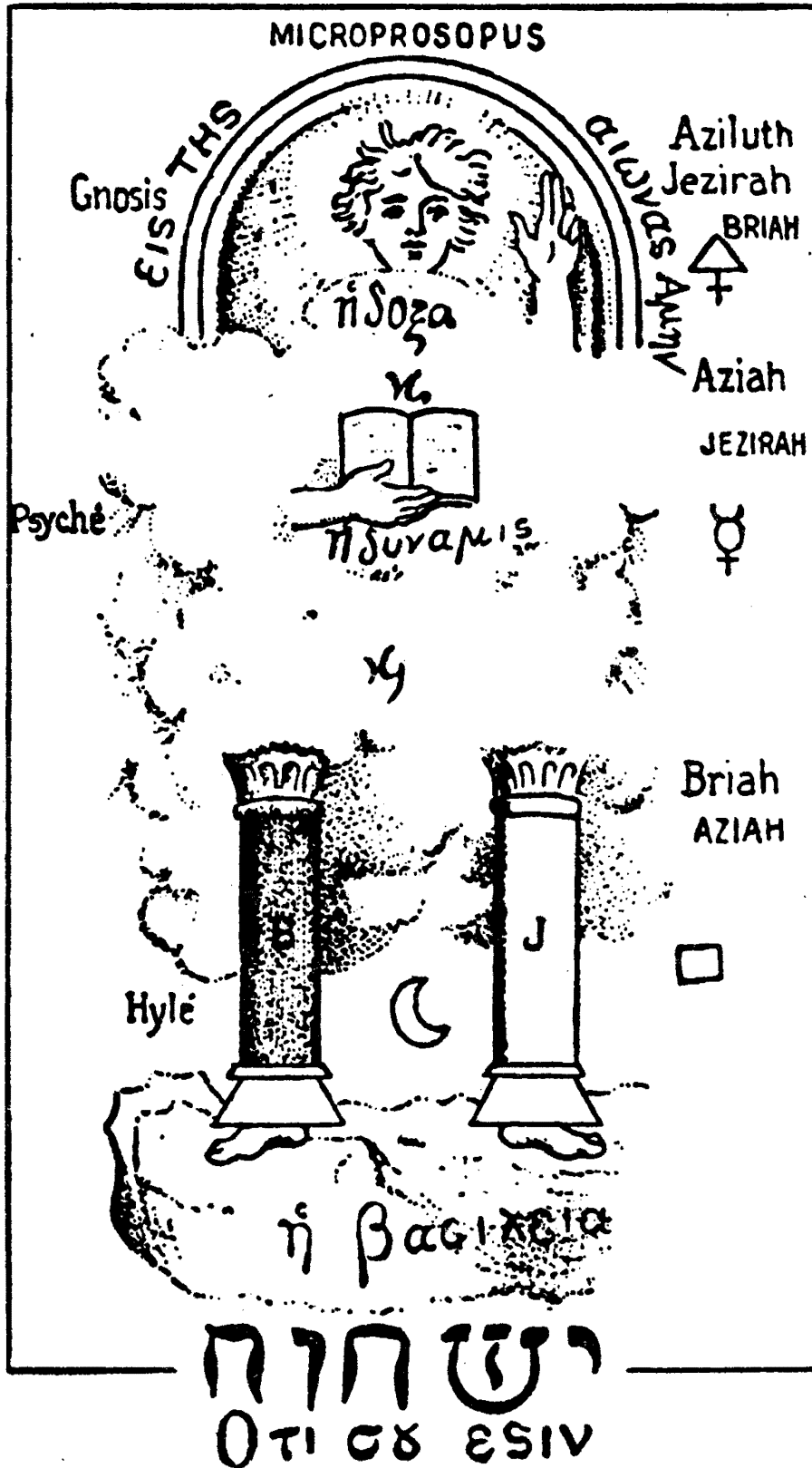


Fig. 2.—Gran Pentáculo de la visión de San Juan

ARTICULO III

Solución del tercer problema

Razón de los misterios

Siendo la fe una aspiración hacia lo desconocido, el objeto de la fe es, absoluta y necesariamente, el misterio.

Para formular sus aspiraciones, la fe se ve obligada a tomar de lo conocido imágenes y aspiraciones.

Pero ella utiliza de manera singular estas formas, y las reúne de una manera que no es posible para el orden común. Tal es la razón profunda del aparente absurdo del simbolismo.

Veamos un ejemplo:

Si la fe afirma que Dios es impersonal, se podría concluir de ello que Dios no es más que una palabra o, en el mejor de los casos, una cosa.

Si ella afirma que Dios es una persona, se representaría de ello un infinito inteligente, bajo la forma, necesariamente delimitada, de un individuo.

Ella nos dice: Dios es Uno, en tres personas, con lo cual expresa que es concebible en El la unidad y el número.

La fórmula del misterio excluye necesariamente la inteligencia misma de esta fórmula, en tanto que ha sido prestada del Verbo de las cosas conocidas, pues, si pudiéramos comprenderla, ella no estaría expresando lo desconocido, sino lo conocido.

Entonces pertenecería a la ciencia más que a la religión o a la fe.

El objeto de la fe es como un problema matemático donde la incógnita escapa a los procedimientos de nuestra álgebra.

La matemática absoluta se limita a probar la necesidad y, por consiguiente, la existencia de este principio desconocido, que se representa por una incógnita intraducible.

La ciencia avanzará en su indefinido progreso, pero éste siempre se referirá a lo finito, y nunca podrá encontrar en este lenguaje la expresión de lo infinito. Así, el misterio es eterno.

Hace falta aportar a la lógica de lo conocido una profesión de fe, para hacer brotar de ella y de sus bases positivamente lógicas el reconocimiento de la imposibilidad para explicar lo desconocido a través de la lógica.

Para los israelitas, Dios estaba separado de la humanidad; El no habitaba en las criaturas, lo cual representa un egoísmo infinito.

Para los musulmanes, Dios es una palabra, ante la cual debemos prosternarnos, sobre la fe de Mahoma.

Para los cristianos, Dios se halla revelado en la humanidad, El se prueba a través de la caridad, y reina mediante el orden de la jerarquía constituida.

La jerarquía es así guardiana del dogma. Ella quiere que se respete en éste la letra y el espíritu. Los sectarios que, en nombre de su razón, o mejor, de su sinrazón individual, se han atrevido a tocar el dogma, han perdido al hacerlo el espíritu de caridad y se han excomulgado ellos mismos.

El dogma católico -es decir, universal- merece este bello nombre en cuanto resume todas las aspiraciones religiosas del mundo; afirma la Unidad de Dios, junto con Moisés y Mahoma, y reconoce en El la Trinidad infinita de la eterna generación, siguiendo a Zoroastro, Hermes y Platón; concilia con el Verbo único de San Juan los números vivientes de Pitágoras, y esto pueden constatarlo la ciencia y la razón. Así, este dogma es el más perfecto ante la misma razón y

ante la ciencia y el más completo que hasta ahora ha logrado producirse en el mundo. Si la ciencia y la razón están de acuerdo en ello, no les pedimos nada más.

Dios existe, no hay sino un solo Dios, y El castiga a quienes obran el mal, ha dicho Moisés.

Dios está por doquier, está dentro de nosotros, y lo que hacemos de bien a los seres humanos lo hacemos a El, dijo Jesús. ¡Temed!, tal es la conclusión del dogma de Moisés. ¡Amad!, es la conclusión del dogma de Jesús.

El ideal de la vida de Jesús en la humanidad es la encarnación.

La encarnación necesita la redención y la logra, en nombre, ya no de la solidaridad, sino de su reverso, o sea, la comunión universal, principio dogmático del espíritu de caridad.

Sustituir el arbitrio humano por el legítimo despotismo de la ley, colocar, en otros términos, la tiranía en lugar de la autoridad, ha sido la obra de todos los protestantismos y de todas las democracias. Lo que los hombres llaman libertad, no es más que la sanción de una autoridad ilegítima, o mejor, la ficción del poder no sancionado por la autoridad.

Juan Calvino protestaba contra los inquisidores de Roma, para darse a sí mismo el derecho de quemar a Miguel Servet. Todo pueblo que se haya liberado de un Carlos I o un Luis XVI ha tenido que sufrir un Robespierre o un Cronwell, y siempre hay un antipapa, más o menos absurdo, detrás de todos los movimientos contra el papado legítimo.

La divinidad de Jesucristo no existe sino dentro de la Iglesia católica, a la cual ha transmitido jerárquicamente su vida y sus poderes divinos. Esta divinidad es sacerdotal y real por comunión, pero fuera de ella toda afirmación de la divinidad de Jesucristo es idólatra, ya que El no sabría ser un Dios separado de los otros.

Poco importa para la verdad católica el número de los protestantes.

¿Si todos los hombres fueran ciegos, acaso sería ésta una razón para negar la existencia del sol?

La razón, al ir en contra del dogma, prueba ampliamente que ella no lo ha inventado, pero se ve forzada a admirar la moral que resulta de este dogma. Así, si la moral es una luz, hace falta que el dogma sea un sol; la claridad no proviene de las tinieblas.

Entre los dos abismos del politeísmo y el deísmo absurdo y limitado, no hay sino un posible camino en el medio: el misterio de la Santísima Trinidad.

Entre el ateísmo especulativo y el antropomorfismo, no hay más que un término medio: el misterio de la encarnación.

Entre la fatalidad inmoral y la responsabilidad draconiana que lleva a la condenación de todos los seres, no hay más que un medio: el misterio de la redención.

La Trinidad es la fe.

La encarnación es la esperanza.

La redención es la caridad.

La Trinidad es la jerarquía.

La encarnación es la divina autoridad de la Iglesia.

La redención es el sacerdocio único, infalible, indefectible y católico.

La Iglesia católica posee así un dogma invariable y, por su misma constitución, se halla en la imposibilidad de corromper la moral; ella no innova, sino que explica. Así, por ejemplo, el dogma de la Inmaculada Concepción no es nuevo, sino que está contenido por entero en el Teotokón del concilio de Efeso, y éste a su vez es una rigurosa consecuencia del dogma católico de la encarnación.

Por lo mismo, la Iglesia católica no hace las excomuniones, sino que se limita a declararlas. y sólo ella puede hacerlo, puesto que sólo ella es guardiana de la unidad.

Por fuera de la nave de Pedro, no existe sino el abismo. Así, los protestantes son como aquellos que, fatigados por el cabeceo, se arrojaran ellos mismos al mar para escapar a marearse.

Es acerca de la catolicidad, tal como está constituida en la Iglesia romana, que haría falta aplicar lo dicho por Voltaire de Dios, con tanto atrevimiento.

Si ella no existiera, haría falta inventarla. Pero si existiera un hombre capaz de inventar el espíritu de caridad, también habría inventado a Dios. La caridad no se inventa. Ella se nos revela por sus obras, y es así como podemos exclamar junto con el Salvador del mundo: ¡Dichosos los puros de corazón, pues ellos verán a Dios!

Comprender el espíritu de caridad es llegar a la inteligencia de todos los misterios.

* * *

ARTICULO IV

Solución al cuarto problema

La religión probada con las objeciones en su contra

Las objeciones que se pueden presentar contra la religión se pueden establecer en nombre de la ciencia, de la razón o de la fe.

La ciencia no puede negar el hecho de la existencia de la religión, de su institución y de su influencia sobre los acontecimientos históricos.

Le está prohibido tocar el dogma: el dogma pertenece por entero a la fe.

Por lo común, la ciencia presenta contra la religión una serie de hechos que ella tiene el derecho de apreciar, y que, en efecto, aprecia en mucho, pero estos hechos son condenados por la religión aún más enérgicamente que por la misma ciencia.

Al hacer esto, la ciencia da la razón a la religión y se la niega a sí misma; no es lógica al acusar el desorden que toda pasión odiosa introduce en la mente de los hombres, y la necesidad incesante que ellos tienen de ser enderezados y guiados por el espíritu de caridad.

La razón, por su parte, examina el dogma y lo encuentra absurdo.

Mas, si esto no fuera así, la razón le comprendería; y si lo comprendiera, éste no sería ya más una fórmula de lo desconocido.

Esto sería como una demostración matemática del infinito.

Sería un infinito finito, lo desconocido conocido, lo inconmensurable medido, lo indecible nombrado.

O sea, que para que el dogma deje de ser absurdo frente a la razón, tendría que tornarse el más monstruoso e imposible de todos los absurdos, ante la fe, la ciencia, la misma razón y el sentido común, todos ellos juntos.

Nos quedan las objeciones de la fe disidente.

Los israelitas, que son nuestros padres en materia de religión, nos reprochan haber atentado contra la unidad de Dios, haber cambiado la ley inmutable y eterna, adorar la criatura en lugar del Creador.

Estos graves reproches se basan en una noción absolutamente falsa del cristianismo.

Nuestro Dios es el mismo Dios de Moisés, Dios único, inmaterial, infinito, único digno de adoración y siempre el mismo.

Al igual que los judíos, consideramos que El se encuentra omnipresente por doquier, pero con la diferencia de que, al contrario de ellos, creemos que El se encuentra vivo, pensante y amante en la humanidad, y le adoramos en sus obras.

No hemos cambiado su Ley, pues el decálogo de los israelitas es la misma ley de los cristianos.

La Leyes inmutable, puesto que se basa en los eternos principios de la naturaleza, pero el culto necesita adaptarse a las necesidades de los hombres, y puede ser modificado por ellos.

Lo que el culto significa es, pues, inmutable. Pero el culto cambia como las lenguas.

El culto es una lengua, es una enseñanza; es, pues, preciso modificarla cuando las naciones dejan de entenderla.

Hemos así traducido y no destruido el culto de Moisés y de los Profetas.

Al adorar a Dios en la Creación no estamos adorando la Creación por sí misma.

Al pregonar la divina humanidad el cristianismo ha revelado la divinidad humana.

El Dios de los judíos era un Dios inhumano, puesto que ellos no le veían en sus obras.

En esta forma somos más israelitas que ellos mismos. Lo que ellos creen, lo creemos junto con ellos y mejor que ellos. Nos acusan de habernos separado, pero son ellos quienes lo han hecho de nosotros.

Pero nosotros les esperamos con el corazón y los brazos extendidos.

Pues, como ellos, somos los discípulos de Moisés.

Como ellos, venimos de Egipto, y detestamos la servidumbre.

Pero nosotros hemos entrado en la tierra prometida, en tanto que ellos se obstinan en permanecer y morir en el desierto.

Los musulmanes son los bastardos de Israel, o mejor aún, los hermanos desheredados, como Esaú.

Su creencia es ilógica, puesto que admiten a Jesús como un gran profeta, y tratan a los cristianos como infieles.

Ellos reconocen la inspiración divina de Moisés, pero no ven a los judíos como hermanos.

Creen ciegamente en su profeta ciego, el fatalista Mahoma, el enemigo del progreso y de la libertad.

No negamos, sin embargo, a Mahoma la gloria de haber proclamado la Unidad de Dios entre los idólatras árabes.

En el Corán hay páginas puras y sublimes.

Y es leyendo estas páginas que podemos decir, junto con los hijos de Ismael: No hay otro Dios, sino Dios, y Mahoma es su profeta.

Hay tres tronos en el cielo para los tres profetas de las naciones, pero, al final de los tiempos, Mahoma será reemplazado por Elías.

Los musulmanes nada reprochan a los cristianos, pero les llaman.

Les llaman infieles y «giaours», es decir, perros. Nada tendríamos que responder a esto.

No hace falta refutar a los turcos ni a los árabes. Hace falta instruirles y civilizarles.

Por último, quedarían los cristianos disidentes, o sea, aquellos que han roto el lazo de la unidad y se han declarado extraños a la caridad de la Iglesia.

La ortodoxia griega, ese gemelo de la iglesia romana que no ha crecido luego de su separación, que no cuenta para los hechos importantes de la religión y que, luego de Photius, no ha llegado a inspirar ninguna otra elocuencia; iglesia transformada del todo en temporal, cuyo sacerdocio no es más que una función regulada por la política imperial del Zar de todas las Rusias; momia curiosa de una iglesia primitiva, aún coloreada y dorada por todas sus leyendas y ritos, que los popes ya no comprenden; sombra de una iglesia viva, que ha preferido detenerse cuando esta iglesia viva ha avanzado y no es más que su silueta borrosa y sin cabeza.

Luego están los protestantes, aquellos eternos reguladores de lo anárquico, que han roto el dogma y continuamente pretenden reemplazarlo con razonamientos, como al tonel de las Danaides: estos religiosos llenos de fantasía, cuyas innovaciones son todas negativas, y, sin embargo, han formulado para su propio uso un desconocido -o demasiado conocido- entre los misterios mejor explicados, un infinito más definido, una inmensidad más restringida, una fe más dudosa, y todo ello forma una quintaesencia del absurdo, han dividido a la caridad y tomado los actos anárquicos por principios de una jerarquía imposible por definición; estos hombres que pretenden realizar la salvación sólo por la fe, puesto que la caridad se les escapa, y nada podrán realizar, ni siquiera sobre la tierra, pues sus llamados sacramentos no son otra cosa que tonterías alegóricas y no pueden conceder la gracia, ya que ni ven ni tocan a Dios. Todo ello, en una palabra, no puede ser el signo de la omnipotencia de la fe, sino el forzado testimonio de la eterna impotencia de la duda.

Es, pues, contra la misma fe que la reforma ha protestado. En lo único que los protestantes han tenido razón ha sido en denunciar el celo inconsiderado y perseguidor, que pretendía forzar las conciencias. Ellos han reclamado el derecho de dudar, el derecho de ser menos religiosos o incluso de dejar de serlo, y han vertido su sangre por conseguir este triste privilegio; lo han conquistado, lo tienen, pero no por ello debemos dejar de llorarles y de amarles. Cuando la necesidad de creer surja de nuevo en ellos, cuando su corazón proteste a su vez contra la tiranía de la razón falseada, cuando dejen a un lado las frías abstracciones de su arbitrario dogma, y las vanas observancias de su culto sin efecto, cuando les espante su propia comunión sin presencia real, sus iglesias sin divinidad, su moral sin perdón, al sentirse enfermos de nostalgia hacia Dios, se volverán como el hijo pródigo y vendrán a arrojarse a los pies del sucesor de Pedro diciendo: Padre, hemos pecado contra el cielo y contra ti, y no somos dignos de ser llamados tus hijos, pero cuéntanos entre los más humildes de tus servidores.

No haremos mención de la crítica de Voltaire. Su gran espíritu se halla sin duda dominado por un ardiente amor de la verdad y la justicia, pero le falta aquella rectitud de corazón que brinda la inteligencia de la fe. Voltaire no podía admitir la fe, puesto que no sabía amar. El espíritu de caridad no pudo revelarse a su alma sin ternura y ha llegado a criticar amargamente un fuego del que no podía sentir el calor y una lámpara cuya luz no percibía. Si la religión fuese lo que él vio, habría mil razones para atacarla, y haría falta ponernos de rodillas ante el heroísmo de su arrojamiento. Voltaire sería entonces el mesías del sentido común, un Hércules destructor del fanatismo... Pero este hombre reía demasiado para poder comprender sus propias palabras: dichosos aquellos que lloran, y la filosofía de la risa no ha tenido jamás nada en común con la religión de las lágrimas.

Voltaire ha parodiado la Biblia, el dogma, el culto, y luego ha silbado, vilipendiado y abucheado su parodia.

Los únicos que pueden sentirse ofendidos son aquellos que entienden la religión bajo la parodia volteriana. Se parecen los volterianos a las ranas de la fábula, que saltaban sobre un leño y se burlaban de la majestad real. Ellas bien podían considerar al leño como un rey, así como también podrían recordarnos aquella caricatura romana que hizo reír a Tertuliano, que representaba al Dios de los cristianos bajo la figura de una cabeza de asno. Los cristianos se encogieron de hombros al ver tal tontería, y rogaron a Dios por los pobres ignorantes que así pretendían insultarles.

El conde Joseph De Maistre, en una de sus elocuentes paradojas, después de haber representado al verdugo como un ser sagrado y una permanente encarnación de la justicia divina sobre la tierra, proponía que se hiciera levantar, por manos del verdugo, una estatua al patriarca de Ferney. Hay mucha profundidad en esta idea. En efecto, Voltaire también ha sido para el mundo un ser providencial y fatal, al mismo tiempo, dotado de suficiente insensibilidad para llevar a cabo su terrible función. En el dominio de la inteligencia, ha sido un ejecutor de grandes obras, un exterminador, armado de la justicia misma de Dios.

Dios ha mandado a Voltaire, entre el siglo de Bossuet y el de Napoleón, para negar todo lo que separa a estos dos genios y reunirlos en uno sólo.

Es así un Sansón del espíritu, siempre dispuesto a derribar las columnas del templo; pero para convertirle, a su pesar, en rueda de molino del progreso religioso, la Providencia parece haber cegado su corazón.

* * *

ARTICULO V

Solución del último problema

Separar la religión de la superstición y el fanatismo

La superstición, de la voz latina *superstes*, lo que sobrevive, es el símbolo que sobrevive a la idea. Es la forma preferida a la cosa, es el rito sin razón, es la fe que ha llegado a ser insensata por haberse aislado. Es, por consiguiente, el cadáver de la religión, la muerte de la vida, el embrutecimiento que sustituye a la inspiración.

El fanatismo es la superstición apasionada. Su nombre viene del griego *fanum*, que significa templo, es así el templo colocado en el lugar de Dios, es el interés humano y temporal del ministro que sustituye al honor del sacerdocio, es la pasión miserable del hombre que explota la fe del creyente.

En la fábula del jumento cargado de reliquias, La Fontaine nos cuenta cómo este animal creyó ser adorado, pero no nos dice que algunas gentes creyeron adorar efectivamente al animal. Estos eran los supersticiosos.

Si alguno se hubiese reído al contemplar aquello, probablemente le habrían asesinado, ya que de la superstición al fanatismo no hay sino un paso.

La superstición es la religión interpretada por la ignorancia brutal; el fanatismo es la religión que sirve de pretexto al furor.

Aquellos que confunden de entrada la religión misma con la superstición y el fanatismo, toman prestado a la ignorancia sus ciegas prevenciones y al fanatismo sus injusticias y su cólera.

Inquisidores o septembrinos, ¿qué importa el nombre? La religión de Jesucristo condena y ha condenado siempre a los asesinos.

* * *

RESUMEN DE LA PRIMERA PARTE

En forma de diálogo

La fe, la Ciencia, la Razón

La Ciencia: Nunca me haréis creer en la existencia de Dios.

La Fe: Carecéis del privilegio de creer, pero nunca podréis probar que Dios no existe.

La Ciencia: Para probarlo, primero hace falta que yo sepa lo que Dios es.

La Fe: Jamás lo sabréis. Si lo supierais, entonces podríais enseñármelo, y cuando yo lo supiera, dejaría de creer.

La Ciencia: ¿Es que acaso creéis sin saber en lo que creéis?

La Fe: ¡Oh!, no juguemos con las palabras. Sois vos la que no sabe lo que yo creo, y lo creo precisamente porque no lo sabeis. ¿Acaso tenéis la pretensión de ser infinita? ¿No os veis a cada instante limitada por el misterio? El misterio es para vos una ignorancia infinita, que reduciría a la nada lo finito de vuestro saber si yo no le iluminase con mis ardientes inspiraciones y, al tiempo que decís: «no sé», no exclamara: «pues yo comienzo a creer».

La Ciencia: Pero vuestras aspiraciones y su objeto ni son ni pueden ser para mí más que hipótesis.

La Fe: Sin duda, pero ellas son certezas para mí, porque sin tales hipótesis dudaría incluso de vuestras certezas.

La Ciencia: Pero si comenzáis allí donde yo me detengo, lo haréis en forma bastante temeraria siempre. Mis progresos atestiguan que avanzo sin cesar.

La Fe: ¿Y qué importan vuestros progresos, si avanzo siempre delante de veis?

La Ciencia: ¿A vanzar vos? Ansiosa de eternidad, vos habéis despreciado demasiado la tierra, vuestros pies se han adormecido.

La Fe: Hago que me transporten mis hijos.

La Ciencia: ¡Ciegos que llevan a otro ciego, tened cuidado con los precipicios!

La Fe: No, mis hijos no son ciegos; por el contrario, ellos gozan de doble visión: por tus ojos ven lo que tú les puedes demostrar sobre la tierra, y por los míos lo que puedo mostrarles del cielo.

La Ciencia: ¿Y qué piensa la razón?

La Razón: Pienso, oh queridas institutrices, que vosotras podéis realizar un apólogo semejante al del paralítico y el ciego. La Ciencia reprocha a la Fe el no saber andar sobre la tierra, y la Fe dice que la Ciencia nada conoce del cielo, de las aspiraciones ni la eternidad. En lugar de querellaros, deberíais uniros: que la Ciencia ayude a la Fe a caminar, y que ésta consuele a la Ciencia, enseñándola a esperar y amar.

La Ciencia: Esta idea es bella, pero es una utopía. La Fe sólo me contará absurdos, y querré avanzar sin ella.

La Fe: ¿Qué llamáis vos absurdos?

La Ciencia: Llamo absurdos a todas las proposiciones contrarias a mis demostraciones como, por ejemplo, que tres hacen uno, que un Dios se ha hecho hombre, lo cual es como decir que lo infinito se ha vuelto finito, que aquel que es eterno ha podido morir, o que Dios ha castigado a su hijo inocente por el pecado de los hombres culpables...

La Fe: No os adelantéis. Dichas por vos tales afirmaciones son en realidad absurdos. ¿Podríais acaso conocer lo que es el número en Dios, vos que no conocéis a Dios? ¿Podríais razonar sobre

las operaciones de lo desconocido? ¿Podrías comprender los misterios de la Caridad? Debo ser siempre absurda para vos ya que si comprendieseis todo esto, mis afirmaciones se verían explicadas por vuestros teoremas y, en esta forma, yo sería igual a vos y vos igual a mí o, mejor dicho, yo no existiría más, y la Razón, frente a lo infinito, se detendría cegada siempre por vuestras dotes más infinitas que el espacio.

La Ciencia: Al menos no usurpéis nunca mi autoridad, no me desautoricéis en mis dominios.

La Fe: Nunca lo he hecho, y no podría hacerlo jamás.

La Ciencia: ¿Entonces, no habéis creído nunca, para dar un ejemplo, que una virgen ha podido ser madre sin dejar de ser virgen, y esto, en lo tocante al plano físico, natural, positivo, desafiando así todas las leyes naturales? ¿Acaso no sois vos quien afirma que un pedazo de pan es no sólo un Dios, sino un verdadero cuerpo humano, con sus huesos y sus venas, sus órganos y su sangre, de suerte que convertís a vuestros hijos al comer de este pan en un verdadero pueblo de antropófagos?

La Fe: No existe un cristiano que no se rebelara frente a lo que acabáis de decir. Ello prueba suficientemente que no habéis comprendido mis enseñanzas, sino en una forma positiva y burda. Lo sobrenatural que yo afirmo se encuentra por encima de la naturaleza y no podría, por tanto, oponerse a ella; la palabra de fe sólo es comprendida por la Fe. Al ser repetidas por vos, se desnaturalizan. Yo me sirvo de vuestras palabras, ya que otras no poseo; pero, ya que consideráis absurdos mis discursos, debéis concluir que doy a vuestras palabras un significado que se os escapa. El Salvador, al revelar el dogma de la presencia real, ha puntualizado: no cuenta aquí la carne, sino mis palabras, que son vida y espíritu. No os hablo, pues, del misterio de la encarnación como un hecho anatómico, ni de la transustanciación como de una manipulación química. ¿Entonces, con qué derecho les llamáis absurdos? Mi razón no se afirma en nada conocido por vos; ¿con qué derecho entonces me acusáis de sinrazón?

La Ciencia: Comienzo a comprenderos, mejor aún, adarme cuenta de que jamás os comprenderé. Así, es mejor que permanezcamos separadas.

La Fe: Soy menos orgullosa, y reconozco que podéis serme de utilidad. Pero también es posible que sin mí estuvierais bien triste y desesperada, Y no deseo separarme de vos más que si la Razón consintiera en ello.

La Razón: Guardaos bien de hacerlo. Os soy necesaria a ambas. Y yo, ¿qué haría sin vosotras? Tengo necesidad de saber y de creer si quiero ser justa. Pero nunca debo confundir lo que sé con lo que creo. Saber no es creer ni creer es saber. El objeto de la ciencia es lo conocido. De esto la fe no tiene por qué ocuparse y lo deja por entero a su cuidado. El objeto de la Fe es lo desconocido; la Ciencia podrá buscarlo, pero no llega a definirlo; así, ella está forzada, al menos por ahora, a aceptar las definiciones de la Fe que ella por sí sola no puede criticar. Sólo si la Ciencia renuncia a la Fe, renuncia entonces a la esperanza y al amor, cuya existencia y necesidad son evidentes para ambas. La Fe, considerada como hecho psicológico, entra en el campo de la Ciencia, y la Ciencia, como manifestación de la luz divina en la inteligencia humana, se incluye en el dominio de la Fe. Luego ambas deberían admitirse y respetarse mutuamente, sostenerse y prestarse mutua ayuda, pero sin invadir ninguna el terreno de la otra. La forma de unir las es evitar el confundirlas. Nunca debería haber contradicción entre ellas, ya que se valen de las mismas palabras y hablan la misma lengua.

La Fe: Y bien, hermana Ciencia, ¿qué decís vos?

La Ciencia: Digo que estamos separadas por un deplorable malentendido y que, en consecuencia, deberíamos avanzar juntas, pero ¿a cuál de vuestros diferentes símbolos vais a relacionarme? ¿Seré judía, católica, cristiana o protestante?

La Fe: Permaneceréis como Ciencia y seréis universal.

La Ciencia: Es decir, católica, en el buen sentido de la palabra, pero ¿qué debo entonces pensar de las diferentes religiones?

La Fe: Juzgadlas según sus obras. Buscad la verdadera caridad y cuando la hayáis encontrado, preguntad a qué culto pertenece.

La Ciencia: No será ciertamente al de los inquisidores y los verdugos de san Bartolomé.

La Fe: Será el de san Juan de L'Aumónier, san Francisco de Sales, san Vicente de Paúl, Fenelón y tantos otros.

La Ciencia: Admitiréis que si la religión ha producido algún bien, también se ha encargado de hacer bastante mal.

La Fe: Cuando se mata en nombre de un Dios que ha dicho: no matarás, cuando se persigue en nombre de aquel que ha mandado perdonar a los enemigos, cuando se propaga la tiniebla en nombre de aquel que sólo querría ver brillar la luz, y que la lámpara no se esconda, ¿os parece justo atribuir un crimen a la misma ley que lo condena? Decid mejor, si queréis ser justa, que a pesar de la religión, mucho mal se ha realizado sobre la tierra. Pero, al mismo tiempo, ¿cuántas virtudes no ha hecho nacer, cuántas devociones y sacrificios ignorados? ¿Has contado acaso todos esos nobles corazones de ambos sexos que han renunciado a todas las alegrías para ponerse al servicio de todos los dolores?

¿Las almas dedicadas al trabajo y a la oración, que han vivido haciendo el bien? ¿Quién si no ha fundado asilos para los huérfanos y los ancianos, hospicios para los enfermos, retiros para los arrepentidos? Estas instituciones, tan gloriosas como modestas, son las obras reales de la Iglesia, consignadas en sus anales. Las guerras de religión, y los suplicios de los sectarios, pertenecen a la política de los siglos bárbaros. Los sectarios de entonces eran por sí mismos asesinos. ¿Habéis olvidado acaso al verdugo de Miguel Servet y la masacre de nuestros sacerdotes renovada incluso en nombre de la humanidad y la razón por los revolucionarios enemigos de la inquisición y de san Bartolomé? Los hombres han sido crueles siempre. Pero esto ocurre cuando han olvidado la religión que bendice y perdona.

La Ciencia: ¡Oh, Fe! Perdonadme entonces si no puedo creer, pues ahora sé por qué vos sois creyente. Respeto vuestras esperanzas Y comparto vuestros deseos, pero es buscando como yo encuentro, y hace falta que dude para buscar.

La Razón: Trabajad, pues, y buscad, oh, Ciencia, pero respetando los oráculos de la Fe. Puesto que vuestra duda genera un vacío en el conocimiento universal, permitid que sea la Fe quien lo nene. Avanzad, pues, sin mezclaros una con otra, pero apoyadas mutuamente y así no os extraviaréis jamás.

PARTE SEGUNDA

MISTERIOS FILOSOFICOS CONSIDERACIONES PREVIAS

Se dice que la belleza es el esplendor de la verdad.

Así, la belleza moral reside en la bondad. Es bello ser bueno. Para ser bueno con inteligencia hace falta ser justo.

Para ser justo es preciso actuar con razón.

Para actuar con razón hace falta tener la ciencia de la realidad.

Para tener la ciencia de la realidad hace falta poseer la conciencia de la verdad.

Y para tener conciencia de la verdad, hará falta tener una exacta noción del ser.

El ser, la verdad, la razón y la justicia, son el objeto común de la búsqueda de la ciencia y de las aspiraciones de la fe. La formulación, sea ella real o hipotética, de un poder supremo, transforma la justicia en Providencia, y la noción divina, bajo tal punto de vista, llega a ser accesible a la misma ciencia.

La ciencia estudia el ser en sus manifestaciones parciales; la fe le supone, o mejor, le admite *a priori* en su generalidad.

La ciencia busca la verdad en todas las cosas, mientras que la fe relaciona todas las cosas con una verdad universal y absoluta.

La ciencia constata realidades en su detalle, la fe les explica mediante una realidad de conjunto que la ciencia no puede constatar, pero que la existencia misma de los detalles parece obligarla a reconocer y admitir.

La ciencia somete la razón de las personas y las cosas a la razón matemática universal; la fe busca por encima de los mismos supuestos matemáticos una razón inteligente y absoluta.

La ciencia demuestra la justicia por la precisión; la fe concede una precisión absoluta a la justicia, al subordinarla a la Providencia.

Se ve aquí todo lo que la fe toma prestado a la ciencia, y todo lo que la ciencia a su turno concede a la fe.

Sin la fe, la ciencia permanecería limitada por una duda absoluta, y se hallaría eternamente detenida en un empirismo azaroso de un escepticismo razonador; sin la ciencia, la fe tendría que construir sus hipótesis del azar y no podría más que prejuzgar a ciegas las causas de los efectos que ella ignora.

La gran cadena que enlaza a la ciencia con la fe es la analogía.

La ciencia está obligada a respetar una creencia cuyas hipótesis son análogas a las verdades demostradas. La fe, que todo lo atribuye a Dios, estará obligada a admitir la ciencia como una revelación natural que, por la manifestación parcial de las leyes de la razón eterna, brinda una escala de proporciones a todas las aspiraciones y a todos los intentos del alma por penetrar el dominio de lo desconocido.

Es, pues, la fe la única que puede dar una solución a los misterios de la ciencia y, por contraposición, es la ciencia la única que demuestra la razón de ser de los misterios de la fe.

Por fuera de la unión y del concurso de estas dos fuerzas vivas de la inteligencia, no quedaría a la ciencia sino el escepticismo y la desesperanza, y a la fe la temeridad y el fanatismo. Al insultar a la ciencia, la fe blasfemaría; al desconocer a la fe, la ciencia abdicaría.

Escuchémosla, pues, hablar de común acuerdo:

El ser existe por doquier, dice la ciencia; él es múltiple y variable en sus formas, único en su esencia e inmutable en sus leyes. Lo relativo demuestra la existencia de lo absoluto. Existe inteligencia en el ser, y es dicha inteligencia la que anima y modifica la materia.

La inteligencia existe por doquier, dice la fe. La vida no puede ser fatal en ningún sitio, puesto que está sometida a leyes. Estas leyes expresan la sabiduría suprema, lo absoluto en cuanto a inteligencia, el supremo regulador de las formas, el ideal vivo de todos los espíritus, Dios.

En su identidad con la idea, el ser es la verdad, dice la Ciencia.

En su identidad con el ideal, la verdad es Dios, responde la fe.

En su identidad con mis demostraciones, el ser es la realidad, dice la ciencia.

En su identidad con mis legítimas aspiraciones, la realidad es mi dogma, dice la fe.

En su identidad con el Verbo, el ser es la razón, dice la ciencia.

En su identidad con el espíritu de caridad, la más alta razón es mi obediencia, dice la fe.

En su identidad con el motivo de los actos razonables, el ser es la justicia, dice la ciencia.

En su identidad con el principio de la caridad, la justicia es la Providencia, responde la fe.

Sublime acuerdo de todas las certezas con todas las esperanzas, de lo absoluto en inteligencia con lo absoluto en amor. El Espíritu Santo, el espíritu de caridad, debe conciliarlo todo y transformarlo todo en su propia luz. ¿No es él mismo el espíritu de inteligencia, de ciencia, de consejo y de fuerza? El vendrá, dice la liturgia católica, y será como una nueva creación que cambiará la faz de la tierra.

«Burlarse de la filosofía es ya filosofar», dijo Pascal, aludiendo a esa filosofía escéptica y dudosa que no reconoce la fe. y si existiese una fe que despreciara a la ciencia, diríamos que burlarse de una fe tal sería un acto de verdadera religión, ya que la religión, al ser toda caridad, no tolera la burla; pero tendría razón si culpara a ese amor por la ignorancia y dijese a esa fe temeraria: ¡Puesto que desconoces a tu hermana, no eres la hija de Dios!

Verdad, realidad, razón, justicia, Providencia, tales son los cinco rayos de la estrella flameante en el centro de la cual la ciencia ha escrito la palabra Ser, a la que la fe añadirá el nombre inefable de Dios.

* * *

Solución de los problemas filosóficos

Primera serie

Pregunta: ¿Qué es la verdad?

Respuesta: Es la idea que es idéntica con el ser.

P.: ¿Qué es la realidad?

R.: Es la ciencia que es idéntica con el ser.

P.: ¿Qué es la razón?

R.: Es aquel verbo que es idéntico con el ser.

P.: ¿Qué es la justicia?

R.: Es el motivo de los actos idénticos al ser.

P.: ¿Qué es lo absoluto?

R.: Es el ser.

P.: ¿Se concibe cosa alguna por encima del ser?

R.: No, pero podemos concebir en el ser mismo alguna cosa de sobrememente y trascendental.

P.: ¿Y, qué es esto?

R.: La razón suprema del ser.

P.: ¿La conocéis y podríais definirla?

R.: Sólo puede afirmarla la fe, y la llama Dios.

P.: ¿Hay alguna cosa por encima de la verdad?

R.: Sobre la verdad conocida se encuentra la desconocida. **P.:** ¿Cómo podemos suponer esta verdad en forma razonable? **R.:** Mediante la analogía y la proporción.

P.: ¿Cómo podríamos definirla?

R.: Por los símbolos de la fe.

P.: ¿Puede afirmarse de la realidad lo mismo que de la verdad?

R.: Exactamente lo mismo.

P.: ¿Hay alguna cosa por encima de la razón?

R.: Sobre la razón finita prevalece la razón infinita.

P.: ¿Qué es la razón infinita?

R.: Es la razón suprema del ser, que la fe llama Dios.

P.: ¿Hay alguna cosa por encima de la justicia?

R.: Sí, según la fe. En el plano divino estaría la Providencia, y en el plano humano el sacrificio.

P.: ¿Qué es el sacrificio?

R.: Es el abandono benévolo y espontáneo del derecho. **P.:** ¿Es razonable el sacrificio?

R.: No. Es una especie de locura por encima de la razón, a la cual ésta se ve obligada a admirar.

P.: ¿Cómo podríamos llamar al ser humano que actúa de acuerdo a la verdad, la realidad, la moral y la justicia?

R.: Un ser humano moral.

P.: ¿Y si, para imitar la grandeza y bondad de la Providencia, éste hace más que su deber y sacrifica su derecho en bien de los demás?

R.: Sería entonces un héroe.

P.: ¿Cuál es el principio del verdadero heroísmo?

R.: Es la fe.
P.: ¿Qué la sostiene?
R.: La esperanza.
P.: ¿Y qué la regula?
R.: La caridad.
P.: ¿Qué es el bien?
R.: Es el orden.
P.: ¿Y, qué es el mal?
R.: El desorden.
P.: ¿Qué es el placer permitido?
R.: El gozo del orden.
P.: ¿Y el placer prohibido?
R.: El gozo del desorden.
P.: ¿Qué consecuencias traen uno y otro?
R.: La vida y la muerte en el orden moral.
P.: ¿El infierno, con todos sus horrores, encuentra razón de ser dentro del dogma religioso?
R.: Sí, ya que es la rigurosa consecuencia de un principio.
P.: Y ¿cuál es ese principio?
R.: La libertad.
P.: ¿Qué es la libertad?
R.: Es el derecho de hacer nuestro deber, con la posibilidad de no hacerlo.
P.: ¿Qué es faltar al deber?
R.: Es perder el derecho. Así, al ser eterno el derecho, su pérdida significa una pérdida eterna.
P.: ¿Es posible reparar una falta?
R.: Sí, por medio de la expiación.
P.: ¿Qué es la expiación?
R.: Es una sobrecarga de trabajo. Así, el que ha sido perezoso ayer, hoy deberá realizar una doble tarea.
P.: ¿Qué debemos pensar de aquellos que se imponen sufrimientos por voluntad propia?
R.: Si es para hacer frente al brutal atractivo del placer, ellos son sabios; si lo hacen para sufrir en lugar de otros, ellos son generosos; pero si lo hicieren sin razón y sin medida, se pueden calificar de imprudentes.
P.: Así, al tratarse de la verdadera filosofía y colocar ante ella a la religión, ¿es sabio lo que ordena esta última?
R.: Podéis verlo vos mismo.
P.: Pero, en fin, ¿qué pasaría si estuviésemos engañados en nuestras esperanzas eternas?
R.: La fe no admite esta duda. Pero la filosofía puede responder a ella, que todos los placeres no valen lo que un día de sabiduría, y que todos los triunfos de la ambición no equivalen a un solo instante de heroísmo y de caridad.

Segunda serie

P.: ¿Qué es el hombre?
R.: Es un ser inteligente y corpóreo, hecho a imagen de Dios y del mundo: uno en esencia, triple en sustancia, mortal e inmortal.

P.: Decís triple en sustancia: ¿es que acaso el hombre tiene dos almas o dos cuerpos?

R.: No. Pero hay en él un alma espiritual, un cuerpo material y un intermediario plástico.

P.: ¿Cuál sería la sustancia de dicho intermediario?

R.: Ella es luz, en parte volátil y en parte fija.

P.: ¿Cuál es la parte volátil de esta luz?

R.: Es el fluido magnético.

P.: ¿Y la parte fija?

R.: El cuerpo fluídico o humoral.

P.: ¿Se ha demostrado la existencia de dicho cuerpo?

R.: Sí, mediante las experiencias más curiosas y concluyentes. De ello hablaremos en la tercera parte de esta obra.

P.: ¿Estas experiencias son artículos de fe?

R.: No, ellas pertenecen al dominio de la ciencia.

P.: Pero, ¿la ciencia se ocupa entonces de ello?

R.: Se preocupa desde ahora, y por ello hemos escrito este libro que ahora leéis.

P.: ¿Sería posible tener algunas nociones sobre este intermediario plástico?

R.: Está formado de luz astral y terrestre y transmite al cuerpo humano un doble magnetismo. El alma, al influenciar esta luz por su deseo, puede disolverse o coagulada, proyectada o atraída; ella es el espejo de los sueños y la imaginación; ella influencia todo el sistema nervioso y produce así los diferentes movimientos del cuerpo. Esta luz puede dilatarse indefinidamente y comunicar sus imágenes a considerables distancias; ella magnetiza los cuerpos sometidos a la acción del hombre y puede, al encerrarse, atraerlos hacia él. Ella puede asumir todas las formas evocadas por el pensamiento y, en las pasajeras coagulaciones de su parte radiante, aparecer a la vista e incluso ofrecer cierta especie de resistencia al tacto. Pero estas manifestaciones y estos usos del intermediario plástico son anormales, como instrumento luminoso de precisión, no puede producirlos sin ser inducido a ello, y provocan necesariamente bien la alucinación natural o, en algunos casos, la locura.

P.: ¿Qué es el magnetismo animal?

R.: Es la acción de un intermediario plástico sobre otro para disolverlo o coagulado. Al aumentar la elasticidad de la luz vital y su fuerza de proyección, es posible enviarse tan lejos como se quiera, y recuperado totalmente cargado de imágenes, pero es preciso que esta operación sea favorecida por el sueño del sujeto que la realiza, el cual se produce coagulando de antemano la parte fija de su intermediario.

P.: ¿El magnetismo es contrario a la moral o a la religión? R.: Sí, cuando se abusa de él.

P.: ¿Qué es abusar en este caso?

R.: Es servirse de él en forma desordenada o para un fin desordenado.

P.: ¿Qué es un magnetismo desordenado?

R.: Es una emisión fluídica malsana y hecha con mala intención, por ejemplo, para conocer los secretos de otros, o para obtener fines injustos.

P.: ¿Qué es, pues, el resultado de todo ello?

R.: El forzar, tanto para el magnetizador como para el magnetizado, este instrumento fluídico de precisión. Es a ello que debemos atribuir las locuras e inmoralidades que se advierten en muchas gentes que trabajan con el magnetismo.

P.: ¿Cuáles son, pues, las condiciones requeridas para magnetizar en forma conveniente?

R.: La salud de la mente y del cuerpo, la recta intención y una práctica discreta.

P.: ¿Qué resultados ventajosos pueden ser obtenidos a través del magnetismo bien encaminado?

R.: La curación de enfermedades nerviosas, el análisis de los presentimientos, el restablecimiento de la armonía fluídica y el descubrimiento de ciertos secretos de la naturaleza.

P.: Explicadnos todo esto de una manera. más completa.

R.: Así lo haremos en la tercera parte de esta obra, que tratará en particular sobre los misterios de la naturaleza.

* * *

PARTE TERCERA

LOS MISTERIOS DE LA NATURALEZA

EL GRAN AGENTE MAGICO

Hemos hablado de una sustancia que se encuentra expandida en todo el infinito.

La sustancia única que constituye cielo y tierra, según sean sus grados de polarización en materia sutil o fija (densa).

Es esta la sustancia a la que Hermes Trismegisto llama el gran *Telesma*. Puesto que es ella quien produce el esplendor, la podemos denominar luz.

Es esta la sustancia que Dios ha creado antes de todas las cosas cuando dijo: Hágase la luz.

Ella es a la vez sustancia y movimiento.

Es un fluido y una perpetua vibración.

La fuerza que la pone en movimiento y que es inherente a ella se llama *magnetismo*.

En el infinito, esta sustancia única es el éter o la luz etérea. En los astros que ella magnetiza, llega a ser luz astral.

En los seres organizados, luz o fluido magnético.

En el ser humano, ella conforma el *cuerpo astral* o *intermediario plástico*.

La voluntad de los seres inteligentes obra directamente sobre esta luz, y, por su intermedio, sobre toda la naturaleza, sometida a las modificaciones de la inteligencia.

Esta luz es el común espejo de todos los pensamientos y de todas las formas; ella guarda las imágenes de todo lo que ha sido, los reflejos de los mundos pasados y, por analogía, los diseños de los mundos futuros. Es ella el instrumento de la taumaturgia y la adivinación, como explicaremos en esta parte de la obra.

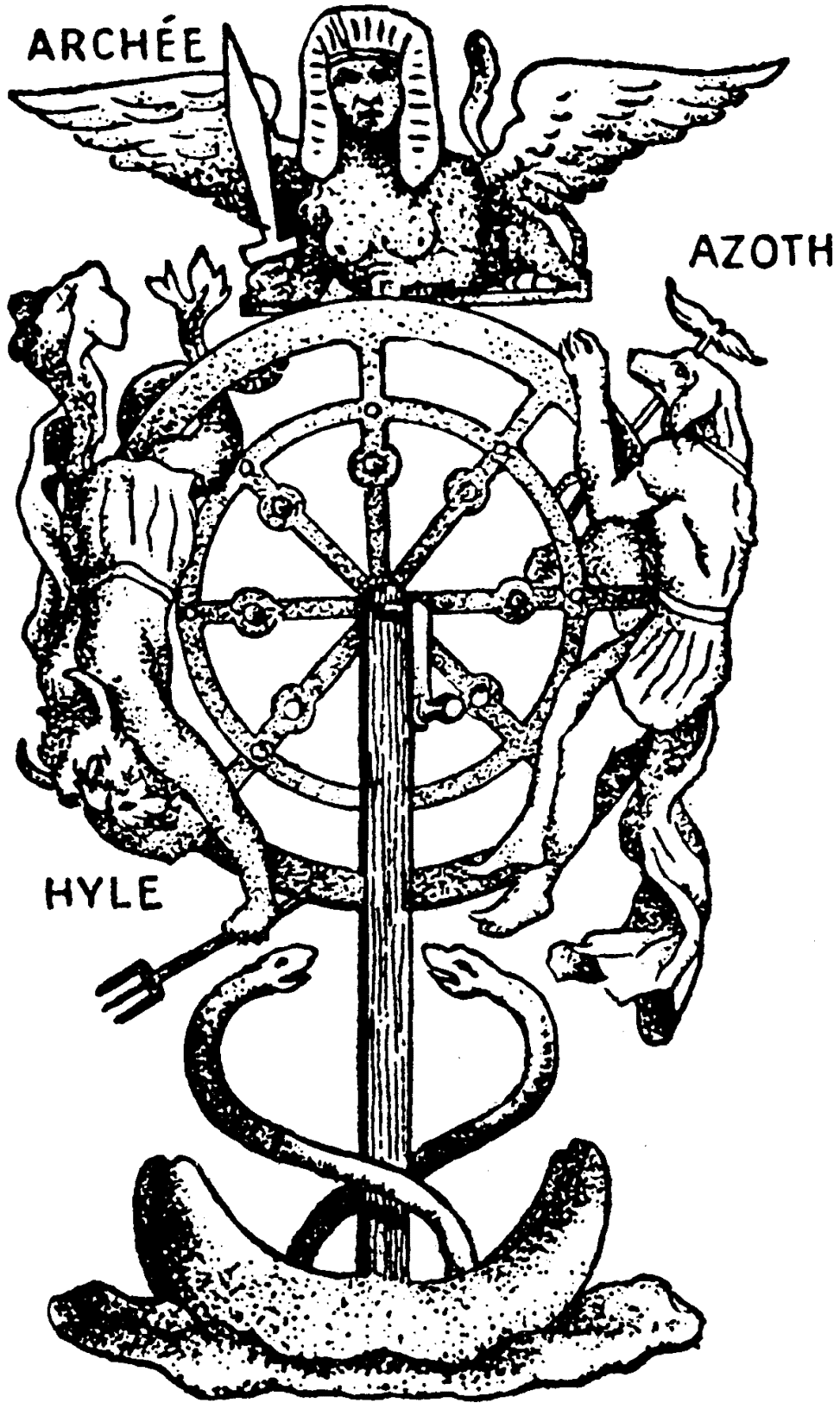


Fig. 3.—El décimo arcano del Tarot.

LOS MISTERIOS MAGNÉTICOS

CAPITULO PRIMERO

La clave del Mesmerismo

Mesmer ha vuelto a encontrar la ciencia secreta de la naturaleza; él no la ha inventado.

La sustancia primera, única y elemental de la que proclama su existencia en sus aforismos, era ya conocida por Hermes y Pitágoras.

Sinesius, quien la canta en sus himnos, encontró su revelación entre los platónicos recuerdos de la escuela de Alejandría:

«Una sola fuente, una sola raíz de luz irradia y se expande en tres ramas de esplendor. Un aliento circula alrededor de la tierra y vivifica, bajo innumerables formas, todas las partes de la sustancia animada» (Himnos de Sinesius, 11).

Mesmer ha encontrado en la materia elemental una sustancia que es indiferente tanto al reposo como al movimiento. Al someterse al movimiento, ella es volátil, y al caer en el reposo, ella es fija. Pero él no ha comprendido que el movimiento es inherente a la sustancia primera, ya que éste resulta no de su indiferencia sino de su combinada aptitud hacia un movimiento y un reposo que se equilibran el uno por el otro. El reposo absoluto no existe en la materia viviente universal, mas la materia fija atrae a la volátil con intención de fijarla, en tanto que la materia volátil socava a la fija para volatilarla. Así, el pretendido reposo de sus partículas en apariencia fijas no es más que una lucha encarnizada y una gran tensión de las fuerzas fluídicas que se inmovilizan y se neutralizan entre sí. Es por ello que, de acuerdo a Hermes, lo que está arriba es como lo que está abajo, y la misma energía que dilata el vapor, fortalece y endurece el hielo. Todo, pues, obedece a las leyes de la vida inherentes a la sustancia primera; esta sustancia actúa y reposa, se disuelve o coagula siguiendo una constante armonía; es doble y andrógina, por lo cual ella misma se abraza y se fecunda; ella lucha, ella triunfa, ella destruye o renueva, pero sin abandonarse nunca a la inercia, pues significaría la muerte para ella.

Es a dicha sustancia primera a la que se refiere el hermético relato del Génesis al decir que el Verbo de los Elohim creó la luz y le ordenó ser.

Los Elohim han dicho: Hágase la luz, y la luz fue hecha.

Esta luz, cuyo nombre hebreo es (Aour), constituye la materia áurea, el oro vivo y fluido de la filosofía hermética. Su principio positivo es su azufre; su principio negativo es su mercurio, y ambos principios equilibrados forman lo que ellos denominan nuestra sal.

Todo ello da lugar al Sexto aforismo de Mesmer que reza: «La materia es indiferente a estar en movimiento o en reposo.»

Aquí se establece que:

La materia universal necesita del movimiento para su doble imantación, y busca fatalmente el equilibrio.

Y puede deducirse que: La regularidad y variedad en el movimiento resultan de las diversas combinaciones del equilibrio.

Un punto equilibrado en todos sus lados permanecerá inmóvil, por aquella misma fuerza que le dota de movimiento.

Lo fluido es una materia en enorme movimiento, siempre agitado por la variedad de sus equilibrios.

Lo sólido es la misma materia con poco movimiento o en aparente reposo, ya que se encuentra más o menos sólidamente equilibrada.

No existe ningún cuerpo sólido que no pueda ser pulverizado, desvanecerse en humo y llegar a ser invisible, si su equilibrio molecular cesara de golpe.

No existe tampoco ningún cuerpo fluídico que no pueda transformarse en materia tan dura como el diamante, si sus moléculas constitutivas entran de lleno en equilibrio.

Gobernar las fuerzas magnéticas equivale así a crear o destruir los cuerpos, darles forma aparente o reducirlos a la nada, ejerciendo así la fuerza todopoderosa de la naturaleza.

Nuestro cuerpo astral es como un imán que mueve o pone en reposo la luz astral, bajo la influencia de la voluntad. Es, pues, un cuerpo luminoso que reproduce con la mayor facilidad las formas correspondientes a las ideas.

Es el espejo de la imaginación. Dicho cuerpo se nutre de luz astral, en forma análoga a como el cuerpo orgánico se nutre de los productos de la tierra. Durante el sueño, él absorbe la luz por inmersión y, durante la vigilia, por una especie de respiración o pulsación más o menos lenta. Al producirse los fenómenos del sonambulismo natural, el cuerpo astral se ve sobrecargado por un alimento que digiere con dificultad; entonces la voluntad, a pesar de estar disminuida por la torpeza del sueño, hace que el cuerpo astral repose en forma instintiva sobre los órganos para liberarle, produciendo, de esta manera, una reacción, de cierta forma, mecánica, que equilibra la energía del cuerpo astral por los movimientos de los miembros. Es' por esto que resulta tan peligroso despertar al sonámbulo súbitamente, ya que el cuerpo astral al verse obstaculizado puede retirarse de improviso hacia su sitio habitual y abandonar enteramente los órganos, que encuentran la muerte al verse separados de su fuente de vitalidad o *anima*.

El estado de sonambulismo, sea natural o ficticio, resulta así muy peligroso, ya que reúne los fenómenos propios de la vigilia con los del sueño, constituyendo una especie de extraño puepte entre dos mundos. El alma tenderá a remover los mecanismos de la vida individual, ya que, al sentirse inmersa en la corriente de la vida universal, experimentará un inexpresable bienestar y dejará gustosa los ligamentos nerviosos que la mantienen suspendida por debajo de esta corriente. Si la voluntad se sumerge en ella con un apasionado esfuerzo o si se deja llevar por entero, el individuo puede volverse idiota, paralizarse sus miembros o, incluso, llegar a morir.

Las visiones y alucinaciones proceden de lesiones hechas al cuerpo astral o de su parálisis local, en tanto que éste deja de irradiar y sustituye con imágenes condensadas de cierta forma las realidades captadas por la luz. Mientras que el cuerpo astral irradie con toda su fuerza, si ésta llega a ser demasiada, puede necesitar condensarse alrededor de un sitio fortuito o enfermo, como lo hace la sangre sobre las excrecencias de la carne, y en este caso, las quimeras de nuestro cerebro toman cuerpo e incluso parecen tomar vida animada, y aparecemos ante nosotros mismos radiantes o deformes, según estemos proyectando el ideal de nuestro deseo o el de nuestro temor.

Las alucinaciones se asemejan a las ensoñaciones de personas desveladas y siempre suponen un estado análogo al del sonambulismo. Pero, por el contrario, en el sonambulismo es el sueño quien toma prestados a la vigilia sus fenómenos; la alucinación es una vigilia sometida en parte a la influencia astral del sueño.

Nuestros cuerpos fluídicos se mueven y reposan mutuamente, de acuerdo a leyes parecidas a las de la electricidad. Es esto lo que produce las simpatías y antipatías instintivas. Así, ellos se equilibran entre sí y es por ello que las alucinaciones son ,a

menudo contagiosas. Las proyecciones anormales cambian las corrientes luminosas; la perturbación propia de un enfermo va a afectar a otras naturalezas que sean bastante sensibles, estableciendo así un círculo de ilusiones, y toda una locura es así ocasionada en forma grupal. Esta es la historia de las apariciones extrañas y de tantos prodigios populares; así se explican muchos «milagros» de los médium americanos, y también el vértigo de los que se dedican a hacer dar vueltas a las mesas, que parecen reproducir en nuestros días el éxtasis de los derviches giratorios. Los brujos lapones con sus tambores mágicos y los malabaristas hechiceros de las tribus salvajes logran resultados parecidos mediante procedimientos semejantes; sus dioses o sus demonios no existen para nada.

Los locos y los idiotas son más sensibles al magnetismo que las personas sanas de mente. No es difícil comprender la razón: hace falta poca cosa para desviar por completo la atención de un ebrio, y se puede atacar más fácilmente una enfermedad cuando todos los órganos están dispuestos de antemano a sufrir cualquier impresión o a manifestar cualquier tipo de desorden.

Las enfermedades fluídicas tienen sus crisis fatales. Toda tensión anormal del sistema nervioso lleva a la tensión contraria, al seguir las leyes necesarias del equilibrio. Un amor exagerado se torna así en aversión, y todo odio exaltado toca muy de cerca al amor. La reacción se produce súbitamente, con el ímpetu y la violencia propias de la enajenación. Entonces, frente a la ignorancia que se entristece o se indigna, la ciencia se resigna y calla.

Hay dos amores: el del corazón y el de la cabeza. El primero, nunca se exalta, sino más bien se recoge y va aumentando lentamente a través de la prueba y el sacrificio; el amor de la cabeza es nervioso por naturaleza y apasionado, sólo vive de entusiasmo, rehúsa hacer frente al deber y convierte el objeto amado en cosa conquistada, es egoísta, exigente, inquieto y tiránico y arrastra fatalmente consigo el suicidio que conlleva la catástrofe final o el adulterio como remedio y evasión. Dichos fenómenos son constantes como la naturaleza, inexorables como la fatalidad.

Una joven artista, llena de porvenir y coraje, tenía por marido a un hombre honesto, un buscador de la ciencia, un poeta al que sólo podría reprochar un exceso de amor hacia ella; ella le dejó, ultrajándole y continúa odiándole. Sigue siendo, sin embargo, una mujer honesta, pero el mundo implacable la juzga y la condena. No es ahora culpable, por lo visto, sino que su falta, si se nos permitiera reprocharle alguna, sería la de haber amado locamente y con demasiada pasión a su marido.

Pero, se dirá entonces, ¿acaso el alma humana no es libre? No, no lo es en cuanto que se haya abandonado al piélago de las pasiones. Sólo la sabiduría puede ser libre. Las pasiones desordenadas son el dominio de la locura, y la locura es la fatalidad.

Lo que hemos afirmado del amor, también podemos aplicarlo a la religión, que es el más poderoso, pero también el más embriagador de los amores. La pasión religiosa también tiene sus excesos y sus reacciones fatales. Se puede recibir éxtasis o estigmas, como en el caso de San Francisco de Asís, y también se puede caer en los abismos del exceso y la impiedad.

Las naturalezas apasionadas son amantes exaltados, se mueven o reposan con energía.

Hay dos formas de magnetizar: la primera consiste en obrar por medio de la voluntad sobre el cuerpo astral de otra persona, cuya voluntad y cuyos actos quedan, por consiguiente, subordinados a dicha operación.

La segunda consiste en influenciar sobre la voluntad de una persona, bien sea por medio de la intimidación o de la persuasión, para que su voluntad, así impresionada, modifique a nuestro agrado el cuerpo astral y los actos de dicha persona.

Se magnetiza por irradiación, por el contacto, por la mirada y por la palabra.

Las vibraciones de la voz modifican el movimiento de la luz astral y son un poderoso vehículo de magnetismo.

El soplo cálido magnetiza positivamente, el soplo frío magnetiza negativamente.

Así, al insuflar el aliento cálido y prolongado sobre la parte superior de la columna vertebral, por debajo del cerebelo, esto puede ocasionar fenómenos de tipo erótico.

Si se pone la mano derecha sobre la cabeza y la mano izquierda sobre los pies de una persona envuelta en lana o seda, ésta sentirá que todo su ser es atravesado por una chispa magnética, y esto puede ocasionar una reacción nerviosa en su organismo con la rapidez del rayo.

Los llamados pases magnéticos no tienen otro objeto que dirigir la voluntad del magnetizador y confirmarla mediante acciones concretas. Son, pues, símbolos y nada más. El acto de la voluntad es expresado, pero no conducido por tales símbolos.

El carbón en polvo absorbe y retiene la luz astral. Esta es la explicación del espejo mágico de Dupotet.

Las figuras trazadas con dicho carbón se muestran luminosas para una persona magnetizada y adquieren, si ésta las produce según la dirección indicada por la voluntad del magnetizador, las formas más graciosas, o las más espantosas.

La luz astral, o mejor, vital, del cuerpo astral, al ser absorbida por el carbón, se vuelve de carga negativa. Es por ello que algunos animales, como los gatos, al ser atormentados por la electricidad, van a revolcarse en el carbón. Algún día, la medicina utilizará esta propiedad y muchas personas nerviosas encontrarán en su aplicación un gran alivio.

CAPITULO SEGUNDO

La Vida y la Muerte El sueño y la Vigilia

El sueño es una muerte incompleta: la muerte es el perfecto sueño.

La naturaleza nos somete al sueño para habituarnos a la idea de la muerte y, mediante los sueños, nos advierte sobre la existencia de otra vida.

La luz astral en la cual nos sumergimos en el sueño es como un océano donde flotan innumerables imágenes, restos de vidas pasadas, reflejos y espejismos de las que transcurren, presentimientos de aquellas que aún no han comenzado.

Nuestra disposición nerviosa atrae hacia nosotros entre todas estas imágenes, aquellas que más se adaptan a nuestra agitación y a nuestro particular modo de actuar, en la misma forma en que un imán, al ser colocado entre residuos metálicos de diversa índole, atraerá y escogerá, sobre todo, las limaduras de hierro.

Los sueños nos revelan la salud o la enfermedad, la calma o la agitación de nuestro cuerpo astral y, por consiguiente, de todo nuestro sistema nervioso.

Ellos formulan nuestros presentimientos mediante la analogía de las imágenes.

Pues todas las ideas tienen un doble sentido para nosotros, en relación a nuestra doble vida.

Existe un lenguaje del sueño, que nos es imposible transcribir en estado de vigilia, e incluso recordar las palabras.

El lenguaje del sueño es similar al de la naturaleza, jeroglífico en sus símbolos y enormemente rítmico en sus sonidos.

El sueño puede ser lúcido o vertiginoso.

La locura es un estado permanente de sonambulismo vertiginoso.

Así, una violenta conmoción puede despertar a un loco, pero también puede matarle.

Las alucinaciones, en cuanto ellas arrastran momentáneamente a la inteligencia, son accesos pasajeros de locura.

Toda fatiga de la mente induce al sueño; pero si esta fatiga va acompañada de excitación nerviosa, el sueño puede ser incompleto o tomar las características del sonambulismo.

Muchas veces nos adormecemos sin damos cuenta en medio de la vida real y entonces, en lugar de pensar, soñamos.

¿Por qué si no tenemos reminiscencias de cosas que nunca hemos realizado? Es que las hemos soñado estando despiertos.

Este fenómeno del sueño involuntario e inconsciente, que se instala de golpe dentro de la vida real, se produce con frecuencia en aquellos que sobreexcitan su organismo nervioso por excesos, bien sea de trabajo, de falta de sueño, de bebida o de cualquier exaltación.

Así, algunos enfermos de monomanía están dormidos mientras que realizan sus actos sin razón, y luego al despertar no tienen conciencia de nada.

Al ser arrestado por los gendarmes, Papavoine les dijo tranquilamente estas palabras memorables: *Habéis tomado al otro en mi lugar.*

Era así el sonámbulo quien hablaba.

Edgar Allan Poe, ese desdichado hombre de genio que tenía el hábito de la embriaguez, ha descrito en forma terrible el sonambulismo propio de la monomanía. Tan pronto nos muestra un asesino que escucha y cree que todo el mundo puede oír a través de las paredes de la tumba latir el corazón de su víctima, como un envenenador que, a fuerza de decirse: No temo, estoy seguro, ya que nunca me denunciaré a mí mismo, termina por soñar en voz alta que se denuncia y, en

efecto, así sucede. El mismo Poe no ha inventado los hechos ni los personajes de sus extrañas novelas: él los ha soñado estando despierto y es por esto que logra darles el color de la más espantosa realidad.

El doctor Briere de Boismont, en su importante obra sobre las *Alucinaciones*, relata la historia de un inglés, muy razonable desde pequeño, que cree haber encontrado un hombre con el cual entabla conocimiento, que le lleva a comer a su taberna y luego, al invitarle a visitar en su compañía la iglesia de san Pablo, intenta pretipitarle desde lo alto de la torre, donde han subido juntos.

Desde ese momento, el inglés vivía obsesionado por ese desconocido, a quien sólo él podía ver y siempre encontraba cuando estaba solo y acababa de cenar.

Los abismos atraen; la embriaguez llama a la embriaguez; la locura posee atractivos invencibles para la locura. Cuando un ser humano sucumbe al sueño, experimenta horror por todo aquello que podría despertarle. Lo mismo ocurre con los alucinados, los sonámbulos estáticos, los maníacos y epilépticos, y todos aquellos que se abandonan al delirio de una pasión. Ellos han escuchado la música fatal, han penetrado en la danza macabra y se ven arrastrados por el torbellino del vértigo. Les hablamos y nada entienden, les advertimos y nada comprenden, pero nuestra voz les importuna; ellos han soñado el sueño de la muerte.

La muerte es como una corriente que arrastra, un remolino que absorbe, pero desde su fondo, el menor movimiento puede hacerlos remontar. La fuerza de repulsión es igual a la de atracción, y es frecuente que en el momento mismo de expirar se adhiera el moribundo a la vida con desesperación. También a menudo, y quizá en razón de la misma ley de equilibrio, se pasa del sueño a la muerte: en este caso, por complacencia extrema con el sueño.

Una pequeña nave se balancea cerca de las riberas del lago. Un niño entra en ella. El agua danza con el brillo de mil reflejos en su entorno y le llama; la cadena que aguanta el barco se tensa y parece romperse; un pájaro maravilloso alza su vuelo desde la ribera y planea cantando sobre las enojadas olas; el niño quiere seguirle, lleva su mano a la cadena y desata el eslabón...

La antigüedad adivinó ya el misterio de la atracción de la muerte y lo representó en la fábula de Hylás. Fatigado luego de una larga navegación, Hylás atraca en una isla llena de flores y al acercarse a una fuente para beber un poco de agua, un espejismo gracioso se le presenta: ve una ninfa que le tiende los brazos, los suyos se enervan y no son capaces de levantar el cántaro que se ha vuelto muy pesado. La frescura de la fuente le adormece, los perfumes de la ribera le embriagan y se siente suspendido sobre el agua como un loto, como un niño que jugara destrozando un madero; el cántaro lleno de agua se precipita hacia el fondo e Hylás le sigue, para morir soñando en las ninfas que le acarician, sin escuchar la voz de Hércules que le recuerda los trabajos de la vida y que recorre la ribera gritando mil veces: ¡Hylás! ¡Hilás!

Otra fábula concerniente a esto nos llega desde las sombras de la iniciación órfica, y es la de Eurídice, vuelta a la vida por los milagros de la armonía y el amor. Eurídice, con su enorme sensibilidad, herida en el día mismo de su boda, se refugia en la tumba, estremecida de pudor. Pronto escucha la lira de arreo, y lentamente retorna hacia la luz; pero las terribles divinidades del Erebus le cierran el paso. Ella quiere seguir al poeta o, mejor, a la poesía que adora..., pero, para desgracia de su amante, la corriente magnética cambia y puede percibir de una sola mirada aquello que ella únicamente debe esperar, el amor sagrado, el amor virginal, el amor más fuerte que la tumba que sólo busca la devoción y huye perdido frente al egoísmo del deseo. arreo lo, sabe, pero por un instante lo olvida. Eurídice, con su blanca vestidura de novia, se encuentra tendida sobre el lecho nupcial, y él está investido con su traje de gran hierofante, de pie, con la lira en su mano, la cabeza coronada por el laurel sagrado, y canta, con los ojos vueltos hacia el Oriente. El canta, y las luminosas flechas de su amor atraviesan las sombras del antiguo caos, y

las olas de dulce claridad fluyen desde el negro pecho de la madre de los dioses, al cual se afianzan dos hermanos, Eros y Auteros... Adonis vuelve a la vida al escuchar el llanto de Venus y se reanima como una flor regada por el brillante rocío de sus lágrimas; Castor y Pólux, a quienes ni la muerte ha podido desunir, se aman a su turno en la tierra y en los abismos infernales... Entonces, arreo llama dulcemente a su Eurídice, su dulce y bienamada Eurídice:

¡Ah! miseram Euridicem anima fugiente vocabat,
¡Euridicem! toto referebant flumine ripae.

Y mientras canta, la pálida estatua que la muerte había esculpido se colorea con los primeros matices de la vida, y sus blancos labios empiezan a enrojecer como la aurora... arreo la ve, tiembla, balbucea, el himno va a expirar en sus labios, pero ella palidece de nuevo; entonces, el gran hierofante saca de su lira acentos desgarradores y sublimes, no mira más que hacia el cielo, llora, implora, y Euódice abre los ojos... ¡Desgraciado!

¡No la mires, canta sin cesar, no espantes la mariposa de Psique que quiere posarse sobre esta flor!... Pero el insensato ha visto la mirada de la resucitada, el gran hierofante cede ante la embriaguez del amante, su lira cae de sus manos, mira a Eurídice y se lanza hacia ella..., la toma entre sus brazos sólo para encontrarla helada, sus ojos se han cerrado de nuevo, sus labios están más pálidos y fríos que nunca, su sensibilidad la ha resquebrajado y el delicado lazo del alma se ha roto de nuevo y para siempre... Eurídice está muerta, y los himnos de arreo no podrán volverla más a la vida.

En nuestra obra *Dogma y Ritual de la Alta Magia*. nos hemos atrevido a afirmar que la resurrección de los muertos no es un fenómeno imposible en el orden mismo de la naturaleza, y con ello no hemos pretendido negar ni contradecir en manera alguna la ley fatal de la muerte. Una muerte que puede ser interrumpida no es sino una letargia y un adormecimiento, pero es por estos estados que la muerte comienza siempre. El estado de profunda quietud que sobreviene entonces a la agitación de la vida conduce al alma adormecida y relajada, y no podemos hacerla regresar, forzarla a sumergirse de nuevo en la vida, sino mediante la violenta excitación de todos sus afectos y sus deseos. Cuando Jesús, el Salvador del mundo, vivía sobre la tierra, la tierra se hizo más bella y deseable que el cielo y, no obstante, fue preciso que Jesús lanzara un grito y diera una sacudida para volver a la vida a la hija de Jairo. Es con lágrimas y estremecimientos como logra sacar de la tumba a su amigo Lázaro. ¡Tan difícil es interrumpir a un alma fatigada que duerme su sueño pri mordial!

De cualquier forma, el rostro de la muerte no presenta la misma serenidad para todas aquellas almas que lo contemplan, bien sea porque consideran inalcanzada la meta de su vida o por llevar consigo la codicia desenfrenada o el odio insatisfecho, y la eternidad aparece frente al alma ignorante o culpable tan infinita en su proporción de penuria, que ella intenta regresar a la vida mortal. ¡Cuántas almas agitadas de esta forma por la pe_adilla del infierno se habrán refugiado en sus cuerpos helados y cubiertos ya por el mármol de la tumba! Se han encontrado esqueletos retorcidos, convulsionados, y se ha dicho: he aquí a hombres que fueron enterrados vivos. A menudo, esto es una equivocación, y casi siempre se trata de aquellos espantados ante la muerte, resucitados en su sepultura, para quienes el abandono a la angustia frente a la eternidad ha significado la repetición de su agonía.

Un famoso magnetizador, el barón Dupotet, nos cuenta en su secreto libro acerca de la *Magia* que es posible matar por magnetismo, igual que por la electricidad. Esta revelación no suena

extraña al conocedor de las analogías de la naturaleza. Es cierto que la dilatación o la contracción extrema del cuerpo astral de un individuo puede producir la separación entre el alma y el cuerpo. A veces basta con provocar en alguien una violenta cólera o un gran temor para causar su muerte instantánea.

Ha llegado a nosotros una historia de la que no podemos garantizar sus visos de autenticidad.

La narraremos aquí, teniendo en cuenta que puede haber algo de cierto en ella.

Gentes que dudaban al mismo tiempo de la religión y del magnetismo, del tipo de los incrédulos que están abiertos a la superstición y al fanatismo, habían conseguido por dinero que una pobre chica se prestara para sus experiencias. Esta era de naturaleza nerviosa e impresionable, fatigada de antemano por los excesos de una vida más que irregular, y había perdido el gusto por la existencia. Así, se la duerme y se le ordena ver; ella llora y se debate. Se le habla de Dios, y todo su cuerpo tiembla...

-No -dice ella-, no; me da miedo, no quiero mirarle.

-Mírale, así lo quiero.

Entonces ella abre los ojos; sus pupilas se dilatan, ella se estremece.

-¿Qué ves?

-No sabría decirlo. ¡Oh, por piedad!, ¡por piedad!, ¡despertadme!

-No. Mira y dinos lo que ves.

-Veo una negra noche en la que se mueven como llevadas por un torbellino centellas de todos los colores, en torno a dos ojos inmensos que giran sin cesar. De estos ojos salen rayos que caen girando vertiginosamente y llenan todo el espacio... ¡ Oh! ¡ Esto me hace daño! ¡ Despertadme!

-No. Mira bien.

-¿Qué queréis que mire ahora? -Mira hacia el Paraíso.

-No, no me está permitido llegar allí; la gran noche me detiene y me abate siempre.

-Bien, entonces mira hacia el infierno.

Aquí la sonámbula se agita convulsivamente.

-¡No!, ¡no!, grita entre sollozos, ¡no quiero; siento vértigo, caeré, ¡oh!, ¡retenedme!, ¡retenedme!

-No, desciende.

-¿Adónde queréis que descienda?

-Al infierno.

-¡Pero es horrible! ¡No!, ¡no!, ¡no quiero ir allí!

-Ve.

-¡Piedad!

-Ve. Así lo ordeno.

Los gestos de la sonámbula se tornan impresionantes a la vista; sus cabellos se crispan sobre su cabeza; sus ojos, completamente abiertos, están completamente blancos; su pecho se contrae y deja escapar una especie de estertor.

-Ve allí, yo lo quiero así, repite el magnetizador.

-Allí estoy, dice entre dientes la desgraciada, cayendo agotada; luego, ella ya no responde. Su cabeza inerte cuelga sobre su espalda, sus brazos caen a lo largo de su cuerpo; se acercan a ella, la tocan; demasiado tarde, intentan revivirla, el crimen está hecho, la mujer ha muerto, y los autores de esta experiencia sacrílega sólo pueden agradecer a la incredulidad pública en materia de magnetismo el hecho de no ser perseguidos. La autoridad constata su muerte, atribuyéndola a la ruptura de un aneu

risma. El cuerpo no presenta huella alguna de violencia, se le hace enterrar y todo se ha acabado.

He aquí otra anécdota, que nos han transmitido los compañeros de la vuelta a Francia:

Dos compañeros se alojaron en la misma posada y compartían el mismo cuarto. Uno de ellos tenía el hábito de hablar dormido y respondía en tal estado a las preguntas que su camarada le dirigía. Una noche, lanza de imprevisto tales gritos que su compañero despierta y le pregunta qué sucede.

-¿Pero acaso no lo ves? -dice el durmiente-. ¿No ves aquella piedra inmensa que se está desprendiendo de la montaña? Va a caer sobre mí y me va a destrozar...

-¡Y bien, sálvate!

-Imposible; tengo los pies atrapados entre zarzas que se estrechan de continuo... ¡Ah!, ¡socorro! He aquí la gran piedra que cae ahora sobre mí.

-Toma, pues, esto -dice su compañero-, arrojando a su cabeza su almohada con intención de despertarle.

Un grito terrible, extrañamente estrangulado en la garganta, una convulsión, un suspiro, luego... nada. El bromista se levanta, tira de los brazos a su amigo, le llama, se llena a su turno de temor, grita, acuden de la casa... el desgraciado sonámbulo ha muerto.

* * *

CAPITULO TERCERO

Misterios de las alucinaciones y de la evocación de los espíritus

Una alucinación es una ilusión, producida por un movimiento irregular de la luz astral.

Como ya lo dijimos anteriormente, se trata de la unión de los fenómenos propios del sueño a los de la vigilia.

Nuestro intermediario o cuerpo astral, aspira y respira la luz astral o el alma vital de la tierra, de igual manera que nuestro cuerpo físico denso respira el aire de la atmósfera. Y así como en ciertos sitios el aire se torna impuro e irrespirable, existen circunstancias y fenómenos que pueden hacer de la luz astral algo malsano y no asimilable.

Por lo mismo, así como un aire específico puede parecer demasiado vivo a algunos y convenir perfectamente a otros, lo mismo ocurre con la luz magnética.

El cuerpo astral se asemeja a una estatua metálica que siempre estuviera fundiéndose. Si el molde es defectuoso, ésta será deforme; si el molde se rompe, ésta saldrá de él.

El molde del cuerpo astral es la fuerza vital polarizada y equilibrada. Nuestro cuerpo físico, mediante el sistema nervioso, atrae y retiene la forma fugitiva de la luz, pero la fatiga local o la sobreexcitación parcial del sistema pueden ocasionar deformidades fluídicas.

Tales deformidades constituyen en forma parcial el espejo de la imaginación, y ocasionan alucinaciones-habituales, propias de los videntes estáticos.

El cuerpo astral, hecho a imagen y semejanza de nuestro ser material denso, cuyos órganos reproduce en forma luminosa, tiene una vista, un oído, un olfato, un gusto y un tacto que le son propios. Al estar sobreexcitado, puede comunicar, mediante vibraciones, con el sistema nervioso, de suerte que la alucinación sea completa. Entonces, la imaginación parece triunfar sobre la naturaleza misma y llega a producir fenómenos ciertamente extraños.

El cuerpo material, al inundarse de fluido, parece que participara de las cualidades fluídicas, y escapa a las leyes de gravedad, llegando a ser, por cortos lapsos de tiempo, invulnerable o incluso invisible, dentro de un círculo de alucinados por contagio. Se sabe que los convulsionistas de Saint-Médard se hacen torturar, dar de golpes, triturar y crucificar, sin experimentar ningún dolor, y que ellos levitan sobre la tierra y caminan cabeza abajo, al tiempo que comen duras espinas que pueden luego digerir.

Consideramos un deber consignar aquí 10 que hemos publicado en el diario *L'Estafette* sobre los prodigios del médium americano Home, y sobre varios fenómenos del mismo orden.

No hemos sido nunca testigos presenciales de los milagros de Mr. Home, pero contamos con información directa y de buena fuente. La hemos recibido en una casa donde dicho médium fue recibido y cuidado estando enfermo, y tratado con gran indulgencia, puesto que se llegó a tomar su enfermedad como un signo afortunado. Esto ocurrió en casa de una dama nacida en Polonia, pero francesa triple, por la nobleza de su corazón, el encanto personal de su espíritu y la celebridad de su nombre en toda Europa.

La publicación de dichos informes en *L'Estafette* nos atrajo por entonces, sin que supiéramos por qué, las injurias de un señor de nombre De Pene, conocido más tarde por su desgraciado duelo. Esto nos ha recordado la fábula de La Fontaine acerca del loco que arrojaba piedras al sabio. El señor De Pene nos trataba como a un clérigo que ha colgado los hábitos y nos llamaba malos católicos. Nos hemos mostrado como buenos cristianos al llorarle y perdonarle y, ya que es imposible ser un cura renegado sin haber sido nunca un cura, hemos dejado pasar esta injuria que nada tenía que ver con nosotros.

Los fantasmas en París

Mr. Home la semana pasada decidió volver a irse de París, este París donde los mismos ángeles y los demonios, si apareciesen bajo cualquier forma, no serían considerados mucho tiempo como seres maravillosos y pronto se verían obligados a retornar al cielo o al infierno, para escapar al olvido o al abandono de los seres humanos.

Mr. Home, con aire triste y desilusionado, contaba con el permiso de una noble dama cuya calurosa acogida había sido una de sus primeras felicidades en Francia. Madame de B... ese día, como siempre, quiso ser amable con él e invitarle a cenar; el misterioso personaje había aceptado la invitación, hasta que alguien le había informado que se esperaba también a un cabalista conocido en el mundo de las ciencias ocultas por la publicación de un libro titulado: *Dogma y Ritual de la Alta Magia*; Mr. Home había cambiado su expresión al enterarse de esto y, sin poder ocultar su nerviosismo, balbuceó que no podría quedarse, ya que la cercanía de este profesor de magia le causaba un terror invencible. Todo lo que se le argumentó para convencerle de asistir fue inútil. No quiero juzgar a ese hombre -decía-, no digo que él sea bueno ni malo, no sé nada de él, pero su atmósfera me sienta mal. Cerca de él me sentiría sin fuerza y como sin vida. Y luego de dar esta explicación, Mr. Home se apresuró a saludar y a partir.

Este terror de ciertos hombres de prestigio en presencia de los verdaderos iniciados en la ciencia no es un hecho nuevo en los anales del ocultismo. Ya Filostrato nos ha narrado la historia del Estagirita que temblaba al saber que se aproximaba Apolonio de Tyana. Nuestro admirable cuentista, Alejandro Dumas, ha dramatizado esta anécdota mágica en ese bello resumen de todas las leyendas que ha servido de prólogo a su gran epopeya novelesca del *Judío errante*. La escena tiene lugar en Corinto; se trata de una boda al estilo antiguo, con bellos niños coronados de flores que portan las antorchas nupciales y cantan epitalamios graciosos, enriquecidos con imágenes voluptuosas como los poemas de Catulo. La novia es muy bella, con sus castos símbolos como la Polymnia antigua; es amorosa y deliciosamente provocadora en medio de su pudor, como una Venus de Corregio o una Gracia de Canova. Quien va a esposarla es Clinias, un discípulo del célebre Apolonio de Tyana. El maestro ha prometido asistir a la boda de su discípulo, pero tarda en llegar, y la bella novia respira más a gusto, pues teme a Apolonio. Sin embargo, el día no ha terminado, ha llegado la hora del lecho nupcial y, de improviso, Meroe comienza a temblar y palidece, mira obstinadamente hacia la puerta, extiende su manó con espanto y dice entrecortada: ¡«Helo aquí! ¡Es él!» En efecto, es Apolonio. He aquí al mago, he aquí al maestro; ha pasado la hora de los hechizos, el prestigio cae ante la ciencia verdadera. Se busca entonces a la bella desposada, la blanca Meroe, y no se encuentre sino a una mujer vieja, la hechicera Canidia, devoradora de niños pequeños; Clinias se ha -desengañado y agradece a su maestro; está a salvo.

El vulgo se equivoca siempre acerca de la magia y confunde a los adeptos con los hechiceros. La verdadera Magia, es decir, la ciencia tradicional de los magos, es la enemiga mortal de la hechicería; ella es quien impide o hace que terminen los falsos milagros que son hostiles a la luz y fascinan a pequeños grupos de testigos preparados de antemano o crédulos. El aparente desorden en las leyes de la naturaleza es una ficción, y no constituye maravilla alguna. La verdadera maravilla, el verdadero prodigio que siempre brilla ante los ojos de todos es la armonía constante de los efectos y las causas: éstos son los esplendores del orden eterno.

No sabríamos afirmar si Cagliostro realizó algún milagro delante de Swedenborg, pero ciertamente eludiría la presencia de Paracelso y de Henri Khunrath, si estos grandes hombres hubiesen sido sus contemporáneos.

Estamos muy lejos, sin embargo, de pensar en denunciar a Mr. Home como un hechicero de baja calaña, o como un charla- tán. El famoso médium americano es dulce e ingenuo como un niño. Es un pobre ser totalmente sensitivo, sin intriga y sin defensa; por todo ello, es juguete de una terrible fuerza, cosa que él ignora, y el primero de los timados es, ciertamente, él mismo.

El estudio de los extraños fenómenos que ocurren alrededor de este joven hombre es de la más alta importancia. Se trata aquí de retomar en forma seria algunas cosas que fueron negadas muy a la ligera en el siglo XVIII y abrir ante la ciencia y ante la razón horizontes menos estrechos que los de una crítica burguesa que niega todo aquello que no es capaz de comprender. Los hechos son inexorables, y la verdadera buena fe nunca debe temer examinarlos.

La explicación de estos hechos, que todas las tradiciones se obstinan en afirmar y que se reproducen delante nuestro con molesta publicidad, esta explicación, antigua como los hechos mismos, rigurosa como las matemáticas, aunque por vez primera sacada de las sombras donde la mantenían celosamente escondida los hierofantes de todos los tiempos, vendría a ser un gran acontecimiento científico si llegara a obtener suficiente luz y publicidad. Es un acontecimiento que nos vemos limitados a preparar, ya que no se nos permitirá la audaz esperanza de realizarlo.

He aquí, pues, los hechos en toda su singularidad. Los hemos constatado y los reproducimos con la más rigurosa exactitud, absteniéndonos de antemano de toda explicación o comentario.

Mr. Home está sujeto a éxtasis que le ponen, según él afirma, en contacto directo con el alma de su madre y, por intermedio de ella, con todo el mundo espiritual. Así él describe, como lo hacían los sonámbulos de Cahagnet, a personas que nunca ha visto y que son reconocidas por aquellos que las evocan; llega incluso a decir su nombre y a responder de parte suya a preguntas que sólo pueden ser comprendidas por las almas evocadas y quienes las formulan.

Al encontrarse en un apartamento, se dejan oír ruidos inexplicables; golpes violentos que resuenan sobre los muebles o los muros; en ocasiones, las puertas y ventanas se abren como si estuvieran movidas por una tempestad; incluso llega a escucharse el ruido del viento y la lluvia fuera, y al salir, el cielo está sin nubes y no se siente el más ligero golpe de viento.

Los muebles se desplazan y elevan sin que nadie los toque. Los lápices escriben solos. Su escritura es la misma de Mr. Home y cometen los mismos errores que él.

Los presentes tienen la sensación de ser tocados y asidos por manos invisibles. Dichos contactos, que por lo visto escogen con preferencia a las damas, carecen de seriedad e incluso a veces de conveniencia en su localización. Pensamos que se comprenderá bien lo que queremos decir.

Manos visibles y tangibles salen, o parecen salir de las mesas, pero para ello es necesario que éstas se hallen cubiertas. El agente invisible precisa de ciertos aparatos, como vemos en las manos más hábiles de los sucesores de Houdini.

Estas manos se muestran sobre todo en la oscuridad; son cálidas y fosforescentes o frías y oscuras. Escriben tonterías o tocan el piano, y cuando hacen esto último, es indispensable luego hacer venir al afinador, ya que su contacto resulta siempre fatal para la justeza del instrumento.

Uno de los personajes más notables de Inglaterra. Sir Edward Bulwer Lytton, entre otros, ha visto y tocado estas manos; poseemos el testimonio escrito y firmado por su propia mano. El mismo declara haber tomado estas manos y haber tirado de ellas con toda su fuerza, con el objeto de hacer salir de algún sitio incógnito el brazo al que por naturaleza deberían estar ligadas, pero la fuerza invisible ha sido más poderosa que la del novelista inglés y las manos se han escapado.

Un gran señor ruso que fue el protector de Mr. Home, cuya prestancia y buena fe no dan lugar a la más mínima duda, el conde A. B..., ha visto también y ha asido las manos misteriosas vigorosamente. Según él, éstas tenían una forma perfecta de manos humanas, calientes y vivas al tacto, sólo que era *como si no tuvieran huesos*, y, al ser apresadas por el conde con mucha fuerza, ellas

no luchaban por escaparse, sino que daban la impresión de irse achicando y desaparecían de algún modo hasta que nada quedaba en su lugar.

Otras personas que han visto y tocado estas manos afirman que los dedos parecen como inflados y rígidos, y los comparan a guantes de caucho que estuvieran por dentro inflados con un fluido cálido y fosforescente. A veces, en lugar de las manos, son pies los que aparecen, aunque nunca totalmente al descubierto. El espíritu que posiblemente carezca de calzado respeta en ello por lo menos la delicadeza de las damas y no muestra nunca su pie desnudo, sino cubierto por un paño o alguna ropa interior.

La aparición de estos pies fatiga y asusta mucho a Mr. Home.

El busca entonces la cercanía de otra persona que sea de buena salud y se agarra a ella como si temiera desvanecerse; y la persona que ha escogido el médium se siente de improviso en un singular estado de agotamiento y debilidad.

Un gentilhomme polaco que asistía a Una de las sesiones de Mr. Home había colocado a sus pies un lápiz y un papel y había pedido un signo de la presencia del espíritu. Durante algunos instantes nada ocurrió, pero de pronto el lápiz fue arrojado al otro extremo del aposento. El gentilhomme se agachó, recogió el papel y encontró en él tres extraños signos cabalísticos que nadie llegó a comprender entre los allí presentes. Sólo Mr. Home experimentó al verlos una gran contrariedad y manifestó cierto temor. Pero rehusó entrar en explicaciones sobre la naturaleza y significado de dichos signos. Se los guardó entonces y se los puso luego en manos de aquel profesor de alta magia a quien el médium temía tanto acercarse. Los hemos visto y he aquí su descripción minuciosa:

Están trazados con fuerza, de forma que el lápiz por poco no ha rasgado el papel.

Su distribución sobre la hoja de papel no tiene ningún orden ni alineación.

El primero es el signo que los iniciados egipcios colocaban de ordinario en la mano de Tifón: una Tau en doble trazo vertical abierto en forma de compás, una cruz ansada con un anillo circular en su parte superior; por debajo del anillo, un doble trazo horizontal y bajo éste, un doble trazo oblicuo en forma de V invertida.

El segundo signo representa la cruz del gran hierofante, atravesada por tres barras horizontales jerárquicas. Este símbolo, heredado de la más remota antigüedad, es aún hoy atributo de nuestro soberano pontífice y remata el extremo superior de su báculo. Pero el signo trazado en el papel tenía de particular que la rama superior, la cabeza de la cruz, era doble y formaba de nuevo la terrible V tifoniana, signo del antagonismo y la separación, del odio y el combate eterno.

El tercer signo es el que los F.'. masones llaman la cruz filosófica, una cruz con cuatro brazos iguales y un punto en cada uno de sus ángulos. Pero, en lugar de cuatro puntos, solamente aparecían dos, colocados sobre los dos ángulos de la derecha, otra vez señalando la separación y la negación.

El profesor, a quien se nos permitirá distinguir aquí del narrador llamándole en tercera persona con el objeto de no fatigar a nuestros lectores dando la impresión de hablar de nosotros, el profesor en fin, el maestro Eliphaz Levi, ha dado a las personas reunidas en el salón de Madam B... la explicación científica de las tres figuras y he aquí sus palabras:

«Estos tres signos pertenecen a la serie de jeroglíficos sagrados y primitivos conocidos solamente por los iniciados de primer orden. El primero es el símbolo de Tifón y expresa la blasfemia del espíritu maligno al establecer el dualismo en el principio creador.»

La cruz ansada de Osiris semeja un lingam invertido y representa la fuerza paterna y activa de Dios (la línea vertical que sale del círculo), la cual fecunda a la fuerza pasiva (línea horizontal).

Duplicar la línea vertical equivale, pues, a afirmar que la naturaleza tiene dos padres; es colocar el adulterio en el lugar de la divina maternidad y afirmar la fatalidad ciega en lugar de un

primer principio inteligente, lo cual traería como resultado el eterno conflicto de las apariencias en el seno de la nada. Así, todo ello constituye el más antiguo, auténtico y terrible de todos los estigmas del infierno. Significa el *dios ateo*, es la firma de Satanás.

Este primer signo es hierático y se relaciona con los símbolos ocultos del mundo divino.

El segundo puede ubicarse dentro de los jeroglíficos filosóficos, y representa la medida de ascenso de la idea y la extensión progresiva de la forma.

Es una triple Tau invertida, es el pensamiento humano que afirma en ocasiones lo absoluto en los tres mundos, y este absoluto se corona aquí por una bifurcación, es decir, por el símbolo de la duda y el antagonismo. De suerte que si el primer signo quiere decir: *No existe Dios*, éste tendría como riguroso significado: *La verdad jerárquica no existe*.

En el tercero, o sea, la cruz filosófica, han visto todas las iniciaciones el símbolo de la naturaleza y de sus cuatro formas elementales; los cuatro puntos representan las cuatro letras indecibles e incommunicables del Tetragrama oculto, esta secreta fórmula del gran arcano G.'. A'.

Los dos puntos de la derecha representan la fuerza, o el rigor, mientras que los de la izquierda representan el amor, o la misericordia. Y las cuatro letras deben ser leídas de derecha a izquierda, comenzando por la más alta de la derecha, y yendo de ésta a la más baja de la izquierda, y de manera similar para las otras dos, formando así la cruz de san Andrés.

La supresión de los dos puntos de la izquierda expresa así la negación de la cruz, negación de la misericordia y del amor.

La afirmación del reino absoluto de la fuerza y de su antagónismo eterno, de lo alto a lo bajo y de lo bajo a lo alto.

Expresa, pues, la glorificación de la revuelta y la tiranía.

Es el símbolo jeroglífico del vicio inconfesable que se atribuyó en su momento y se reprochó a los Templarios; es el símbolo del desorden y la desesperanza eternos.

Tales son las primeras revelaciones de la ciencia oculta de los magos acerca de estos fenómenos y manifestaciones extranaturales. Ahora nos está permitido relacionar estos extraños signos con otras apariciones y fenómenos contemporáneos de escritura, lo cual constituye un verdadero progreso del cual la ciencia debería tomar nota antes de llevarles al tribunal de la razón pública. Es, pues, importante no dejar a un lado ninguna investigación o indicio.

En los alrededores de Caen, en Tilly-sur-Seulles, se han producido hace ya algunos años una serie de inexplicables hechos bajo la influencia de un médium o un extático llamado Eugenio Vintras.

Algunas circunstancias ridículas y un proceso por estafa, han hecho caer en el olvido y aun en el desprecio a este taumaturgo, atacado con violencia frecuentemente por medio de panfletos cuyos autores eran antiguos admiradores de su doctrina, ya que el médium Vintras complicó más aún todo queriendo dogmatizar. Sin embargo, hay algo que vale la pena destacar, en medio de todas las invectivas de que es objeto: sus adversarios, al pretender condenarle, reconocen la verdad de sus milagros y se contentan con atribuirlos al demonio.

¿Cuáles son, pues, los milagros auténticos de Vintras? Sobre este tema nos encontramos mejor informados que nadie, como pronto se verá. En procesos verbales firmados por testigos honorables, artistas, médicos y sacerdotes, algunos de ellos irreprochables, se nos han comunicado estos milagros. Hemos interrogado a testigos oculares y aún más, hemos visto con nuestros propios ojos. Las cosas merecen, pues, contarse con más detalles.

Existe en París un escritor algo excéntrico llamado Madrolle. Es un anciano, cuya familia y relaciones son honorables. Al comienzo, él ha escrito en un sentido católico muy exaltado, recibiendo por ello las felicitaciones calurosas de la autoridad eclesiástica, e incluso algunos *brevis* emanados de la Santa Sede; luego, él conoció a Vintras y, arrastrado por el prestigio de sus

milagros, se convirtió en un sectario determinista, enemigo irreconciliable del clero y de la jerarquía.

Por la época en que Eliphas Levi publicó su *Dogma y Ritual de la Alta Magia*, recibió un folleto del señor Madrolle, que le causó mucha sorpresa. Allí el autor sostenía con énfasis las más inauditas paradojas, en el desordenado estilo de los extáticos. Para él, la vida bastaba para expiar los más terribles crímenes, puesto que ella era la consecuencia de una interrupción de la muerte. Así, los hombres más malvados, al ser los más desgracia dos de todos, ofrecían con ello a Dios la más sublime expiación. Se oponía con vehemencia a toda represión y a toda condena: «Una religión que condena, es una religión condenada», afirmaba con furor. En seguida, bajo el pretexto de caridad, se concedía la más absoluta licencia, hasta llegar a decir que «*el acto de amor más imperfecto y menos representativo en apariencia, vale más que la mejor de las oraciones*». Era así una especie de marqués de Sade convertido en predicador. Más adelante, negaba la existencia del diablo con una seguridad llena de elocuencia:

«¡Es acaso posible concebir un diablo tolerado y autorizado por Dios! ¡Suponéis de antemano que Dios le haya hecho y que le permita encarnizarse sobre criaturas tan débiles y tan dispuestas a equivocarse! ¡Un Dios del diablo, en fin, secundado, prevenido y apenas superado en sus venganzas por un diablo de Dios... !» El resto del folleto se expresaba en términos semejantes... Con esto, el profesor de magia se quedó poco menos que horrorizado y se hizo averiguar la dirección del señor Madrolle. No exento de pena, fue a entrevistar a este singular panfletario, y he aquí un resumen de lo que fue su conversación:

Levi: Señor, he recibido de vos un folleto, y vengo para agradecer vuestro envío y para testimoniaros al mismo tiempo mi sorpresa y mi pesadumbre.

Madrolle: ¡Vuestra pesadumbre! Por favor, queréis explicaros, no lo comprendo.

L.: Lamento vivamente, señor, veros cometer errores en los que yo mismo he podido caer en el pasado. Pero, por lo menos, contaba con la excusa de la inexperiencia y la juventud. Vuestro folleto carece de alcance, puesto que carece de medida. Sin duda, vuestra intención ha sido protestar contra los errores de la creencia y contra los abusos de la moral, pero ocurre que es a la creencia y a la moral misma a quienes atacáis. La misma exaltación que desborda de vuestro corto escrito os debe hacer mucho daño y algunos de vuestros mejores amigos han debido de estar inquietos por vuestra salud...

M.: ¡Sin duda, así es! Se ha dicho y aún se dice que estoy loco. Pero no es cosa de hoy que los creyentes tengamos que sufrir la locura de la cruz. Estoy, en verdad, muy exaltado, señor mío, ya que vos mismo lo estaríais en mi lugar, puesto que es imposible permanecer frío en presencia de prodigios...

L.: ¡Oh!, ¡oh! Habláis de prodigios y esto me interesa. Veamos, aquí entre amigos de buena fe, ¿cuáles son estos prodigios?

M.: ¡Eh! De cuáles sería sino de los del gran profeta Elías, que ha vuelto sobre la tierra bajo el nombre de Pierre Michel.

L.: Comprendo. Os referís a Eugenio Vintras. He oído hablar de sus obras. Pero ¿hace él verdaderamente milagros?

M.: Que si hace milagros, señor... (Aquí el señor Madrolle dio un salto en su silla, elevando los ojos y las manos al cielo y terminó por sonreír con tal condescendencia que se parecía a una profunda piedad.)

- Pues los más grandes,
- Los más sorprendentes,

- Los más innegables,

- Los más verdaderos milagros que hayan sido hechos sobre la tierra desde Jesucristo... ¡Cómo! Millares de hostias que aparecen sobre altares en los cuales no había ninguna, el vino que llena los cálices vacíos, y no se trata de una ilusión, sino de un delicioso vino... Las músicas celestiales que se dejan oír, los perfumes de otro mundo que se esparcen, en fin, la sangre... ¡Verdadera sangre humana, que los médicos han examinado!... ¡Una sangre, os digo, que rezuma y a veces riega las hostias dejando en ellas misteriosos signos! ¡ Os puedo decir que la he visto, la he oído correr, la he tocado e incluso la he probado! ¡Y queréis que permanezca tranquilo frente a la autoridad eclesiástica que encuentra más cómodo negarlo todo que examinar la menor cosa!...

L.: Permitidme, señor; es precisamente en materia de religión que la autoridad no puede equivocarse nunca... En religión, el bien es la jerarquía, el mal es la anarquía, a la que sin duda se reduciría la influencia del sacerdocio si vos partís del principio de que es preciso dar crédito al testimonio de vuestros sentidos antes que a las decisiones de la Iglesia. ¿No es acaso ella más visible que todos vuestros milagros? Aquellos que ven milagros y que no ven a la Iglesia, son más dignos de lástima que un ciego, puesto que no les queda otro recurso que dejarse llevar...

M.: Señor, conozco estas cosas tan bien como vos. Pero Dios no puede estar en desacuerdo con El mismo; no puede permitir que la buena fe sea engañada y que la misma Iglesia no sepa decir otra cosa sino que estoy ciego, cuando tengo mis ojos... Escuchad lo que dicen las cartas de Jean Huss, en la carta cuarenta y tres, hacia el final:

«Un doctor me ha dicho: me someteré del todo al Concilio, y todo lo que allí se decida será bueno y legítimo para mí. Y añade: ¿aun si el Concilio dijese que no tenéis más que un ojo, teniendo los dos, sería necesario admitir que no se ha equivocado?

-Cuando el mundo entero llegue a afirmar tal cosa, puesto que cuento todavía con el uso de mi razón, no podría estar conforme con ello sin ofender mi conciencia.» Así, os diré como Jean Huss:

por encima de la Iglesia de los concilios, se encuentra la verdad y la razón.

L: Os interrumpo, mi querido señor. Habéis sido católico antes y hoy ya no lo sois más; las conciencias son libres. Sólo quiero deciros que la institución de la infalibilidad jerárquica en materia de dogma es mucho más razonable y más verdadera sin duda alguna que todos los milagros del mundo. ¡De lo contrario, qué no haría falta para poder conservar la paz! ¡No os parece que lean Huss hubiese sido aún más grande al sacrificar uno de sus ojos en pro de la concordia universal, antes que inundar a Europa de sangre? ¡Oh!, señor, por mí que la Iglesia decida, si así lo quiere, que estoy tuerto; ¡ sólo le pediría una gracia Y es que me dijera de cuál ojo, a fin de poderlo cerrar y de mirar con el otro, con una ortodoxia irreprochable!

M.: Veo que no soy ortodoxo en la misma forma que vos.

L.: Ya lo creo que no. ¡ Pero, veamos los prodigios! Vos los habéis visto, tocado, sentido y probado, pero veamos, dejando a un lado la exaltación: ¿Podríais contar me detalladamente uno de ellos, incluso en sus mínimos hechos, que vos consideréis un milagro evidente? Espero no ser indiscreto al suplicaros que lo hagáis.

M.: En ningún caso, pero: ¿cuál podría escoger? ¡Hay tantos! Bien, añadió el señor Madrolle luego de un momento de reflexión, no sin un ligero dejo de emoción en su voz: el profeta se encontraba en Londres y allí estábamos nosotros... ¡Y bien! Si vos le pidiérais sólo con vuestro pensamiento que os enviara de inmediato la comunión y, si en un lugar designado por vos, en vuestra casa, dentro de un paño o de un libro, encontraseis al buscar una hostia, ¿qué diríais?

L: Declararía este hecho como inexplicable por los instrumentos ordinarios de análisis.

M.: ¡ Y bien! Señor, grito el señor Madrolle con aire triunfante, ¡he aquí lo que a menudo me ocurre!... ¡Cuando lo quiero, es decir ,cuando soy digno y estoy preparado! ¡ Sí, señor mío, encuentro la hostia cuando la pido; la encuentro, palpable y real, ornamentada a menudo con pequeños corazones milagrosos que se diría han sido pintados por Rafael!

Eliphaz Levi, quien se sentía incómodo al discutir de estos hechos en los cuales se insinuaba una especie de profanación de las cosas más dignas de reverencia, pidió entonces permiso para retirarse al antiguo escritor católico y salió, meditando sobre la extraña influencia de Vintras, que había confundido de tal forma la vieja creencia y aquella anciana y sabia cabeza.

Algunos días después, el cabalista fue despertado a temprana hora por un visitante desconocido. Era un hombre de cabellos blancos, vestido completamente de negro, con la fisonomía de un devoto sacerdote y, en suma, un aire muy respetable.

El eclesiástico portaba una carta de recomendación que decía:

«Querido maestro: os envío a un sabio erudito que quisiera conversar con vos en el lenguaje propio de la magia. Recíbele como a mí mismo (quiero decir, como yo le he recibido), quitándole de en medio lo mejor que podáis.»

Siempre vuestro en la sacrosanta Kábala.

Ad. Desbarrolles.

-Señor abate -dijo sonriendo Eliphaz luego de haberla leído-, estoy por completo a vuestro servicio y nada debo rehusar al amigo que me escribe. ¿Así que habéis visto a mi excelente discípulo Desbarrolles?

-Sí, señor, y he encontrado en él a un hombre muy sabio y amable. Tanto él como vos sois dignos de la verdad que se está manifestando de nuevo mediante milagros sorprendentes y por las positivas revelaciones del arcángel san Miguel.

-Es un honor para nosotros, señor abate. ¿Así que el querido Desbarrolles os ha asombrado con su ciencia?

-¡Oh! Ciertamente posee en grado considerable los secretos de la quiromancia; sólo le ha bastado examinar mi mano y casi me ha narrado toda la historia de mi vida.

-El es perfectamente capaz de eso. ¿Pero, ha entrado en grandes detalles?

-Suficientes, señor, como para convencerme de sus extraordinarios conocimientos.

-¿Os ha dicho que erais el antiguo cura de Mont-Louis, en la diócesis de Tours, que erais el discípulo más fiel del extático Eugenio Vintras? ¿ y que os llamáis Charvoz?

Fue este un verdadero golpe teatral: el viejo sacerdote, al oír mencionar estas tres frases consecutivas, dio tres saltos en su silla; cuando pronunció su nombre, palideció y se levantó como movido por un resorte.

-¿Es verdad que sois un mago entonces?, gritó. Sí, Charvoz es mi nombre, pero no es el nombre que uso. Me hago llamar La-Paraz...

-Lo sé. La-Paraz es el nombre de vuestra madre. Habéis dejado, señor abate, una posición bien envidiable: la de un cura de cantón y la de un amable presbítero, para asumir la agitada existencia de un sectario...

. -¡Diréis la de un gran profeta!

-Señor abate, creo por completo en vuestra buena fe, pero permitidme que examinemos un poco la misión y el carácter propio de vuestra laborprofética.

-Sí, señor; el examen a la luz del día, la luz de la ciencia, esto es lo que pedimos. ¡Venid a Londres, señor, y veréis! Los milagros son allí cosa de todos los días.

-¿Querriais darme de antemano algunos detalles concisos y exactos sobre dichos milagros?

-¡Oh!, todos los que queráis.

y con esto, el viejo sacerdote empezó a narrar cosas que todo el mundo consideraría imposibles, pero que no lograron impresionar al profesor de alta magia.

Como, por ejemplo:

Un día, Vintras, en un acceso de entusiasmo, predicaba delante de su altar heterodoxo; veinticinco personas asistían a su prédica; un cáliz vacío, que conocía muy bien el abate Charvoz, se encontraba sobre el altar: él mismo lo había traído de su iglesia de Mont-Louis y estaba por ello perfectamente seguro de que el vaso sagrado no tenía doble fondo ni conductos misteriosos.

Para probaros, dijo Vintras, que Dios mismo es quien me inspira, El me dice que el cáliz se va a colmar con gotas de su sangre, bajo la apariencia del vino, y todos vosotros podréis gustar el producto de las viñas del futuro, el vino, que beberemos junto con el Salvador en el reino de su Padre...

Lleno de emoción y de temor, continuó el abate Charvoz, subí al altar y tomé el cáliz; miré a su fondo, y lo encontré completamente vacío; lo mostré a todos y luego recuerdo haberme arrodinado al pie del altar, sosteniendo el cáliz con mis dos manos..., de improviso un ligero ruido, como sería el de una gota de agua que hubiese caído desde el techo y dentro del cáliz, y una gota de vino apareció en su fondo.

Todos los ojos se volvieron hacia mí, continuó. Se miraba también hacia el techo, ya que nuestra sencilla capilla se levantaba en una pobre habitación, sin cielo raso, ni artesonados, ni fisuras, y no se veía caer nada y, sin embargo, el ruido de gotas que caen era cada vez más claro y rápido, y el vino llenó por, completo el cáliz, hasta su borde.

Cuando éste se colmó, lo presenté lentamente a la mirada de la asamblea allí reunida; luego el profeta llevó a él sus labios, y todos, uno tras otro, gustaron el vino milagroso, cuyo sabor no podría compararse al más delicioso de los licores conocidos...

y qué os podría decir, continuó el abate, de esos prodigios con la sangre que nos asombran a diario. Millares de hostias heridas y sangrantes aparecen en nuestros altares delante de todo aquel que quiera verlas. Las hostias, antes blancas, se dibujan lentamente con signos de corazones ensangrentados... ¿Haría falta pensar que Dios abandona las cosas más santas al arbitrio del demonio? ¿No será mejor adorarle y creer que El ha vuelto, en la hora de la última y suprema revelación?

Al hablar, el abate Charvoz dejaba la misma impresión de un temblor nervioso en su voz, que Eliphaz Levi había observado en casa del señor Madrolle. El mago movía la cabeza con aire pensativo; y de pronto dijo:

-Señor abate, sé que lleváis consigo una o varias de esas milagrosas hostias. ¿Seríais tan amable de dejármelas ver? -Señor...

-Las lleváis, lo sé. ¿Por qué intentáis, pues, negarlo? -No lo niego -exclamó el abate Charvoz-, pero comprenderéis que no es mi deseo exponer a vuestra incrédula investigación los objetos de la creencia más pura y más devota.

-Señor abate -dijo con gravedad Eliphaz-: la incredulidad es la desconfianza de una ignorancia casi segura de equivocarse. La ciencia no es incrédula. Creo, pues, de antemano en vuestra convicción, dado que habéis aceptado una vida de privación y aun de reprobación, por defender esta desgraciada creencia. Mostradme, pues, vuestras hostias milagrosas y creed en mi máximo respeto por los objetos de vuestra sincera adoración.

-¡Bien! -dijo el abate Charvoz, luego de un momento de duda-; voy a mostrároslas.

Entonces, desabotonando su negro chaleco, extrajo un pequeño relicario de plata, ante el cual se arrodilló con lágrimas en sus ojos, musitando una oración en sus labios; Eliphaz se puso de rodillas a su lado y el abate abrió el relicario.

Había, dentro de éste, tres hostias, una de ellas entera y las otras dos como en una especie de pasta y marcadas de sangre.

La hostia entera mostraba en su centro un corazón en relieve por sus dos lados; era como un grumo de sangre en forma de corazón que se hubiera formado en la misma hostia de una manera inexplicable. La sangre no había sido llevada a ella desde fuera, pues la colpración dejaba en blanco las parcelas adherentes a la superficie externa. La apariencia del fenómeno era la misma por ambos lados. El maestro de magia no pudo evitar un temblor involuntario.

Esta emoción no escapó a los ojos del viejo abate, quien, luego de adorar por una vez más su relicario, sacó de su bolsillo un álbum y lo dio sin decir nada a Eliphaz. Se trataba de copias de diversos signos ensangrentados observados en las hostias desde el comienzo de los éxtasis y los milagros de Vintras.

Había allí corazones de todo tipo y símbolos muy diversos, pero de todos ellos había tres que excitaban particularmente la curiosidad de Eliphaz...

-¿Señor abate, dijo a Charvoz, conocéis estos tres signos?

-No, respondió con ingenuidad el abate, pero el profeta asegura que son de la más grande importancia, y que su significado oculto se llegará a conocer bien pronto, es decir, en el final de los tiempos.

- Y bien, señor abate -dijo con solemnidad el profesor de magia-, antes de que llegue el final de los tiempos, yo mismo os los voy a explicar: ¡estos tres signos cabalísticos son la firma del diablo!

-¡Es imposible!, gritó el viejo sacerdote.

-Es exactamente eso, replicó con fuerza Eliphaz. -Veamos, pues, de qué signos se trataba:

1.º La estrella del microcosmos, o sea, el pentagrama mágico. Es la estrella de cinco puntas de la masonería oculta, aquella con la cual Agrippa designaba la figura humana, con la cabeza en la punta superior y los cuatro miembros en las restantes. La estrella flameante, que al ponerse invertida es el signo jeroglífico del macho cabrío de la magia negra, cuya cabeza queda inscrita en la estrella, y sus cuernos, representados por las dos puntas superiores, las orejas, por las de la izquierda y derecha, y la barba, por la inferior. Es el símbolo del antagonismo y de la fatalidad. Es emblema de la lujuria que se enfrenta al cielo con sus cuernos. En fin, un signo que es incluso execrable en el Sabbat para los iniciados de un grado superior.

2.º Las dos serpientes herméticas, pero sus cabezas y colas, en lugar de acercarse y formar dos semicírculos paralelos, estaban hacia la parte de afuera, y no existía, por tanto, una línea intermedia que representara el caduceo. Por encima de la cabeza de las serpientes, aparecía la V fatal, la fuerza tifoniana, el símbolo del infierno; a derecha e izquierda, los números sagrados 3 y 7, relegados sobre la línea horizontal, que representa las cosas pasivas y secundarias. Así que el significado de dicho símbolo podría resumirse en:

- El antagonismo es eterno.

- Dios es la lucha de las fuerzas fatales que crean siempre a partir de la destrucción.

- Las cosas religiosas son pasivas y pasajeras.

- La audacia se aprovecha de ellas, la guerra se beneficia también y es por ellas que la discordia se perpetúa.

3.º En fin, aparecía el monograma cabalístico de Jehová, pero con las letras *Yod* y *Hé* invertidas, lo cual forma, según los doctores de la ciencia oculta, el más espantable' de los símbolos blasfemos y significa de alguna manera lo siguiente:

- «Sólo existe la fatalidad. Dios y el espíritu no existen. La materia lo es todo y el espíritu no es sino una ficción, creada por la demencia de la misma materia. ¡La forma está por encima de la idea, lo femenino por encima de lo masculino, el placer por encima del pensamiento, el vicio por encima de la virtud, la multitud por encima de su líder, los hijos por encima de los padres y la locura por encima de la razón!»

¡He aquí lo que encontramos impreso con el signo de la sangre sobre las hostias aparentemente milagrosas de Vintras!

Podemos atestiguar por nuestro honor que los hechos antes descritos se han producido tal y como los hemos expuesto y que hemos visto con nuestros propios ojos e interpretado los símbolos siguiendo la verdadera ciencia mágica y las verdaderas claves de la Cábala.

El discípulo de Vintras nos informó también sobre el diseño y nos dio una descripción de las vestiduras pontificales dadas al supuesto profeta, según él lo afirmaba, por el mismo Jesucristo, durante uno de sus sueños estáticos. Vintras había hecho confeccionar estas vestiduras y se investía de ellas para realizar sus milagros. Eran de color rojo, y portaba sobre la frente una cruz en forma de «lingam», sosteniendo en su mano un báculo pastoral terminado en una mano con el puño cerrado, excepto el pulgar y el dedo meñique.

Ahora bien, todo ello es diabólico a primera vista y quizá lo único digno de admiración es la intuición sobre los símbolos de una ciencia perdida. Como lo explica muy bien la Alta Magia al apoyar el universo sobre las dos columnas de Hércules y de Salomón, el mundo metafísico queda dividido en dos zonas intelectuales: una blanca y luminosa, que encierra las ideas positivas, y otra negra y oscura, que guarda las negativas, y se ha dado a la noción sintética de la primera el nombre de Dios, y a la síntesis de la segunda el del diablo o Satanás.

El símbolo del «lingam», al ser llevado sobre la frente, es en la India la marca que distingue a los adoradores de Shiva el Destructor; es también el símbolo del gran arcano mágico que contiene el misterio de la generación universal, pero llevarlo sobre la frente es claramente una señal de impudor dogmático. Según los orientales, al llegar el día en que no haya más pudor en el mundo, éste será abandonado al libertinaje y terminará sus días, estéril, por falta de madres. El pudor es así la aceptación de la maternidad.

La mano con los tres dedos cerrados, expresa por su parte la negación del temario y la afirmación única de las fuerzas naturales.

Los antiguos hierofantes, como va a explicar nuestro sabio y espiritual amigo Desbarolles en un bello libro, hicieron de la mano humana un resumen de la ciencia mágica. Para ellos, el dedo índice representaba a Júpiter, el gran dedo o dedo medio, a Saturno; el anular, a Apolo, o sea, el Sol. Para los egipcios, estos tres dedos recibían el nombre de Ops, Osiris y Horus; el dedo pulgar simbolizaba la energía generadora, y el dedo meñique el deseo insinuante. Así, una mano que sólo nos muestra el pulgar y el meñique equivale, en el lenguaje jeroglífico sagrado, a afirmar en forma exclusiva la pasión y el deseo (*savoir faire*); es, pues, una traducción abusiva y materialista de la sabia palabra de san Agustín, al expresar: «Ama y haz lo que quieras.» Relacionemos ahora este signo con la doctrina del señor Madrolle: *El acto de amor más imperfecto -o, en apariencia, el más culpable-, vale más que la mejor de las oraciones.* Os preguntaráis entonces ¿cuál es esta fuerza que, independientemente de la voluntad o al menos de la ciencia humana (ya que Vintras es una persona iletrada y sin instrucción), formula sus dogmas utilizando símbolos tomados de

los vestigios de antiguas civilizaciones, tocantes a los misterios de Tebas y Eleusis, y nos escribe las más doctas figuras de la India al lado de los alfabetos ocultos de Hermes?

¿Qué fuerza es ésta? -Os lo diré. Pero antes, hay otros prodigios que debo contaros, ya que de cierto modo, todo esto es como un proceso jurídico y debemos completarlo.

Sin embargo, os pedimos permiso, antes de relatar otros casos, para transcribir aquí una página del iluminado alemán Ludwig Tieck:

«Si, por ejemplo, como lo narra una antigua tradición, una partida de los ángeles creados no tardó en desobedecer, y si se trataba, como se dice, de los más luminosos, es perfectamente comprensible que luego de su caída ellos buscaran un nuevo camino, una nueva actividad, otra ocupación y un destino distinto al de los espíritus pasivos que se contentan con permanecer en la región que les ha sido asignada, sin hacer uso ninguno de su libertad que es su don común. Su caída se representa en esta pesantez de la forma que ahora nosotros llamamos la realidad y que no es sino una protesta del espíritu individual que se obstina en permanecer separado y evitar la reabsorción en los abismos del espíritu universal. Es así como la muerte conserva y repro- I duce a la vida, y la vida está afianzada en la muerte... ¿Comprendéis ahora lo que significa Lucifer? *No es más que el genio del antiguo Prometeo*, esa energía que da al mundo su movimiento pendular, lo mismo que a la vida y al movimiento mismo, y que regula el tránsito de las formas sucesivas... Por medio de su resistencia, esta fuerza equilibra el principio creador. Es así como los Elohim alumbraron el mundo. Acto seguido, cuando los hombres fueron colocados por el Señor sobre la Tierra como espíritus intermediarios, su entusiasmo les llevó a sondear la naturaleza y sus profundidades, abandonándose a la influencia de este genio soberbio y poderoso y sólo cuando un dulce arrebató les precipitó hacia la muerte para encontrar la vida, comenzaron a comprender su existencia de una forma natural y verdadera, como conviene a las **criaturas.**»

Esta página no necesita comentario y explica, en forma suficiente, las tendencias de lo que se llama el *espiritualismo* o la doctrina *espírita*.

Hace ya algún tiempo que esta doctrina, o, mejor dicho, esta *antidoctrina* viene trabajando al mundo para precipitarlo en una anarquía universal. Pero la ley del equilibrio nos salvará, y ya está en marcha el gran movimiento de reacción.

Continuemos, pues, con el relato de los fenómenos:

Un obrero se presentó cierto día en casa de Eliphaz Levi. Era un hombre alto, de unos cincuenta años, de mirada franca y palabras bastante razonables. Interrogado sobre el motivo de su visita, el hombre respondió: «Usted debe saberlo, vengo a rogarle y a suplicar que me devuelva aquello que he perdido.»

Debemos decir, para ser sinceros, que Eliphaz no conocía nada de esta persona que le visitaba ni mucho menos lo que podía habersele perdido. Así que le respondió: «Me consideraréis mejor mago de lo que soy; ignoro quién sois vos y lo que buscáis, así que si pensáis que puedo ayudaros en algo, deberéis explicaros y precisar vuestra demanda.»

-¡Y bien! Ya que no me comprendéis, al menos reconoceréis esto -dijo entonces el desconocido, sacando de su bolsillo un pequeño libro negro, bastante usado.

Era el grimorio del Papa Honorius.

Diremos algo sobre este pequeño libro que ha sido tan criticado.

El grimorio de Honorius está compuesto por una constitución apócrifa de Honorius II para la evocación y el gobierno de los espíritus..., pero no pasa de dar algunas pobres recetas supersticiosas. Es el manual de los malvados sacerdotes que ejercían la magia negra durante el oscuro

período de la Edad Media. Allí puede encontrarse la descripción de ritos sanguinolentos, unidos a profanaciones de la misa y de las especies consagradas, fórmulas de hechizos y maleficios seguidas de prácticas que sólo la estupidez puede admitir y la locura aconsejar. En fin, es un libro completo en su género; por otra parte, ha llegado a ser muy escaso en las librerías, y los aficionados lo pagan a altos precios en las ventas públicas.

-Mi querido señor -dijo el obrero suspirando-: desde la edad de diez años no he faltado a mi servicio por una sola vez. Este libro no me abandona y me acojo rigurosamente a todas las prescripciones que él indica. ¿Por qué, pues, aquellos que me visitaban me han abandonado? Eli, Eli, Lamma...

-¡Deteneos -le contestó Eliphás-, antes de parodiar las más formidables palabras que una agonía haya hecho oír jamás al mundo! ¿Cuáles eran los seres que os visitaban por virtud de este horrible libro? ¿Les conocíais? ¿Les habéis prometido algo? ¿Habéis firmado algún pacto?

-No -interrumpió el propietario del grimorio-. No les conozco ni he adquirido ningún compromiso con ellos. Sólo sé que entre ellos los más altos son buenos, los intermedios son buenos y malos en forma alternativa y los inferiores son malos, pero no de una manera completamente ciega y sin que sea posible mejorarles. Aquél que he evocado y que a menudo se me ha manifestado, pertenece a la jerarquía más elevada, es de aspecto agradable, bien vestido y siempre me da respuestas favorables. Pero he perdido una página de mi grimorio, la primera, la más importante, puesto que allí tenía la firma autógrafa del espíritu y, desde entonces, ya no aparece cuando le llamo.

Soy un hombre perdido. Estoy desnudo, como lobo No tengo energía ni coraje. ¡Oh!, maestro, os conjuro a vos, para quien basta un signo, una palabra y los espíritus obedecerán, tened piedad de mí y devolved me aquello que he perdido!

-Dadme vuestro grimorio -dijo entonces Eliphás.¿Qué nombre dábais al espíritu que aparecía ante vos? -Le llamaba Adonai.

- Y ¿en qué lengua estaba escrita su firma? -Lo ignoro, pero supongo que era en hebreo.

-Tened -dijo el profesor de alta magia-, luego de haber trazado dos palabras hebreas al comienzo y al final del libro. He aquí dos firmas que los espíritus de las tinieblas no se atreverán a enfrentar nunca. Id en paz, dormid bien y no evoquéis más a los fantasmas.

El obrero se retiró.

A los ocho días, regresó para encontrarse con Eliphás.

-Vos me habéis devuelto la esperanza y la vida, le dijo. Mi energía ha regresado, en parte y, con las firmas que me habéis dado, puedo aliviar a los que sufren y liberar a los obsesos, pero a él no he podido volver a verle y, en tanto que no lo vea, estaré triste hasta la muerte. Antes él venía cerca de mí, me tocaba y pasaba la noche desvelado, escuchando todo lo que tenía necesidad de saber. Maestro, os lo suplico, haced que vuelva a verle...

-¿A quién decís?

-Adonai.

-¿Sabéis acaso quién es Adonai?

-No, pero quiero volver a verle.

-Adonai es invisible.

-Pues yo lo he visto.

-No tiene forma alguna.

-Pues lo he tocado.

-Es infinito.

-Pues es más o menos de mi estatura.

-Los profetas cuentan de él, que el borde de su túnica, de Oriente a Occidente, barre las estrellas al llegar la mañana. -No habría visto un abrigo tan fuerte, ni un lino más blanco. -La escritura santa dice incluso que no es posible verle y seguir viviendo.

-Tiene una figura hermosa y jovial.

-Pero ¿qué procedimiento usábais para obtener esas apariciones?

-¡ Pues bien! Hacía todo lo que está consignado en el gran grimorio.

-¡Todo! ¿Incluso el sacrificio de sangre?

-Sin duda.

-¡Desgraciado! ¿ Y quién era, pues, la víctima?

Ante esta pregunta, el obrero tuvo un ligero estremecimiento, palideció y su mirada se turbó.

-Maestro, usted mejor que yo sabe de qué se trata -dijo humildemente y en voz baja-. ¡Oh! ¡Me ha costado mucho, sobre todo la primera vez, cortar la garganta de un solo golpe con el cuchillo mágico a esta inocente criatura! Una noche, acababa de cumplir los ritos fúnebres, me encontraba de pie en el círculo sobre el umbral interior de mi puerta, y la víctima acababa de consumirse en un gran fuego de madera de álamo y ciprés... De pronto, cerca de mí..., no sé si lo he soñado, pero lo he sentido pasar, he oído claramente un llanto desgarrador..., se diría que ella lloraba, y desde aquel momento me parece que lo oigo siempre.

Eliphaz se había levantado y miraba fijamente a su interlocutor. ¿Tenía, pues, delante de sí a un loco peligroso, capaz de renovar las atrocidades del señor de Retz? Sin embargo, el aspecto de este hombre parecía bueno y honesto. No, no era posible.

-Pero, en fin, esta víctima... Decidme sin ambages de qué se trataba. Suponéis que ya lo sé, y es posible que así sea, pero tengo razones para pedir os que me lo digáis.

-De acuerdo al ritual mágico, me respondió, consistía en un cabrito joven de un año, virgen y sin ningún defecto.

¿ Un verdadero cabrito?

-Sin duda, os aseguro que no se trataba de ningún juguete de niños o de algún animal empalado.

Eliphaz respiró.

-Al menos -pensó-, este hombre no es un hechicero que merezca ser ejecutado por el verdugo. El no sabe que los abominables autores de los grimorios al decir un cabrito quieren representar a un niño pequeño.

-¡Y bien! -respondió al consultante-, dadme más detalles sobre vuestras visiones. Lo que me estáis contando me interesa profundamente.

El hechicero, ya que es mejor llamarle por este nombre, le contó entonces una serie de extraños hechos de los cuales habían sido testigos dos familias, y todos estos hechos eran curiosamente parecidos a los fenómenos de Mr. Home: manos que salían de las paredes, muebles que se desplazaban sin tocarles, apariciones fosforescentes. Un día, el temerario aprendiz de brujo había osado llamar a Astaroth y había visto aparecer a un monstruo gigantesco, con cuerpo de cerdo y cabeza parecida al esqueleto de un colosal buey. Pero todo ello era narrado con un acento de verdad, con tal certeza de haberlo visto, que excluía cualquier tipo de duda sobre la buena fe y la entera convicción del narrador. Eliphaz, que es un experto en magia, se maravilló mucho de todo aquello. ¡En pleno siglo XIX encontraba a un verdadero brujo medieval, un brujo ingenuo y convencido! ¡Un brujo que había visto a Satanás bajo el nombre de Adonai, con aspecto burgués, y a Astaroth bajo su real forma diabólica! ¡Qué objeto de arte! ¡Qué tesoro arqueológico!

-Amigo mío, dijo a su nuevo discípulo. Quisiera ayudaros a volver a encontrar aquello que habéis perdido. Tomad mi libro, observad las prescripciones del ritual y volved a verme en ocho días.

Ocho días más tarde, una nueva entrevista, en la cual el obrero le comentó que era el inventor de una máquina de salvamento de la mayor importancia para la Marina. La máquina está perfectamente combinada. Sólo ocurre una cosa: ella no funciona; existe un defecto imperceptible en su dinámica. ¿Qué defecto es éste? ¡Sólo el espíritu de malicia podría decirlo. Es preciso absolutamente evocarle!...

-Guardaos bien de ello, dijo Eliphás. Por el contrario, decid durante nueve días consecutivos esta invocación cabalística (y puso en sus manos una hoja manuscrita). Comenzaréis esta tarde y mañana vendréis a contarme lo que habéis visto, pues estoy seguro de que tendréis una manifestación.

Al día siguiente, nuestro hombre no faltó a la cita.

-Me he despertado de pronto, dijo, sobre la una de la mañana. He visto delante de mi lecho una gran luz, y dentro de ésta, un brazo oscuro que pasaba y repasaba por delante mío como para magnetizarme. Entonces, me he vuelto a dormir, pero en breves instantes he vuelto a despertar de nuevo y he visto la misma luz, pero en otro lugar. Ella se movía de izquierda a derecha y, sobre el fondo luminoso, me pareció distinguir la silueta de un hombre que cruzaba los brazos y me contemplaba.

-¿Cómo era este hombre?

-Más o menos de vuestra talla y corpulencia.

-Bien. Id y continuad haciendo lo que os he dicho.

Los nueve días pasaron. A su término, una nueva visita del adepto, pero esta vez muy radiante y presuroso. Apenas vio de lejos a Eliphás, exclamó:

-¡ Gracias!, maestro, la máquina funciona. Personajes que no conocía antes han venido para poner a mi disposición los fondos que necesitaba para terminar mi proyecto. He encontrado de nuevo la paz del sueño, y todo ello merced a vuestro poder.

-Decid más bien a vuestra fe y docilidad. Y ahora, adiós, debo trabajar, pero, ¿por qué tenéis ese aire suplicante, qué más queréis de mí?

-¡Oh!, si vos quisieseis....

-¡Y bien!, ¿acaso no habéis obtenido todo lo que me habéis pedido, e incluso más, ya que nunca me hablasteis del dinero?

-¡Sí, sin duda, dijo el otro suspirando, pero quisiera volver a verle!...

-Sois, pues, incorregible, dijo Eliphás.

Algunas semanas después, el profesor de alta magia se despertó hacia las dos de la mañana, por un agudo dolor de cabeza. Durante algunos instantes, temió que se tratara de una congestión cerebral, se levantó, encendió su lámpara, abrió la ventana y se paseó por su estudio, luego de lo cual, calmado un poco por el aire frío de la mañana, volvió a su lecho y se durmió profundamente. Entonces tuvo una pesadilla: vio, con terrible apariencia de realidad, aquel gigante con cabeza de buey desprovista de carne, que le había descrito el obrero mecánico. El monstruo le perseguía y luchaba contra él. Cuando se despertó, era ya de día y alguien golpeaba a la puerta. Eliphás se levantó, se vistió y fue a abrir: era el obrero.

-Maestro, le dijo entrando apresuradamente y con aspecto alarmado, ¿cómo os encontráis?

-Muy bien, respondió Eliphás.

-Pero, esta noche, sobre las dos de la mañana, ¿no habéis estado en peligro?

Eliphás no entendió la pregunta, ya que no recordaba en ese momento su indisposición de la noche anterior.

-¿Un peligro?, respondió. No, al menos que yo sepa.

-¿No habéis sido asaltado por un monstruoso fantasma que pretendía estrangularos? ¿No lo habéis enfrentado?

Eliphas recordó todo.

-Sí, ciertamente, le dijo. He tenido como un comienzo de apoplejía y un horrible sueño. Pero, ¿cómo es que sabéis todo esto?

-A la misma hora, una mano invisible me ha golpeado fuertemente sobre mi espalda y me ha despertado con sobresalto. He visto entonces que os veáis en apuros con Astaroth. Me he enderezado y una voz ha susurrado a mi oído: levántate y ve a socorrer a tu maestro, pues se encuentra en peligro. Entonces me levanté precipitadamente. Pero, para empezar, ¿hacia dónde hací(l falta ir? ¿qué peligro os amenazaba? ¿Estaríais en vuestra casa o fuera de ella? La voz nada había dicho de esto. He tomado, pues, el partido de esperar hasta la salida del sol, y desde que el día ha comenzado me encuentro a vuestra puerta.

-Gracias, amigo mío, dijo el maestro tendiéndole la mano. Astaroth es un bromista pesado y' la noche anterior he tenido en mi cabeza algo más de sangre que la corriente. Ahora me encuentro perfectamente bien. Así que podéis ir a rasuraros y regresar a vuestro trabajo.

Por extraños que aparezcan los hechos que acabamos de relatar, nos queda aún por contar un drama fúnebre que es más extraordinario.

Se trata de un sangriento hecho que, a comienzos de este año, ha sumido en el duelo y en el estupor a París y a toda la cristiandad. Evento en el cual nadie ha pensado que pudo intervenir la magia negra... Veamos lo ocurrido:

Durante el invierno, a comienzos del pasado año, un librero puso en conocimiento del autor del *Dogma y Ritual de la Alta Magia*, el hecho de que un eclesiástico buscaba su dirección y expresaba el más vivo deseo por conocerle. En principio, Eliphas Levi no se sentía muy confiado hacia un desconocido, como para exponerse sin ninguna precaución a su visita. Por consiguiente, le indicó al librero que le diese las señas de una buena amiga suya, donde su fiel discípulo Desbarolles se reuniría con él. En efecto, el día y la hora fijados, ellos se encontraron en casa de madame A.: y allí estaba también el eclesiástico que les esperaba hacía un corto tiempo.

Era un hombre joven, bastante delgado, de nariz puntiaguda y aguileña, con ojos azules y sin brillo. Su frente huesuda y saliente era más ancha que alta; su cabeza, prolongada hacia atrás, sus cabellos lacios y cortos, separados por una raya a un lado, eran de un rubio grisáceo tirando al castaño claro, pero con un matiz particular y desagradable. Su boca era sensual y discutidora, sus maneras eran, por el contrario, amables, su voz dulce y en algunos momentos algo titubeante. Interrogado por Eliphas Levi sobre el objeto de su visita, respondió que buscaba el grimorio de Honorius y que venía a informarse con el profesor de ciencias ocultas sobre la manera de procurarse aquel pequeño libro negro que había llegado a ser prácticamente imposible de encontrar.

-Daría hasta cien francos por un ejemplar de ese grimorio, decía.

-En sí misma, la obra no vale nada, respondió Eliphas. Es una constitución que se pretende atribuir a Honorius 11, la que seguramente encontraréis citada por cualquier erudito que se haya interesado en compilar los textos apócrifos. Podrías encontrarla quizá en la biblioteca.

-Lo he hecho, ya que casi todo mi tiempo en París lo paso en las bibliotecas públicas.

-Por ventura, ¿habéis estado en el ministerio de París?

-No, hasta ahora. Durante algún tiempo he estado empleado en la parroquia de Saint-Germain-L'Auxerrois.

-¿y os dedicáis ahora, por lo visto, a curiosas investigaciones sobre las ciencias ocultas?

-No exactamente, pero busco realizar un proyecto..., hay algo que debo hacer.

-Supongo que no se tratará de ninguna operación de magia negra. Sabréis, igual que yo, señor abate, que la Iglesia ha condenado siempre y lo sigue haciendo en forma muy severa a todo aquel que se dedica a esas prácticas prohibidas.

Una pálida sonrisa, rodeada de una especie de sarcástica ironía, fue la respuesta del abate, y la conversación llegó a su fin.

Entre tanto, el quiromántico Desbarolles miraba con atenta consideración la mano del sacerdote; aquél se dio cuenta de ello y a esto siguió la natural explicación, con lo cual el mismo abate ofreció él mismo de buena gana su mano para el examen quiromántico. Desbarolles frunció el ceño y pareció turbarse un poco: la mano era húmeda y fría, los dedos lisos y espatulados; el monte de Venus, o sea, aquella parte de la palma de la mano que se sitúa debajo del pulgar, estaba muy pronunciado; la línea de la vida era corta y quebrada, había alguna cruz en el centro de la palma y estrellas sobre el monte de la luna.

-Señor abate, le dijo Desbarolles, si vos no tuvieseis una sólida instrucción religiosa, podríais correr el riesgo de convertirnos en un peligroso sectario, ya que de un lado sois dado al misticismo más exaltado, y por otro, a la terquedad más concentrada y menos comunicativa del mundo. Buscáis mucho, pero imagináis con anticipación y, puesto que no confiáis a nadie vuestras imaginaciones, éstas pueden llegar a adquirir tales proporciones que se conviertan fácilmente en vuestros verdaderos enemigos. Vuestros hábitos son contemplativos y un poco muelles, pero es ésta una somnolencia de la cual los mismos sueños temerían. Estáis dominado por una pasión que vuestro estado..., pero, perdón, señor abate, temo exceder con mis palabras los límites de la discreción.

-Decidlo todo, señor. Puedo oírlo y deseo saberlo todo. -¡Bien! Veo, sin lugar a dudas, que si ponéis al servicio de la caridad toda la inquieta actividad que os proporcionan las pasiones de vuestro corazón, seréis a menudo digno de bendición por vuestras buenas obras.

El abate sonrió de nuevo, con esa sonrisa dudosa y fatal, que prestaba una expresión muy singular a su pálido rostro.

Se puso de pie y pidió permiso para retirarse, sin haber mencionado su nombre y sin que nadie hubiera pensado en preguntárselo.

Eliphaz y Desbarolles le acompañaron hasta la escalera, en atención a su dignidad sacerdotal.

Ya muy cerca de la escalera, se volvió y dijo lentamente:

-Dentro de poco, oiréis decir algo..., oiréis hablar de mí, añadió, apoyando con énfasis cada una de sus palabras. Luego saludó con la mano en su cabeza, dio la vuelta y sin decir más descendió la escalera.

Los dos amigos volvieron a entrar en casa de madame A... -He aquí un personaje singular, dijo Eliphaz. Me ha recordado a el Pierrot de los funámbulos, en el papel de traidor. Lo que nos ha dicho al partiese parecía mucho a una amenaza.

-,Le habéis intimidado, dijo madame A... Antes de vuestra llegada, él comenzó a decirme todo cuanto pensaba, pero vosotros le habéis hablado de la conciencia y de las leyes de la Iglesia, y por ello no se ha atrevido a confiaros lo que quería.

- Y, ¿qué era lo que quería? -Ver al diablo.

-¿Pensaría acaso que lo llevo escondido en mi bolsillo? -No, pero sabe que vos sois maestro de cábala y de magia, y esperaba que le ayudaseis en su propósito. Nos ha relatado a mi hija y a mí que en su presbiterio, en el campo, había realizado un día una evocación con ayuda de un grimorio vulgar. Entonces, nos dijo, un torbellino de viento pareció estremecer el presbiterio, las vigas rechinaron, el maderamen crujió, las puertas se movieron y los zumbidos del aire se dejaron oír en todos los rincones de la casa. Entonces, él esperó la aparición de una formidable visión, pero nada vio, ningún monstruo hizo su aparición, total, que el demonio no quiso dejarse ver. Es por ello que busca el grimorio de Honorius, donde espera encontrar conjuros más fuertes y ritos más eficaces.

-¡Es posible!, pero este hombre es, entonces, un monstruo... o está loco.

-Debe estar ciegamente enamorado -dijo entonces Desbarolles-, sumergido en alguna pasión absurda de la cual no espera absolutamente nada, a menos que el diablo le ayude.

-Pero, ¿cómo es que ha dicho eso de que oiremos hablar de él?

-¿Quién lo sabría? A lo mejor espera seducir a la reina de Inglaterra o a la sultana Validá.

La conversación quedó allí terminada, y pasó un año entero sin que Madame A..., ni Desbarolles, ni Eliphás oyesen nada acerca de este desconocido sacerdote.

En la noche del primero al segundo día del año 1857, Eliphás Levi se despertó sobresaltado por las emociones de un extraño y fúnebre sueño. Le parecía encontrarse en un recinto gótico y ruinoso, como lo sería la capilla de un viejo castillo abandonado. Una puerta oculta por un paño negro se abría sobre este recinto y, tras ella, se adivinaba la luz mortecina de los cirios, lo cual imprimió a Eliphás una curiosidad no exenta de terror, y se aproximó al paño negro... Entonces, al entreabrirlo, una mano se extendió y le *tomó* por el brazo. El no vio a nadie, pero escuchó una voz que le decía:

- Ven a ver a tu padre, que va a morir.

El mago se despertó entonces, con el corazón palpitante y la frente bañada en sudor.

-¿Qué quiere decir este sueño? -pensó... Hace ya tiempo que mi padre ha muerto; ¿por qué me avisaba entonces su muerte?, y ¿por qué dicho aviso me ha llegado tan dentro?

La noche siguiente se repitió el mismo sueño, bajo idénticas circunstancias, y Eliphás Levi despertó una vez más creyendo oír la voz que le decía al oído:

-Ven a ver a tu padre, que va a morir.

Esta repetición de la pesadilla impresionó mucho a Eliphás:

había aceptado para la noche de ese mismo día una invitación a cenar, y escribió para excusarse, ya que no estaba en la disposición acorde con la celebración de un banquete de artistas. Permaneció, pues, en su estudio, donde recibió al mediodía a uno de sus discípulos de magia, el vizconde de M... Poco después la lluvia empezó a caer con tal fuerza, que Eliphás ofreció al vizconde su paraguas, cosa que éste se negaba a aceptar. A esto siguió un corto debate de cortesías, cuyo resultado fue que Eliphás salió, para acompañar al vizconde a su casa. Pero, en tanto que marchaban hacia allí, el vizconde encontró un coche para tal fin y Eliphás, en vez de volver directamente a su casa, atravesó maquinalmente el Paseo de Luxemburgo, salió por la puerta que da sobre la calle D'Enfer y se vino a encontrar al frente del Panteón.

Una doble hilera de tenderetes, improvisados para la novena de santa Genoveva, indicaba a los peregrinos el camino de Saint Etienne du-Mont. Eliphás, cuyo corazón estaba triste y, por consiguiente, dispuesto a la oración, siguió aquel camino y entró en la iglesia. Para entonces podrían ser las cuatro de la tarde.

El templo se hallaba repleto de fieles y el oficio se realizaba con gran recogimiento y extraordinaria solemnidad. Los pabellones de las parroquias de la ciudad y de sus alrededores

atestiguaban la veneración pública por esta Virgen que había salvado a París del hambre y de las invasiones. Al fondo de la iglesia, la tumba de santa Genoveva resplandecía de luz. Se cantaban letanías y la procesión avanzaba desde el coro.

Detrás de la cruz, acompañada por sus acólitos y seguida por los niños del coro, venía el estandarte de santa Genoveva; luego marchaban en doble jerarquía las damas de su cofradía vestidas de negro, con un velo blanco sobre la cabeza, una cinta azul en el cuello y la medalla conmemorativa de la leyenda; en su mano llevaban un cirio coronado por una pequeña linterna gótica, como la tradición nos lo muestra en las imágenes de la santa. En las antiguas leyendas, santa Genoveva es siempre representada con una medalla al cuello, que le había dado san Germán D' Auxerre y portando un cirio que el demonio intenta en vano apagar, ya que está preservado del soplo inmundo por un tabernáculo milagroso.

Detrás de la cofradía desfilaba el clero y, finalmente, aparecía el venerable arzobispo de París mitrado de blanco, portando una capa sostenida en cada costado por sus dos vicarios mayores. El prelado, apoyado sobre su cruz, marchaba lentamente y bendecía a derecha e izquierda a la multitud que se arrodillaba a su paso. Eliphás, que por primera vez veía al arzobispo, contemplaba con detalle los rasgos de su rostro. Estos expresaban nobleza y dulzura, pero también dejaban entrever la expresión de una gran fatiga y quizá de un agotamiento nervioso que no era fácil disimular.

La procesión descendió hasta la entrada de la iglesia, atravesando toda la nave central y se detuvo frente a la tumba de santa Genoveva. Luego, remontó de nuevo por la nave lateral de la derecha, sin interrumpir el cántico de las letanías.

Un grupo de fieles seguía a la procesión, caminando inmediatamente detrás del arzobispo.

Eliphás se unió a este grupo, para atravesar más fácilmente la multitud y de esta manera ganar la puerta de salida, con la reverencia propia de tan piadosa solemnidad.

La cabeza de la procesión había entrado ya en el coro y el arzobispo se aproximaba a la reja de la nave. Allí, el paso era demasiado estrecho para que tres personas pudiesen ir juntas, así que el arzobispo marchaba solo delante y detrás de él los vicarios que sostenían los bordes de su capa hacia atrás, por lo cual ésta se encontraba levantada y un poco tensa, de suerte que el pecho del arzobispo quedaba al descubierto, protegido tan sólo por los bordes adornados de su estola.

Entonces, aquellos que se encontraban delante del arzobispo le vieron tropezar y oyeron una interpelación hecha en voz alta pero sin gritar y en todo caso sin clamor. ¿Qué había dicho la voz?, pareció algo como: ¡Abajo las diosas!, pero se pensó haber oído mal, ya que esto parecía completamente fuera de lugar y de sentido. Sin embargo, la exclamación se repitió dos o tres veces hasta que alguien gritó: ¡Salvad al arzobispo!, y otras voces respondieron: ¡A las armas! El gentío se dispersó entonces volcando las sillas y las barreras, y se precipitó gritando hacia las puertas. Se oían llantos de niños, clamor de mujeres y Eliphás, arrastrado por la multitud, se encontró pronto fuera de la iglesia, pero las últimas miradas que pudo lanzar a su interior le mostraron un cuadro terrible.

En medio de un círculo formado por el espanto que invadía a los que le rodeaban, el prelado se veía aún de pie, solo, apoyado siempre sobre su cruz y sostenido por los bordes de su capa que los vicarios mayores habían soltado y que caía sobre el suelo.

La cabeza del arzobispo estaba ligeramente vuelta hacia arriba, sus ojos y la mano que no sostenía la cruz estaban elevados hacia el cielo. Su actitud se parecía a la que Eugenio Delacroix ha descrito en su pintura del obispo de Lieja, asesinado por los bandidos de las Ardenas; había en su gesto toda una epopeya del martirio, el cual era al mismo tiempo una aceptación y una ofrenda, una oración por su pueblo y un perdón para su verdugo.

El día terminaba y la iglesia comenzaba a cubrirse de sombras, mientras que el arzobispo, con los brazos levantados hacia el cielo e iluminado por un postrer rayo de luz proveniente de los cruceros de la nave, se destacaba sobre un fondo sombrío donde apenas podía distinguirse un pedestal sin estatua sobre el cual estaban grabadas estas dos palabras de la pasión de Cristo:

Ecce Homo, y más lejos, hacia el fondo, una pintura apocalíptica . representaba las cuatro plagas próximas a lanzarse sobre el mundo, y los torbellinos infernales que seguían las poderosas huellas del jinete de la muerte.

Ante el arzobispo, un brazo levantado que dibujaba como una silueta siniestra en la sombra, sostenía y blandía un puñal. Los sargentos del cuerpo de guardia avanzaban, espada en mano.

Y, mientras que todo este tumulto se agitaba en la parte baja de la iglesia, el canto de las letanías continuaba en el coro, recordando la armonía de las esferas celestiales que nunca se interrumpe, por encima de nuestras revoluciones y angustias.

Eliphaz Levi había sido arrastrado fuera por el gentío. Había salido por la puerta de la derecha y, casi en el mismo momento, la puerta de la izquierda se abría con violencia y un grupo numeroso de gentes se precipitaba fuera del templo.

Este grupo remolineaba alrededor de un hombre al cual parecían sostener cincuenta brazos, y cien puños cerrados querían destrozar.

Más tarde, este hombre se quejaría de haber sido maltratado por los sargentos del cuerpo de guardia; pero la verdad es que en lo que era posible ver dentro del tumulto, ellos le protegían contra la exasperación de la muchedumbre.

Las mujeres corrían detrás de él gritando: ¡ matadle! -¿Pero qué ha hecho?, decían otras voces.

-¡El miserable! ha dado una puñalada al arzobispo, respondían.

Luego, salían otras personas del templo y se cruzaban los discursos más contradictorios.

-El arzobispo ha tenido mucho miedo y se encuentra mal, decían algunos.

-Está muerto, respondían otros.

-¿Habéis visto el puñal?, añadía un nuevo interlocutor. Es largo como un sable y la sangre corría sobre su hoja.

-El pobre monseñor ha perdido uno de sus zapatos, exclamaba una anciana agitando las manos.

-¡No es nada!, ¡no es nada!, gritó entonces una mujer que alquilaba sillas para la ceremonia. Podéis volver a entrar a la iglesia, monseñor no está herido, lo acaban de decir desde el púlpito.

El gentío hizo entonces un movimiento como para volver a entrar en el templo.

-¡Salid!, ¡salid!, exclamó la voz grave y desolada de un sacerdote. El oficio no puede continuar. Va ha cerrarse la iglesia, ya que ha sido profanada.

-¿Cómo está el arzobispo?, preguntó un hombre.

-Señor, le respondió el sacerdote, el arzobispo está muriéndose. Es posible que ahora, en este mismo momento, ya haya muerto.

Entonces la multitud se dispersó consternada, para ir a dar la fúnebre noticia a todo París.

Una extraña circunstancia se produjo en aquel momento para Eliphaz, y produjo en éste una especie de diversión, en medio del profundo dolor que le proporcionaba lo sucedido.

En medio del tumulto, una dama anciana y de presencia muy respetable le había tomado del brazo, reclamando su protección.

El creyó un deber responder a esta llamada de apoyo, y cuando lograron liberarse de la multitud la dama le dijo:

-¡Me siento muy contenta de haber encontrado una persona que se aflige por este crimen tan grande, del cual se estarán regocijando en este momentq tantos miserables!

-Pero, ¿qué dice usted, madame, cómo podrían existir seres tan depravados como para alegrarse por crimen tan siniestro?

-¡Silencio!, dijo la anciana, es posible que alguien nos pueda oír... Sí, añadió bajando la voz, hay gentes que gozan con todo esto, pues he podido ver a un hombre de aspecto tenebroso que decía a la multitud inquieta cuando le preguntaban sobre lo que acababa de ocurrir... ¡Oh!, ¡no es nada! ¡Sólo una araña que ha caído!

-No madame, no habrá oído usted bien. La gente no hubiera permitido tal despropósito y aquel hombre habría sido arrestado inmediatamente.

-Quiera Dios que todo el mundo piense como usted, dijo la dama. .

Y luego añadió: encomiéndeme, por favor, en sus oraciones, pues se ve que es usted un hombre de Dios.

-No todo el mundo piensa lo mismo que usted, respondió Eliphás.

-¡Y qué nos importa el mundo!, replicó la dama con vivacidad. ¡Es un gran mentiroso, calumniador e impío! Se hablará mal de usted, puede ser, no me asombra. Si usted supiera lo que se dice de mí, comprendería muy bien por qué no me inquieta su opinión. . .

-¿El mundo habla mal de usted, madame?

-Oh, ciertamente, y casi de lo peor que puede decirse. -¿Cómo es eso?

-El me acusa de sacrilegio.

-Usted me asombra. Y, ¿de qué sacrilegio, si se puede saber? .

-De una indigna comedia que según se dice yo he representado para engañar a dos niños en la montaña de La Salette. -¿Qué?, entonces usted es...

-Soy la señorita de La Merliere.

-He oído hablar de su proceso, señorita, y del escándalo que ha causado, pero me parece que su edad y su *responsabilidad* tendrían que ponerla al abrigo de una acusación semejante.

- Venga a verme, señor, y le presentaré a mi abogado, el señor Favre. Es un hombre de talento que me gustaría ganar para Dios.

De tal manera, los dos interlocutores llegaron a la calle del Vieux-Colombier. La dama dio sus agradecimientos al improvisado caballero y le renovó su invitación para ir a visitarla.

-Lo intentaré, madame, respondió Eliphás, pero, en caso de que venga, ¿debo preguntar al portero por la señorita de La Merliere?

-De ninguna manera, dijo entonces ella. No me conoce bajo tal nombre; pregunte por madame Dutruck.

-Dutruck. Bien, madame. Reciba usted mis saludos.

Y se separaron.

El proceso del asesino comenzó, y Eliphás, al leer en los diarios que aquel hombre era un sacerdote y que había formado parte del clero de Saint-L' Auxerrois, que también había sido cura de provincia, y que parecía exaltado hasta el furor, recordó aquel pálido sacerdote que hacía un año estaba buscando el grimorio de Honorius. Pero las señales que dieron sobre el criminal en la prensa no coincidían con las sospechas del profesor de magia. En efecto, la mayoría de los diarios decían que era de cabellos negros... No es entonces él, pensó Eliphás, y sin embargo seguía retumbando en sus oídos aquella frase que sería la explicación de aquel funesto crimen:

-No tardaréis en saber algo... pronto oiréis hablar de mí. El proceso tuvo lugar, en medio de las afrentosas circunstancias que son de público conocimiento y el acusado fue condenado a muerte.

Al día siguiente, mientras Eliphás leía en un periódico judicial el relato de alguna escena inaudita en los anales de la justicia, una nube pasó de pronto por sus ojos al ver de nuevo las señas del acusado:

«Es rubio.»

Entonces, debe ser él, dijo el profesor de magia.

Algunos días después, alguna persona que había logrado bosquejar durante la audiencia un perfil del condenado, lo trajo a Eliphás.

-Dejadme, por favor, copiar este dibujo, dijo él, sin disimular su palpitante emoción.

El hizo, pues, la copia y la llevó a su amigo Desbarolles, a quien preguntó, antes de explicar nada:

-¿Conocéis esta cabeza?

-Sí -respondió de inmediato Desbarolles es aquel misterioso sacerdote que vimos en casa de madame A... y que quería realizar evocaciones mágicas.

-Bien, amigo mío, acabáis de confirmarme una triste convicción. No volveremos a ver a este hombre. La mano que examinarais aquel día se ha convertido en una mano ensangrentada. Hemos oído hablar de él, tal como nos lo anunció, pues, aquel pálido sacerdote, ¿sabéis cuál era su nombre?

-¡Oh! ¡Dios mío!, dijo Desbarolles cambiando de color, temo ahora saberlo.

-Pues bien, le conocéis. ¡Era el desdichado Luis Verger!

Algunas semanas después de lo que acabamos de contar, Eliphás Levi conversaba con un librero, cuya especialidad era coleccionar libros antiguos sobre ciencias ocultas.

Se habló, pues, del grimorio de Honorius.

Ahora es un artículo imposible de encontrar, dijo el comerciante. El último que tuve en mis manos lo he cedido a un sacerdote que ofreció por él cien francos.

-¡Un sacerdote! ¿Recuerda usted cuál era su fisonomía?

-¡Oh!, perfectamente. Pero creo que usted le conocerá bien, ya que me dijo haberle visto y, antes de ello, era yo quien le había enviado.

Así, no cabía ya duda alguna. El desdichado sacerdote había encontrado el grimorio fatal, había realizado la evocación y se había preparado para el asesinato mediante una serie de sacrilegios, pues veamos en qué consiste la evocación infernal de acuerdo al grimorio de Honorius:

«Se escoge un gallo negro y se le da el nombre del espíritu de las tinieblas que se desea evocar.

»Se da muerte al animal, y se guarda su lengua, el corazón y la primera pluma del ala izquierda.

»Se pone a secar la lengua y el corazón y luego se les reduce a polvo.»

»No se probará ninguna carne ni se beberá vino durante ese día.

»El martes, a la madrugada, se dirá una misa de ángeles.

»Sobre el mismo altar se trazarán, usando la pluma del gallo mojada en el vino consagrado, las firmas diabólicas (las del lápiz de Mr. Home y las hostias sangrantes de Vintras).

»El miércoles, se preparará un cirio de cera amarilla. A media noche y completamente solo en el recinto de una iglesia, se comenzará un oficio de difuntos.

»Este oficio irá mezclado con evocaciones infernales.

»Se terminará el oficio alumbrados sólo por un cirio que en seguida se apagará, luego de lo cual se permanecerá sin luz alguna en la iglesia así profanada hasta la salida del sol.

»El jueves, se mezclará con agua bendita el polvo producto de la lengua y el corazón del gallo y se dará todo junto a un cordero macho de nueve días...»

La mano se rehusa a seguir escribiendo el resto. Se trata de una mezcla de prácticas brutales y sórdidas, destinadas a aniquilar del todo el juicio y la conciencia.

Pero, para comunicar con el fantasma del mal absoluto, para realizar dicho fantasma, hasta el punto de verle y tocarle, ¿no haría falta sin duda carecer de juicio y de toda conciencia?

Aquí radica, pues, el secreto de toda esta increíble perversidad, de estos furores asesinos, de este odio malvado contra todo orden, toda magistratura y toda jerarquía y, sobre todo, de este furor contra el dogma que santifica la paz, la obediencia, la dulzura y la pureza bajo el emblema altamente significativo de una madre.

Aquel desdichado estaba seguro de no morir. Según él, el emperador se vería forzado a concederle la gracia y le esperaría un exilio honroso, ya que su crimen le daría gran celebridad, y sus memorias se venderían a precio de oro en las librerías. Llegaría a ser inmensamente rico, atraería la atención de una gran dama y se casaría allende los mares. Fue mediante promesas semejantes que el fantasma del demonio poseyó e hizo caer, de un crimen a otro, a Gilles de Laval, señor de Retz. Un ser humano que sea capaz de evocar al diablo siguiendo el ritual del grimorio de Honorius, habrá tomado tan de lleno el camino del mal, que se encontrará fácil presa de todas las alucinaciones y todos los embustes. Así, Verger soñaba con la sangre, pensando en alcanzar quién sabe cuál abominable panteón; y él despertó sobre el cadalso.

Pero las aberraciones de la perversidad no constituyen una locura, y esto ha sido probado por la ejecución de este miserable.

Hemos oído de la desesperada resistencia que opuso a sus ejecutores. ¡Es una traición!, exclamaba; ¡no puedo morir así!

¡Una hora, conceded me tan sólo una hora para escribir al emperador! El debe salvarme.

Luego alguien le había traicionado.

¿Quién, pues, le había prometido la vida?

¿Quién le había asegurado de antemano una clemencia imposible, dado que ella hubiera repugnado a la conciencia pública? ¡Preguntad todo esto al grimorio de Honorius!

Hay dos cosas en esta trágica historia que tienen relación con los fenómenos de Mr. Home: el ruido de tempestad escuchado por el malvado a raíz de sus primeras evocaciones, y la confusión que le impidió revelar todo su pensamiento en presencia de Eliphaz Levi.

No deja de haber alguna relación también entre la aparición de esta figura siniestra, riéndose del dolor público y realizando su propósito ciertamente infernal en presencia de la multitud consternada, y la de la extática de la Salette, la muy famosa señorita de Merliere, con su aspecto actual de persona respetable y buena, pero demasiado exaltada y capaz de actuar y de hablar, sin darse cuenta, bajo la influencia de una especie de sonambulismo ascético.

La palabra sonambulismo nos remite otra vez a Mr. Home, y nuestros relato!; no nos han hecho olvidar lo que el título de nuestro artículo prometía a los lectores.

Debemos, pues, para mantener nuestra promesa, decirles lo que es verdaderamente Mr. Home:

Mr. Home es un enfermo atacado de un sonambulismo con tagioso.

Esta es nuestra aserción.

Nos quedaría por dar una demostración y una explicación.

Para ser completas, éstas nos demandarían un trabajo capaz de llenar todo un libro.

Este libro está ya terminado y próximamente le publicaremos.

Su título es: *La razón de los prodigios, o el diablo ante la Ciencia*¹

¿Por qué el diablo?

Porque hemos llegado a demostrar por los hechos aquello que el señor de Mirville había presentido antes que nosotros, aunque en forma incompleta.

¹ Este era el título que nosotros quisimos entonces dar al libro que publicamos hoy.

Decimos *incompleta*, puesto que para el señor de Mirville, el diablo es un personaje fantástico, en tanto que para nosotros se trata del uso abusivo de una fuerza natural.

Un médium ha dicho: el infierno no es un lugar; es un estado del ser.

A lo que podríamos añadir: el diablo no es una persona ni una fuerza; es un vicio y, por consiguiente, una debilidad. Volvamos por un momento al estudio de los fenómenos. Por lo general, los médiums son seres enfermos y limitados. Ellos no pueden realizar nada extraordinario en presencia de personas instruidas y poco impresionables.

Hace falta habituarse a su contacto para llegar a ver o sentir alguna cosa.

Un mismo fenómeno no es visto de igual forma por todos los asistentes. Así, mientras que uno verá una mano, otro no percibirá sino un vapor blanquecino.

Las personas impresionables al magnetismo de Mr. Home, experimentan ciertos síntomas de debilidad: les parece que la habitación da vueltas y, para ellos, la temperatura parece descender rápidamente.

Los prodigios y los hechos se realizan mejor cuando se trata de un pequeño número de testigos escogidos por el mismo médium.

En una reunión de varias personas que ven estos fenómenos, puede encontrarse alguna que no verá absolutamente nada.

Pero, entre aquellos que ven, tampoco todos ven las mismas cosas, Así, por ejemplo:

Una tarde, en casa de madame de B... el médium hizo aparecer un niño que esta dama había perdido. Sólo ella podía verle, en tanto que el conde de M... percibía un pequeño vapor blanco en forma de pirámide y las demás personas no veían nada.

Todo el mundo sabe que ciertas sustancias como, por ejemplo, el hachís, tienen la virtud de producir la embriaguez conservando el uso de la razón, y nos hacen ver, con una impresión de increíble realidad, cosas que no existen.

Una buena parte de los fenómenos de Mr. Home se pueden clasificar dentro de lo que sería una influencia natural similar a la del hachís.

Es por ello que el médium sólo quiere operar ante un pequeño número de personas que él mismo selecciona.

Los restantes fenómenos deben atribuirse al poder magnético.

Ver, pues, alguna cosa gracias a Mr. Home no es ningún indicio de excelente salud para el que ve.

Y aunque se tuviera buena salud, la visión revelaría una perturbación pasajera del sistema nervioso, en lo relacionado con la imaginación y con la luz.

Si esta perturbación se repitiese a menudo, la persona llegará a estar seriamente enferma.

Nadie puede saber cuántas afecciones como catalepsias, tétanos, locuras y hasta mutrtes violentas ha podido producir la manía de las mesas giratorias.

Pero cuando llegan a ser particularmente terribles y peligrosos dichos fenómenos, es cuando se adueña de ellos la perversidad.

Es entonces cuando podemos afirmar con certeza una intervención y a veces la presencia del espíritu del mal.

Perversidad o fatalidad, muchos de los pretendidos milagros son producto de estas dos fuerzas.

En cuanto a las escrituras cabalísticas y las firmas misteriosas, diremos que éstas se reproducen en virtud de la intuición magnética de las Imágenes del pensamiento al conectar con el fluido vital universal.

Dichos reflejos instintivos pueden producirse si el Verbo mágico no tiene nada de arbitrario, y si los signos del santuario o culto son la expresión natural de las ideas absolutas.

Es ello lo que intentaremos demostrar en nuestro libro.

Pero para no remitir a nuestros lectores a lo desconocido porvenir, les avanzaremos dos capítulos de esta obra inédita, uno sobre el Verbo cabalístico y el otro sobre los secretos de la Kábala, y daremos conclusiones que van a completar, en una forma satisfactoria para todos, lo que hemos prometido sobre los fenómenos de Mr. Home.

Existe una potencia generadora de las formas; esta potencia es la luz.

La luz crea las formas de acuerdo a las leyes de las matemáticas eternas, por el equilibrio universal de la claridad y la sombra.

Los símbolos primordiales del pensamiento se trazan ellos mismos en la luz, que viene a ser el instrumento material del pensamiento.

Dios es el alma de la luz. La luz universal es infinita y, para nosotros, constituye algo así como el cuerpo de Dios.

La Kábala, o Alta Magia, es la Ciencia de la Luz.

La luz corresponde a la vida.

El reino de las tinieblas es la muerte.

Todos los dogmas de la verdadera religión se han escrito en forma cabalística con signos de luz sobre una página de sombra.

La página de sombra está constituida por las creencias ciegas.

La luz es también el gran intermediario plástico.

La alianza entre el alma y el cuerpo es un matrimonio de la luz y la sombra.

La luz es el instrumento del Verbo, es la blanca escritura de Dios sobre el gran libro de la noche.

La luz es la fuente de todo pensamiento, y es en ella donde debemos buscar el origen de los dogmas religiosos, pero, así como sólo hay un dogma verdadero, no existe más que una luz pura. Sólo la sombra varía hasta lo infinito.

La luz, la sombra y su síntesis, que es la visión de los seres. Tal es el principio analógico de los grandes dogmas de la Trinidad, la Encarnación y la Redención.

Tal es también el misterio de la cruz.

He aquí lo que nos será fácil de probar si tomamos los monumentos religiosos, los símbolos del Verbo primordial, los libros iniciados en la Kábala y, en fin, la explicación razonada de todos los misterios, utilizando las claves de la magia cabalística.

En efecto, en todos los simbolismos nos encontramos con las ideas de antagonismo y armonía, que vienen a producir una noción trinitaria en el concepto divino, que unida a la personificación mitológica de los cuatro puntos cardinales del cielo, completará el septenario sagrado, base de todos los dogmas y de todos los ritos. Para convencernos de ello, bastaría con releer y meditar la sabia obra de Dupuis, quien hubiera podido ser un gran cabalista si hubiese visto una armonía de verdades allí donde sus preocupaciones negativas no le han dejado percibir más que un concierto de errores.

No vamos a referirnos aquí a su trabajo, ampliamente conocido; lo que sí querríamos demostrar es que la reforma religiosa de Moisés fue totalmente cabalística y que el cristianismo, al instaurar un nuevo dogma, bebió directamente en la fuente primitiva de la religión mosaica, de manera que el Evangelio no es más que un velo transparente arrojado sobre los misterios universales y naturales de la iniciación oriental.

Un distinguido sabio, aunque muy poco conocido, M. P. Lacour, en su libro sobre los Elohim o dioses de Moisés, ha dado mucha luz sobre este asunto y ha vuelto a encontrar en los símbolos egipcios todas las figuras alegóricas del Génesis. Más recientemente, otro valiente investigador, el señor Vincent (de L'Yonne), ha publicado un tratado sobre la idolatría entre los antiguos y los modernos, donde descubre el velo de la mitología universal.

Invitamos, pues, a los hombres de estudios concienzudos a leer dichas obras, y ahora nos detendremos en el especial estudio de la Kábala hebrea.

El *Verbo* o la palabra, era, de acuerdo a los iniciados de esta ciencia, toda la revelación, y los principios de la alta Kábala deben encontrarse reunidos en los símbolos mismos que componen el alfabeto primordial.

Veamos, pues, aquí lo que nos enseñan todas las gramáticas hebreas:

Hay una letra primordial y universal, generadora de todas las demás: es la Yod

Hay otras dos letras madres, opuestas y análogas entre ellas: Aleph א y Mem מ, y según otros, también puede incluirse aquí a la letra Shin ש.

Hay siete letras dobles: Beth ב, Ghimel ג, Daleth ד, Kaph כ, **Pé פ**, Resh ר y Tau ת.

En fin, hay doce letras simples que forman el resto. En total son veintidós.

La unidad se representa en forma relativa por Aleph. El ternario sería figurado bien por Yod, Mem, Shin o por Aleph, Mem, Shin.

El septenario por Beth, Ghimel, Daleth, Kaph, Pé, Resh y Tau.

El duodenario, por las otras letras.

El duodenario es el ternario multiplicado por cuatro y entra así dentro del simbolismo del septenario.

Cada letra tiene un valor numérico.

Cada conjunto de letras representa así una unión numérica. Los números son representaciones de ideas filosóficas absolutas.

Las letras son jeroglíficos abreviados.

Veamos ahora los significados jeroglíficos y filosóficos de cada una de las veintidós letras (ver: Belarmino, Reuchlin, san Jerónimo, Kabbalah denudata, Sepher Yetzhirak, Technica curiosa del padre Scott, Pico de la Mirandola y otros autores, en especial aquellos de la colección de Pistorius).

Las madres

Yod - El Principio absoluto, el Ser creador;

Mem - El Espíritu o el Jakin de Salomón;

Shin - La Materia, o la columna Boas.

Las dobles

Beth - Lo reflejó el pensamiento, la luna, el ángel Gabriel, príncipe de los misterios.

Ghimel- El amor, la voluntad, Venus, el ángel Anael, príncipe de la vida y de la muerte.

Daleth - La fuerza, el poder, Júpiter, Saquiel, Melek, rey de los reyes.

Kaph - La violencia, la lucha, el trabajo, Marte, Samael Zabaoth, príncipe de las Falanges.

Pé - La elocuencia, la inteligencia, Mercurio, Rafael, príncipe de las ciencias.

Resh - La destrucción y la regeneración, el tiempo, Saturno, Casiel, rey de las tumbas y soledades.

Tau - La verdad, la luz, el sol, Miguel, rey de los Elohim.

Las simples

Estas doce letras están divididas en cuatro ternarios, correspondientes a las cuatro letras del tetragrama divino יהוה.

En el tetragrama divino, el Yod, como ya lo hemos dicho antes, representa el principio creador activo. Hé figura el principio productor pasivo ה, llamado también CTEIS. La letra Vau simboliza la unión de los dos o el lingam, y la Hé final es imagen del principio creador secundario, es decir, de la reproducción pasiva de los efectos y las formas en el mundo.

Las doce letras simples, מיהוזטלנסעצק divididas en grupos de tres, reproducen la noción del triángulo primordial, con la interpretación y bajo la égida de cada una de las cuatro letras del tetragrama.

En esta forma, la filosofía y el dogma religioso de la Kábala están insinuados de manera completa, aunque velada.

Veamos ahora algunas alegorías ,del Génesis:

«En el principio (Yod, unidad del ser), los Elohim (las fuerzas equilibradas, Jakin y Boas) han creado el cielo (el espíritu) y la tierra» (la materia), o en otros términos, el bien y el mal, la afirmación y la negación. Así comienza el relato de Moisés.

A continuación, puesto que se trataba de dar un lugar al hombre y un primer santuario a su alianza con la divinidad, Moisés nos menciona un jardín en medio del cual una fuente única se divide en cuatro arroyos (el Yod y el Tetragrama) y nos habla de dos árboles, uno de vida y otro de muerte, plantados cerca del arroyo. Allí son colocados el hombre y la mujer, el principio activo y el pasivo; la mujer simpatiza entonces con la muerte y arrastra a Adán junto con ella en su caída; son, pues, expulsados del santuario de la verdad y un *querubín* (una esfinge con cabeza de toro, como se le representa en los jeroglíficos de Asiria, Egipto y la India) es emplazado a la puerta del jardín de la verdad para impedir a los profanadores que destruyan el árbol de la vida. He aquí, pues, el dogma misterioso con todas sus alegorías y sus horrores, que reemplazan a la verdad pura. El ídolo ha reemplazado a Dios, y la humanidad caída no tardará en librarse al culto del becerro de oro.

El misterio de las sucesivas y necesarias reacciones de los dos principios que actúan recíprocamente el uno sobre el otro, viene a expresarse en seguida, bajo la alegoría de caín y Abel. La fuerza se venga, mediante la opresión, de la seducción propia de la debilidad; la debilidad mártir expía e intercede por la fuerza condenada luego de su crimen a la deshonra y el remordimiento. Así se revela el equilibrio del mundo moral y se sienta la base de toda profecía y el punto de apoyo de toda política inteligente. Abandonar una fuerza cualquiera a sus propios excesos es condenada al suicidio.

Lo que ha faltado a Dupuis para llegar a comprender el dogma religioso universal de la Kábala es la ciencia de esta bella hipótesis, en parte de'mostrada y realizada día a día por los descubrimientos de la ciencia: la analogía universal.

Al estar privado de esta clave del dogma trascendental, no ha visto en los dioses más que al sol, los siete planetas y los doce signos del zodiaco; pero no ha vinculado al sol la imagen *dellogos* de Platón, a los planetas las siete notas de la armonía celeste y al zodiaco la cuadratura del ciclo ternario de todas las iniciaciones.

El emperador Juliano, ese espiritualista incomprendido, un iniciado cuyo paganismo era menos idólatra que la fe de ciertos cristianos, el emperador Juliano, decíamos, comprendió mejor que Dupuis y que Volnay el culto simbólico del sol. En su himno al rey Helios, reconoce que el astro del día no es más que el reflejo y la sombra material de ese sol de verdad que ilumina el mundo de la inteligencia y que en sí mismo no es otra cosa que un fulgor irradiado desde lo absoluto.

Como dato curioso, Juliano ha atribuido al Dios supremo que los cristianos creían ser los únicos en adorar ideas más grandes y más justas que las de varios padres de la Iglesia, adversarios y contemporáneos de dicho emperador.

He aquí sus palabras en defensa del helenismo:

«No basta con escribir un libro: Dios ha hablado, y las cosas se han hecho. Faltaría ver si las cosas que se atribuyen a Dios no son contrarias a las leyes mismas del Ser. Pues, si así fuere, Dios no habría podido hacerlas, ya que no sabría negar las leyes de la naturaleza sin negarse a sí mismo... al ser Dios eterno, es de toda necesidad que sus órdenes sean inmutables como es El.»

Así se expresaba aquel apóstata e impío. Más tarde, un doctor cristiano que llegaría a ser el oráculo de las escuelas de teología, debería, inspirado quizá en las bellas palabras de aquel infiel, poner freno a todas las supersticiones al escribir esta bella y valiente máxima que resume muy bien el pensamiento del emperador:

«Una cosa no es justa porque Dios la quiere, sino que Dios la quiere por ser justa.»

La idea de un orden perfecto e inmutable en la naturaleza, la noción de una jerarquía ascendente y una influencia descendente sobre todos los seres, proporcionaron a los primeros hierofantes la primera clasificación de toda la historia natural: los minerales, vegetales y animales, fueron estudiados analógicamente, atribuyéndose su origen y sus propiedades al principio pasivo o al activo, a las tinieblas o a la luz. El signo de su elección o de su reprobación, expresado en su forma, se convertiría en un símbolo jeroglífico de un vicio o una virtud; más tarde, a fuerza de expresar el objeto mediante el símbolo y de tomar el signo por la cosa externa, se ha llegado a confundirlos. No es otro el origen de aquella historia natural fabulosa donde los leones se dejan abatir por los gallos, o los delfines mueren de tristeza luego de haber sido ingratos entre los hombres, o las mandrágoras hablan y las estrellas cantan. Este mundo encantado es ciertamente el dominio poético de la magia, pero su realidad no es otra que el significado de los jeroglíficos que le han dado vida. Para el sabio que comprende las analogías de la alta Kábala y la exacta relación entre las ideas y los símbolos, este país fabuloso de las hadas es una comarca siempre rica en descubrimientos, ya que las verdades más bellas y sencillas han querido esconderse allí para maravillar a los hombres, ocultas tras sus ingeniosos velos.

Si el gallo puede llegar a intimidar al león y convertirse en maestro, y en verdad, a menudo la vigilancia suple a la fuerza y llega a dominar a la cólera. Todas las fábulas de la supuesta historia natural de los antiguos se explican en la misma forma y, a través de este Uso alegórico de las analogías, es posible llegar a comprender los abusos y a presentir los errores que pueden nacer de la interpretación de la Kábala.

En efecto, la ley de las analogías se ha convertido, para los cabalistas de segundo orden, en el objeto de una fe ciega y fanática. Es a esta creencia a la que debemos atribuir todas las supersticiones que se reprochan a los adeptos de las ciencias ocultas. He aquí como razonan ellos:

El símbolo expresa la cosa.

La cosa es la virtud del símbolo.

Existe correspondencia analógica entre el símbolo y la cosa significada.

Mientras más perfecto es el símbolo, más completa será la correspondencia.

Decir una palabra es evocar un pensamiento y hacerlo presente. Así, nombrar a Dios es manifestar a Dios.

La palabra actúa sobre las almas y éstas a su vez obran sobre los cuerpos; de esta manera, es posible aterrorizar, consolar, caer enfermos alguien, herir, matar y resucitar por medio de la palabra.

Pronunciar un nombre, equivale a crear o a llamar a un ser.

En su nombre, está contenida la doctrina *verbal* o espiritual del mismo ser.

Cuando el alma evoca un pensamiento, el signo de este pensamiento se escribe a sí mismo en la luz.

Invocar es adjudicar, es decir, jurar por un nombre; es realizar un acto de fe en dicho nombre y comunicar con la virtud que éste representa.

Así, pues, las palabras son por ellas mismas buenas o malas, saludables o venenosas.

Las palabras más peligrosas son aquellas palabras vanas, pronunciadas a la ligera, puesto que son los engendros voluntarios del pensamiento.

Una palabra inútil es un crimen contra el espíritu de inteligencia. Es un infanticidio intelectual.

Las cosas son, para cada uno, lo que se hace de ellas al nombradas. El *verbo* de cada cual puede ser una impresión o una oración habitual.

Hablar bien, es vivir bien.

Un estilo bello, es una aureola de santidad.

De todos estos principios, los unos verdaderos y los otros hipotéticos, y de las consecuencias más o menos exageradas que de allí se pueden sacar, resulta, para todos los cabalistas supersticiosos, una confianza absoluta en los encantamientos, las evocaciones, los conjuros y las oraciones misteriosas. Ahora bien, ya que la fe siempre obra prodigios, no faltan entre ellos las apariciones, los oráculos, las curaciones milagrosas o las enfermedades extrañas y repentinas.

Es así como, a partir de una sencilla y sublime filosofía, se ha desarrollado la ciencia secreta de la magia negra. Y es sobre todo bajo este punto de vista que la Kábala puede excitar, aun en nuestro siglo, tan desconfiado y crédulo, la imaginación de la gran mayoría. Por consiguiente, por lo que acabamos de explicar, no es allí donde se encuentra la verdadera ciencia.

Es raro que los seres humanos busquen la verdad por ella misma; por lo general, hay un secreto motivo en sus esfuerzos, alguna pasión que quieren satisfacer o alguna codicia por saciar. Entre los secretos de la Kábala hay uno que desde siempre ha atormentado a estos buscadores: es el secreto de la transmutación de los metales y la conversión de toda sustancia terrestre en oro.

En efecto, la Alquimia ha tomado prestados todos sus símbolos a la Kábala, y realiza sus operaciones basándose en la ley de las analogías que resultan de la armonía de los contrarios. Un gran secreto físico se oculta muchas veces detrás de las antiguas palabras cabalísticas. Estamos dispuestos a dar luces sobre éste y dejamos el resto a las investigaciones de los fabricantes de oro. Helo aquí:

1.º Los cuatro fluidos imponderables no son otra cosa que diversas manifestaciones de un mismo agente universal que es la luz.

2.º La luz es el fuego que sirve a la gran obra, bajo la forma de electricidad.

3.º La voluntad humana puede dirigir la luz vital por medio del sistema nervioso. Hoy en día se llama a esto magnetizar.

4.º El agente secreto de la Gran Obra, el Azogue de los sabios, el oro vivo y vivificante de los filósofos, el agente creador metálico universal, es la ELECTRICIDAD MAGNETIZADA.

La alianza de estas dos palabras no nos dirá gran cosa, pero su fuerza interna puede ser capaz de transformar el mundo. Decimos aquí *puede ser*, por concesión filosófica, ya que, de parte nuestra, no existe la menor duda sobre la importancia de este gran arcano hermético.

Acabamos de afirmar que la Alquimia es hija de la Kábala; para convencerse de ello, basta con interrogar a los símbolos de Flamel, de Basilio Valentín, las páginas del judío Abraham o los oráculos más o menos apócrifos de la tabla de esmeralda de Hermes. Por doquier encontramos las huellas de la década de Pitágoras, tan magníficamente aplicada en el Sepher Yetzirah a la noción completa y absoluta de las cosas divinas, esa década compuesta por la unidad y un triple

temario, a los que han llamado los rabinos e! Bereshit y la Mercavah, e! árbol luminoso de los Sephirot y la clave de los Shemhamphorash.

Hemos tratado ya con cierta extensión, en nuestro libro titulado *Dogma y Ritual de la Alta Magia*, de un monumento jeroglífico que ha logrado conservarse hasta nuestros días bajo un pretexto fútil, y que explica por sí solo todas las escrituras misteriosas de la alta iniciación. Tal monumento es el Tarot de los bohemios, que ha dado origen a nuestros juegos de cartas. Está compuesto por veintidós cartas alegóricas y cuatro series cada una con diez jeroglíficos relacionados con las cuatro letras del nombre de Jehová. Las diversas combinaciones de estos símbolos y de los números que les corresponden, forman otros tantos oráculos cabalísticos, de suerte que la ciencia entera se contiene en este misterioso juego. Esta máquina filosófica tan perfectamente sencilla asombra por la profundidad y la precisión de sus resultados.

El abate Tritheme, uno de nuestros mayores maestros de magia, ha compuesto acerca del alfabeto cabalístico un ingenioso trabajo al que ha titulado la Poligrafía. Consiste en una serie combinada de alfabetos progresivos donde cada letra representa una palabra, las palabras se corresponden y completan de un alfabeto a otro, y no existe duda de que Tritheme no conocía el Tarot ni ha hecho uso de éste para disponer de un orden lógico sus sabias combinaciones.

Jerome Cardan conoció el alfabeto simbólico de los iniciados, como puede verse por el número y disposición de los capítulos de su obra sobre lo sutil. En efecto, la obra tiene veintidós capítulos, y el tema de cada uno de ellos es análogo al número y a la alegoría de la correspondiente carta del Tarot. La misma observación hacemos sobre un libro de Saint-Martin titulado: *Tabla natural de las relaciones que existen entre Dios, el Hombre y el Universo*. La tradición de este secreto no ha sido, pues, interrumpida, desde los primeros tiempos de la Kábala hasta nuestros días.

Los que se dedican a mover las mesas y aquellos que hacen hablar a los espíritus están así con muchos siglos de retraso, pues desconocen que existe un instrumento de oráculo que siempre es claro y tiene un sentido perfectamente justo, por medio de! cual es factible establecer comunicación con los siete genios planetarios, y hacer hablar a voluntad las setenta y dos ruedas de Aziah, Yetzhirah y Briah. Para ello, basta con conocer el sistema de las analogías universales, tal como lo expone Swedenborg en su clave jeroglífica de los arcanos, y luego mezclar las cartas y tirarlas al azar, reuniéndolas siempre por los números correspondientes a las ideas que se desea esclarecer y, finalmente, leer los oráculos en la misma forma en que deben ser leídas las escrituras cabalísticas, o sea, comenzando por el medio y yendo luego de derecha a izquierda siguiendo los números impares, comenzando a la derecha por los pares e interpretando sucesivamente cada número por la letra que le corresponde, el conjunto de letras por la suma de números y todos los oráculos sucesivos por su orden numérico y sus relaciones jeroglíficas.

Esta operación de los sabios cabalistas para encontrar el riguroso desarrollo de las ideas absolutas ha degenerado en supersticiones mantenidas por los sacerdotes ignorantes y por los nómadas descendientes de los Bohemios que poseían el Tarot en la Edad Media sin conocer su verdadero empleo y se servían de él únicamente para leer la buena ventura.

El juego de ajedrez, atribuido a Palamedes, no tiene origen distinto al Tarot y en él encontramos las mismas combinaciones y los mismos símbolos: el rey, la reina, el caballero, el soldado, el loco, la torre, más las casillas que representan los números. Los antiguos jugadores de ajedrez buscaban mediante su juego la solución de problemas religiosos y filosóficos y argumentaban en silencio uno contra otro maniobrando los signos jeroglíficos a través de los números. Nuestro común juego de la Oca, tomado de los griegos y atribuidos también a Palamedes, no es sino un tablero de ajedrez con figuras inmóviles y con números móviles en lugar de ellas. Es como un Tarot dispuesto en forma de rueda, para uso de los aspirantes a la

iniciación. Pero la misma palabra Tarot, que contiene en sí las palabras rota y tora, expresa ya, como lo ha demostrado Guillermo Postel, esta disposición primitiva en forma radial.

Los jeroglíficos del juego de la Oca son más sencillos que los del Taro_, pero se encuentran de nuevo los mismos símbolos: el mago, el rey, la reina, la torre, el diablo o Tifón, la muerte, etcétera. Las posibilidades aleatorias de este juego son representativas de aquellas de la vida misma y esconden un sentido filosófico bastante profundo como para hacer meditar a los sabios y tan sencillo a la vez para que pueda ser comprendido por los niños.

El personaje alegórico de Palamedes es casi idéntico a los de Enoch, Hermes y Cadmus, a quienes se atribuye la invención del alfabeto en diversas mitologías. Pero, según el pensamiento de Hornero, Palamedes, quien fue a la vez el maestro y la víctima de Ulises, representa al que inicia, o al hombre de genio, cuyo eterno destino es ser muerto por aquellos a quienes ha iniciado. El discípulo no lograría la realización viva de los conocimientos del maestro sino luego de haber bebido su sangre y comido su carne, según la fuerte representación alegórica que dio el Maestro y que ha sido tan mal comprendida por los cristianos.

La concepción del alfabeto primitivo era, como puede verse, la idea de un lenguaje universal que encierra en sus combinaciones y en sus mismos símbolos el resumen y la ley de evolución de todas las ciencias divinas y humanas. Nunca se nos había depositado nada más bello y más elevado, soñado desde siempre por el genio de los seres humanos. Así, con el descubrimiento de este secreto del mundo antiguo, se nos ahorra el trabajo que tuvieron que emprender nuestros antecesores, en años y años de investigaciones estériles y tareas ingratas, buscando en las criptas de las ciencias perdidas o en las necrópolis del pasado.

Uno de los primeros resultados de este descubrimiento debería consistir en un nuevo giro para el estudio de las escrituras jeroglíficas, tan insuficientemente descifradas hasta hoy por los émulos y los sucesores de Champollion.

El sistema de escritura de los discípulos de Hermes era analógico y sintético, igual que todos los símbolos de la kábala, cualquiera que se tome, o sea, que ¿para poder leer las páginas grabadas sobre la piedra de los templos antiguos sería necesario retornar estas piedras a su emplazamiento original y contar el número de sus letras o símbolos, comparándolos con los de las otras piedras?

Así, por ejemplo, el obelisco de Luxor, ¿no sería acaso una de las dos columnas de entrada a un templo? Y si así fuera, ¿se encontraba a la izquierda o a la derecha? Si a la derecha, sus símbolos tendrían relación con el principio activo, y si a la izquierda, la interpretación tendría que seguir el camino propio del principio pasivo. Pero, sin duda, existió una correspondencia exacta de un obelisco a otro, y cada símbolo cuenta con un sentido completo, dentro de la analogía de los términos contrarios. Champollion ha detectado la presencia del idioma copto en los símbolos jeroglíficos y quizá otro sabio podría hallar algo del idioma hebreo, pero, ¿qué sacamos de ello si no se tiene conocimiento alguno ni del hebreo ni del copto? ¿Sabemos acaso si se trata de la primitiva lengua universal? Ahora bien, esta lengua, que es la propia de la Alta Kábala, ha existido verdaderamente y existe en el transfondo del idioma hebreo y de las lenguas orientales derivadas del mismo. Esta lengua es la del santuario, y las columnas de entrada a los templos reproducen y resumen de ordinario todos sus signos. La intuición de los extáticos se acerca más a la verdad sobre estos símbolos primordiales que la misma ciencia de los sabios, ya que, como lo hemos dicho, el principio vital universal que es la luz astral hace el papel de mediador entre las ideas y las formas, y obedece a los impulsos extraordinarios del alma que busca lo desconocido, entregándole en forma natural los símbolos ya encontrados, aunque olvidados, de las grandes revelaciones del ocultismo. De esta manera, se producen las pretendidas firmas de los espíritus,

las escrituras misteriosas de Gablidone, quien visita al doctor Lavater, los fantasmas de Schroepfer, el san Miguel, de Vintras, y los espíritus de Mr. Home.

Si la electricidad puede imprimir movimiento a un cuerpo ligero o incluso pesado, sin tocarlo, ¿por qué pensar que el magnetismo no podría dar una dirección a esta electricidad, produciendo así en una forma natural símbolos y escrituras? Sin duda, esto es posible, puesto que ya se ha hecho.

Así, pues, a quienes nos preguntaren cuál es el mayor agente de los prodigios, responderíamos:

- Es la materia primera de la Gran Obra.
- Es la ELECTRICIDAD MAGNETIZADA.
- Todo ha sido creado por la luz.
-

Es en la luz que se conserva la forma.

Es por la luz que la forma se reproduce.

Las vibraciones de la luz son el principio del movimiento universal.

Por medio de la luz, los soles se relacionan unos con otros, y entrelazan sus rayos en forma de cadenas de electricidad.

Los seres humanos y las cosas están, igual que los soles, impregnados de luz y pueden comunicar entre sí por medio de cadenas electromagnéticas creadas por las simpatías y las afinidades, de un extremo del mundo al otro, de la misma manera que pueden curarse o herirse, darse ayuda o hacer daño de una manera que, sin duda, es también natural, aunque prodigiosa e invisible.

Allí está el secreto de la magia.

La magia, esta ciencia que nos han legado los magos.

La magia, esta ciencia primordial.

La más santa de todas las ciencias, puesto que establece en la forma más sublime las grandes verdades religiosas.

Pero también la más calumniada de todas, ya que el vulgo se obstina en confundirla con la hechicería supersticiosa, cuyas prácticas abominables ya hemos denunciado.

Es sólo gracias a la magia que, ante las enigmáticas preguntas de la Esfinge de Tebas y las oscuridades, a veces escandalosas, que se encuentran en el relato bíblico, se hace posible obtener la respuesta a estas preguntas y encontrar la solución a los grandes problemas de la historia judaica.

Los mismos historiadores sagrados reconocen la existencia y el poder de la magia, que tiene mucho que ver con la de Moisés.

La Biblia nos relata que Jannés y Mambres, magos del faraón, realizaron de antemano *los mismos* milagros de Moisés, y que declararon imposibles para la ciencia humana aquellos que no pudieron llegar a imitar. En efecto, llega a ser más halagador para el amor propio de un charlatán confesar el milagro que declararse vencido por la ciencia o la destreza de un colega, sobre todo cuando éste es un enemigo político o un adversario religioso.

¿Dónde comienza y dónde acaba lo posible en el orden de los milagros mágicos? Es ésta una pregunta seria e inquietante. Lo que puede considerarse cierto es la existencia de hechos que son calificados habitualmente como milagros. Los magnetizadores y los sonámbulos los realizan a diario. Lo hace la hermana Rosa Tamisier, y también el iluminado Vintras; más de 15.000 testimonios dan fe de aquellos que hacen los *médiums* americanos, y 10.000 campesinos de Berry y La Sologne atestiguarían, si fuera necesario, los del dios Cheneau (un antiguo mercader de

botones retirado y que se creía inspirado por Dios). ¿Han estado, pues, todas estas gentes bajo el efecto de alucinaciones, o han sido engañados? Lo de las alucinaciones podría ser, pero, en ese caso, el mismo hecho de crear una alucinación idéntica, sea por separado o en forma colectiva, ¿no sería acaso un gran milagro de parte de aquel que lo produce siempre y que además puede hacerlo cuando así lo desea?

Hacer milagros, o persuadir a una multitud de que se les hace, viene a ser casi la misma cosa, especialmente en un siglo tan bromista y superficial como el que vivimos. El hecho es que el mundo está lleno de taumaturgos, y a menudo la ciencia se encuentra obligada a negar sus obras o a rehusar el contemplarlas, para evitar el compromiso de examinarlas y de asignarles una causa.

Toda Europa ha conocido los prodigios de Cagliostro, en el siglo pasado. ¿Quién no conoce acaso el poder que él atribuía a su vino egipcio y a su elixir? ¿Qué podríamos añadir a todo lo que se cuenta de aquellos festines del otro mundo, donde aparecían en carne y hueso los personajes más ilustres de la antigüedad? Lejos estaba Cagliostro, sin embargo, de ser un iniciado de primer orden, ya que la gran asociación de adeptos le abandonó a la inquisición romana, ante la cual realizó, si creemos a los anales de su proceso, una ridícula y absurda explicación del trigrama masónico L.'. P.'. D.'.

Pero, los milagros no son tampoco propiedad exclusiva de los iniciados de primer orden, sino que con frecuencia son llevados a cabo por seres sin ninguna instrucción y sin virtud. Las leyes naturales encuentran en su organismo, cuyas cualidades excepcionales no conocemos, una ocasión de manifestarse y proceden a realizar su obra, como si en,pre lo hacen, con precisión y calma. Los más delicados gourmets aprecian las trufas y las emplean a su manera, pero son los puercos quienes las desentierran: de igual manera ocurre, en un sentido analógico, con las cosas menos materiales y menos gastronómicas: los instintos buscan y presienten, pero es la ciencia la que verdaderamente encuentra.

El progreso actual del conocimiento humano ha disminuido notablemente la suerte de los prodigios, pero aún queda un gran número de ellos, ya que no conocemos ni la fuerza de la imaginación, ni la razón de ser y el poder del magnetismo. La observación de las analogías universales ha sido descuidada, y a ello se debe que se haya perdido la fe en la adivinación.

Un sabio cabalista puede llegar aún hoy en día a asombrar a la multitud y a confundir incluso a las gentes instruidas:

- 1.º Adivinando las cosas ocultas;
- 2.º Prediciendo muchas de las cosas que están por venir;
- 3.º Dominando la voluntad de otros, en tal forma que les impida hacer lo que ellos quieren y forzarles a realizar lo que no desean;
- 4.º Produciendo a voluntad sueños y apariciones;
- 5.º Curando un gran número de enfermedades;
- 6.º Volviendo a la vida a sujetos en quienes se manifiesten todos los síntomas de la muerte y,
- 7.º En fin, demostrando a través del ejemplo la realidad de la piedra filosofal y de la transmutación de los metales, de acuerdo a la ciencia secreta de Abraham el Judío, Flamel o Ramón Llull.

Todos estos prodigios se operan a través de un agente único, que los hebreos llaman 00, igual que lo hace el caballero de Reichenbach, que nosotros denominamos luz astral, junto con la escuela de Pasqualis Martínez, y que Mirville llama el diablo, mientras que los antiguos alquimistas lo conocen bajo el nombre de Azoth. Es aquel elemento vital que se manifiesta por los fenómenos de calor, luz, electricidad y magnetismo, que impregna todos los planetas y los seres vivos. En este mismo agente encuentran su prueba las doctrinas cabalísticas sobre el equilibrio y el movimiento por virtud de la doble polaridad, donde un polo atrae en tanto que el otro reposa, uno produce el calor y el otro el frío, y mientras uno irradia una luz azul y verdosa, el otro genera una luz amarilla y rojiza.

Mediante sus distintas formas de magnetismo, dicho agente nos acerca o nos separa unos de otros y, al someter a uno a la voluntad del otro, haciéndole entrar en su círculo de atracción, perturba o restablece el equilibrio dentro de la economía animal, a través de sus transmutaciones y sus efluvios alternativos, recibiendo y transmitiendo las impresiones de esa fuerza imaginaria que es para el hombre la imagen y semejanza del Verbo creador, llegando así a producir los presentimientos y a determinar los sueños. La ciencia de los milagros no es otra cosa que el conocimiento de esta fuerza maravillosa, y el arte de hacer milagros se reduce a la sencilla acción de imantar o iluminar a los seres, siguiendo las leyes invariables del magnetismo o de la luz astral.

Preferimos la palabra luz a la de magnetismo, por ser más tradicional en ocultismo y porque expresa de una forma más completa y perfecta la naturaleza de este secreto agente. Ella es, en verdad, el oro fluido y potable de los maestros alquimistas. La palabra oro se deriva de la voz hebrea *GOI'I*, que significa luz. ¿Qué deseáis?, se pregunta a todos los aspirantes a una iniciación. -Ver la luz, debe responder el adepto. Pero el nombre de *iluminados*, con el cual se suele calificar a los adeptos, ha sido por lo común mal interpretado al atribuírsele un sentido místico, como si se tratara de hombres cuya inteligencia se hubiera visto esclarecida de un día para otro en forma milagrosa. *Illuminados* significa, en realidad, conocedores y poseedores de la luz, bien sea por la ciencia del gran agente mágico, o por tratarse de la noción ontológica y racional del absoluto.

El agente universal es, pues, una fuerza vital, siempre y cuando esté subordinado a la inteligencia. Abandonado a sí mismo, devora rápidamente, igual que Moloch, todo lo que crea, y convierte en vasta destrucción la superabundancia de vida. Es entonces la serpiente infernal de los antiguos mitos, el Tifón de la mitología egipcia o el Moloch de los fenicios; pero si la sabiduría, madre de los Elohim, llega a poner el pie sobre su cabeza, llega a agotar todas las llamas que esta fuerza emite y hace que derrame sobre la tierra una luz vivificante a manos llenas. Se ha dicho en el Zohar que, en el comienzo de nuestro período terrestre, cuando los elementos se disputaban la superficie del mundo, el fuego, semejante a una inmensa serpiente, había envuelto todo en sus repliegues y pretendía consumir a todos los seres, hasta que la clemencia divina, arrojando sobre ésta las olas del mar como una vestidura de nubes, puso el pie sobre la cabeza de la serpiente y le obligó a entrar de nuevo en el abismo. ¿Quién no podría entrever, en esta alegoría, la explicación primordial y la más razonable de una de las imágenes más caras dentro del simbolismo católico, el triunfo de la Madre de Dios?

Los cabalistas dicen que el nombre oculto del diablo, su verdadero nombre, es el mismo de Jehová, pero escrito al revés. Esta es toda una revelación para el iniciado en los misterios del Tetragrama. En efecto, el orden de las letras de este gran nombre, indica la preeminencia de la idea sobre la forma, de lo activo sobre lo pasivo, de la causa sobre el efecto. Al invertir su orden se obtendrá exactamente lo contrario. Jehová es aquel que domina la naturaleza como a un caballo soberbio, y hace que vaya por donde El lo desea. Chavajoh (el demonio) es como el caballo sin freno que, como ocurrió a los egipcios en el cántico de Moisés, se precipita sobre su caballero y le lleva junto con él hacia el abismo.

Así que la existencia del diablo es algo real para los cabalistas, pero éste no es una persona, ni un poder distinto de las fuerzas mismas de la naturaleza. Es más bien la divagación o el adormecimiento de la inteligencia. Es la locura y el engaño.

Así se explican todas las pesadillas de la Edad Media, y también los extraños símbolos de algunos iniciados como los Templarios, cuya culpa no estaba ciertamente en rendir culto a Baphomet, sino en haber puesto la imagen a los ojos de los profanos. El Baphomet, figura panteísta del agente universal, no es otra cosa que el demonio barbudo de los alquimistas. Se sabe que en los grados más elevados de la antigua masonería hermética se atribuía a un demonio

barbudo la terminación de la Gran Obra; ante esta palabra, el vulgo se santiguará y cerrará los ojos, pero aquellos que han sido iniciados en el culto de Hermes Pantheos, comprendían bien la alegoría y se guardaban de explicarla a los profanos.

El señor de Mirville, en un libro que hoy se encuentra casi olvidado, pero que provocó mucho ruido hace algunos meses, se ha tomado el trabajo de reunir algunas hechicerías del tipo de aquellas que llenan las compilaciones hechas por personas como Delancre, Delrio y Bodino. Ya hubiera podido consultar la historia para encontrar algo mucho más interesante, y esto sin mencionar los milagros tan comprobados de los jansenistas de PortRoyal y del diácono Pâris, pues ya era algo maravilloso la gran monomanía de este mártir que ha hecho ir al suplicio como a una fiesta a los niños e incluso a las mujeres durante trescientos años. ¿Qué otra cosa puede ser más sobrecogedora que esta fe entusiasta, sostenida durante tantos siglos ante los más inexplicables y, si queréis, más escandalosos misterios? En esta ocasión, diréis, los milagros venían de Dios, y se servía de ellos como una prueba para establecer la verdad de la religión. Pero, veamos: los herejes también se hacían matar por adherirse a sus dogmas, en muchos casos franca y realmente absurdos, y también llegaban a sacrificar su razón y su vida en pro de su creencia, ¡oh!, para ellos, es evidente que el diablo entraba en juego. ¡Pobres gentes que tomaban al diablo por Dios y a Dios por el diablo! ¡De qué forma hubiesen reconocido su "engaño, si se les diera a conocer el verdadero Dios en la Caridad, la ciencia, la justicia y, sobre todo, la misericordia de sus ministros!"

Los nigromantes, que se dedican a hacer aparecer el diablo, mediante una serie tortuosa y fatigante de evocaciones de cariz indignante, se parecen en realidad a esos niños que están alrededor del san Antonio de la leyenda, quien les sacaba de los infiernos a millares y les atraía siempre hacia sí, como se cuenta que Orfeo atraía a los grandes árboles, las Tocas y las bestias más feroces.

Callot ha sido el único que, al ser iniciado por los bohemios nómadas durante su infancia en los misterios de la magia negra, ha podido comprender y reproducir las evocaciones del primer ermitaño. ¿O acaso creéis que las descripciones espantosas sobre maceraciones y aYl;nos han sido inventadas por los autores de leyendas? No, por el contrario, han sido tomadas estrictamente de la realidad. En efecto, los claustros han estado poblados siempre por espectros sin nombre, y sus muros palpitan aún de sombras y de larvas infernales.

En alguna ocasión, santa Catalina de Siena pasó ocho días en medio de una orgía obscena, que hubiera sido digna de la inspiración de L'Arétin; santa Teresa sentía que la llevaban viva al infierno y sufría, en medio de muros que se acercaban siempre, angustias tales que sólo una mujer histérica podría comprender... Todo ello, se dirá, ocurría en la imaginación de estas personas; pues, acaso ¿dónde querríais que ocurrieran estos hechos de orden sobrenatural? Lo que es cierto es que todos estos visionarios han podido percibir, tocar y sentir, con una fuerte impresión de realidad. Hablamos de ello por propia experiencia, pues existen vistas visiones semejantes de nuestra primera juventud, vivida en medio del -retiro y el ascetismo, cuyo recuerdo aún nos hace estremecer.

Dios y el diablo son el ideal del bien y del mal absolutos. Pero el hombre nunca llega a concebir el mal absoluto sino como una falsa idea del bien. Sólo el bien puede ser absoluto, mientras que el mal se relaciona únicamente con nuestra ignorancia y nuestros errores. Todo hombre tiene que ser diablo primero para luego llegar a ser dios; pero, dado que la ley de solidaridad es universal, la jerarquía existirá tanto en el infierno como en el cielo. Así, un criminal encontrará siempre alguien que sea peor que él y quiera hacerle mal, y cuando el mal llega a su extremo, entonces es preciso que termine allí, ya que sólo podría continuar reduciendo el ser a la nada, lo cual es imposible. Entonces los hombres endemoniados, a falta de recursos,

rebotan sobre el dominio de los hombres-dioses y son entonces salvados por aquellos a quienes antes consideraban sus víctimas. Pero incluso aquel hombre que se esfuerza por vivir haciendo el mal, va a rendir homenaje al bien por todo aquello que desarrolla en sí mismo en cuanto a inteligencia y energía. Es por ello que el gran iniciador ha dicho en su lenguaje figurado: sed, pues, fríos o calientes, pues a los tibios los vomitaré.

El gran Maestro, en una de sus parábolas, condena solamente al perezoso que ha enterrado su talento por temor a perderlo en las azarosas operaciones de este banco que se llama vida. No pensar nada, no amar nada, no querer nada, no hacer nada, he ahí el verdadero pecado. La naturaleza sólo reconoce y recompensa a quienes trabajan.

La voluntad humana se desarrolla y crece a través de la actividad. Para querer verdaderamente, es preciso actuar. La acción domina y arrastra siempre a la inercia. Tal es el secreto de la influencia de aquellos que son llamados perversos sobre las gentes que se consideran honestas: cuántas mujeres honestas miran con envidia a las prostitutas; no hace mucho tiempo aún eran bien mirados aquellos que trabajaban como presidiarios. ¿Por qué? ¿Acaso la opinión pública ha rendido alguna vez homenaje al vicio? No, pero ella obra en justicia con la audacia y la actividad, en cierta manera como los tunantes de poca monta envidian a los bandoleros famosos.

La audacia, unida a la inteligencia, es la madre de todos los éxitos en este mundo. Para emprender, hace falta saber; para cumplir, hace falta querer, y para querer verdaderamente, hace falta osar, de manera que, para recibir finalmente en paz los frutos de la audacia, hace falta callar.

SABER, OSAR, QUERER, CALLAR son, como hemos mencionado ya, los cuatro verbos cabalísticos que corresponden a las cuatro letas del Tetragrama y a las cuatro formas jeroglíficas de la Esfinge. El Saber, es la cabeza humana; Osar, se representa por las garras del león; Querer, está indicado en los flancos laboriosos del toro, y Callar, en las místicas alas del águila. El único que sabe mantenerse por encima de los demás hombres, es aquel que no prostituye a sus comentarios y a sus bromas los secretos de su inteligencia.

Todos los hombres verdaderamente fuertes son magnetizadores, y el agente universal obedece a su voluntad. Es así como ellos obran maravillas. Ellos se hacen creer, se hacen seguir, y cuando dicen: esto es así, la naturaleza cambia de alguna manera frente a los ojos del vulgo y llega a ser lo que el gran hombre ha querido. Esta es mi carne, y ésta es mi sangre, ha dicho aquel hombre que se convirtió en Dios por su virtud y, dieciocho siglos después, ante un pedazo de pan y un poco de vino, podemos ver, tocar, gustar y adorar la carne y la sangre que fueron divinizadas por el martirio. ¡Decidnos ahora si la voluntad humana no es capaz de obrar milagros!

No hemos hablado aún de Voltaire: Voltaire no ha sido un taumaturgo, sino más bien un intérprete espiritual y elocuente de aquellos sobre quienes el milagro no hace efecto. Todo es negativo en su obra, así como todo era afirmativo en la de Galileo, como lo ha expresado un ilustre y muy desgraciado emperador.

También Juliano intentó hacer en su tiempo más de lo que ha podido hacer Voltaire; él pretendía oponer el prestigio al prestigio, la austeridad del poder a la de la oposición, las virtudes a las virtudes, los milagros a los milagros. Los cristianos nunca habían tenido un enemigo más poderoso, y se dieron buena cuenta de ello, ya que Juliano fue asesinado, y la leyenda dorada nos cuenta aún que un santo mártir, sacado de su tumba por los clamores de la iglesia, tomó las armas y venció al apóstata sumiéndole en la sombra junto con su ejército y sus victorias. ¡Tristes mártires que resucitan para convertirse en verdugos! ¡Y demasiado crédulo aquel emperador que confiaba en sus dioses y en las virtudes de pasadas edades!

Mientras que los reyes de Francia estaban rodeados de adoración por sus pueblos y eran mirados como los enviados del Señor y los hijos predilectos de la Iglesia, su sola mención era capaz de curar o dar alivio. Un hombre que tenga este nombre hará siempre milagros cuando le

apetezca. Cagliostro bien pudo haber sido un charlatán, pero desde que la opinión hizo de él el divino Cagliostro, estaba en capacidad de obrar prodigios, y así ocurrió.

Cuando Cephias Barjona no era más que un simple judío, proscrito por Nerón, que proporcionaba a las mujeres de los esclavos un bálsamo para la vida eterna, Cephias Barjona, frente a todas las gentes instruidas de Roma, no pasaba de ser otro charlatán; pero la opinión llegó a forjar un apóstol de este empírico espiritualista, y los sucesores de Pedro, aun tratándose de Alejandro VI o de Juan XXII, son infalibles para todo hombre bien elevado en la sociedad y que no quiera ponerse inútilmente al margen de ella. Así va el mundo..

La charlatanería, cuando tiene éxito, viene a ser, en magia o en cualquier otro tema, un gran instrumento de poder. Fascinar con habilidad al vulgo ¿no es acaso dominarlo? Los pobres diablos de los brujos que se hacían quemar bárbaramente durante la Edad Media, no tenían, por lo visto, un gran dominio sobre los demás. Juana de Arco fue una maga cuando estuvo a la cabeza de los ejércitos, y sin duda, en Rouen la pobrecilla no llegó a ser siquiera una hechicera. Ella sólo sabía orar y combatir, y el prestigio que la rodeaba cesó en cuanto cayó prisionera. ¿Se ha dicho alguna vez en su historia, que el rey de Francia la hubiese querido rescatar? ¿O que la nobleza francesa, el pueblo o el ejército hubiesen protestado por su condena? El mismo Papa, para quien el rey de Francia era su hijo predilecto, ¿llegó a excomulgar a los verdugos de La Pucelle? No, nada de esto pasó. La doncella de Orleans se convirtió a los ojos de todos en una hechicera, desde el momento en que dejó de ser maga, y no fueron por cierto únicamente los ingleses quienes la quemaron. Cuando se ejerce un poder que es sobrehumano en apariencia, es preciso ejercerlo siempre o resignarse a perecer. El mundo suele vengarse en forma. muy cruel de haber creído demasiado, admirado demasiado y, sobre todo, de haber obedecido demasiado.

No comprendemos, pues, el poder mágico sino en su aplicación a las grandes cosas, pues si un verdadero mago no llega a hacerse dueño del mundo es porque no le interesa y ¿por qué entonces querría él rebajarse en el uso de su poder soberano? Te daré todos los reinos del mundo, si caes a mis pies y me adoras, dijo el Satanás de la parábola a Jesús -Retírate, respondió el Salvador, pues está escrito: tú adorarás sólo a Dios... ¡Eli. Eli lamma Sabachtani!, exclamaría luego este divino y sublime adorador de Dios. Si Él hubiera contestado a Satanás: ¡no te adoraré, sino que eres tú quien caerá a mis pies, pues así te lo ordeno en el nombre de la inteligencia y la razón eterna!, no hubiese sacrificado su vida santa y noble al más afrentoso de todos los suplicios.

El Satanás de la montaña fue así cruelmente vengado.

Los antiguos llamaban a la magia práctica, el arte sacerdotal y el arte real. De allí se deduce que los magos eran los maestros de la civilización primitiva, ya que eran también los maestros de toda la ciencia de su tiempo.

Saber es poder, cuando se osa querer.

La primera ciencia del cabalista práctico o del mago, es la del conocimiento de los hombres. La frenología, la psicología, la quiromancia, la observación de los gustos y los movimientos, del sonido de la voz, Y, en general las impresiones, ya sean éstas simpáticas o antipáticas, son parte de este conocimiento y los antiguos no las ignoraban; Gall y Spurzheim han vuelto a encontrar en nuestra época la frenología; Lavater y luego de él Porta, Cardan, Taisnier, Jean Belot y otros, han vuelto sobre los antiguos pasos de la psicología, ya que no se les podría llamar descubridores de esta ciencia. La quiromancia permanece todavía oculta, y apenas se encuentran algunas de sus huellas en las obras recientes y por demás interesantes del caballero de Arpentigny, pero para tener una noción suficiente, hará falta remontarse hasta las mismas fuentes cabalísticas, ha dicho el sabio Cornelio Agrippa. No está demás decir algunas palabras aquí respecto a la quiromancia, mientras que estamos a la espera de la obra de nuestro amigo Desbarolles.

La mano es para el hombre el instrumento de su acción; como el rostro, conforma una especie de síntesis nerviosa, y como él, posee también sus propios trazos y fisonomía peculiar. Allí está trazado el carácter de los individuos, por medio de signos evidentes. Así, de acuerdo a sus manos, unos serán laboriosos, otros perezosos, unos pesados y lentos, otros ligeros e insinuantes. Las manos duras y secas revelan que una persona está hecha para la lucha y el trabajo, mientras que aquellas blandas y húmedas denotan una tendencia a la voluptuosidad. Los dedos puntiagudos son escrutadores y místicos, los dedos con forma ligeramente cuadrada indican aptitud matemática y los espatulados se relacionan con personas ambiciosas, amantes de opinar sobre todo.

El pulgar, *pollex*, es el dedo de la fuerza y el poder. Corresponde en el simbolismo cabalístico a la primera letra del nombre de Jehová. Por sí solo, este dedo es como una síntesis de toda la mano, así que si es fuerte, la persona será normalmente fuerte, y viceversa si es débil. Tiene tres falanges, estando la primera de ellas escondida en la palma de la mano, igual que el eje imaginario del mundo atraviesa el interior de la tierra. Esta primera falange corresponde a la vida física, la segunda a la inteligencia y la última a la voluntad. Si la palma de la mano es espesa y grasosa, denota gustos sensuales y una gran energía en la vida física; un pulgar alargado, sobre todo en su última falange, es signo de una voluntad fuerte que podrá llegar hasta el despotismo; por el contrario, si este dedo es corto, señala un carácter suave y fácil de dominar.

Los pliegues habituales de la mano forman y determinan líneas. Estas líneas vienen a ser como la huella de los hábitos, y el observador paciente sabrá reconocerlas y juzgar sobre ellas. El hombre cuya mano se pliega mal es torpe y desgraciado. La mano tiene tres funciones principales: asir, sostener y palpar. Las manos más flexibles son aquellas que palpan y agarran mejor; las manos duras y fuertes pueden agarrar durante más tiempo; las arrugas, incluso las más leves, nos muestran las sensaciones habituales de dicho órgano. Cada dedo tiene así una función especial, de donde proviene su nombre: ya hemos hablado del pulgar. El índice es el dedo que muestra; por consiguiente, se relaciona con el verbo y la profecía; el dedo medio, que domina sobre toda la mano, representa el destino; el anular, está vinculado a las alianzas y los honores, y los quirománticos le han consagrado al sol; el dedo meñique es insinuante y también indiscreto, al menos en la opinión de las nodrizas y las gentes sencillas, a quienes este pequeño dedo cuenta tantas cosas.

La mano tiene siete protuberancias que los cabalistas, siguiendo las analogías naturales, han atribuido a los siete planetas: la del pulgar a Venus, la del índice a Júpiter, la del dedo medio a Saturno, la del anular, al Sol, la del meñique a Mercurio y las otras dos a Marte y a la Luna. De acuerdo a su forma y predominio se tiene idea sobre los atractivos, las aptitudes y, por consiguiente, el probable destino de los individuos sometidos a estudio.

No hay vicio que no deje huella, ni virtud que no imprima su signo. Así que, para los ejercitados ojos del quiromántico u observador, no hay engaño posible. Se comprenderá que una ciencia tal es ya de por sí un poder verdaderamente sacerdotal y real.

La predicción de los principales acontecimientos de la vida se hace entonces posible por las numerosas probabilidades analógicas que ofrece esta observación; pero existe una facultad que podemos llamar de los presentimientos, o de la *sensibilidad*. Todas las cosas eventuales o posibles existen en forma causal antes de realizarse mediante los actos, y los sensitivos ven de antemano los efectos en las causas mismas, pudiendo ofrecer asombrosas predicciones antes de que ocurran los grandes eventos. Hemos oído hablar, que bajo el reinado de Luis-Felipe, individuos sonámbulos y extáticos llegaron a predecir la reinstauración del imperio, precisando incluso la fecha de su advenimiento. La república de 1848 se anunció claramente en la profecía de Orval, que data por lo menos de 1830 y de la que desconfiábamos mucho, lo mismo que de

aquellas atribuidas a Olivarius, de ser éste un seudónimo de la señorita Lenormand. Pero no importa mucho aquí lo que pensemos.

Esta luz magnética que permite predecir el futuro también hace posible adivinar las cosas presentes y ocultas; al ser ella la vida universal, es también el agente de la sensibilidad humana, que transmite a unos los males o la salud de los otros, de acuerdo a la fatal influencia de los contactos, o a las leyes de la voluntad. De esta forma se explica el poder propio de las bendiciones y los maleficios, reconocido por los grandes adeptos' y sobre todo por el maravilloso Paracelso. Un juicioso crítico, Ch. Fauvety, en un artículo publicado por la *Revue philosophique et religieuse*, aprecia en alto grado los trabajos avanzados de Paracelso, Pomponace, Goglenius, Crollius y Robert Fludd, acerca del magnetismo. Pero todo esto, que nuestro sabio amigo estudia sólo como una curiosidad filosófica, era una práctica para Paracelso y los suyos, sin que por ello se preocupasen mucho por hacerla comprensible ante el mundo, ya que para ellos constituía uno de los tradicionales secretos que son de rigor en ocultismo y que basta con indicar a quienes saben, dejando siempre un velo delante de la verdad, para distraer así a los ignorantes.

Veamos, pues, algo de aquello que Paracelso reservaba solamente a los iniciados, y que hemos logrado comprender descifrando los signos jeroglíficos y las alegorías que usaba en su obra:

El alma humana es de naturaleza material. Su parte divina le es ofrecida para inmortalizarla y darle vida espiritual e individual, pero su substancia natural es fluídica y colectiva.

Hay, pues, dos caminos para el ser humano: la vía individual o razonable, y la vía común o instintiva. Es mediante esta última que es posible que los unos vivan en los otros, dado que el alma universal, de la cual cada organismo tiene una conciencia separada, es la misma para todos.

Vivimos así una vida común y universal cuando nos encontramos en estado de embrión, en el éxtasis y durante el sueño.

En efecto, la razón no actúa sobre este último y aunque a veces podemos encontrar la lógica en nuestro sueño, ello sólo ocurre en forma fortuita, de acuerdo al azar de reminiscencias puramente físicas.

En los sueños tenemos, pues, la conciencia de la vida universal. Estamos unidos al fuego, al agua, al aire y a la tierra; volamos igual que las aves, trepamos por los árboles como ardillas, nos deslizamos como serpientes; nos encontramos ebrios de luz astral, y nos replegamos hacia el hogar común, cosa que ocurre en una forma más completa a nuestra muerte. Pero entonces (y así es como Paracelso nos explica los misterios del más allá), entonces los malvados, o sea, aquellos que se dejan dominar por los instintos de la bestia, en perjuicio de la razón humana, se sumergen en el océano de la vida común con todas las angustias propias de una muerte eterna, mientras que los otros permanecen en su superficie y gozan para siempre de las riquezas que les proporciona este oro fluido que han sido llamados a dominar.

Esta identidad de la vida física permite a las voluntades más fuertes apoderarse de las existencias de otros y convertirse en sus auxiliares, lo cual explica las corrientes simpáticas próximas o a distancia, y esclarece todo el secreto de la medicina oculta, ya que esta medicina tiene por principio la gran hipótesis de las analogías universales y atribuye todos los fenómenos de la vida física al agente universal, dejando ver que basta con obrar sobre el cuerpo astral para obtener efectos sobre el cuerpo visible y material. Ella nos enseña también que la esencia de la luz astral es un doble movimiento de atracción y proyección; de esta manera, los cuerpos humanos se atraen y repelen entre sí y pueden también ser absorbidos por otros o expandirse y hacer intercambios; las ideas o imaginaciones de uno pueden llegar a influenciar la forma de otro y proyectarse luego sobre el cuerpo físico externo.

De esta manera se explican los extraños fenómenos relativos a la influencia de la mirada durante el embarazo, o las pesadillas producidas por la cercanía de personas con mala salud, en la

misma forma que es sabido cómo el alma respira algo malsano en la compañía de locos o de gente malvada.

Es preciso observar que en los pensionados los niños llegan a impregnarse un poco de la fisonomía de los otros, y por esto, cada instituto o colegio llega a tomar, por así decirlo, un aire de familia que le es peculiar. En las escuelas de huérfanos dirigidas por religiosas, todas las niñas se parecen entre sí y toman toda esa fisonomía obediente y borrosa que caracteriza a la educación ascética. Los seres humanos llegan a ser bellos en la escuela del entusiasmo, de las artes o de la gloria, se vuelven feos en las cárceles y su figura suele ser triste en los seminarios y conventos.

Aquí dejaremos a Paracelso, con el objeto de adentrarnos en las aplicaciones y consecuencias de sus ideas, que no difieren de aquellas de los antiguos magos, y de los elementos de esta kábala física que llamamos magia.

De acuerdo a los principios cabalísticos formulados por la escuela de Paracelso, la muerte vendría a ser como un sueño, cada vez más profundo y definitivo, que no sería imposible detener en sus comienzos, ejerciendo una potente acción de voluntad sobre el cuerpo astral que se separa, y llamándole de nuevo a la vida por algún poderoso interés o alguna afección dominante. Jesús expresó el mismo pensamiento cuando dijo de la hija de Jairo: esta jovencita no está muerta, sino que duerme; y de Lázaro: nuestro amigo se ha dormido, voy a despertarlo. Para explicar este sistema de resurrección en forma que no ofenda al sentido común, es decir, a la opinión generalmente aceptada, diremos que la muerte, en tanto no se produzca una destrucción o alteración esencial de los órganos, está siempre precedida de una letargia más o menos larga (la resurrección de Lázaro, si tuviera que ser admitida como un hecho científico, probaría que dicho estado puede llegar a durar hasta cuatro días)¹.

Veamos ahora el secreto de la Gran Obra que hemos dado solamente en el texto hebreo sin puntuación en el *Ritual de Alta Magia*. He aquí el texto completo en latín, tal como se le encuentra en la página 144 del *Sepher Yetzhirah*, comentado por el alquimista Abraham (Amsterdam, 1642):

¹ Se objetará que Lázaro no se sentía bien, lo cual pasa igualmente con personas de buena salud o con muchos enfermos que han curado. Por lo demás, es un testigo presencial quien nos cuenta en el Evangelio esto, y lo atribuye a los cuatro días de permanencia en el sepulcro. Quizá esta parábola sea fruto de su imaginación exagerada.

SEMITA XXXI

Vocatur intelligentia perpetua; et quare vocatur ita? Eo quod ducit motum solis et lunae juxta constitutionem eorum; utrumque in orbe sibi conveniente.

Rabbi Abraham F.'. D.'. dicit:

Semita trigésima prima vocatur intelligentia perpetua: et illa ducit solem et lunam et reliquas stellas et figuras, unum quodque in orbe suo et impertit omnibus creatis juxta dispositionem ad signa et figuras.

He aquí la traducción del texto hebreo que hemos transcrito en nuestro ritual:

«La vía trigésimaprimera es llamada Inteligencia Perpetua, y es ella la que rige al sol, la luna y las otras estrellas y figuras, cada una en su órbita respectiva. Ella se encarga de distribuir lo que conviene a todas las cosas creadas según su disposición en los símbolos y las figuras.»

Como puede verse, este texto resulta absolutamente oscuro para quien desconoce el valor característico de cada uno de los treinta y dos senderos. Estos están compuestos por los diez números y las veintidós letras jeroglíficas de la Kábala. El sendero treinta y uno se relaciona con la letra shin, y representa la lámpara mágica, la luz en medio de los cuernos de Baphomet. Es el símbolo cabalístico del OD, o de la luz astral, con sus dos polos y su centro equilibrado. Es bien sabido que, en el lenguaje de los alquimistas, el sol representa el oro, la luna la plata, y que las otras estrellas o planetas se refieren a los demás metales. Ahora podemos comprender el pensamiento del judío Abraham.

El fuego secreto de los maestros de Alquimia es, pues, la electricidad. Y ella constituye prácticamente la mitad de su gran Arcano. Peró ellos también lograban equilibrar la energía por medio de una influencia magnética que concentraban en su atha. nor. Es esto lo que se puede sacar de los oscuros dogmas de Basilio Valentín, Bernard de Trévisan y Henri Khunrath, y todos ellos pretendían haber logrado la transmutación, igual que Ramón Llull, Arnau de Vilanova y Nicolás Flamel.

La luz universal, en cuanto que magnetiza los mundos, se llama luz astral; en cuanto ella forma los metales, se le llama Azoth, o Mercurio de los sabios y, en cuanto anima la vida de los animales, debe recibir el nombre de magnetismo animal.

El bruto está sometido a las fatalidades de esta luz. El hombre puede llegar a dirigirla.

Es la inteligencia quien, al adaptar el símbolo al pensamiento, crea las formas y las imágenes.

La luz universal es como la imaginación divina, y este mundo que cambia sin cesar, permanece siempre siendo el mismo en cuanto a sus leyes configurativas, es así el sueño inmenso de Dios.

El hombre llega a la noción de la luz mediante su imaginación; atrae hacia sí la luz suficiente para dar forma a sus pensamientos, e incluso, a sus sueños. Si esta luz le invade, de forma que ahoga su propio entendimiento en las formas que evoca, será un loco. Pero la atmósfera fluídica de los locos llega a ser a menudo un veneno para las imaginaciones exaltadas a la razón vacilante.

Las formas que la imaginación sobreexcitada produce para extraviar al entendimiento son tan reales como puede ser una fotografía. No es posible ver aquello que no existe. Los fantasmas de los sueños y los mismos sueños de quienes sueñan despiertos, son así imágenes reales que existen en la luz.

Existe también el caso de alucinaciones contagiosas. Pero aquí siempre hay algo más que en las alucinaciones ordinarias.

Si aquellas imágenes producidas por las mentes enfermas tienen algo de realidad, ¿no es acaso posible que sean proyectadas hacia fuera, en forma tan real como ellos las perciben?

Estas imágenes, que proyectan todo el sistema nervioso del médium, ¿no podrían llegar a afectar a todo el organismo de aquellos que, voluntaria o involuntariamente entren en simpatía nerviosa con dicho médium?

Los hechos llevados a cabo por Mr. Home nos prueban que todo esto es posible.

Ahora, responderemos a quienes pretenden ver en dichas imágenes manifestaciones del otro mundo y fenómenos de necromancia.

Tomaremos nuestra respuesta del libro sagrado de los cabalistas, pues nuestra doctrina sobre este asunto se identifica plenamente con la de los rabinos que compilaron el Zohar.

Axioma

El espíritu se reviste para descender y se despoja para subir. En efecto:

¿Por qué los espíritus creados se encuentran revestidos de cuerpo?

Ellos deben estar limitados para que su existencia sea posible. Al despojarse de todo cuerpo y carecer por consiguiente de todo límite, los espíritus creados se perderían en el infinito y, al carecer de poder para concentrarse en algún sitio, estarían como muertos e impotentes en el todo, serían abismos en la inmensidad de Dios.

Todos los espíritus creados tienen, pues, un cuerpo, más sutil o más espeso de acuerdo al medio en el que son destinados a vivir.

Así, el alma de un muerto no podría vivir dentro de la atmósfera de los vivos, así como nosotros no podríamos hacerlo dentro de la tierra o del agua.

Será necesario, para un espíritu ligero o etéreo, un cuerpo semejante a aquellos aparatos que utilizan los submarinistas, para que éste pueda llegar hasta nosotros.

Todo lo que podemos percibir de los muertos son los reflejos que ellos han dejado en la luz atmosférica, cuyas impresiones evocamos a través de la simpatía de nuestros recuerdos.

Las almas de los muertos están por encima de nuestra atmósfera. El aire que respiramos es para ellos como la tierra para nosotros. Es esto lo que ha declarado el Salvador en su Evangelio, cuando hace hablar al alma de un bienaventurado:

«Ahora, el gran Caos se ha cerrado para nosotros, y quienes están en lo alto no pueden volver a descender hacia quienes están abajo.»

De esta forma, las manos que hace aparecer Mr. Home no pueden ser otra cosa que el mismo aire, coloreado e impregnado por los reflejos que produce y proyecta su imaginación enferma ¹.

Se les toca, igual que se les ve: mitad ilusión y mitad fuerza magnética y nerviosa.

He aquí, a nuestro modo de ver, una explicación precisa y clara de todo ello.

Razonemos por un momento con los partidarios de las apariciones de ultratumba:

O estas manos son cuerpos verdaderos,
o se trata de ilusiones.

Si son cuerpos, no son entonces espíritus, y si se trata de ilusiones producidas por un dentro o fuera de nosotros, entonces me daréis la razón.

¹ Este agente luminoso, al ser también el del calor, explica los cambios repentinos de temperatura ocasionados por las proyecciones anormales o las absorciones súbitas de la luz. Y también es causa de una perturbación atmosférica local, que produce los ruidos de tempestad y los crujidos de la madera.

Ahora subrayemos:

Casi todos los enfermos de congestión luminosa o de sonambulismo contagioso, perecen de muerte violenta, o, en todo caso, de muerte súbita.

Es por esto que se llegó a atribuir al diablo, en otros tiempos, el poder de estrangular a los brujos.

El bueno y honesto Lavater, evocaba habitualmente el supuesto espíritu de Gablidone.

Y fue asesinado.

Un camarero de Leipzig, Schroepfer, evocaba las imágenes animadas de los muertos.

Terminó suicidándose de un tiro en la cabeza.

Sabemos, por otra parte, cuál fue el desgraciado fin de Cagliostro.

Pero los investigadores imprudentes pueden esperar a veces desgracias mayores que la muerte misma: pueden llegar a convertirse en locos o idiotas, y así sólo evitarán la muerte bajo una vigilancia constante para impedirles suicidarse.

Las enfermedades magnéticas constituyen por sí mismas un camino hacia la locura y nacen siempre de la hipertrofia o de la atrofia del sistema nervioso.

Se asemejan al histerismo que, en realidad, es una de sus variedades y a menudo se producen, bien por un exceso de celibato o por excesos de otro género opuesto a éste.

Es un hecho que existe una estrecha relación entre el cerebro y aquellos órganos encargados de cumplir una de las obras más nobles de la naturaleza: la reproducción de los seres.

No se viola impunemente el santuario de la naturaleza. Nadie osaría levantar, sin arriesgar su propia vida, el velo de la gran Isis.

La naturaleza es casta y es a la castidad a quien entrega las claves de la vida.

Por ello, abandonarse a los amores impuros, es confiarse a la muerte.

La libertad, que es la vida del alma, no se conserva sino dentro del orden natural. Todo desorden voluntario la hiere y un exceso prolongado acaba con ella.

En tal caso, en lugar de estar guiados y preservados por la razón, se estará abandonados al flujo y reflujo fatal de la luz magnética.

Pues la luz magnética devora sin cesar, ya que ella crea siempre y, para poder producir continuamente, también debe absorber de la misma forma.

De allí provienen las monomanías asesinas y las tentativas de suicidio.

De allí nace el espíritu de perversidad que ha descrito en forma tan viva y palpable Edgar A. Poe, y que Mirville tenía razón en llamar el diablo.

El diablo es el vértigo de la inteligencia, aturdida por las dudas del corazón.

Es la monomanía de la nada, es la atracción del abismo, independientemente de lo que pueda ser de acuerdo a la fe católica, apostólica y romana y sus decisiones, las cuales no tendríamos la temeridad de tocar.

En cuanto a la reproducción de los signos y símbolos por medio de ese fluido universal que llamamos aquí luz astral, negar su posibilidad sería desconocer casi totalmente los fenómenos ordinarios de la naturaleza.

Los espejismos en las estepas de Rusia, los palacios de Fata Morgana, las figuras impresas en forma natural en el corazón de las piedras que Gaffarel denomina gamahés, la monstruosa configuración de algunos niños, producto de la mirada o de las pesadillas de sus madres, todos estos fenómenos y muchos otros nos prueban que la luz está llena de reflejos e imágenes que ella proyecta y reproduce siguiendo las evocaciones de la imaginación, del recuerdo o del deseo. La alucinación no siempre constituye una ensoñación sin sentido: desde que todo el mundo ve algo,

es porque eso es ciertamente visible; pero si eso que ven es absurdo, habrá que concluir forzosamente que todo el mundo está engañado o alucinado por una apariencia real.

Se dice, por ejemplo, que en las veladas magnéticas de Mr. Home salen de las mesas manos reales y vivas, manos verdaderas que unos ven y otros tocan y otros incluso se sienten tocados por ellas sin verlas; se llega a decir que estas manos, ciertamente corporales, son manos de espíritus, lo cual es hablar como niños o como locos, ya que se está evidenciando una contradicción en los dos términos. Pero reconocer que determinadas apariencias o sensaciones tienen lugar, es ser sencillamente sinceros y burlarse de las burlas de los demasiado prudentes, teniendo en cuenta que muchas veces estas mismas personas tienen el espíritu propio de redactores de diarios humorísticos.

Estos fenómenos de la luz que producen las apariciones, siempre surgen en épocas laboriosas para la humanidad. Son los fantasmas de la fiebre del mundo, es el histerismo de una sociedad que está carcomida por el tedio. Virgilio nos relata en versos muy bellos cómo, en tiempos de César, Roma se encontraba llena de espectros; las puertas del templo de Jerusalén se abrían solas durante Vespasiano y se oía gritar: «Los dioses se han ido»; así pues, cuando se van los dioses, regresan los diablos. El sentimiento religioso se convierte en superstición cuando se ha perdido la fe, ya que las almas tienen necesidad de creer y tienen sed de esperanza. Pero, ¿cómo es posible que la fe se pierda? ¿Cómo puede la ciencia llegar a dudar de la armonía y de lo infinito? Porque el santuario de lo absoluto está siempre cerrado para la gran mayoría. Pero el reino de la verdad, que es el de Dios, sufre violencia y debe ser conquistado por los fuertes. Existe un dogma, existe una clave, existe una tradición sublime; y este dogma, esta clave y esta tradición, es la Alta Magia. Sólo allí podrá encontrarse el absoluto de la ciencia y la base eterna de la ley, lo que nos preserva contra toda locura, toda superstición y todo error. El Edén de la inteligencia, el reposo del corazón y la quietud del alma. No decimos estas cosas con la esperanza de convencer a los que ríen, sino solamente para advertir a aquellos que buscan. ¡Coraje y buena esperanza para ellos!, ciertamente, llegarán a encontrar, puesto que nosotros hemos encontrado.

El dogma mágico no es el de los médiums. Los médiums que dogmatizan no podrán enseñar nada distinto a la anarquía, puesto que su inspiración es el resultado de una desordenada exaltación. Ellos siempre predicen desastres, niegan la autoridad jerárquica y se erigen en soberanos pontífices, como es el caso de Vintras. El iniciado, por el contrario, respeta ante todo la jerarquía, ama y conserva el orden, inclinándose ante las creencias sinceras, ama todos los signos de la inmortalidad que son propios de la fe, y de la redención por la caridad, que es toda disciplina y obediencia. Acabamos de leer un libro publicado bajo la influencia del vértigo astral y magnético, y hemos sido impresionados fuertemente por las tendencias anárquicas que colman sus páginas, todo ello bajo una apariencia de benevolencia y religión.

Al comienzo de dicha obra puede verse el signo o, como dicen los maestros, la firma propia de las doctrinas que contiene. En lugar de la cruz cristiana, símbolo de armonía, de alianza y regularidad, encontramos una tortuosa cepa de viña, con sus retoños retorcidos en forma espiral, imagen misma de la alucinación y la embriaguez.

Las primeras ideas que nos presenta este libro son el cúmulo del absurdo. Las almas de los muertos, se dice, están por doquier y nada les limita. He aquí todo el infinito poblado de dioses que se interpenetran unos a otros. Las almas pueden y quieren comunicar con nosotros por medio de tablas y copas. De esta forma continúa la enseñanza regular, el otrosacerdocio, la otra iglesia, el delirio convertido en cátedra de verdad, los oráculos escritos para la salvación del género humano con la palabra atribuida a Cambronne, las grandes figuras que se apartan de la serenidad de su destino eterno para hacer bailar nuestras sillas y mantener con nosotros conversaciones parecidas a aquellas que les atribuyó Béroalde de Verville buscando alcanzar la

fama. Todo ello produce lástima: y, sin embargo, en América se expande a la manera de una peste intelectual. La joven América hace sus campañas, tiene la fiebre, quizá está en plena dentición, ¡pero Francia! ¡Qué ocurran cosas parecidas en Francia! Esto no es posible, y no ocurre. Pero, al criticar estas doctrinas, los hombres de juicio deberán observar los hechos y fenómenos, permanecer tranquilos en medio de la agitación de todos los fanatismos (y la incredulidad tiene también el suyo), y juzgar luego de haber examinado.

Conservar la razón en medio de locos, la fe en medio de la superstición, la dignidad en medio de tanto carácter mediocre y la independencia, en medio de borregos de Panurge, es, entre todos los milagros, el más raro, el más bello y también el más difícil de lograr.

* * *

CAPITULO IV

Los fantasmas fluídicos y sus misterios

Los antiguos les daban diferentes nombres: larvas, lémures, hongos. Se les atribuía el gusto por el aroma de la sangre derramada y el temor al filo de la espada.

La teurgia les evocaba y la Kábala les conoce bajo el nombre de espíritus elementales.

No se les consideraba, por consiguiente, como espíritus, puesto que eran mortales.

Se trataba más bien de formas fluídicas coaguladas, que podían destruirse al disgregadas.

Eran, pues, como espejismos animados, formas imperfectas, emanadas de la vida humana: la tradición de la magia negra las atribuye al celibato de Adán. Paracelso afirma, por su parte, que los vapores de la sangre de las mujeres histéricas llenan el aire de fantasmas; estas ideas son tan antiguas que ya encontramos su huella en Hesíodo, quien prohíbe expresamente poner a secar delante del fuego la ropa interior que haya sido manchada por cualquier polución.

Las personas obsesionadas por los fantasmas están de ordinario exaltados por un celibato muy riguroso o debilitados por un exceso de disolución.

Los fantasmas fluídicos son, pues los engendros de la luz vital; son como mediadores plásticos, pero sin cuerpo y sin espíritu, nacidos por los excesos del espíritu o por los desequilibrios del cuerpo.

Estos intermediarios errantes pueden ser atraídos por algunas enfermedades que les son fatalmente simpáticas, ya que brindan a expensas suya una existencia fáctica más o menos durable. Ellos obran entonces como un instrumento suplementario a la voluntad instintiva de este tipo de enfermos, nunca para heridos, pero siempre para extraviados y crear en ellos alucinaciones precoces.

Si el embrión corporal tiene la propiedad de tomar la forma que le da la imaginación de la madre, por su parte, el embrión fluídico errante será prodigiosamente variable, y se transformará con una facilidad sorprendente. Su tendencia a tomar forma corpórea para así atraer un alma hace que ellos condensen y asimilen de un modo natural las moléculas corporales que flotan en la atmósfera.

Así, al coagular los vapores de la sangre, estos seres pueden transportarla cún ellos, y así esta sangre viene a ser la que perciben los maníacos alucinados viéndola correr sobre las estatuas y los cuadros. Vintras y Rosa Tamisier no son, pues, impostores ni gentes atacadas de alucinaciones; la sangre llega a plasmarse verdaderamente; los médicos la examinan y analizan: es sangre humana auténtica; pero, ¿de dónde proviene? ¿Acaso puede formarse espontáneamente en la atmósfera? ¿Podrá brotar de manera natural de un mármol, una tela pintada o de una hostia? No, sin duda. Se trata de sangre que ha circulado por venas y que ha sido derramada, evaporada, desechada, el suero se ha convertido en vapor, los glóbulos en un polvillo insignificante, todo ello ha flotado y se ha movido en la atmósfera y luego ha sido atraída por una corriente de un electromagnetismo especial. El suero ha vuelto a su estado líquido, ha irrigado de nuevo a los glóbulos, que han sido coloreados por la luz astral, y otra vez la sangre ha recuperado su naturaleza primordial.

La fotografía nos ayuda a comprobar en forma suficiente que las imágenes son verdaderas modificaciones de la luz. Pero existe también una especie de fotografía accidental y fortuita que obra condicionada por los espejismos errantes en la atmósfera y deja impresiones duraderas sobre las hojas de los árboles, sobre la madera e incluso en el corazón mismo de las piedras: así se crean esas imágenes naturales a las que Gaffarel ha consagrado varias páginas en su obra *Curiosidades inauditas*, refiriéndose a aquellas piedras que él denomina gamahés y a las que

atribuye ocultas virtudes. En esta forma, se imprimen escrituras y dibujos que llegan a causar el asombro a los observadores de los fenómenos fluídicos. Son, pues, fotografías astrales hechas por la imaginación de los *médium* con o sin ayuda de larvas fluídicas.

La existencia de dichas larvas nos ha sido demostrada de forma perentoria por una curiosísima experiencia. Varias personas, queriendo probar el poder mágico del americano Home, le han pedido evocar a parientes suyos imaginarios que han desaparecido, y que nunca han llegado a existir en realidad. Los espectros no han dejado de acudir a estas llamadas y los fenómenos que suelen ocurrir habitualmente ante la evocación del médium se han manifestado como siempre.

Esta experiencia bastaría por sí sola para convencernos de la molesta credulidad y el error formal de que hacen gala aquellos que creen en la intervención de espíritus durante estos extraños fenómenos. Para que los muertos puedan regresar, la primera condición es que hayan existido en vida, ya que si pasamos por alto esta condición, los demonios no serían tampoco el fácil producto del engaño en que nos sume la propia mistificación.

Como todos los católicos, creemos en la existencia de los espíritus de las tinieblas, pero también sabemos que el poder divino les ha dado la tiniebla como eterna prisión, y que el Redentor ha visto a Satanás precipitarse del cielo y caer como el rayo. Si los demonios pueden llegar a tentarnos, es, pues, por la voluntaria complicidad de nuestras bajas pasiones, y no les está permitido afrentar el imperio de Dios ni perturbar, mediante manifestaciones necias e inútiles, el orden eterno de la naturaleza.

Los símbolos y las firmas diabólicas que se producen por la intervención de los médiums, no constituyen, sin embargo, una evidencia de un pacto expreso o tácito entre estos enfermos y las inteligencias del abismo. Estos signos se han usado desde siempre para expresar el vértigo astral y se atribuyen al espejismo que permanece en los reflejos de la luz extraviada. La naturaleza también tiene una memoria propia, y nos envía los mismos símbolos a propósito de las mismas ideas, sin que haya en ello nada de sobrenatural o de infernal.

«¿Cómo queréis que admita... -nos decía el abate Charvoz, primer vicario de Vintras- que Satanás se atreva a imprimir sus horribles estigmas sobre las especies consagradas que han llegado a convertirse en el cuerpo mismo de nuestro Señor Jesucristo?»

Hemos declarado en varias ocasiones que era para nosotros imposible pronunciamos a favor de una blasfemia tal; y, sin embargo, como lo hemos demostrado en nuestros artículos de *L'Estafette*, los símbolos impresos en caracteres sangrientos sobre las hostias de Vintras, consagradas recientemente por Charvoz, eran los mismos que son reconocidos por la magia negra como la firma de los demonios.

A menudo, las escrituras astrales son ridículas u obscenas. Los supuestos espíritus, al ser interrogados sobre los mayores misterios de la naturaleza, llegan a responder en ocasiones con una palabra vulgar que, según se dice, llegó a convertirse en heroica en alguna expresión militar de Cambronne. Por su parte, aquellos dibujos que trazan los lápices sin ser movidos por mano alguna, suelen reproducir figuras similares a Priapos deformes parecidas a las que ciertos *granujas descoloridos* -para usar la pintoresca expresión de Augusto Barbier-, esbozan ensuciando y desluciendo los muros de París, y todo ello nos comprueba una vez más lo que ya hemos visto, o sea, que el espíritu !^o preside en forma alguna dichas manifestaciones, y que sería sobremanera absurdo reconocer en ello la intervención de los seres espirituales que se han apartado de la materia.

El jesuita Paul Saufidius, quien ha escrito acerca de los hábitos y costumbres de los japoneses, nos cuenta una anécdota bastante reveladora: un grupo de peregrinos japoneses que se encontraba atravesando un desierto, vio venir hacia ellos una banda de espectros, cuyo número era igual al suyo y que caminaban al mismo paso. Estos fantasmas, que eran deformes y semejantes a larvas,

tomaban al aproximarse la apariencia de un cuerpo humano. Bien pronto, llegaron al lado de los peregrinos y se unieron a ellos, deslizándose en silencio entre sus filas; entonces los japoneses pudieron verse como dobles, ya que cada fantasma se había.

Convertido en una imagen perfecta, semejante a un espejismo de cada peregrino. Espantados, los japoneses se prosternaron, y el bonzo que los conducía se puso a rezar por ellos, en medio de grandes contorsiones y fuertes gritos. Cuando los peregrinos se levantaron, los espectros habían desaparecido y el devoto grupo pudo continuar su camino sin más tropiezos. Este fenómeno, que no ponemos en duda, presenta el doble carácter de ser un espejismo y una proyección repentina de larvas astrales, ocasionada por lo caluroso de la atmósfera y el agotamiento en que se hallaban los peregrinos.

El doctor Briere de Boismont, en su curioso *Tratado sobre las alucinaciones*, nos dice que un hombre perfectamente sensato y que nunca ha experimentado visiones fue atormentado una mañana por una terrible pesadilla. Veía una especie de simio monstruoso y de figura espantosa dentro de su habitación, que le rechinaba los dientes y se movía con repelentes contorsiones.

Entonces despertó sobresaltado y vio que ya era de día, saltó de su lecho y cuál no sería su terror al ver de nuevo allí presente en realidad al espantoso simio de su sueño, perfectamente parecido al de la pesadilla, igual de absurdo y repelente, moviéndose en la misma forma de antes. El personaje en cuestión no podía creer a sus ojos; por una media hora permaneció inmóvil, observando este singular fenómeno y preguntándose si se habría contagiado de alguna terrible fiebre o si se habría vuelto loco. Finalmente, decidió aproximarse al fantástico animal para tocarle, con lo cual la aparición se desvaneció.

Cornelius Gemma, en su *Historia crítica universal*, narra que, en el año 454, en la isla de Candia, apareció a unos judíos el fantasma de Moisés al borde del mar; llevaba en la frente sus cuernos luminosos y la fulminante vara en su mano, y les invitaba a seguirle, indicando con su dedo el horizonte, en dirección a Tierra Santa. La noticia de este prodigio se expandió y toda una multitud de israelitas se precipitó hacia la ribera. Todos vieron entonces o creyeron ver la maravillosa aparición; eran en número de veinte mil, según el cronista, aunque sospechamos que exageraba un poco en esto. Bien pronto, su imaginación se exaltó y la sangre subió a sus cabezas; se pensó que podría ocurrir un milagro más asombroso que el ocurrido en el paso del Mar Rojo; los judíos formaron en columna cerrada y tomaron camino hacia el mar; los últimos empujaban con frenesí a los primeros y se creía ver al supuesto Moisés caminando sobre el agua. Pero todo fue un espantoso desastre. Casi toda la multitud se ahogó, y la alucinación no cesó hasta cobrar las vidas de la mayoría de aquellos desgraciados videntes.

La mente humana llega a creer en sus propias imaginaciones; los fantasmas de la superstición proyectan su deformidad sobre la luz astral y se alimentan de los mismos terrores que los producen. El negro gigante que extiende sus alas de Oriente a Occidente para ocultar la luz al mundo, este monstruo que devora las almas, esta espantosa divinidad de la ignorancia y del miedo, el diablo, en una palabra, sigue siendo aún, para una inmensa multitud de niños de todas las edades, una temible realidad. En nuestro *Dogma y Ritual de la Alta Magia*, lo hemos representado como la sombra de Dios, pero al decir aquello no hemos revelado sino la mitad de nuestro pensamiento: Dios es la luz sin sombra. El diablo no es más que la sombra del fantasma de Dios.

¡El fantasma de Dios! Este último ídolo de la tierra; este espectro antropomorfo que se vuelve maliciosamente invisible; esta personificación finita de lo infinito, aquello que siendo invisible no podemos ver sin morir o, al menos, sin morir en cuanto a la inteligencia y a la razón, ya que ver lo invisible equivale a volverse loco; el fantasma de aquel que no tiene cuerpo; la confusa

forma de aquel que existe sin forma ni límite alguno: he aquí lo que adoran en su ignorancia la mayor parte de los creyentes.

Aquello que existe esencial, pura y espiritualmente, sin ser lo absoluto, ni lo abstracto, ni la colección de todos los seres, en una palabra, el infinito intelectual, ¿es algo tan difícil de imaginar! Ya que toda imaginación respecto suyo es una idolatría, es preciso pues creer en El y adorarle. Delante de El, nuestro espíritu debe callar y sólo nuestro corazón tiene derecho a darle un nombre: ¡Padre Nuestro!

* * *

LIBRO SEGUNDO

LOS MISTERIOS MAGICOS

CAPITULO PRIMERO

Teoría de la voluntad

La vida humana, con sus innumerables dificultades, tiene por objetivo, en el orden de la sabiduría eterna, la educación de la voluntad.

La dignidad del ser humano consiste en hacer lo que él quiere, y en querer el bien, conforme a la ciencia de la verdad. El bien conforme a la verdad es lo justo.

La justicia es la práctica de la razón.

La razón es el verbo de la realidad.

La realidad es la ciencia de la verdad.

El hombre puede llegar a la idea absoluta del ser por dos caminos, la hipótesis y la experiencia.

La hipótesis es probable, cuando se hace necesaria para las enseñanzas de la experiencia; es improbable o absurda cuando estas enseñanzas la rechazan.

La experiencia constituye la ciencia, la hipótesis es la fe.

La verdadera ciencia admitirá necesariamente la fe; la verdadera fe contará necesariamente con la ciencia.

Pascal blasfemaba contra la ciencia al decir que, mediante la razón, el hombre no podía llegar a conocer ninguna verdad.

Pero también Pascal murió enloquecido.

Voltaire no blasfemaba menos contra la ciencia, al declarar absurda toda hipótesis de la fe, y no admitir, como guía de la razón, más que el testimonio de los sentidos.

Pero también es preciso constatar que las últimas palabras de Voltaire nos han dejado esta formulación contradictoria:

DIOS Y LIBERTAD

Dios, es decir, un supremo Maestro: con lo cual quedaría excluido todo ideal de libertad, tal como la entendía la escuela de Voltaire.

Y, por otra parte, la Libertad, es decir, una independencia absoluta de todo maestro, con lo cual se excluye toda idea de Dios.

La palabra DIOS expresa la suprema personificación de la ley y, por consiguiente, del deber; ahora bien: si por LIBERTAD se entiende, como es nuestro pensamiento, el DERECHO DE HACER SU DEBER, entonces tomaremos como nuestra divisa y repetiremos sin contradicción y sin error:

DIOS Y LIBERTAD

Dado que no existe verdadera libertad para el ser humano sino dentro del orden que resulta de la verdad y del bien, podemos afirmar que la conquista de la libertad es el mayor trabajo del alma humana. Al liberarse de las bajas pasiones y de su servidumbre, en cierta forma el hombre se crea

a sí mismo por segunda vez. La naturaleza le ha dado la vida y el sufrimiento, pero es él quien se hace dichoso e inmortal. Es así como puede llegar a convertirse en el representante de la divinidad sobre la tierra y ejerce en ella su relativo dominio, que es todopoderoso a su manera.

Axioma I

Nada puede resistir a la voluntad del ser humano cuando éste conoce la verdad y quiere el bien.

Axioma II

Querer el mal es querer la muerte. Una voluntad perversa es así un comienzo de autodestrucción.

Axioma III

Querer el bien con violencia es querer el mal, pues la violencia genera el desorden y éste genera el mal.

Axioma IV

Se puede y se debe aceptar el mal como medio para la consecución del bien; pero jamás se debe quererlo ni obrarlo, ya que, de lo contrario, se estaría destruyendo con una mano lo que se construye con la otra. La buena fe no justifica nunca los malos medios; ella los corrige cuando los experimenta y los condena cuando los encuentra.

Axioma V

Para tener derecho a poseer algo en forma permanente, hace falta desearlo pacientemente y durante mucho tiempo.

Axioma VI

Pasar la vida queriendo aquello que es imposible poseer para siempre, equivale a abdicar de la vida y aceptar la eternidad de la muerte.

Axioma VII

Mientras más obstáculos vence la voluntad, más fuerte se hace. Es por esto que Cristo ha glorificado la pobreza y el dolor.

Axioma VIII

Cuando la voluntad está condenada al absurdo, es objeto de . reprobación por la razón eterna.

Axioma IX

La voluntad del justo es la misma voluntad de Dios, y es la ley de la naturaleza.

Axioma X

Es mediante la voluntad que la inteligencia ve. Si la voluntad es sana, su visión será justa. Dios ha dicho: ¡Hágase la luz!, y la luz se ha hecho; la voluntad dirá: ¡Que el mundo sea como yo quiero vedo! Y la inteligencia lo verá como la voluntad lo ha deseado. Aquí reside el significado de la palabra *amén*, que confirma los actos de fe.

Axioma XI

Cuando se crean fantasmas o se echan al mundo vampiros, hará falta alimentar tales criaturas, fruto de una voluntaria pesadilla, con la sangre, la vida, la inteligencia y la razón, sin llegar nunca a saciadas.

Axioma XII

Afirmar y querer lo que debe ser, es crear; afirmar y querer lo que no debe ser, es destruir.

Axioma XIII

La luz es un fuego eléctrico que la naturaleza ha puesto al servicio de la voluntad: ella ilumina a los que saben usada, y ciega a quienes abusan de ella.

Axioma XIV

El imperio del mundo es el imperio de la luz.

Axioma XV

Las grandes inteligencias cuya voluntad está mal equilibrada, se parecen a los cometas, que son como soles que han sido abortados.

Axioma XVI

No hacer nada es tan funesto como obrar el mal, pero es aún más bajo. El más imperdonable de los pecados mortales es el de la inercia.

Axioma XVII

Sufrir es trabajar. Un gran dolor que se ha sufrido es un progreso que se ha realizado. Aquellos que mucho sufren viven más que aquellos que no sufren.

Axioma XVIII

La muerte voluntaria por abnegación no es un suicidio; es la apoteosis de la voluntad.

Axioma XIX

El temor no es sino la pereza de la voluntad; es por ello que la opinión deshonra a los cobardes.

Axioma XX

Dejad de temer al león, y el león os temerá. Decid al dolor: quiero que te conviertas en placer, y llegará a ser aún más que un placer, una felicidad.

Axioma XXI

Una cadena de hierro es más fácil de romper que una cadena de flores.

Axioma XXII

Antes de afirmar que un ser humano es dichoso o desgraciado, es preciso que sepamos hacia dónde ha encaminado la dirección de su voluntad: Tiberio moría a diario en Capri, mientras que Jesús probaba su inmortalidad y su misma divinidad sobre el calvario y sobre la cruz.

* * *

CAPITULO II

EL PODER DE LA PALABRA

Es el verbo quien crea las formas, y éstas a su vez intervienen sobre el verbo para modificarlo y terminarlo.

Toda palabra de verdad es el comienzo de un acto de justicia.

Se nos pregunta si en ocasiones un hombre puede verse empujado hacia el mal. Sí, cuando su juicio es falso y, por consiguiente, el verbo se hace injusto.

Pero se es tan responsable de un falso juicio como de una mala acción.

Lo que falsea el juicio son las injustas vanidades del egoísmo.

El verbo injusto no puede realizarse a través de la creación, sino que lo hace mediante la destrucción. Para él no hay sino dos extremos: matar o morir.

Si él pudiera permanecer inactivo, éste sería el mayor de todos los desórdenes, una permanente blasfemia contra la verdad.

Tal es el caso de la palabra ociosa, de la cual Cristo ha dicho que se dará cuenta en el juicio universal. Pero una palabra de I broma, una nadería que nos recrea y que hace reír, no constituye una palabra ociosa.

La belleza de la palabra es un esplendor de verdad. Una palabra verdadera siempre es bella, una bella palabra siempre es I verdadera.

Es por esto que las obras de arte son siempre santas, en cuanto que son bellas.

¡Poco me importa que Anacreonte cante a Bathyllus, si en sus versos puedo escuchar las notas de esta divina armonía que es el himno eterno de la belleza! La poesía es pura como el sol: ella extiende su velo luminoso sobre los errores de la humanidad. ¡Desgraciado de aquel que quisiera levantar el velo para encontrar fealdad!

El concilio de Trento ha promulgado que está permitido a las personas sabias y prudentes leer los libros de los antiguos, aun aquellos que se consideran obscenos, por la belleza de su forma.

Una estatua de Nerón o de Heliogábalo, que estuviera hecha como las obras maestras de Fidias, ¿no sería acaso una obra absolutamente bella y absolutamente buena? ¿Y no merecería la burla de todo el mundo quien propusiera destruirla por representar a un monstruo?.

Las estatuas verdaderamente escandalosas son las que están mal hechas, y la Venus de Milo sería profanada si se la colocara al lado de las vírgenes que se atreven a exponer en ciertas iglesias.

Se puede observar el mal en aquellos tratados de moral llenos de tonterías, mucho más que en los versos de Catullo o en las ingeniosas alegorías de Apuleyo.

No hay peores libros que aquellos mal pensados o mal hechos.

Todo verbo de belleza es un verbo de verdad. Es una luz formulada en palabras.

Pero aun la luz más brillante, para que pueda producirse y hacerse visible, necesita del contraste de la sombra; y la palabra creadora, para poder ser eficaz, necesita de la contradicción. Hace falta, pues, que sufra las pruebas de la negación y el sarcasmo, e incluso aquella más cruel de la indiferencia y el olvido. «Es preciso -ha dicho el Maestro- que el grano que ha caído a la tierra perezca, para que pueda germinar.»

El verbo que afirma y la palabra que niega deberán, pues, unirse, y de su unión nacerá la verdad práctica, la palabra cierta y progresista. Es la necesidad quien conducirá a los trabajadores a escoger como piedra angular aquella que en un comienzo se había ignorado o desechado. Pero la contradicción nunca debería descorazonar a los hombres de iniciativa. Al arado le hace falta la

tierra, y la tierra le resiste, pues ella sabe trabajar. Ella se defiende como todas las vírgenes y concibe y da a luz lentamente, como todas las madres. Por esto vosotros, los que pretendéis sembrar una nueva semilla en el terreno de la inteligencia, tenéis que comprender y respetar las resistencias que son fruto del pudor de la experiencia limitada de la razón tardía.

Cuando una nueva palabra viene al mundo, precisa de lazos y de lenguas; es el genio quien la ha alumbrado, pero deberá ser la experiencia quien la nutra. No temáis porque pueda morir al ser abandonada: para ella, el olvido constituirá un favorable reposo, y las contradicciones serán como un cultivo. Cuando un sol se despliega en el espacio, atrae o crea los mundos. Una sola chispa de luz fija promete en el espacio un universo.

Toda la magia está contenida en una palabra, y esta palabra, al ser pronunciada cabalísticamente, es más fuerte que todas las potencias del cielo, la tierra y el infierno. Con el nombre del tetragrama *Yod-Hé-Vau-Hé*, se puede dominar a la naturaleza; los reinos son conquistados al pronunciar el nombre de *Adonai*, y las ocultas fuerzas que componen el imperio de Hermes obedecerán todas a aquel que sepa pronunciar conforme a la ciencia el incommunicable nombre de *Agla*.

Pero pronunciar de acuerdo a la ciencia las grandes palabras de la Kábala implica decir las con una entera inteligencia, con una voluntad a la que nada detiene, con una actividad que nada desanima. En magia, haber dicho es haber hecho; el verbo comienza con las letras y acaba con las obras. No se quiere verdaderamente algo sino cuando se le quiere de todo corazón, hasta el punto de romper por su causa con los más íntimos afectos, y con todas nuestras fuerzas, hasta el punto de llegar a exponer salud, fortuna y vida por ello.

Es por la abnegación absoluta que se prueba y se constituye la fe, pero aquel hombre que esté armado de una fe como ésta, podrá trasladar las montañas de lugar.

El peor enemigo de nuestras almas es la pereza. La inercia tiene una embriaguez propia que nos adormece; pero el sueño de la inercia es la corrupción y la muerte. Las facultades del alma humana son como las olas del océano: necesitan para su conservación de la sal y lo amargo de las lágrimas; precisan de las tormentas del cielo y de la agitación que genera la tempestad.

Cuando en lugar de avanzar por nosotros mismos en la carrera del progreso preferimos hacerlos llevar, estamos durmiendo en los brazos de la muerte; es a nosotros a quienes se dice, como al paralítico del Evangelio: «¡Toma tu cama y anda!», somos nosotros quienes debemos tomar a la muerte y arrojarla en la vida.

San Juan, en una frase tan magnífica como terrible, nos dice:

«El infierno es un fuego que duerme. Es una vida sin progreso y sin actividad; es como azufre estancado: *stagnum ignis et sulfuris*.»

La vida que duerme es como la palabra ociosa, y es de todo esto que el género humano tendrá que rendir cuentas en el día del juicio final.

La inteligencia habla y la materia actúa; ella no reposa sino luego de haber tomado la forma dada por la palabra. ¡Mirad si no el Verbo cristiano haciendo trabajar el mundo después de diecinueve siglos! ¡Qué combate de gigantes! ¡Cuántos errores se han intentado y rechazado luego! ¡Cuánto cristianismo decepcionado e irritado en el trasfondo de los movimientos de protesta, desde el siglo XVI hasta el XVIII! El egoísmo humano, desesperado de sus propios defectos, ha llegado a amotinar poco a poco todas sus estupideces. Se ha revestido al Salvador del mundo de todos los harapos y todas las púrpuras de escarnio: luego de aquel Jesús el inquisidor, han querido hacernos ver al Jesús revolucionario. ¡Medid, si os es posible esto, todo lo que ha corrido de sangre y lágrimas, y atreveros a prever todo lo que falta aún por derramarse antes de que

llegue el reino mesiánico del HombreDios, quien someterá todas las pasiones a los poderes y, a la vez, todos los poderes a la justicia!

¡Adveniat regnum tuum! He aquí lo que setecientos millones de voces repiten mañana y tarde sobre toda la superficie de la tierra, desde hace diecinueve centurias, mientras que los israelitas esperan aún al Mesías. El ha hablado y El vendrá. Ha venido para morir, y ha prometido volver para vivir.

EL CIELO ES LA ARMONÍA DE LOS SENTIMIENTOS GENEROSOS. EL INFIERNO ES EL CONFLICTO DE LOS INSTINTOS EGOÍSTAS.

Cuando la humanidad, a fuerza de experiencias dolorosas y sangrientas, haya comprendido bien esta doble verdad, dejará el infierno del egoísmo para entrar en el cielo de la abnegación y la caridad cristiana.

La lira de arreo ha desbrozado a la Grecia primitiva, y la de Amphyon ha construido la misteriosa Tebas. Y esto ha ocurrido porque la armonía es la verdad. La naturaleza entera es armonía, pero el Evangelio no es una lira: es el libro de los principios eternos que deben regir y que han regido todas las liras y todas las vivas armonías del Universo.

Mientras el mundo no comprenda estas tres palabras: *verdad, razón, justicia*, y también aquéllas de: *deber, jerarquía, y sociedad*, la divisa revolucionaria *libertad, igualdad, fraternidad* no será más que una triple mentira.

* * *

CAPITULO III

Las influencias misteriosas

No existe un término medio posible. Todo ser humano es bueno o es malo. Los indiferentes, los tibios, no son buenos, así que son malos, y los peores de todos, ya que son imbéciles y cobardes. La lucha de la vida es parecida a una guerra civil, donde aquellos que permanecen neutrales traicionan por igual a las dos partes en conflicto y renuncian al derecho de ser contados entre los hijos de la patria.

Todos nosotros respiramos de la vida de los demás, y, en cierta forma, les insuflamos parte de la nuestra. Los hombres buenos e inteligentes son, a veces sin saberlo, los médicos de la humanidad. Por el contrario, los malvados y tontos son como envenenadores públicos.

Hay personas cerca de quienes nos parece sentirnos mejor. Ved esta joven dama del gran mundo, ella conversa, ríe, se adorna como todas las otras, así que, ¿por qué es ella mejor y más perfecta? Nada más natural que su distinción, nada más franco y noblemente sencillo que su conversación. Cerca de ella, todo debería encontrarse a gusto, con excepción de los malos sentimientos, pero éstos son imposibles a su lado. Ella no confunde los corazones, sino que los eleva; ella no enajena, sino que irradia encanto. Lo que emana de toda su persona parece ser una perfección más amable que la misma virtud; ella es más graciosa que la gracia y sus acciones son a la vez espontáneas e inimitables, como la buena música y los bellos poemas. Es de ella que alguna encantadora y mundana amiga suya, demasiado amiga para ser su rival, decía después de un baile: me parece estar viendo a la santa Biblia que aleteara frente a nosotros. Mirad, por el contrario, a aquella otra mujer, que aparenta la más rígida devoción y se t?scandalizaría de oír cantar a los ángeles; su palabra es, sin embargo, malintencionada, su mirada altiva y llena de menosprecio, y cuando habla de virtud nos haría amar el vicio. Dios es para ella un celoso marido y se jacta de su mérito al no engañarle. Sus máximas son desoladoras, sus actos más vanidosos que caritativos y se podría decir luego de encontrarla . en la iglesia: he visto al diablo rogando a Dios.

Al dejar a la primera, nos sentimos plenos de amor por todo lo que es bello, bueno y generoso, estamos felices de haberle expresado todo lo que ella nos ha inspirado del bien, y de haber recibido su aprobación; pensamos que la vida es buena, ya que Dios la concede a las almas como ella, y estamos llenos de coraje y esperanza. La otra nos deja débiles, asqueados o, lo que es aún peor, dispuestos con excitación a malas empresas; ella nos hace dudar del honor, de la piedad y del deber; a su lado somos fácil presa del aburrimiento y estamos al alcance de los malos deseos para escapar de él. Murmuramos de otros para causarle placer, o nos rebajamos para satisfacer su orgullo, quedando al final descontentos de ella y de nosotros mismos.

El sentimiento vivo y certero de estas diversas influencias es lo propio de las mentes justas y las conciencias delicadas, y constituye precisamente lo que los antiguos escritores ascéticos llamaban la gracia del discernimiento de los espíritus.

Sois crueles consoladores, decía Job a sus pretendidos amigos. Pues, en efecto, los seres viciosos afligen siempre, en vez de consolar. Poseen un tacto prodigioso para encontrar y escoger las más desesperantes banalidades. ¡Si lloráis por un afecto que se ha roto, haréis de tontos! No se os amaba, sino que se divertían a vuestra costa, y si os quejáis amargamente de que vuestro hijo es cojo, ellos os harán caer en cuenta amigablemente que también es jorobado. Y si éste tosiera, provocando vuestra inquietud, se os añadirá con ternura fingida que tengáis cuidado, ya que

puede estar tísico, o si vuestra mujer permanece enferma desde hace un tiempo, os dirán que podéis consolaros, ya que pronto morirá.

Trabaja y espera, esto es lo que nos dice el cielo por boca de todas las almas buenas; desespera y muere, es lo que nos grita el infierno en todas las palabras, todos los movimientos, todas las amistades y aun todas las caricias de los seres imperfectos o degradados.

Cualquiera que sea la reputación de una persona o los testimonios de amistad que podáis recibir de la misma, si al dejarla os sentís menos fuertes y menos amigos del bien, será una relación perniciosa para vosotros: evitadla.

El doble magnetismo produce en nosotros dos tipos de simpatías. En forma alternativa necesitamos absorber o irradiar. Nuestro corazón ama los contrastes y veréis pocos ejemplos de mujeres que hayan amado sucesivamente a dos hombres de genio.

Reposamos para protegernos del cansancio de la admiración, es la ley propia del equilibrio; pero a veces incluso las naturalezas sublimes se ven sometidas a los caprichos de la vulgaridad. Como ha dicho el abate Gerbet, el ser humano es la sombra de un Dios en el cuerpo de un animal: existen, pues, aquellos que son amigos del ángel, y aquellos que son complacientes con el animal. El ángel nos atrae, pero si no montamos la debida guardia, será la bestia la que nos llevará; a ella le corresponde incluso llegar a arrastrarnos en forma fatal, cuando nos movemos en sus dominios, es decir, en las satisfacciones de esta vida que alimenta a la muerte y que, en el lenguaje de la bestia, se denomina la vida real. En cuanto a religión, el Evangelio es una guía segura, pero no ocurre lo mismo en otros asuntos, y muchas gentes, cuando se trata de reglamentar la sucesión temporal de Jesucristo, se entenderían mucho mejor con Judas Iscariote que con San Pedro.

Se admira la probidad, ha dicho Juvenal, pero se la deja aparte. ¿Si tal o cual hombre famoso no hubiese mendigado escandalosamente la riqueza, hubiera llegado a dotar su fama en la misma forma? ¿Acaso le habrían caído encima sus herencias? La virtud recibe nuestra admiración, pero a ella nada debe nuestra bolsa, ya que esta gran dama ya es suficientemente rica sin nuestra intervención. ¡ Por ello, se prefiere dotar mejor al vicio, ya que es tan pobre!

No me gustan los mendigos, y solamente doy a los pobres vergonzantes, decía una vez un hombre de espíritu. -Pero, ¿qué les da usted, sin conocerles? -Ellos reciben mi admiración y mi estima, y para esto no me hace falta conocerles. ¿Cómo es posible que usted necesite tanto dinero -se preguntaba a otro en cierta ocasión-- sin tener usted hijos ni cargos mayores? -Tengo a los pobres vergonzantes, a quienes no podría dejar de dar mucho. -Hágamelos conocer, yo también podría ayudarles. -¡Oh! Usted sin duda ya conoce algunos. Yo tengo siete que comen muchísimo y un octavo que come aún más que los siete restantes: los siete son los pecados capitales, y el octavo es el juego. .

-Señor, deme usted cinco francos, tengo mucha hambre.

-¡Imbécil! ¡Te mueres de hambre y quieres que te ayude en tan vergonzoso camino! ¡Te mueres de hambre y aún tienes la imprudencia de confesarlo! ¿Quieres acaso convertirme en cómplice de tu incapacidad, hacer que alimente tu suicidio? ¡Quieres una prima para tu miseria! ¿Por quién me tomas, acaso crees que soy canalla de tu especie?..

-Amigo mío, necesito unos mil escudos para seducir a una mujer honesta. -¡Ah! Eso está mal hecho; pero no podría rehusar nada a un amigo. Toma, y cuando hayas logrado tu fin, me darás la dirección de dicha persona. He aquí lo que se llama, en Inglaterra y otros sitios, actuar como un perfecto gentleman.

«¡El hombre de honor sin trabajo, roba y nunca mendiga»!, respondió un día Cartouche a un paseante que le pidió una limosna. Es, pues, algo 'tan enfático como la frase atribuida a Cambronne. y quizá el famoso ladrón y el gran general hubiesen respondido en realidad ambos de la misma manera.

Y este mismo Cartouche ofreció, en otra ocasión y sin que se lo pidieran, veinte mil libras a un colega que había quebrado. Entre hermanos, hay que saber vivir.

La ayuda mutua es una ley de la naturaleza. Ayudar a nuestros semejantes es ayudarnos a nosotros mismos. Pero por encima de la ayuda mutua hay otra ley más santa e importante: la ayuda universal, que es la caridad..

Todos amamos y admiramos a san Vicente de Paúl, pero también casi todos poseemos una secreta admiración por la habilidad, la presencia de espíritu y sobre todo la audacia de Cartouche.

Los cómplices reconocidos de nuestras pasiones pueden asquearnos y humillarnos, pero sabremos, con todos los riesgos y peligros que esto entraña, resistir por el orgullo. Pero, ¿qué puede ser más peligroso para nosotros que aquellos cómplices hipócritas y ocultos? Ellos van a nuestro lado como la tristeza, nos esperan como el abismo y nos rodean por doquier como el vértigo. Les excusamos para excusarnos, les defendemos para defendernos, les justificamos para justificarnos y, en fin, les soportamos porque nos parece necesario, ya que no tenemos la fuerza para resistir a nuestras debilidades o bien porque no queremos hacerlo.

Ellas se apoderan entonces de nuestra voluntad, como diría Paracelso, y donde quieren conducimos, allí les seguimos.

Son, pues, nuestros ángeles perversos, y lo sabemos en el fondo de nuestra conciencia. Pero, sin embargo, les cuidamos, ya que nos hemos convertido en sus servidores, a fin de que a su vez ellos nos sirvan.

Pero nuestras pasiones, tan cuidadas y llenas de halagos, no tardan en ser unos servidores muy dominantes; y los gustos de dichas pasiones son también nuestros amos.

Respiramos nuestros pensamientos y aspiramos el pensamiento de los demás, que va inmerso en la luz astral, que ha tomado la forma de una atmósfera electromagnética. Por ello, a veces la compañía de los malvados es menos funesta para las gentes de bien que la de aquellos seres tibios, cobardes y vulgares. En cuanto a los vicios groseros, una fuerte antipatía nos advierte prontamente y nos libra de su contacto. Pero no ocurre lo mismo con aquellos vicios menores, que casi se podría decir han sido admitidos en sociedad y considerados como algo amable y placentero. Una mujer honesta puede estar en compañía de una prostituta sin experimentar disgusto, pero, en cambio, tiene mucho que temer si se trata de otra mujer coqueta y seductora.

Se sabe que la locura es contagiosa, pero también es cierto que los más peligrosos de todos son aquellos locos que se presentan amables y simpáticos. Poco a poco nos van haciendo entrar en su forma de pensar, llegamos a comprender luego sus exageraciones y a compartir sus entusiasmos, hasta que nos habituamos a su lógica excepcional y descarriada, encontrando que no son tan locos como lo pensábamos al comienzo. De ahí a creer que sólo ellos tienen la razón, nos queda sólo un paso. Les amamos, les aprobamos, y terminamos tan locos como ellos.

Los afectos son libres, y admiten el razonamiento, pero las simpatías son fatales, en cambio, y muy a menudo nada tienen que ver con la razón. Ellas dependen de las atracciones más o menos equilibradas de la luz magnética y obran sobre los seres humanos de la misma forma que sobre los animales. Así, nos veremos complacidos al lado de una persona que no tiene nada de amable, debido a que estaremos dominados y atraídos por ella en forma misteriosa. A menudo, estas extrañas simpatías han comenzado por ser fuertes antipatías, lo cual sería una expresión de que los fluidos que en principio se repelen mutuamente, han llegado a equilibrarse.

Aquello que equilibra el cuerpo astral de cada individuo, es lo que Paracelso llama su *ascendente*, y también da el nombre de *flagum* al reflejo particular de las ideas habituales de cada uno en la luz universal.

Así, es posible llegar al conocimiento del *ascendente* de una persona, mediante la adivinación sensitiva del *flagum*, unida a la dirección perseverante de la voluntad, lo cual permite influenciar

el aspecto pasivo del ascendente de otro girando hacia él el aspecto activo del propio ascendente, cuando quiere apoderarse y dominar sobre la voluntad de ese otro.

El ascendente astral ha sido conocido por otros magos, quienes le han denominado *Torbellino* (vortex).

Es, según ellos, una corriente de luz especializada que reproduce siempre un mismo círculo de imágenes y, por consiguiente, de impresiones determinadas y determinantes. Estos torbellinos existen para los seres humanos y también para los astros: «Los astros, dice Paracelso, respiran su ánima luminosa y atraen la radiación unos de otros. El ánima de la tierra cautiva de las leyes fatales de la gravitación se libera al especializarse y pasa primero por el instinto animal antes de llegar hasta la inteligencia humana. La parte cautiva de dicha ánima es muda, pero conserva por escrito los secretos de la naturaleza. La parte libre no puede leer esta escritura fatal sin perder instantáneamente su libertad. No es posible pasar de la contemplación muda y vegetativa al pensamiento libre y vibrante, sino cambiando los medios y los órganos. De allí viene el olvido que acompaña al nacimiento, y las vagas reminiscencias de nuestras enfermizas intuiciones, que siempre son análogas a las visiones de nuestros éxtasis y nuestros sueños.»

Esta revelación del gran maestro de la medicina oculta arroja una inmensa luz sobre todos los fenómenos del sonambulismo y la adivinación. Allí se encuentra también, para quien sepa comprenderla, la clave verdadera de las evocaciones y las comunicaciones con el alma fluídica de la tierra.

Las personas cuya peligrosa influencia se hace sentir por un primer contacto son aquellas que forman parte de una asociación fluídica o que disponen en forma voluntaria o inconsciente de una corriente extraviada de luz astral. Esto suele ocurrir con aquellos seres que viven aislados, privados de toda comunicación humana y que a diario se encuentran en interacción fluídica con gran número de animales, como son, de ordinario los pastores, quienes peligran de ser poseídos por el demonio llamado *legión*, y dominan a su turno en forma despótica sobre las almas fluídicas de los rebaños confiados a su cuidado. Su influencia es tan fuerte, que por su benevolencia o su sola actitud maligna hacen mejorar o morir a sus animales. Esta influencia del magnetismo animal también pueden ejercerla sobre los cuerpos astrales humanos que se encuentran mal defendidos por una voluntad débil o una inteligencia limitada.

Así se explican los hechizos producidos habitualmente por pastores, y los fenómenos aún recientes del presbiterio de Cideville.

Cideville es una pequeña aldea de Normandía, donde hace unos años tuvieron lugar fenómenos semejantes a los que luego se producirían bajo la influencia de Mr. Home. El señor de Mirville los ha estudiado minuciosamente y Gouguenot Desmousseaux nos ha revelado todos sus detalles en un libro publicado en 1854 que tituló: *Costumbres y prácticas de los demonios*. Lo que nos parece interesante en este último autor es que parece conocer la existencia del cuerpo astral o fluídico: «es cierto que tenemos dos almas, nos dice, pero quizá tengamos también dos cuerpos». En efecto, todo cuanto narra parecería probar esta hipótesis. Se trata de un pastor cuya forma fluídica llegó a infestar una casa parroquial, y que resultó herido a distancia por los golpes propinados contra su larva astral.

Preguntaremos aquí a los señores Mirville y Gouguenot Desmousseaux, si ellos consideran a este pastor como el diablo y, si de cerca o de lejos, el diablo, tal como ellos lo conciben, puede ser rasguñado o herido. Por entonces no se conocía aún en Normandía lo referente a las enfermedades magnéticas de los *médiums*, y así este desgraciado sonámbulo, a quien se debería haber cuidado y prestado atención médica, fue rudamente maltratado e incluso apaleado, según se dice, no sólo en su forma fluídica, sino también en carne y hueso, por el mismo cura de la aldea. ¡Debemos convenir que estamos aquí frente a un género muy singular del exorcismo! Si es cierto

que estas violencias tuvieron lugar y si el responsable de ellas es un eclesiástico que tiene fama de muy bueno y respetable de cara al público, encontramos que los escritores como Mirville y Gouguenot Desmousseaux se convierten de cierto modo en sus cómplices.

Las leyes de la vida física son inexorables y, en lo tocante a su naturaleza animal, el hombre nace esclavo de la fatalidad. Es a fuerza de luchar contra su propio instinto que él puede llegar a conquistar la libertad moral. Así, pues, dos existencias distintas son posibles para el ser humano sobre la tierra: una es fatal, la otra es libre. El ser fatal es el juguete o el instrumento de una fuerza que él no dirige; de esta forma, cuando los instrumentos de la fatalidad confluyen y se topan unos con otros, la brisa más fuerte arrastra a la más débil. En cambio, los seres verdaderamente libres no temen ni los hechizos ni las influencias misteriosas.

Se nos dirá que el encuentro con Caín pudo ser también fatal para Abel. Sin duda lo fue; pero semejante fatalidad fue también una felicidad para la víctima pura y santa, y no constituyó una desgracia sino para su asesino.

Al igual que existe entre los justos una gran comunidad de virtudes y méritos, existe entre los perversos una absoluta solidaridad de culpabilidad fatal y de castigo necesario. El crimen reside en la disposición interior del corazón; las circunstancias que casi siempre son independientes de la voluntad, dan la ocasión para la gravedad de los actos. Si la fatalidad hubiese hecho de Nerón un esclavo, habría llegado a ser un histrión, o un gladiador, y no habría incendiado Roma; pero, ¿acaso lo hubiera agradecido?

Nerón era el cómplice de todo el pueblo romano, y sólo han sido responsables de los furores de este monstruo aquellos que hubieran debido impedirlos. Séneca, Burrhus, Traseas, Corbulón; ¡he aquí los verdaderos culpables de su afrentoso gobierno, fueron grandes hombres, pero egoístas o incapaces! ¡No supieron hacer otra cosa sino morir!

Si uno de los osos del jardín zoológico se escapa y devorase a varias personas, ¿es a él o a sus guardianes a quien deberíamos tomar cuenta?

Quienquiera que logra liberarse de los errores comunes, tiene que pagar por ello en proporción a la suma de dichos errores: Sócrates pagó por Aneitus, y Jesús debió sufrir un suplicio que igualara en su horror a la traición de Judas.

Es así como se pagan las deudas de la fatalidad y, al hacerlo, la libertad conquistada compra el imperio del mundo: es a ella a quien corresponde unir o desunir; Dios le ha entregado las claves del cielo y el infierno.

Hombres que liberáis las bestias para que obren a su antojo, vosotros mismos buscáis que éstas os devoren.

Las multitudes esclavas de la fatalidad no podrán gozar de la libertad sino por la obediencia absoluta a la voluntad de los hombres libres; tendrán así que trabajar para ellos, puesto que éstos son responsables por ellas.

Pero cuando la bestia gobierna a las bestias, cuando el ciego conduce a los ciegos, cuando el hombre fatal gobierna las masas fatales, ¿qué cabe esperar entonces? Espantosas catástrofes, que nunca dejan de sobrevenir.

Al admitir los dogmas anárquicos del 89, Luis XVI condujo al Estado hacia una pendiente fatal. Desde ese momento, todos los crímenes de la revolución pesaron sobre su cabeza. Sólo él faltó a su deber. Robespierre y Marat hicieron lo que tenían que hacer; Girondinos y Montañeses se destruyeron fatalmente unos a otros, y sus muertes violentas no fueron más que una catástrofe necesaria. No hubo en aquella época sino un grande y legítimo suplicio, verdaderamente sagrado y expiatorio: el del rey. El principio mismo de la realeza hubiera caído por tierra si este príncipe excesivamente débil hubiera sido absuelto. Pero era imposible una transacción entre el orden y el desorden. No se hereda de aquellos a quienes se asesina, sino que se les roba, y la revolución, al

asesinar a Luis XVI, le ha rehabilitado. Luego de tantas concesiones, debilidades e indignos doblegamientos, aquel hombre, consagrado por segunda vez merced a su desgracia, ha podido al menos exclamar al subir al cadalso: «¡La revolución está sentenciada y soy siempre el rey de Francia!»

Ser justo implica sufrir por todos aquellos que no lo son, pero también significa vivir; ser perverso, implica sufrir por sí mismo sin llegar a conquistar la vida; significa, pues, equivocarse, obrar mal y morir eternamente.

Resumamos: las influencias fatales son las de la muerte, en tanto que las influencias salvadoras son las de la vida. Según seamos más débiles o más fuertes en nuestra vida, vamos a atraer o a rechazar el maleficio. Este oculto poder existe en realidad, pero la inteligencia y la virtud siempre tendrán el medio de evitar sus obsesiones y sus golpes.

* * *

CAPITULO IV

Misterios de la perversidad

El equilibrio humano se basa en dos atracciones: una hacia la muerte, la otra hacia la vida. La fatalidad es el vértigo que nos lleva hacia el abismo; la libertad es el esfuerzo razonable que nos eleva por encima de las atracciones fatales de la muerte.

¿Qué es un pecado mortal? Es una apostasía de nuestra libertad; un abandono que hacemos de nosotros mismos a las leyes materiales que nos impulsan hacia lo más pesado; un acto injusto es un pacto con la justicia: por ello, toda injusticia es una abdicación de la inteligencia. Caemos entonces bajo el imperio de la fuerza, donde las reacciones van a romper siempre todo lo que se salga de su equilibrio.

El amor hacia el mal y la adhesión formal de la voluntad a la injusticia son los últimos esfuerzos de la voluntad agonizante. El hombre, a pesar de lo que pueda hacer, es más que el bruto y no sabe abandonarse como éste a la fatalidad. Es preciso que escoja y que ame. El alma desesperada que se cree enamorada de la muerte se encuentra con todo más viva que un alma sin amor. La actividad en pro del mal puede y deberá conducir al hombre hacia el bien, por contragolpe y reacción. El único mal sin remedio es la inercia.

A los abismos de la perversidad se oponen por correspondencia los de la gracia; Dios ha forjado a menudo santos de los mismos malvados, pero nunca ha hecho esto con los tibios y los cobardes.

Bajo pena de condenación, es preciso trabajar y obrar. En esto la naturaleza hace lo suyo, y cuando no avanzamos con todo nuestro coraje hacia la vida, ella se encarga de precipitarnos con todas sus fuerzas hacia la muerte. A los que se niegan a marchar, les arrastrará.

Un hombre a quien podemos llamar el gran profeta de los ebrios, Edgar A. Poe, este sublime alucinado, este genio de la extravagancia lúcida, nos ha pintado con la más espantosa realidad las pesadillas de la perversidad...

«He matado a ese viejo por ser bizco. -Lo hice, ya que no dejaba de mirar así.»

He aquí la terrible contrapartida del *Credo quia absurdum*, de Tertuliano.

Blasfemar contra Dios e injuriarle es a veces un último acto de fe. «Los muertos no te alaban, Señor», dijo el salmista, y podemos atrevemos a añadir: «Los muertos no te blasfeman.»

¡Oh! Hijo mío, decía un padre inclinado sobre el lecho de su hijo, caído en letargia luego de un violento acceso de delirio: Insúltame, aún más, pégame, muérdeme...! Así al menos sentiría que vives aún... ¡pero no permanezcas para siempre en el terrible silencio de la tumba!

Ocurre siempre que un gran crimen es como una protesta contra una gran tibieza. Cien mil sacerdotes honestos hubieran conseguido, por medio de una caridad más activa, prevenir el atentado del miserable Verger. La Iglesia debe juzgar, condenar, castigar a un eclesiástico escandaloso, pero no tiene el derecho de abandonarle a las tentaciones de la miseria y el hambre y al frenesí de la desesperación.

No hay pensamiento más terrible que el de la nada; y si alguna vez pudiera llegar a formularse su concepto, si se hiciera posible admitirlo, el infierno mismo sería entonces una esperanza.

He aquí por qué la misma naturaleza busca e impone la expiación como un remedio; he aquí la razón de que el suplicio compensa, como muy bien lo comprendió ese gran católico llamado Joseph de Maistre. He aquí por qué la pena de muerte forma parte del derecho natural, y no desaparecerá jamás de las leyes humanas. La falta cometida por el asesino sería indeleble si Dios no dejara caer su absolución sobre su culpa, bajo la pena del cadalso; en caso contrario, el poder

divino abdicaría en favor de la sociedad y, al ser usurpado por los perversos, les pertenecería sin que nada pudiera impedirlo. Entonces, el asesinato se transformaría en virtud, puesto que vendría a ejercer las represalias de la ultrajada naturaleza; la venganza particular sería la protesta contra la ausencia de expiación pública y, con los trozos de la rota espada de la justicia, la anarquía podría fabricar sus puñales.

«Si Dios llegase a suprimir el infierno, los hombres se encargarían de hacer otro para desafiarle», nos decía en alguna ocasión un honrado sacerdote. Y tenía razón: es por esto que el infierno nos tienta con su propia desaparición. ¡Emancipación! tal es el grito de todos los vicios: emancipación del asesinato por la abolición de la pena de muerte; emancipación de la prostitución y del infanticidio por la abolición del matrimonio; emancipación de la pereza y la rapiña por la abolición de la propiedad... De esta manera gira el torbellino de la perversidad, hasta que llega a obtener esta fórmula suprema y secreta: ¡Emancipación de la muerte por la abolición de la vida!

Es mediante las victorias del trabajo que podemos escapar a las fatalidades del dolor. Lo que llamamos muerte no es sino la eterna transmutación de la naturaleza; sin cesar; ella reabsorbe y obliga a retornar a su seno todo aquello que no ha nacido en el espíritu. La materia que es inerte por sí misma no puede existir sino en virtud del movimiento perpetuo, y el espíritu, que es de naturaleza volátil, no puede permanecer sino mediante la adherencia. La emancipación de las leyes fatales mediante la libre adhesión del espíritu a la verdad y al bien, es lo que el Evangelio llama el nacimiento espiritual; la reabsorción en el hogar eterno de la naturaleza es la segunda muerte.

Los seres no emancipados se ven atraídos hacia esta segunda muerte por una fatal gravitación, siendo arrastrados unos por otros, como nos lo describe Miguel Angel magistralmente en su famosa pintura del juicio final, en donde les vemos pesados y pegajosos, como gentes manchadas, y los espíritus libres deben luchar enérgicamente contra ellos para evitar ser retenidos a su vez en su vuelo y verse proyectados fatalmente hacia el infierno.

Esta guerra es tan antigua como el mundo; los griegos la representaban bajo los símbolos de Eros y Anteros, y los hebreos por el antagonismo de Caín y Abel. Es la guerra de los titanes y los dioses. Los dos ejércitos son invisibles por completo, pero disciplinados y siempre listos al ataque o a la represalia. Las gentes ingenuas de ambos bandos, estimulados por las resistencias unánimes e inmediatas que encuentran, organizan vastos complots sabiamente urdidos, y sociedades ocultas que son todopoderosas en su ámbito. Eugenio Sué ha inventado a Rodin; las gentes de iglesia hablan de los iluminados y los francmasones; Wronski imagina sus sectas místicas, y en el fondo de todo ello lo único que puede calificarse de serio y verdadero es la necesaria lucha entre el orden y el desorden, entre los instintos y el pensamiento; el resultado de esta lucha será un equilibrio dentro de un progreso y el diablo colaborará siempre, muy a pesar suyo, en la gloria de san Miguel.

El amor físico constituye la más perversa de todas las pasiones fatales. Es el anarquista por excelencia; no conoce leyes, ni deberes, ni verdad, ni justicia; es capaz de hacer que la hija marche sobre el cadáver de sus padres. Es como una embriaguez irresistible, o una locura furiosa; es el vértigo de la fatalidad que siempre anda buscando nuevas víctimas; es la enajenación antropófaga de Satumo, que ansía ser padre para poder devorar a sus hijos. Vencer a este tipo de amor es dominar a la naturaleza toda entera. Al someterla a la justicia, estaremos rehabilitando la vida al reconocer en ella la inmortalidad; por ello, las mayores obras de la revelación cristiana son la creación de la virginidad voluntaria y la santificación del matrimonio.

Mientras el amor no pasa de ser mero deseo y placer, será mortal. Para etimizarse, hará falta que conlleve un sacrificio, con lo cual tendrá una fuerza y una virtud. Es la lucha entre Eros y Anteros la que genera el equilibrio del mundo.

Todo aquello que sobreexcita la sensibilidad conduce a la depravación y al crimen. Las lágrimas llaman a la sangre. Si se trata de algo como los licores fuertes, destinado a producir una emoción notable, su uso habitual es más bien un abuso, ya que todo abuso de las emociones pervierte el sentido moral; se les llega a buscar por ellas mismas y se sacrifica cualquier cosa para procurárselas. Así, una mujer demasiado novelesca se podrá convertir fácilmente en una heroína de tribunal, llegando incluso a cometer ese acto irreparable y absurdo que es el suicidio, con el objeto de admirarse y conmoverse de sí misma al verse morir.

Los hábitos novelescos llevan a las mujeres a la histeria y a los hombres a la hipocondría. Manfredo, René y Lelia son tipos de una perversidad tanto más profunda en cuanto que justifican racionalmente su orgullo enfermizo y llegan a poetizar su demencia. ¡Nos preguntamos con espanto qué clase de monstruo podría nacer de una pareja como Manfredo y Lelia!

La pérdida del sentido moral es una verdadera alienación.

Aquel ser humano que no obedece ante todo a la justicia no se pertenecerá a sí mismo y caminará privado de luz por la noche de su existencia, actuando como si estuviera en un sueño, presa continua de la pesadilla de sus pasiones.

Las corrientes impetuosas de la vida instintiva y la débil resistencia de la voluntad constituyen un antagonismo tan marcado, que los cabalistas han llegado a plantear la posibilidad de un estado embrionario de las almas, en cuanto a su evolución, que se manifestaría por la presencia, en un mismo cuerpo, de varias almas que se lo disputan entre sí y que, a menudo, buscan destruirle, en forma similar a los naufragos de *la Medusa*, que se disputaban una balsa demasiado pequeña, buscando con ello que la misma se hundiera.

Es muy cierto que al convertimos en servidores de una corriente cualquiera de instintos o incluso de ideas, se aliena la personalidad y se llega a ser esclavo de ese genio de las multitudes que el Evangelio denomina Legión.

Hay algo que los artistas conocen muy bien: sus frecuentes evocaciones de la luz universal llegan a enervarles y a convertirles en *medillms*, es decir, en enfermos. Mientras más alto les coloca su éxito frente a la opinión pública, más disminuye su personalidad; llegan a ser caprichosos, envidiosos, coléricos y absurdos. No pueden admitir que exista mérito, incluso dentro de otros órdenes, para quienes se sitúan lejos de su estilo, y en la medida que la injusticia va invadiéndoles, se creen incluso eximidos de la cortesía. Para escapar a esta fatalidad, los grandes hombres se aíslan de toda posible camaradería libertina, y se salvan mediante una feroz impopularidad de las influencias del vulgo envilecido. Si Balzac, durante su vida, hubiera accedido a formar parte de una camarilla o un partido, no hubiera podido ser después de su muerte el mayor universalista de nuestra época.

La luz no puede aclarar ni las cosas insensibles ni los ojos que permanecen cerrados a ella, o al menos, no llega a iluminarles sino en beneficio de aquellos que ven. La palabra del Génesis: ¡Hágase la luz!, es un grito de victoria de la inteligencia que triunfa sobre las tinieblas. Es una palabra sublime, en efecto, puesto que expresa con sencillez la cosa más grande y maravillosa del mundo: la creación de la inteligencia por sí misma, cuando al convocar sus potencias y habiendo equilibrado sus facultades exclama: Quiero inmortalizarme contemplando la verdad eterna, ¡hágase la luz!, y la luz ha sido hecha. La luz, que es eterna como Dios, comienza todos los días para aquellos ojos que saben abrirse a ella. Por toda la eternidad, la verdad será como la creación y el invento del genio: El exclama: ¡Hágase la luz! y El mismo se crea, puesto que ella es. Su inmortalidad nace de su eternidad, y El puede contemplar la verdad como su propia obra, ya que

ella es su conquista, y la inmortalidad como su triunfo, ya que ésta será su recompensa y su corona.

Pero no todos los espíritus pueden ver con precisión, debido a que no todos los corazones lo quieren con justicia. Hay almas para quienes la luz verdadera parecería no haber existido nunca. Ellas se contentan con las visiones fosforescentes, a manera de engendros de luz y alucinaciones de la mente y, al estar enamoradas de estos fantasmas, temen al día que les obligará a desaparecer, pues sienten que el día no está hecho para sus ojos y prefieren sumergirse en una profunda oscuridad. Es por un proceso análogo que los locos primero temen y luego calumnian, insultan, persiguen y condenan a los sabios. Es preciso compadecerles y perdonar les, puesto que no saben lo que hacen.

La verdadera luz es fuente de satisfacción y reposo para el alma. Por el contrario, la alucinación llega a fatigada y atormentada. Las satisfacciones de la locura se parecen a esos sueños gastronómicos de las personas hambrientas, que sólo agujonean mucho peor su hambre sin llegar nunca a saciada. De ahí nacen las irritaciones y los problemas, el desánimo y la desesperación. ¡La vida nos ha mentido siempre, dirán los discípulos de Werther, y es por ello que deseamos la muerte! Pobres niños, no es la muerte lo que verdaderamente ansiáis, sino la vida. Desde que os encontráis en el mundo estáis muriendo a diario, ¿y es acaso a la cruel voluntad de la nada a quien debéis solicitar remedio para el vacío de vuestra voluptuosidad? ¡No, la vida no ha podido engañaros jamás, puesto que aún no habéis vivido, ya que lo que tomáis por vida no es otra cosa que las alucinaciones y los sueños propios del primero adormecimiento de la muerte!

Todos los grandes criminales son alucinados voluntarios, y todos los alucinados voluntarios pueden llegar a convertirse fatalmente en grandes criminales. Nuestra luz personal, especializada, generada y determinada por nuestra afección dominante, será el germen de nuestro paraíso o nuestro infierno. Cada uno de nosotros de cierta forma concibe, da al mundo y alimenta su ángel bueno o su demonio perverso. La concepción de la verdad hace nacer en nosotros al genio bueno; la percepción voluntaria de la mentira es un caldo de cultivo para la incubación de vampiros y pesadillas. Cada uno está obligado a alimentar sus propias criaturas y nuestra vida se consume para el provecho de nuestros pensamientos. ¡Dichosos aquellos que encuentran la inmortalidad en las creaciones de su alma! Y desgraciados quienes se agotan para alimentar la mentira y engordar a la muerte, puesto que cada uno gozará del fruto de sus obras.

Existen también aquellos seres inquietos y atormentados, cuya influencia es turbulenta y cuya conversación es fatal. Al estar cerca de ellos nos sentimos irritados y les dejamos con un sentimiento de cólera y sin embargo, movidos por una secreta perversidad, les buscamos en ocasiones para encontrar problemas o encontrar satisfacción en las malignas emociones que nos brindan. Son estos los enfermos contagiados del espíritu de perversidad.

El fin oculto del espíritu de perversidad es siempre la destrucción y su último objetivo es el suicidio. Así en el caso del criminal Elicabide, de acuerdo a sus propias expresiones, no sólo experimentó un deseo incontenible de matar a sus padres y amigos, sino que hubiera querido incluso, de haber sido posible, *hacer saltar todo el globo como una castaña asada*, como fueron sus palabras ante el tribunal. Por su parte, Lacenaire, quien pasaba los días ingeniando crímenes para proporcionarse así el medio de pasar las noches en innobles orgías o entregado al frenesí del juego, se jactaba mucho de haber vivido. ¡Ella llamaba vivir a esto, e incluso llegó a cantar un himno a la guillotina, a quien llamaba su bella prometida! ¡Y el mundo está lleno de imbéciles que admiran a tal asesino! Alfredo de Musset, antes de dedicarse a la bebida, ha derrochado uno de los primeros talentos del siglo en cantos plenos de fría ironía y de repugnancia universal; el desgraciado había sido presa de un maleficio proveniente del influjo de una mujer profundamente

perversa quien, luego de habed matado, se ha posado como un vampiro sobre su cadáver hasta llegar a destrozarse su sudario. En alguna ocasión, preguntamos a un joven escritor de esta escuela qué pretendía probar su literatura. Esta prueba, nos respondió con franca ingenuidad, que es preciso desesperar y morir. ¡Vaya apostolado y vaya doctrina!

Pero en ella vemos las conclusiones necesarias y por demás rigurosas del espíritu de perversidad: aspirar sin cesar al suicidio, calumniar la vida y la naturaleza, invocar a diario la muerte sin poder morir, es el infierno eterno, es el suplicio de Satanás, ese avalar mitológico del espíritu de perversidad; la verdadera traducción en romance de la palabra griega *diabolos*, diablo, es lo perverso.

He aquí, pues, un misterio cuyos excesos están fuera de toda duda. No es posible gozar de los placeres, incluso materiales, de la vida, sino a través del sentido moral. El placer es la música de las armonías internas y los sentidos sólo son instrumentos; pero estos instrumentos suenan distorsionados al contacto con un alma degradada. Los perversos no pueden sentir nada, puesto que no pueden amar nada: para amar hace falta ser bueno. Para quienes todo parece vacío, y la misma naturaleza semeja ser impotente, esto suele deberse a que ellos mismos son vacíos e impotentes, y dudan de todo, puesto que nada saben, y blasfeman de todo, puesto que nada aprecian. Cuando acarician, es para mancillar; cuando beben, es para embriagarse; cuando duermen, es para olvidar y, cuando despiertan, es para aburrirse mortalmente. Así vivirá, o mejor, así morirá día a día aquel que se considera eximido de toda ley y de todo deber, para convertirse en el esclavo de su fantasía. El mundo y la misma eternidad parecerán inútiles a quien se torna inútil al mundo y a la eternidad.

Nuestra voluntad, al actuar directamente sobre nuestro cuerpo astral, es decir, sobre aquella porción de luz astral que se especializa en nosotros y que nos ayuda a asimilar y configurar los elementos necesarios para nuestra existencia, nuestra voluntad, justa o injusta, armoniosa o perversa, configura este cuerpo intermediario a su imagen y le confiere aptitudes de acuerdo a nuestras apetencias e inclinaciones. De esta forma, la monstruosidad moral producirá la fealdad física. El intermediario astral, este arquitecto interior de nuestro edificio corporal, le modifica continuamente, conforme a nuestras necesidades verdaderas o ficticias. Es él quien abulta el vientre y las mandíbulas del goloso, aprieta los labios del avaro, hace impúdica la mirada de una mujer impura y venenosa las del malvado y el envidioso. Cuando el egoísmo prevalece en un alma, la mirada llega a ser fría y las facciones duras; la armonía de las formas desaparece y, según la especialidad irradiante o absorbente que tenga dicho egoísmo, los miembros se cargan de una gordura excesiva o se adelgazan en extremo. La naturaleza, al hacer de nuestro cuerpo el retrato de nuestra alma, garantiza con ello una semejanza permanente y nunca se cansa de retocarle. Hermosas mujeres que no sois al mismo tiempo buenas, no esperéis gozar durante mucho tiempo de vuestra belleza. La belleza es como un adelanto que concede la naturaleza a la virtud, y si ésta no se apresta a compensarlo, la primera reclamará de manera ineludible su capital.

La perversidad, al modificar así el organismo cuyo equilibrio ha destruido, crea en él al mismo tiempo esta fatalidad de los deseos que empuja más tarde a la destrucción y a la muerte de dicho organismo. Mientras más se sumerge éste en el goce ilícito, más crece su sed de placer. El vino viene a ser como agua para el ebrio, y el oro como céntimos en las manos del jugador; Mesalina se agotará sin lograr saciarse. La voluptuosidad que nunca les colma se convierte para estos seres en un largo e irritado deseo. Mientras más homicidas son sus excesos, más les parecerá próxima la felicidad suprema. ¡Siempre más! ¡Otro trago de fuerte licor, otro espasmo, otra violencia contra la naturaleza...! ¡Ah!, ¡por fin conocen el placer! ¡Esto es vida... y su deseo, llevado al paroxismo por un ansia siempre insatisfecha, se precipita para siempre en la muerte!

PARTE CUARTA

LOS GRANDES SECRETOS PRACTICOS o las realizaciones de la ciencia

INTRODUCCION

Las altas ciencias de la Kábala y la magia prometen al ser humano un poder excepcional, real, efectivo, creador, y si no fuere así, debería considerarseles como mentirosas y vanas.

Pos sus obras les conoceréis, dijo el Maestro supremo, y esta regla de juicio es infalible.

Si pretendéis que crea en vuestro saber, mostradme lo que hacéis.

Para elevar al hombre hasta la perfección moral, Dios se oculta a sus ojos y, en cierta forma, le deja el gobierno del mundo. Pero el se deja adivinar por las grandezas y armonías de la naturaleza, a fin de que el hombre vaya perfeccionándose en forma progresiva y vea cada vez más alta la idea que tiene de su creador.

El hombre no conoce a Dios sino a través de los nombres que da a este Ser de los seres y no le distingue sino mediante las imágenes que de El se atreve a esbozar. Por esto, es también de alguna manera creador de aquel que le ha creado. Al considerarse el espejo de Dios y, al ensanchar indifinidamente su propia imagen refleja, tratará de bosquejar en el espacio infinito la sombra de aquel que existe sin cuerpo, sin sombra y sin espacio.

CREAR A DIOS ES CREARSE A sí MISMO, HACERSE INDEPENDIENTE, IMPASIBLE E INMORTAL: He aquí un proyecto ciertamente más temerario que el sueño de Prometeo. La expresión anterior es audaz casi hasta tocar el límite de la impiedad, y el pensamiento que contiene es ambicioso casi hasta lo demencia! Y, sin embargo, tal proyecto no es paradoja!, sino bajo la forma en que se presta a una interpretación sacrilega y falsa, pero en otro sentido es algo perfectamente razonable y la ciencia de los adeptos puede prometer su realización y perfecto cumplimiento.

En efecto, el ser humano se considera un Dios desde el punto de vista de su propia inteligencia y su propia bondad, y su ideal no podrá ir más alto de lo que permita su desarrollo moral. El Dios que adora no es entonces sino su propio reflejo ampliado. Concebir aquello que es absoluto en materia de bondad y justicia equivale a ser muy justo y muy bueno en sí mismo.

Las cualidades del espíritu y las cualidades morales no sólo constituyen una riqueza, sino la más grande de todas ellas. Es preciso adquirirlas mediante la lucha y el trabajo. A esto se nos preguntará por qué la desigualdad de las aptitudes, o por qué hay niños que nacen con su organismo más perfecto; nos inclinamos a pensar que dichos organismos son el resultado de un trabajo más avanzado de la naturaleza y que aquellos niños que nacen dotados de ellos les han llegado a adquirir, si no por su propio esfuerzo, al menos por las obras solidarias de otros seres humanos a los cuales está vinculada su existencia. Es, pues, otro secreto de la naturaleza, la cual nunca deja nada al azar: la propiedad de facultades intelectuales más evolucionadas, como ocurre con la propiedad del dinero o de tierras, constituye así un derecho imprescindible de sucesión y herencia.

Sí, el ser humano está llamado a terminar la obra de su Creador, y cada uno de los instantes que emplea en hacerse mejor o en perderse, será decisivo para toda la eternidad. Es mediante la conquista de una inteligencia siempre recta y de una voluntad siempre justa que puede llegar a vivir para la vida eterna, ya que lo único que puede quedar de la injusticia y el error es la pena

causada por su desorden. Comprender el bien es quererlo y, en el orden de la justicia, querer es hacer. He aquí por qué el Evangelio nos dice que los hombres serán juzgados según sus obras.

Somos hasta tal punto lo que nuestras obras hacen de nosotros, que nuestro mismo cuerpo recibe, como ya hemos dicho anteriormente, en base a nuestros hábitos, las modificaciones imprescindibles y, en ciertos casos, incluso el cambio total de su forma.

Una forma adquirida o renovada llega a ser una fatalidad para toda nuestra existencia. Aquellas extrañas figuras que los egipcios daban a los símbolos humanos de la divinidad, representaban las formas fatales. Tifón, por sus fauces de cocodrilo, se ve condenado a devorar continuamente para llenar su vientre de hipopótamo. Por esto mismo, es decir, por su voracidad y su pesadez, está condenado a la eterna destrucción.

El hombre puede llegar a destruir o a vivificar sus propias facultades por medio de la negligencia o el abuso. También puede crearse nuevas facultades por el buen uso de aquellas que ha recibido de la naturaleza. A menudo se dice que los afectos son ingobernables, que la fe no es posible para todos, que el carácter no tiene arreglo, pero todas estas afirmaciones no son válidas más que para los perezosos y los perversos. Es posible llegar a ser creyentes, piadosos, amantes, devotos, cuando verdaderamente lo deseamos. Es posible dar a nuestro espíritu la calma propia de la certeza y a nuestra voluntad el poder inmenso de la justicia. Es posible reinar en el cielo por la fe y en la tierra por la ciencia. Aquel ser humano capaz de gobernarse a sí mismo será rey de toda la naturaleza.

Queremos indicar en esta última sección de la obra los medios por los cuales los verdaderos iniciados llegan a ser maestros de la vida, y a gobernar incluso el dolor y la muerte; cómo y de qué manera operan sobre sí mismos y sobre los demás las transformaciones de Proteo; cómo conocen y utilizan, para renovar su juventud, los secretos de Postel el Resucitado y del fabuloso Cagliostro. Diremos, en fin, la última palabra de la magia.

* * *

CAPITULO PRIMERO

Sobre la Transformación.-La varita de Circe.-El baño de Medea.-La magia vencida por sus propias armas.-El gran arcano de los jesuitas y el secreto de su poder

La Biblia narra que el rey Nabucodonosor, en el cénit de su poderío y su orgullo, fue convertido de un solo golpe en animal.

Huyó entonces por lugares salvajes, comió la hierba, su barba creció, lo mismo que su cabello y todo el pelo de su cuerpo, sus uñas también crecieron y permaneció en dicho estado durante siete años.

En nuestro *Dogma y Ritual de la Alta Magia* hemos expuesto nuestra forma de pensar acerca de la licantropía y sus misterios, relativos a la metamorfosis de hombres en lobos.

Todo el mundo conoce la fábula de Circe y comprende fácilmente su alegoría.

El *ascendente* fatal de una persona sobre otra es la verdadera varita de Circe.

Se sabe que casi todas las fisonomías humanas tienen semejanza con algún animal, es decir, con los signos propios de un instinto especializado.

Pero los instintos se equilibran por los instintos contrarios, y son dominados por los instintos más poderosos.

Para dominar sobre los corderos, el perro aprovecha de su parecido con el lobo.

Si somos un perro y pretendemos que una hermosa gatita llegue a amarnos, no queda más que un camino a tomar: transformamos en un gato.

Pero, ¿cómo? Mediante la observación, la imitación y la imaginación. Pensamos que se entiende aquí nuestro lenguaje figurado y recomendamos esta revelación a todos los magnetizadores: es el más profundo de todos los secretos de su arte.

He aquí la fórmula expresada en términos técnicos:

«Polarizar la propia luz animal, en un equilibrado antagonismo con el polo contrario.»

O bien:

Concentrar en sí las especialidades absorbentes para dirigir las irradiancias hacia un centro absorbente, y *viceversa*.

Este dominio de nuestra polarización magnética puede servirse de las formas animales de que antes hemos hablado y que nos ayudarán a fijar nuestra imaginación.

Veamos un ejemplo:

Supongamos que se quiere obrar magnéticamente sobre una persona que esté polarizada en la misma forma que nosotros, lo cual se podrá saber al primer contacto si somos magnetizadores; sólo que esta persona es un poco menos fuerte que nosotros, como lo será un ratoncito al lado de una fuerte rata. Para dominarle, tendríamos que suponer que nos convertimos en un gato, y lo lograremos.

En uno de los cuentos más admirables que se han inventado, Perrault, quien los contaba como nadie lo ha hecho, nos presenta un maestro gato que, mediante sus habilidades, compromete a un ogro para que se convierta en un ratoncito, y tan pronto como esto ocurre, cae bajo sus garras. Los cuentos de la madre Oca constituyen, lo mismo que los del Asno de oro de Apuleyo, verdaderas leyendas mágicas y es posible que su apariencia infantil esconda los secretos más formidables de la ciencia.

Se sabe que los magnetizadores logran conferir al agua pura, por medio de la imposición de sus manos -o sea, de su voluntad expresada en un signo-, las propiedades y el sabor del vino, de los licores y de todos los medicamentos posibles.

También es cierto que los domadores de animales feroces subyugan a los leones haciéndose más fuertes y feroces que éstos, pero de una forma mental y magnética.

Jules Gerard, el intrépido cazador de leones en Africa hubiese sido devorado de haber sentido miedo. Pero para no sentirlo ante un león, hace falta un esfuerzo de imaginación y de voluntad mediante el cual nos tenemos que sentir más fuertes y salvajes que el león mismo. Es preciso decirse: yo soy el león, y la bestia que está frente a mí no es más que un perro que debe estar lleno de temor.

Fourier llegó a soñar con los «antileones», pero Jules Gerard ha llegado a realizar esta quimera del falansteriano soñador.

Pero para no temer a los leones, bastaría con ser un hombre valiente y tener armas, se dirá.

No, esto no es suficiente. Hará falta conocer muy a fondo al león, hasta el punto de calcular sus movimientos, adivinar sus tretas y ardidés, hacer inútiles sus amenazas y ser, en una palabra, maestro en el oficio de león, como diría el bueno de Lafontaine.

Los animales son símbolos vivos de los instintos y las pasiones humanas. Si encontráis un hombre tímido, podéis cambiarlo en liebre; si, por el contrario, le empujáis a la ferocidad, habréis hecho de él un tigre.

La varita de Circe es también el poder fascinante de la mujer; y los compañeros de Ulises que se vieron transformados en cerdos no han sido una historia exclusiva de esa época.

Pero no existe metamorfosis que obre sin destruir algo. Para cambiar un gavilán en paloma hará falta matarle primero y luego cortarle en trozos, hasta que pierda todo vestigio de su antigua forma, para terminar hirviéndole en el mágico baño de Medea.

Ved como proceden los hierofantes modernos para lograr la regeneración humana; por ejemplo, cómo se produce esto en la religión católica para transformar un hombre más o menos débil y apasionado en un estoico misionero de la Compañía de Jesús.

En ello radica el secreto de esta terrible y venerable orden, siempre insuficientemente conocida, a menudo calumniada y perennemente soberana.

Leed atentamente el libro titulado *Los ejercicios de san Ignacio*, y observad con qué mágico poder este hombre de genio logra la realización de la fe.

El ordena a sus discípulos ver, tocar, oler y gustar las cosas invisibles; él quiere que los sentidos sean exaltados por la oración hasta llegar a un estado de alucinación voluntaria. Si meditáis sobre un misterio de la fe, san Ignacio deseará que primero construyáis un lugar en vuestra imaginación, que podáis volver a este lugar, que le veáis y le toquéis. Si se trata del infierno, os dirá que imaginéis el contacto con rocas ardientes, os hará nadar en tinieblas espesas como la pez, pondrá azufre líquido en vuestra lengua y una insoportable hediondez llegará a vuestro olfato. Os mostrará suplicios espantosos y os hará escuchar gemidos sobrehumanos; hará que vuestra voluntad pueda llegar a crear . todo esto mediante pertinaces ejercicios. Cada uno lo sentirá a su manera, pero siempre en la forma que más pueda llegar a impresionarle. No se trata aquí de la embriaguez del hashish, de la cual se aprovechaba el Viejo de la Montaña, sino de un sueño que se realiza estando despiertos, una alucinación que tiene lugar sin que haya locura, una visión razonada y deseada, una verdadera creación de la inteligencia y de la fe. En lo sucesivo, al entrar en oración, el jesuita podrá afirmar: lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos escuchado con nuestros oídos, lo que nuestras manos han tocado, esto es lo que os anunciamos. El jesuita que se ha educado en esta forma comulga con un círculo de voluntades que han sido ejercitadas igual que la suya: de esta manera, cada uno de ellos es fuerte como lo es la comunidad, y su comunidad es más fuerte que el mundo.

CAPITULO II

Cómo es posible conservar y renovar la juventud.-Los secretos de Cagliostro.-La , posibilidad de la resurrección.-El ejemplo de Guillermo Postel llamado el resucitado.-El caso de un obrero taumaturgo, etc.

Es sabido que una vida sobria, moderadamente laboriosa y perfectamente regular prolonga de ordinario la existencia. Pero esto no significa, según nuestra forma de pensar, más que una prolongación de la vejez, y estamos en el derecho de preguntar a la ciencia que profesamos sobre otros secretos y otros privilegios.

Poder permanecer joven durante mucho tiempo, o incluso volver a este estado; he aquí lo que aparece como una razón deseable y muy preciada a la mayoría de los hombres. ¿Es ello posible? Esto es lo que vamos a examinar aquí.

El famoso conde de Saint-Germain está muerto, no lo dudamos; pero nunca se le vio envejecer. Siempre pareció tener 40 .

años, aunque, en la época de su mayor celebridad, él mismo confesaba tener más de 80.

Ninón de L'Enclos, al llegar a una edad avanzada era, sin embargo, una mujer con apariencia joven, hermosa y seductora. Ha muerto sin haber envejecido.

Desbarrolles, el famoso quiromántico, es desde hace ya largo tiempo un hombre de unos 35 años a los ojos de todo el mundo. Su acta de nacimiento diría otra cosa, si él se atreviese a mostrarla, pero nadie le creería.

Cagliostro siempre fue visto de una edad similar, y se jactaba de poseer un elixir que podía volver a dar todo el vigor de la juventud durante un corto tiempo a los ancianos, pero no paraba ahí, sino que afirmaba haber logrado la regeneración física usando los medios que ya hemos detallado y analizado en nuestra *Historia de la Magia*.

Cagliostro y el conde de Saint-Germain atribuían la conservación de su juventud a la existencia y al uso de la medicina universal, tan inútilmente buscada por tantos alquimistas.

Un iniciado del siglo XVI, el sabio y bondadoso Guillermo Postel, no pretendía estar en posesión del gran arcano de la filosofía hermética y, sin embargo, luego de haber sido visto ya viejo y sin fuerzas, se le vio con un aspecto rozagante y sin arrugas, con barba y cabellos negros y cuerpo ágil y vigoroso. Sus enemigos decían que era una farsa y que se teñía el pelo, pero él pudo dar a los bromistas y a los falsos sabios una explicación sobre fenómenos que no se hallaban en capacidad de comprender.

El gran medio mágico para conservar la juventud del cuerpo está en impedir el envejecimiento del alma, conservando precisamente aquella frescura original de los pensamientos y sentimientos que el mundo corrupto llamaría ilusiones y que nosotros conocemos como los reflejos primordiales de la verdad eterna.

Creer en la felicidad sobre la tierra, creer en la amistad y en el amor, creer en una Providencia maternal que cuenta todos nuestros pasos y recompensa todas nuestras lágrimas, es algo que para el mundo degenerado se vería como una inocencia ciega; lo' que el mundo no sabe es que la inocencia de este tipo le corresponde a él, que se considera fuerte por privarse de todas las delicias del alma.

Creer en el bien es poseer el bien, dentro del orden moral. Es por ello que el Salvador del mundo prometía el Reino de los cielos a todos aquellos que se hiciesen semejantes a niños pequeños. ¿Qué es si no la infancia? Es la edad de la fe; el niño no sabe aún nada de la vida, pero

irradia una confiada inmortalidad. ¿Cómo podría dudar de la devoción, de la ternura, de la amistad, del amor o de la Providencia mientras permanece acunado en los brazos de la madre?

Haceos, pues, niños de corazón y permaneceréis jóvenes de cuerpo.

Las realidades de Dios y de la naturaleza sobrepasan infinitamente en belleza y en bondad todas las imaginaciones de los hombres. Por ello, los seres hastiados son aquellos que nunca han sabido ser dichosos, y los desilusionados nos prueban, por fsu asco, que sólo han bebido de las fuentes emponzoñadas; incluso para poder gozar de los placeres sensuales en la vida hace falta el sentido moral, y aquellos que calumnian la existencia, ciertamente suelen haber abusado de ella.

La alta magia, como lo hemos demostrado, c'onduce al ser humano hacia las leyes de la más pura moral. *Vel sanctum invenit vel sanctum facit*¹, ha dicho un adepto. Así, ella nos hace comprender que para ser dichoso, incluso en este mundo, hace falta ser santo.

¡Ser santo! He aquí algo fácil de decir; pero, ¿cómo es posible tener fe, cuando se es incrédulo? ¿Cómo llevar de nuevo el gusto por la virtud a un corazón consumido por el vicio?

-Se trata entonces de recurrir a los cuatro verbos de la ciencia: saber, querer, osar y callar.

Es preciso imponemos sobre todo aquellos que nos disgusta o nos resulta penoso, estudiar el deber y comenzar siempre por practicarlo como si lo quisiéramos.

Por ejemplo, supongamos que se es incrédulo y que se quiere llegar a ser cristiano.

Será entonces necesario hacer los ejercicios propios del cristiano, orar con regularidad, valiéndose de fórmulas cristianas, acercarse a los sacramentos dando por supuesta la fe, y la fe vendrá. Este es el secreto de los jesuitas, contenido en los ejercicios espirituales de San Ignacio.

Mediante el uso de ejercicios análogos, un tonto puede convertirse en un hombre de espíritu, si lo quiere y persevera en ello.

Al cambiar los hábitos del alma, ciertamente se influye también un cambio en los del cuerpo: ya lo hemos dicho y hemos explicado la forma de hacerlo.

Aquello que por encima de todo contribuye a envejecernos y a volvernos pesados son los pensamientos odiosos y amargos, los juicios desfavorables que nos hacemos de los demás, las iras de nuestro orgullo repulsivo y las pasiones mal satisfechas. Una filosofía benévola y dulce nos evitará todos estos males.

Si cerramos los ojos frente a los defectos del prójimo y sólo miramos sus buenas cualidades, encontraremos el bien y la amabilidad por doquier. El más perverso de los hombres tiene su lado bueno y se suaviza cuando se le sabe encontrar. Si nada tenéis en común con los vicios humanos dejaréis de percibirlos. La amistad y las devociones que ella inspira se encuentran hasta en las mismas prisiones y cárceles. El criminal Lacenaire devolvía cumplidamente el dinero que le prestaban y varias veces realizó actos de generosidad y beneficencia. No dudo que en la vida criminal de Cartouche y Mandrín hayan existido rasgos de virtud como para emocionar hasta llegar a las lágrimas. Nunca ha vivido alguien absolutamente criminal o absolutamente bueno «nadie es bueno sino Dios», ha dicho el mejor de los maestros.

Aquello que muchas veces consideramos como el celo propio de la virtud no pasa de ser a menudo más que un dominante amor propio, unos celos mal disimulados y un orgulloso instinto de contradicción. «Cuando vemos los desórdenes manifiestos y los pecadores escandalosos, dicen los autores de la teología mística, creemos que Dios les somete a mayores pruebas que a nosotros, mas lo cierto, o al menos lo probable, es que nosotros no valemos para ellas y sería bien poco lo que haríamos estando en su lugar.»

¡La paz! ¡La paz!, tal es el bien supremo del alma, y es para darnos este bien que Cristo ha venido al mundo.

¹ O encuentra un santo o hace un santo.

¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra para los hombres que quieren el bien!, han exclamado los espíritus celestiales cuando nació el Salvador.

Los antiguos padres del cristianismo contaban un octavo pecado capital: la tristeza.

En efecto, el mismo arrepentimiento no es para el cristiano una tristeza, sino más bien un consuelo, una alegría y un triunfo. «Yo quería el mal y ya no lo quiero más, estaba muerto y he vuelto a la vida.» El padre del hijo pródigo ha mandado matar el gordo buey porque su hijo ha regresado, y el hijo pródigo, ¿qué podría hacer? Llorar, un poco de confusión, ¡pero ante todo de alegría!

Sólo hay una cosa triste en el mundo, y es el pecado y la locura. ¡Desde el momento en que nos hemos liberado, deberíamos reír y dar gritos de gozo, puesto que nos hemos salvado, y todos los muertos que nos aman se han regocijado en el cielo!

Todos llevamos en nosotros un principio de muerte y un principio de inmortalidad. La muerte es la bestia, y la bestia siempre produce la bestialidad. Dios no quiere a los tontos, ya que su espíritu divino se llama espíritu de inteligencia. La bestialidad se expresa a través del dolor y la esclavitud. El látigo se ha hecho para la bestia.

Un sufrimiento es siempre una advertencia, tanto peor para el que no sepa comprenderla. Cuando la naturaleza tira de la cuerda es porque avanzamos de través, y cuando ella nos aprieta es porque el peligro acecha. ¡Desgraciado entonces del que no reflexiona!

Cuando atravesamos el umbral de la muerte, dejamos la vida sin posibilidad de regreso y nada podemos volver a repetir; pero cuando la muerte ha sido prematura, el alma echa de menos la vida, y un hábil taumaturgo puede evocarla a su cuerpo. Los libros sagrados nos indican el procedimiento que es necesario practicar para lograr este fenómeno. El profeta Elías y el apóstol San Pablo los han utilizado con éxito. Se trata de magnetizar al difunto poniendo los pies sobre sus pies, las manos sobre sus manos, la boca sobre su boca y luego, reuniendo toda la voluntad posible, evocar a su alma que ha escapado del cuerpo, con toda la benevolencia y toda la dulzura mental que pueda expresarse. Entonces, si el operador logra inspirar a esta alma difunta una gran afección o un poderoso respeto, si en el pensamiento que el taumaturgo le comunica por medios magnéticos, logra persuadirla de que la vida aún le es necesaria y aún lo esperan días felices aquí abajo, ella regresará seguramente, y para los hombres de ciencia comunes, la muerte aparente sólo habrá sido una letargia.

Fue tras una letargia semejante que Guillermo Postel regresó a la vida, gracias a los cuidados de la madre Juana, y retornó con una nueva juventud para llamarse desde entonces Postel el resucitado, *Postellus restitutus*.

Hacia 1799 vivía en el suburbio Saint-Antoine, en París, un herrero que se consideraba adepto de la ciencia hermética; se llamaba Leriche y pretendía haber operado curaciones milagrosas mediante la medicina universal, incluso algunas resurrecciones. Una bailarina de la ópera que creía en él vino un día a buscarlo llena de lágrimas y le dijo que su amante acababa de morir. Leriche salió entonces con ella y la acompañó hasta la casa mortuoria. Al entrar allí, una persona que salía le dijo: es inútil que haya venido usted, pues hace ya seis horas que ha muerto. No importa, respondió el herrero, le veré, ya que he venido a eso. De esta forma, descubrió el helado cadáver, frío en todas sus partes excepto en la zona del estómago, donde se percibía aún algo de calor. Hizo encender entonces un gran fuego, friccionando todo el cuerpo con paños calientes y frotándolo con la medicina universal diluida en vino (su famosa medicina universal debía ser un polvo de mercurio análogo al que se consigue en las farmacias), mientras que la amante del difunto lloraba y le invitaba con las más tiernas palabras a volver a la vida. Pasada una hora y media de tales cuidados, Leriche acercó un espejo al rostro del cadáver y encontró que el cristal estaba ligeramente empañado. Los cuidados se redoblaron, y bien pronto los signos de vida

fueron más importantes. Se le puso entonces en un lecho bien caliente y, pocas horas después, había recuperado completamente la vida. El nombre de tal resucitado era Candy, y vivió luego sin estar nunca enfermo. En 1845 aún vivía y habitaba el No. 6 de la plaza del Chevalier-du-Guet. Narraba su resurrección a quien quería oírle y provocaba la risa de los médicos y los prohombres del barrio; el buen hombre se consolaba entonces a la manera de Galileo respondiéndoles: «¡Oh! Reid tanto como queráis. Todo cuanto sé es que el médico forense había acudido, que la inhumación ya había sido permitida, que 18 horas más tarde se me debería enterrar, y heme aquí.»

CAPITULO III

EL Gran Arcano de la Muerte

A menudo nos entristece pensar que la vida más bella está destinada a tener su fin, y que la proximidad de ese terrible desconocido llamado muerte nos eclipsa todas las alegrías de la existencia.

¿Por qué nacer si se ha de vivir tan poco? ¿Por qué criar con tantos cuidados a los niños que luego morirán? He aquí lo que se pregunta la ignorancia humana en medio de sus dudas más tristes y frecuentes.

Y he aquí también lo que podría preguntarse el embrión humano próximo al nacimiento, que le va a precipitar en un mundo desconocido, al despojarle de su envoltura protectora. Estudiemos el misterio del nacimiento y llegaremos a entender la clave del gran arcano de la muerte.

Depositado por las leyes de la naturaleza en el seno materno, el espíritu encarnado va despertando lentamente y elaborando con esfuerzo los órganos que más tarde le serán indispensables, pero que, a medida que van creciendo, aumentan su malestar en su situación presente. El tiempo más dichoso de la vida del embrión es aquel en el cual, bajo la simple forma de una crisálida, extiende alrededor de él la membrana que le servirá de asilo y que nada junto con él dentro de un líquido que le conserva y alimenta. Entonces es libre e impasible, vive de la vida universal y recoge la sabiduría del aprendizaje realizado por la naturaleza, que más tarde irá a determinar la forma de su cuerpo y los rasgos peculiares de su rostro. A esta edad dichosa se podría llamar la infancia del embrión.

Viene enseguida la adolescencia, la forma humana se perfecciona y el sexo se determina, y dentro del seno materno ocurre un movimiento similar a las vagas ensoñaciones que siguen a la infancia: la placenta, que constituye el cuerpo exterior y real del feto siente que alguna fuerza desconocida germina en éste, como impulsándole a escaparse y a romperla. Es entonces cuando el niño entra de una forma más precisa en el mundo de los sueños, su cerebro refleja como un espejo el de la madre y reproduce con tanta fuerza las imaginaciones, que llega a comunicar la forma a sus propios miembros. Por entonces, la madre es para el niño lo que es Dios para nosotros, o sea, una providencia desconocida e invisible, a la cual aspira hasta el punto de identificarse con todo lo que ella admira. El embrión tiende hacia ella, vive gracias a ella y no puede verla, ni sabría llegar a comprenderla y, si él pudiese filosofar, es factible que hasta negara la existencia personal y la inteligencia de esta madre que hasta entonces sólo constituye para su percepción una prisión fatal y un mecanismo de conservación. Poco a poco, a medida que esta servidumbre le causa molestias, él se mueve, se atormenta, sufre y piensa que su vida va a terminar. Cuando llega la hora de máxima angustia y convulsión, sus lazos se desatan y siente que va a caer en el abismo de lo desconocido. De pronto, cae, una dolorosa sensación le hace estremecerse, un extraño frío le invade, y lanza un último suspiro que se convierte en un primer grito; ¡ha muerto a la vida embrionaria y ha nacido a la vida humana!

Durante la vida embrionaria le parecía que la placenta era su cuerpo y, en efecto, representaba para él como un cuerpo especial de ese estado, pero que sería inútil para otra vida y por ello será arrojado como un desecho junto con el nacimiento.

Nuestro cuerpo de la vida humana es también como una envoltura, que se tornará inútil para una tercera vida, y es por esto que le abandonamos en el momento de nuestro segundo nacimiento.

Comparada con la vida celeste, la vida humana es un verdadero estado embrionario. Cuando las malas pasiones nos destruyen, la naturaleza produce un aborto y nacemos antes de tiempo para la eternidad, lo que nos expone a esa terrible disolución que San Juan denomina la segunda muerte.

De acuerdo a la tradición permanente de los extáticos, los abortos de la vida humana permanecen flotando en la atmósfera terrestre sin poder superarla, hasta que poco a poco, ésta les absorbe y ahoga. Ellos tienen forma humana, pero siempre imperfecta y trunca: a uno le faltará una mano, a otro un brazo, aquel sólo tendrá el torso o aún será sólo una pálida cabeza que rueda. Aquello que les impide remontarse hasta el cielo es una herida que han recibido durante el estado humano, herida moral, que les ha causado una deformidad física y, por esta herida, pierden progresivamente toda su existencia.

Bien pronto, su alma inmortal quedará desnuda y ,para esconder su vergüenza, se fabricará a cualquier precio un nuevo velo, siendo obligada a precipitarse en las tinieblas exteriores y atravesar lentamente el mar muerto, es decir, las aguas estancadas del antiguo caos.

Estas almas heridas constituirán las larvas de un segundo estado embrionario, alimentarán su cuerpo sutil con el vapor de la sangre derramada y se ocuparán de temer la punta de las espadas. A menudo, ellas se ponen aliado de los seres humanos viciosos, y se nutren de su vida, como el embrión se nutre del seno materno. Pueden entonces tomar las formas más horribles para representar los desenfadados deseos de aquellos que las alimentan y son ellas las que aparecen bajo la figura de demonios a los miserables practicantes de las indecibles obras de la magia negra.

Estas larvas temen a la luz, sobre todo a la luz de la mente. Una chispa de inteligencia basta para aterrorizarlas y precipitarlas en ese mar muerto que es preciso no confundir con el lago palestina del mismo nombre. Todo lo que hemos revelado aquí pertenece a la hipotética tradición de los videntes y no podría afirmarse delante de la ciencia sino en nombre de esa filosofía excepcional que Paracelso llamaba la filosofía de la sagacidad, *Philosophia sagax*.

CAPITULO IV

El Gran Arcano de los Arcanos

El gran arcano, es decir, el secreto indecible e inexplicable, es la ciencia absoluta del bien y del mal.

«Cuando hayáis comido del fruto de este árbol, seréis como dioses», dijo la serpiente.

«Si coméis de él, morireis», respondió la divina sabiduría.

Así, el bien y el mal fructifican sobre un mismo árbol, y brotan de una misma raíz.

El bien personificado, es Dios.

El mal personificado, es el diablo.

Conocer el secreto o la ciencia de Dios, es ser Dios. Conocer el secreto o la ciencia del diablo, es ser diablo. Ser a la vez Dios y diablo, es reunir en sí la más absoluta antinomia, las fuerzas contrarias más tensas; es querer sintetizar un infinito antagonismo.

Es beber de un veneno que apagaría los soles y consumiría los mundos.

Es vestirse con la túnica devoradora de Deyanira.

Es abandonarse a la más próxima y a la más terrible de todas las muertes.

¡Desgraciado de aquel que pretende saber demasiado! ¡Ya que si la ciencia temeraria y excesiva no le mata, terminará volviéndole loco!

Comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal es asociar el mal al bien y asimilarlos el uno al otro.

Es cubrir con la máscara de Tifón el rostro radiante de Osiris. Es levantar el sagrado velo de Isis, es profanar el santuario. ¡El temerario que ose mirar directamente al sol, quedará ciego, y para él el sol será entonces negro!

Como nos está prohibido decir más, acabaremos nuestra revelación con las figuras de los tres pentáculos (Figuras 4, 5, 6 y 7).

Primer Pentáculo-La estrella blanca

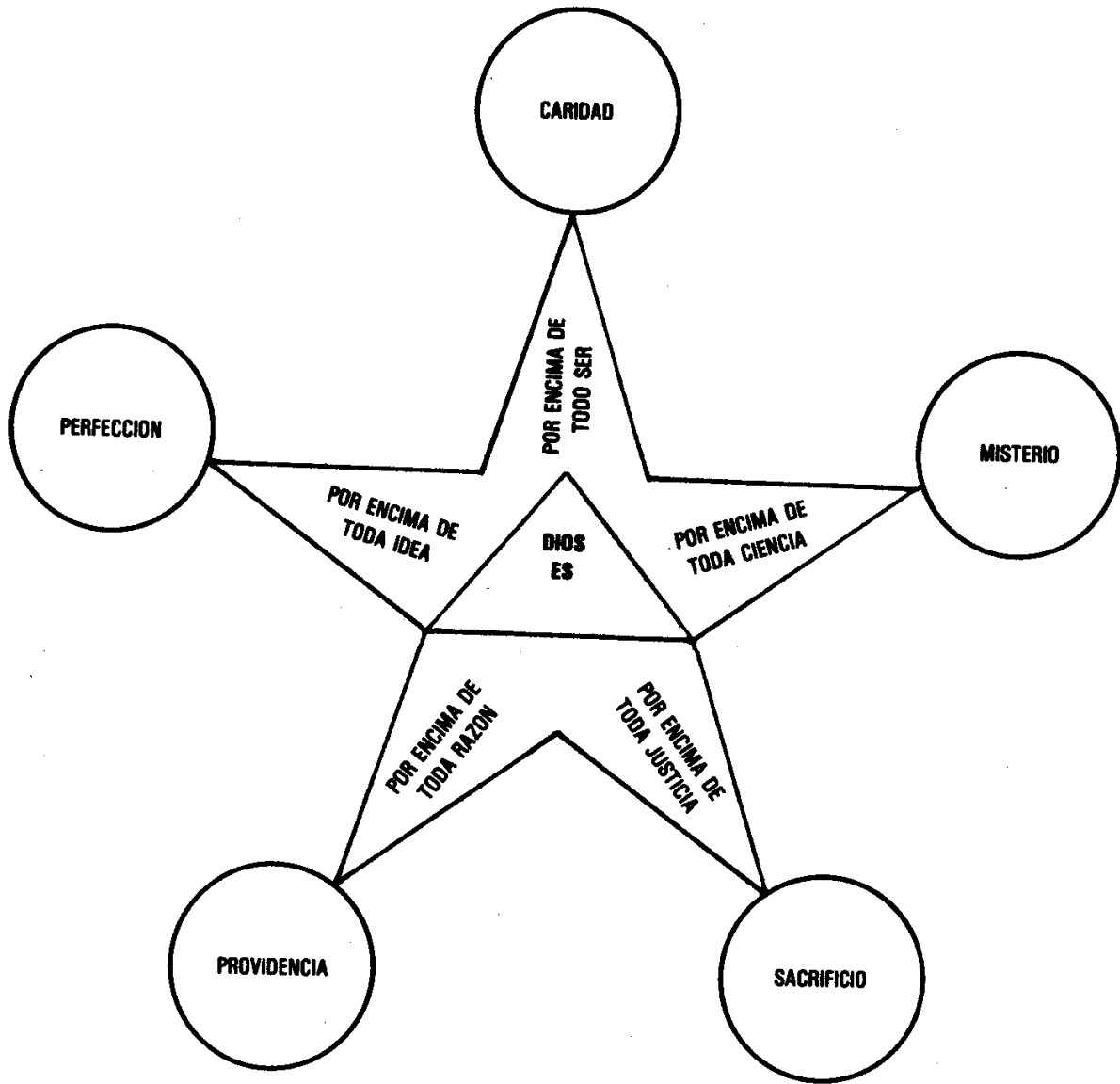


Fig. 4.—La estrella de los Tres Magos

Segundo Pentáculo-La estrella negra

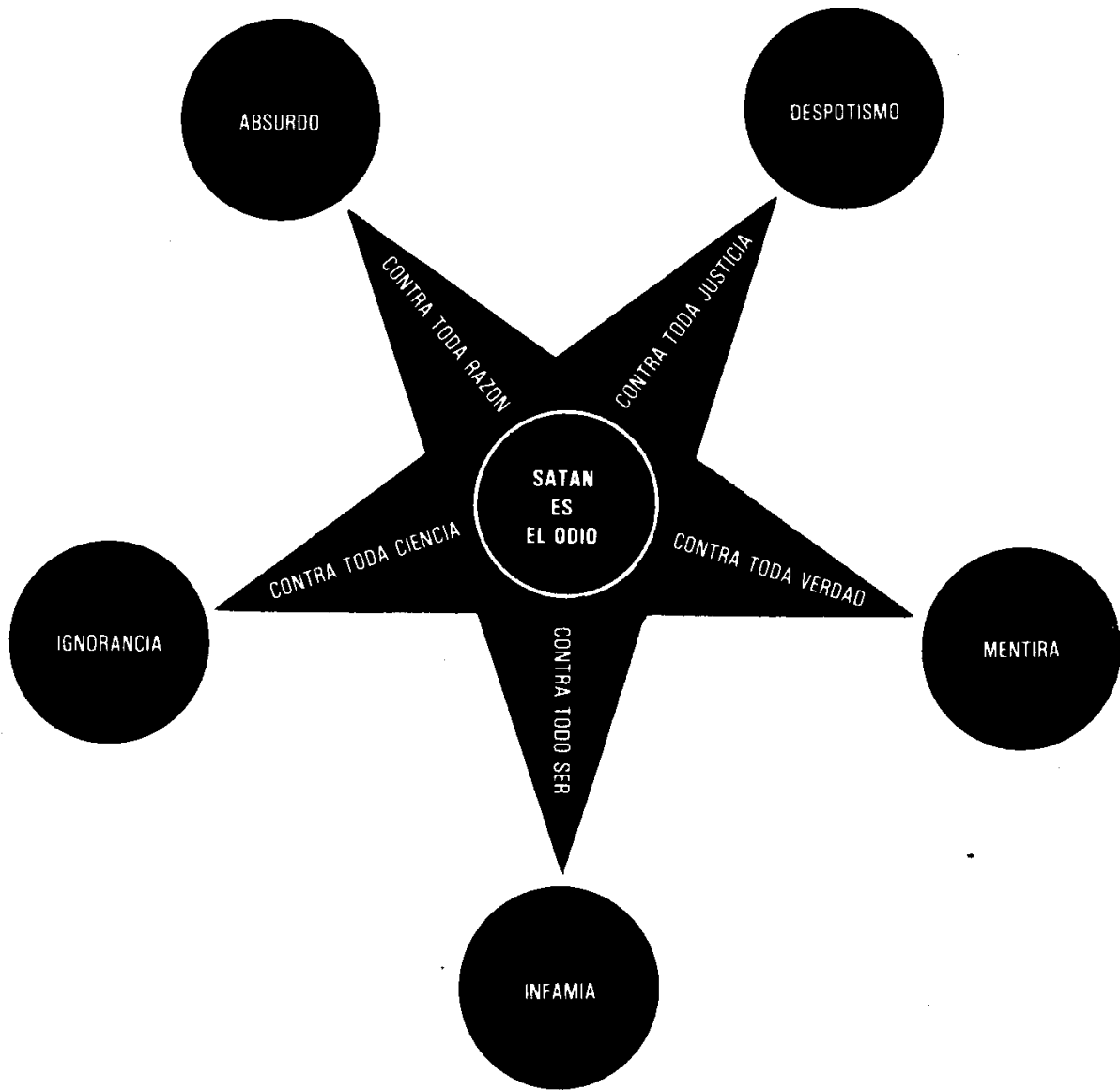


Fig. 5.—La estrella del mal

Tercer Pentáculo-La estrella roja

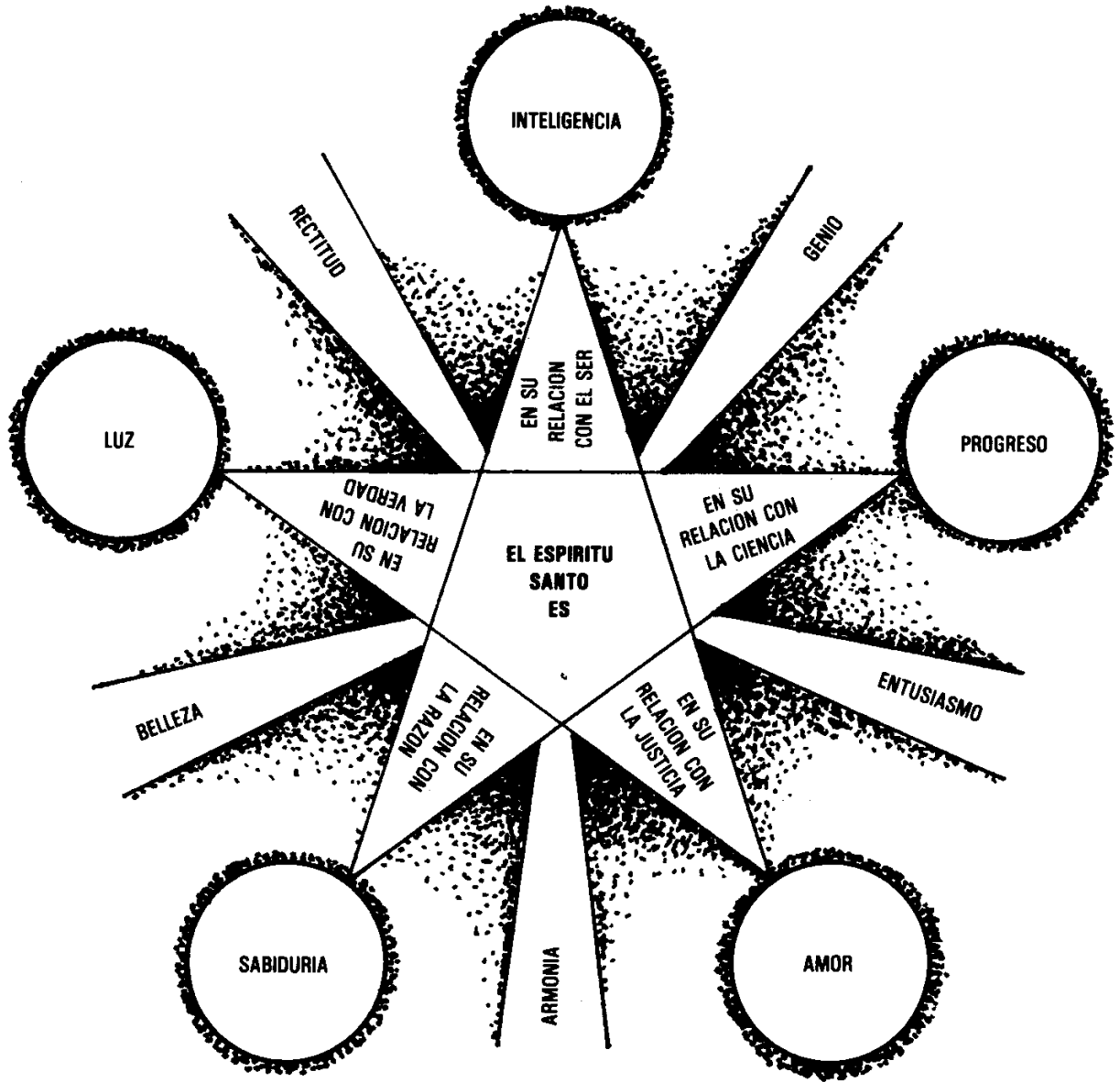
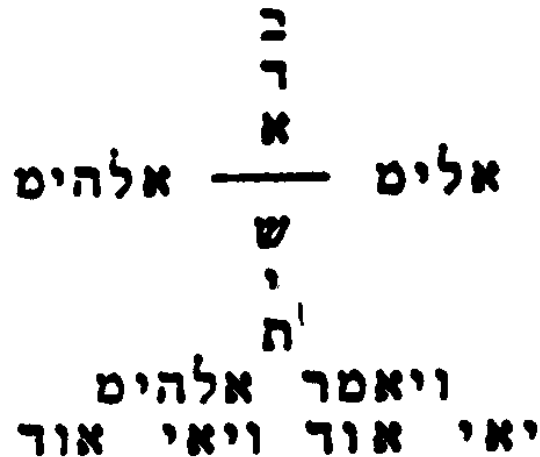


Fig. 6.—Pentagrama del divino Paráclito

Estas tres estrellas dicen lo suficiente como para poder compararlas a aquella que hemos hecho diseñar al comienzo de nuestra historia de la magia, y al reunir las cuatro podrá llegarse a entrever el gran Arcano de los arcanos.

Ahora nos queda solamente completar nuestra obra, revelando la gran clave de Guillermo Postel.



Esta clave es la del Tarot. Vemos allí los cuatro palos, bastos, copas, espadas y oros, que corresponden a los cuatro puntos cardinales del cielo y a los cuatro animales o signos simbólicos, como también encontramos los números y las letras dispuestas en círculo y luego los siete signos planetarios con la indicación de su triple repetición, representada por los tres colores, para simbolizar el mundo natural, el mundo humano y el mundo divino, cuyos emblemas jeroglíficos componen los 21 arcanos de nuestro Tarot.

En el centro del anillo observamos el doble triángulo que forma la estrella o sello de Salomón, y representa el temario religioso y metafísico análogo al temario natural de la generación universal en la sustancia equilibrada.

Alrededor del triángulo se encuentra la cruz que divide el círculo en cuatro partes iguales, de modo que los símbolos de la religión se integran con los signos geométricos, la fe completa a la ciencia y la ciencia da razón de la fe.

Con ayuda de esta clave, se hace posible comprender el simbolismo universal del mundo antiguo y verificar sus asombrosas analogías con nuestros dogmas. Se podrá reconocer así que la revelación divina es permanente en la naturaleza y en la humanidad; y sentiremos el verdadero aporte del cristianismo en forma de luz y calor proyectados al templo universal, al hacer descender el espíritu de caridad que es la vida del mismo Dios.

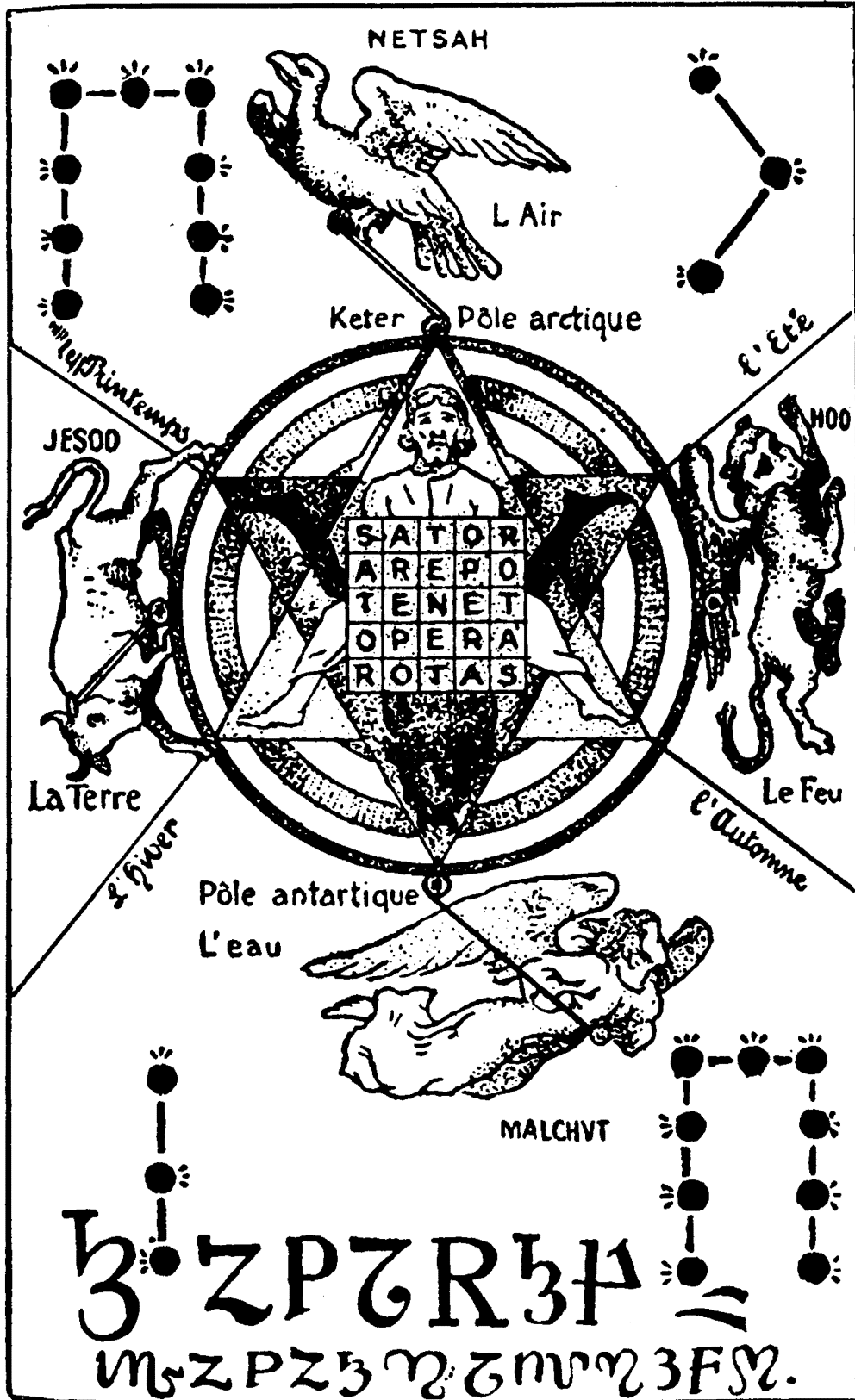


Fig. 8.—La clave del Gran Arcano

EPILOGO

Gracias os sean dadas, Dios mío, puesto que Vos me habéis llamado a esta luz admirable. Vos sois la inteligencia suprema y la vida absoluta de los números y de las energías que os obedecen, para poblar lo infinito con una creación inagotable. ¡Las matemáticas os comprueban, las armonías os cantan, las formas cambian y os adoran!

Abrahan os ha conocido, Hermes os ha adivinado, Pitágoras ha calculado vuestros movimientos; Platón aspiraba a Vos en todos los sueños de su genio; pero un solo sabio, un único iniciador os ha hecho visible a los hijos de la tierra; sólo uno ha podido decir de Vos: Mi Padre y yo somos sólo Uno. ¡Que sea con El la gloria, puesto que toda su gloria reside en Vos!

¡Padre, sabéis que quien escribe estas líneas ha luchado y ha sufrido mucho; ha soportado la pobreza, la odiosa proscripción, la calumnia, la prisión, el abandono de aquellos a quienes amaba, y, sin embargo, nunca se ha considerado desgraciado, puesto que le quedaba por consuelo la verdad y la justicia!

Sólo Vos sois Santo, señor Dios de los corazones sin mentira y de las almas justas, y sabéis que nunca me he creído puro delante de Vos. Como todos, he sido juguete de las pasiones humanas hasta que he llegado a vencerlas o, mejor, hasta que Vos las habéis vencido en mí, y me habéis dado como reposo la paz profunda de aquellos que sólo a Vos ambicionan y buscan.

Amo a la humanidad, ya que los seres humanos, cuando no son insensatos, nunca son criminales, sino por error o por debilidad. Ellos aman de naturaleza el bien y es por este amor que les habéis dado un apoyo en medio de sus pruebas, de forma que, tarde o temprano, serán conducidos al culto de la justicia por el amor de la verdad.

Que mis libros lleguen ahora a donde vuestra Providencia quiera enviarlos. Si ellos contienen las palabras de vuestra Sabiduría, serán entonces más fuertes que el olvido. ¡Si, por el contrario, sólo contienen errores, sé al menos que mi amor por la Justicia y la verdad les sobrevivirá y que la inmortalidad no podrá dejar de recibir las aspiraciones y deseos de mi alma que Vos habéis creado inmortal!

INDICE

Página

| | |
|--|----|
| Prefacio . . . | 3 |
| PRIMERA PARTE. <i>Misterios religiosos: Problemas a resolver Consideraciones Preliminares .</i> | |
| . . . | 5 |
| <i>Artículo primero: Solución del primer problema (el Dios verdadero) . . .</i> | 9 |
| Esbozo de una teología profética de los números . . . | 11 |
| I. La Unidad..... | 11 |
| II. El Binario..... | 13 |
| III. El Ternario..... | 14 |
| IV. El Cuaternario | 14 |
| V. El Quinario | 16 |
| VI. El Senario..... | 18 |
| VII. El Septenario | 19 |
| VIII. El Número ocho | 21 |
| IX. El Número nueve..... | 22 |
| X. El Número absoluto de la Cábala. | 24 |
| XI. El Número once | 24 |
| XII. El Número doce | 25 |
| XIII. El Número trece..... | 26 |
| XIV. El Número catorce..... | 29 |
| XV. El Número quince | 31 |
| XVI. El Número dieciséis..... | 32 |
| XVII. El Número diecisiete | 34 |
| XVIII. El Número dieciocho..... | 35 |
| XIX. El Número diecinueve..... | 35 |
| <i>Artículo segundo: Solución del segundo problema (la verdadera religión),.....</i> | 38 |
| <i>Artículo tercero: Solución del tercer problema (razón de los misterios),.....</i> | 41 |
| <i>Artículo cuarto: Solución del cuarto problema (la religión probada por las objeciones que se le oponen) . . .</i> | 44 |
| <i>Artículo quinto: Solución del último problema (separar la religión de la superstición y el fanatismo)</i> | 47 |
| Resumen de la parte primera (en forma de diálogo) | 48 |
| PARTE SEGUNDA. <i>Misterios filosóficos</i> | 51 |
| Consideraciones preliminares..... | 51 |
| Solución de los problemas filosóficos... | 53 |
| Primera serie | 53 |
| Segunda serie..... | 56 |
| PARTE TERCERA. <i>Misterios de la naturaleza</i> | 57 |
| El gran agente mágico | 57 |
| LIBRO PRIMERO. <i>Los misterios magnéticos</i> | 59 |
| <i>Capítulo primero: La clave del mesmerismo</i> | 59 |
| <i>Capítulo segundo: La vida y la muerte - vigilia y sueño . . .</i> | 63 |
| <i>Capítulo tercero: Misterios de las alucinaciones y de la evocación de los espíritus . .</i> | 68 |

| | |
|--|-----|
| Los fantasmas en París | 69 |
| <i>Capítulo cuarto</i> | 113 |
| LIBRO SEGUNDO. <i>Los misterios mágicos</i> | 117 |
| <i>Capítulo primero</i> : Teoría de la voluntad. | 117 |
| <i>Capítulo segundo</i> : El poder de la palabra. | 121 |
| <i>Capítulo tercero</i> : Las influencias misteriosas..... | 124 |
| <i>Capítulo cuarto</i> : Misterios de la perversidad. | 130 |
| PARTE CUARTA. <i>Los grandes secretos prácticos o las realizaciones de la ciencia.....</i> | 136 |
| <i>Capítulo primero</i> : Sobre la transformación - La varita de Circe - El baño de Medea - La magia vencida por sus propias armas - El gran arcano de los jesuitas y el secreto de su poder..... | 138 |
| <i>Capítulo segundo</i> : Cómo es posible conservar y renovar la juventud - Los secretos de Cagliostro - La posibilidad de la resurrección - Ejemplo de Guillermo Postel, llamado «el Resucitado» - El caso del obrero taumaturgo, etc | 140 |
| <i>Capítulo tercero</i> : El gran arcano de la muerte. | 144 |
| <i>Capítulo cuarto</i> : El gran Arcano de los arcanos..... | 146 |
| Epílogo | 152 |

Contraportada:

Sin lugar a dudas, la cima más elevada en el pensamiento de ELIPHAS LEVI es «LA CLAVE DE LOS GRANDES MISTERIOS».

La sutil y delicada ironía de esta obra nos obliga a interesarnos en los misterios de la religión y en los secretos de la Cábala.

Introducirse en el mundo de ELIPHAS LEVI es precipitarse en una caja de sorpresas, en un torbellino de doctrinas arcaicas, dramáticas y fascinantes.

Lo peculiar y más significativo de ELIPHAS LEVI es que consigue atraparnos de inmediato con su magnetismo, obligándonos a seguirle en sus especulaciones ocultistas.

Hábil narrador y gran erudito, consideró siempre a la Cábala como ciencia y síntesis de toda creencia religiosa. Para sus discípulos fue «el mago», para el mundo espiritual, el restaurador de antiguas órdenes místicas y el hombre que hizo resurgir las artes esotéricas.